

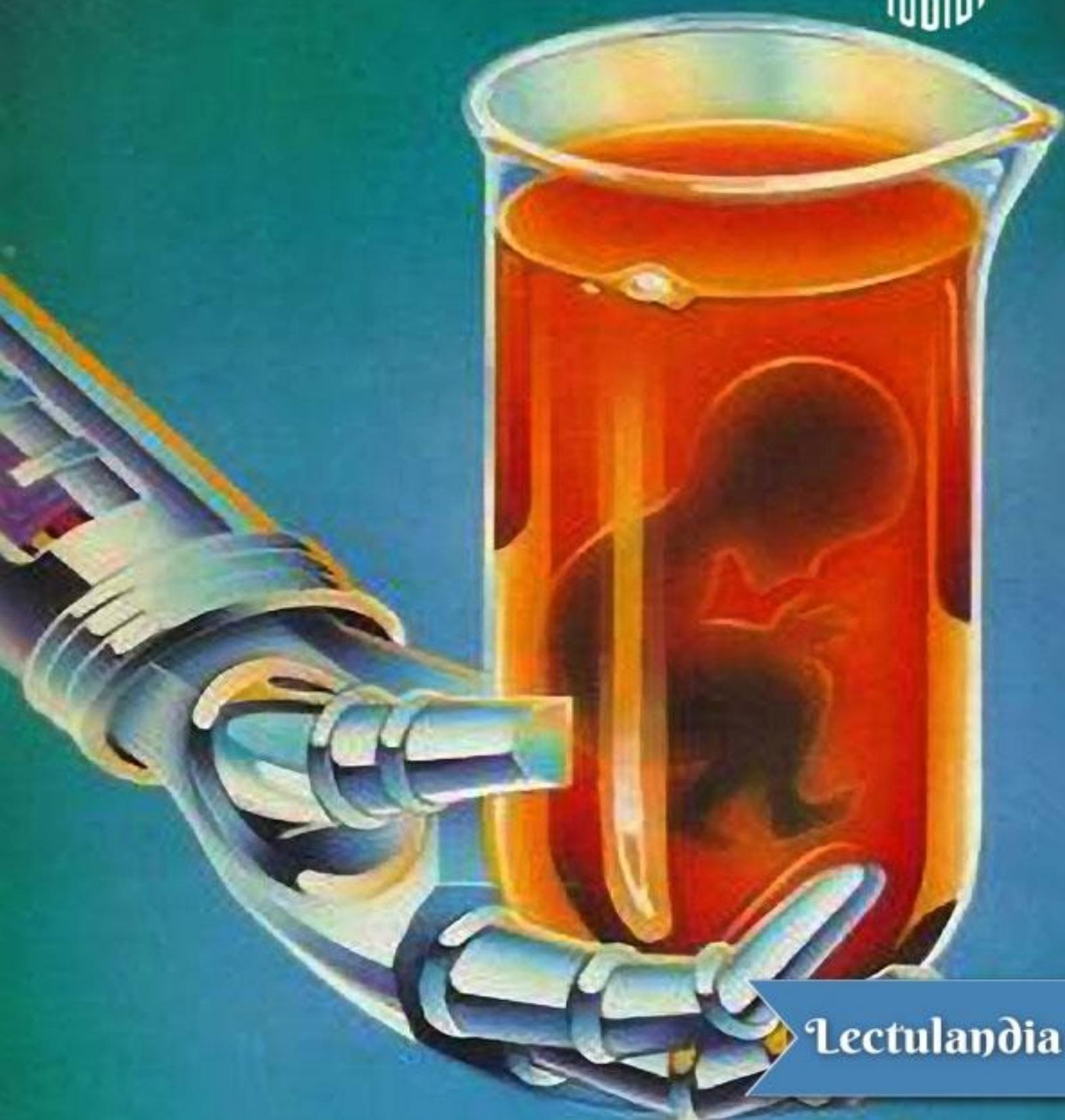
ISAAC ASIMOV

CHARLES G. WAUGH / MARTIN H. GREENBERG

TRASPLANTE OBUGATORIO

La biología en la ciencia ficción

SUPER
FICCIÓN



Lectulandia

Cuando la ciencia ficción penetra en la biología puede inducirnos a grandes especulaciones en el estudio de la vida.

Con esta antología de relatos seleccionados por Isaac Asimov y sus colaboradores Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh, tenemos ocasión de conocer la importancia de esta ciencia para los grandes maestros de la ciencia ficción. En este volumen se presentan doce relatos cuyo denominador común es la biología, tratando diferentes aspectos de la evolución, la biología celular, la genética, la fisiología, la reproducción o la ecología.

En «*Ruido atronador*», Ray Bradbury nos sitúa en el año 2500, transportándonos al pasado en un peligroso safari a la Tierra. Poul Anderson, en «*Los hijos del mañana*», narra una historia de mutaciones genéticas y sus consecuencias después de una guerra atómica. En «*Trasplante obligatorio*», cuento que da título a esta antología, Robert Silverberg nos remite a una época y un lugar en el que los jóvenes se ven obligados a donar un órgano de su cuerpo. De lo contrario morirán irremediabilmente.

Los relatos de Fredric Brown, James S. Schmitz, Ursula Le Guin, Thomas N. Scortia, entre otros, completan este volumen.

Lectulandia

Isaac Asimov, Charles G. Waugh, Martin H. Greenberg
(recopiladores)

Trasplante obligatorio

La biología en la ciencia ficción

Super Ficción 97

ePUB r1.0
Glokta 19.05.13

Título original: *Caught in the organ draft: Biology in Science Fiction*

- Introducción (Isaac Asimov, *Introduction*, 1983)
- Prohibida la entrada (Fredric Brown, *Keep out*, 1954)
- Cuerpo de investigación (Floyd L. Wallace, *Student body*, 1953)
- Ruido atronador (Ray Bradbury, *A sound of thunder*, 1952)
- Invariable (John R. Pierce, *Invariant*, 1944)
- El exterminador (A. Hyatt Verrill, *The exterminator*, 1931)
- Los hijos del mañana (Poul Anderson (como F. N. Waldrop), *Tomorrow's children*, 1947)
- Mary y Joe (Naomi Mitchison, *Mary and Joe*, 1970)
- Cambio marino (Thomas N. Scortia, *Sea change*, 1956)
- Trasplante obligatorio (Robert Silverberg, *Caught in the organ draft*, 1972)
- Nueve vidas (Ursula K. Le Guin, *Nine lives*, 1969)
- Tierra extraña (Edmond Hamilton, *Alien earth*, 1949)
- El abuelo (James H. Schmitz, *Grandpa*, 1955)

Isaac Asimov, Charles G. Waugh, Martin H. Greenberg, 1959.

Traducción: Hernán Sabaté

Diseño portada: Salinas Blanch

Primer editor: Glokta (r1.0)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Introducción

La palabra biología procede de dos vocablos griegos, *bios* y *logos*. El primero significa «vida»; el segundo, «palabra» o, en términos más abstractos, «discurso racional» o, traducido a fórmulas modernas, «pensamiento científico». La biología es, pues, tal como indica la propia palabra, «la ciencia de la vida».

Ningún otro tema puede ser más importante para nosotros, ya que nosotros mismos somos un ejemplo de lo que se entiende por seres vivos.

La importancia de la biología no es, sin embargo, un asunto de mera contemplación egoísta de nosotros mismos. Tengamos en cuenta que, en nuestro inmenso Universo formado por cien mil millones de galaxias constituidas cada una de ellas por un promedio de cincuenta mil millones de estrellas, sólo conocemos un mundo —el que habitamos— que posea vida.

Parece improbable que en un Universo de estas dimensiones sólo haya un rincón donde pueda encontrarse vida, y puede argumentarse (como de hecho sucede) que en realidad hay muchos lugares, muchos millones de lugares en cada galaxia, quizás, en los que exista vida. No obstante, tal posibilidad sigue constituyendo una especulación y carecemos de pruebas de primera mano, de evidencias concluyentes, acerca de la existencia de vida en otros puntos del Universo, salvo aquí, en la Tierra.

Más aún: si limitamos nuestro estudio a la Tierra, podemos decir que la vida es un fenómeno que únicamente se da en la superficie del planeta. La vida es algo frágil que depende de una gama muy limitada de condiciones ambientales, las cuales amenazan siempre con cambiar, hasta el punto de borrar de la faz del planeta muchas variedades de seres vivos. Heladas, incendios, sequías, inundaciones, erupciones volcánicas, depredadores, parásitos...

Incluso existen indicios que llevan a pensar que, periódicamente, se han producido (al menos en seis ocasiones distintas) colisiones de la Tierra con pequeños asteroides que han tenido por resultado la destrucción casi total de la vida en el planeta. La más reciente de estas ocasiones pudo haber sucedido hace apenas 65 millones de años.

Así pues, debemos concebir la vida como un fenómeno que únicamente se da en un planeta y sólo de manera precaria, pendiente de un hilo.

Sin embargo, ¿no demostraría tal situación que la vida es un hecho de ínfima importancia en el Universo como conjunto? ¿No sería la vida, entonces, un fenómeno evanescente, una insignificante y temporal enfermedad de la materia, un pequeño forúnculo surgido en el poderoso todo de la existencia?

Un momento...

De todas las sustancias y materias que conocemos, sólo los seres vivos parecen mostrar alguna señal de «conciencia», de percepción de su entorno, de capacidad de

demostrar respuestas adaptativas; es decir, de reaccionar al medio ambiente de forma que se obtenga un máximo de posibilidades de autoconservación y de supervivencia.

Y ello es, con toda certeza, una propiedad única. Todos los objetos no vivos soportan las condiciones ambientales que se les presentan. La materia no viva afronta los desastres exactamente igual que afrontaría las condiciones más favorables. Sólo los seres vivos «saben protegerse de la lluvia», metafóricamente hablando. Incluso los árboles, que no pueden moverse para evitar el hacha, extienden las raíces para buscar agua y abren las hojas para recibir la luz del Sol.

Esta conducta singular del ser vivo otorga al mismo unas cualidades que compensan e incluso superan lo insignificante de su cantidad y su tremenda fragilidad.

Cabría aducir que, al ser nosotros mismos —ejemplos de seres vivos— quienes valoramos la importancia relativa de la capacidad de dar respuestas adaptativas en contraposición a las mencionadas desventajas de la reducida cantidad y la gran fragilidad, nuestro juicio mal puede ser considerado imparcial.

Esto es cierto, pero precisamente en poder afirmarlo radica la diferencia fundamental. Sólo la vida puede emitir tal juicio, porque únicamente la vida posee la conciencia suficiente para hacer que surja una cuestión de juicio. La vida posee una suprema importancia por la razón misma de que únicamente ella puede señalar y decidir la importancia de una cuestión.

De hecho, ahora nos estamos refiriendo no ya a la capacidad de respuesta adaptativa, sino al pensamiento abstracto, lo cual es algo todavía más restringido. En la actualidad hay quizás unos dos millones de especies vivas y, en los tres mil millones de años en que la vida ha venido existiendo en el planeta, quizás haya habido en total unos veinte millones de especies. Y, de entre todas ellas, sólo una especie, el *Homo sapiens*, ha dado pruebas irrefutables de capacidad de pensamiento abstracto.

Por supuesto, quizás esto sea una muestra de vanidad por nuestra parte. Es posible que chimpancés, gorilas, elefantes, delfines, ballenas, cuervos, pulpos y quién sabe cuántas especies más, disfruten de algo que pueda definirse, en una interpretación más o menos amplia, como pensamiento abstracto. No obstante, queda fuera de toda duda que, incluso si ello es cierto, los seres humanos poseemos un grado de pensamiento abstracto tan superior al de las restantes especies que nos eleva a un plano netamente superior al de éstas; casi podemos afirmar que tal superioridad cuantitativa representa una diferencia cualitativa.

Remitámonos a hechos o ejemplos concretos: el *Homo erectus*, un predecesor nuestro de menor capacidad cerebral, fue la primera especie de toda la historia de la Tierra en utilizar deliberadamente el fuego. El *Homo sapiens* heredó esta capacidad, mientras que ninguna otra especie de seres vivos del planeta, aunque sea o haya sido

inteligente, ha hecho uso del fuego.

No consideremos, sin embargo, al *Homo sapiens* como un mero beneficiario pasivo del genio inventor e innovador del *Homo erectus*. El primero ha elaborado, en lo que es apenas un instante en términos geológicos, la inmensa parafernalia de lo que denominamos civilización tecnológica, y no cabe la menor duda de que sólo el *Homo sapiens* posee o ha poseído (en la Tierra) la capacidad necesaria para desarrollar una tecnología tan compleja.

Ello significa que sólo los seres humanos, de todas las especies vivas que conocemos, poseen la capacidad de desarrollar herramientas que potencien sus sentidos físicos: ver lo invisible, oír lo inaudible, acumular y registrar datos, sopesar su significación y alcanzar conclusiones.

Así pues, no es sólo la vida, sino una única especie entre veinte millones, la especie humana, quien tiene conciencia del Universo más o menos como es, y quien trabaja por comprenderlo.

Puede haber en otros lugares del Universo diversas especies de seres vivos tan conscientes, hábiles e interesados en su propio progreso como el ser humano. Puede haber millones de ellas, algunas mucho más avanzadas en tal proceso que la nuestra..., pero carecemos de pruebas de su existencia.

Por lo tanto, hasta donde sabemos, somos los únicos seres en todo el Universo que dirigimos miradas de interrogación a las estrellas, a los átomos, a nosotros mismos, y buscamos respuestas.

¿No resulta terrible, entonces, que todos nuestros conocimientos, puestos al servicio de nuestras pasiones, nos hayan colocado al borde de la autodestrucción? Y si nos destruimos a nosotros mismos, ¿no es evidente que estaremos destruyendo algo que puede ser absolutamente único en el Universo y que quizá jamás podrá ser reemplazado? ¿No deberíamos trabajar para mantenernos vivos como individuos y como civilización, aunque sólo fuera por egoísmo y vanidad, ya que no por otras emociones más nobles?

Si escogemos el camino de la respuesta adaptativa a los aspectos destructivos de nuestra tecnología, si sobrevivimos, la especie humana continuará indudablemente haciéndose preguntas, aprendiendo y progresando en el conocimiento.

Y es una característica de la inquietud de la mente humana que, por rápidos que sean los progresos y por espectaculares que sean sus descubrimientos, el éxito nunca será suficiente para saciar nuestra curiosidad. El ser humano siempre va por delante de sus hallazgos, haciéndolo en forma de especulación.

La ciencia ficción es la rama de la literatura dedicada específicamente, entre otros temas, a tal especulación, y ¿dónde puede ésta asumir formas más fascinantes que en el estudio de la propia vida, que es el aspecto más sorprendente y prácticamente impenetrable del Universo?

Aquí presentamos, pues, una selección de excelentes textos de ciencia ficción sobre temas relacionados con la biología, entresacados de la producción del género en este siglo.

Isaac Asimov

Orígenes

Prohibida la entrada (Fredric Brown)

Fredric Brown (1906-1972) fue un escritor igualmente dotado para la ciencia ficción y para el género de misterio, siendo el ganador del Edgar Award of the Mystery Writers of America, en 1948. Como autor de ciencia ficción es reconocido sobre todo por sus relatos ultracortos, muchos de los cuales sólo tienen unos cientos de palabras. También fue uno de los principales introductores del humorismo en la ciencia ficción, y algunos de sus libros, como Universo de locos (1949) y Marciano, ¡vete a casa! (1955), llenos de una deliciosa ironía, todavía divierten hoy día a miles de lectores. Brown trabajó durante muchos años para el Milwaukee Journal. Una muestra excepcional de su obra puede encontrarse en su antología Lo mejor de Fredric Brown (1977).

Al sopesar la enorme diferencia entre la vida y la no vida, cabe preguntarse cómo llegaron ambas a producirse.

¿Lo hicieron por separado? ¿Eran ya en origen cosas distintas? ¿Existía al principio sólo una de ellas, y la otra se sumó de algún modo más adelante? ¿Estaba el Universo vivo al principio, y ha ido muriendo gradualmente? ¿O estaba muerto al principio y luego ha ido surgiendo la vida?

En los tiempos anteriores a la ciencia la idea más extendida era que la vida y la no vida habían surgido por separado, mediante el acto creador de algo omnipotente. Existen numerosos mitos que detallan la creación del Universo y de la vida por un «ser sobrenatural», es decir, no sujeto a las leyes de la naturaleza según se manifiestan en el Universo que nos rodea.

Muchos millones de personas creen firmemente en uno u otro de tales mitos, pero no existen evidencias científicas de ninguno de ellos.

Las evidencias científicas, recogidas poco a poco durante los tres últimos siglos, dan a entender que el Universo era algo no vivo al principio y que, de algún modo, aquí en la Tierra, surgió la vida de la materia no viva.

¡Qué extraño! La vida es tan diferente de la no vida. ¿En qué consiste la chispa inicial de la vida y cómo se inserta por primera vez en los seres no vivos? ¿Podemos encontrar una respuesta sin vernos obligados a apelar a lo sobrenatural?

Un modo de hacerlo es concebir el tema como una cuestión de organización. La vida es un sistema químico mucho más organizado que la no vida, y ofrece la posibilidad de un cambio químico tendente a una mayor organización, cambio impulsado por alguna fuente energética como la radiación solar o el calor volcánico.

En otras palabras: en la Tierra recién formada, los elementos químicos se hicieron cada vez más complejos y, mediante cambios en sus estructuras provocados por la aplicación de energía, dieron lugar a reacciones químicas progresivamente más complicadas. Así, al final, se produjeron unas sustancias químicas capaces de reproducirse a sí mismas, y en ese instante podemos hablar ya de «vida».

Después de ese punto, ya añadida la propiedad de la vida, la reproducción de los elementos no era siempre perfecta; siempre existía la posibilidad de un cambio accidental o producto del azar, al que denominamos mutación. De vez en cuando, una de tales mutaciones daban lugar a una forma de vida modificada que se aprovechaba de algunos aspectos del cambio producido para realizar una nueva y mejor —o, por lo menos, distinta— adecuación al medio. Así, se iniciaba una nueva especie.

La humanidad ha alcanzado actualmente el nivel suficiente para manipular el material que compone los cromosomas de las células, el ácido nucleico que constituye éstos. Estos ácidos nucleicos se reproducen y dan origen a las mutaciones. Actualmente los científicos están en condiciones de modificar la conducta y propiedades de formas de vida simples como las bacterias. Algún día serán capaces de modificar los cromosomas humanos y podrán eliminar deficiencias congénitas y, por último, producir nuevas especies.

En Prohibida la entrada, Brown aborda esta cuestión. Quizá su daptina no sea precisamente la dirección en que se mueve la ciencia al respecto en nuestra época, pero la cuestión de qué sucede una vez se ha dado lugar a una nueva especie seguirá de actualidad, sea cual sea el método utilizado para crearla.

Y la respuesta de Brown es perfectamente realista, teniendo en cuenta la conducta humana que podemos observar aquí en la Tierra.

Isaac Asimov

El secreto es la daptina. O adaptina, como fue denominada al principio. Después, el nombre fue acortado hasta convertirse en daptina. Es la substancia que nos permite adaptarnos.

Nos lo explicaron cuando cumplimos los diez años. Supongo que antes nos consideraban demasiado pequeños para entenderlo, aunque ya sabíamos muchas cosas al respecto. Nos lo contaron cuando acabábamos de aterrizar en Marte.

—Ahora estáis en casa, hijos —nos dijo el Instructor Jefe una vez estuvimos en la bóveda de cristalita que habían construido para nosotros.

A continuación nos anunció que esa noche habría una conferencia especial, muy importante, a la que debíamos asistir todos.

Y esa noche nos explicó toda la historia con los cómo y los porqués. Se puso de pie ante nosotros. Naturalmente, tenía que llevar el casco y un traje espacial con calefacción, ya que la temperatura de la bóveda era agradable para nosotros, pero insoportablemente fría para él, y el aire era demasiado enrarecido para que pudiera respirarlo. Su voz nos llegó por la radio desde el interior de su casco.

—Hijos —nos dijo—, ya estáis en casa. Esto es Marte, el planeta en el que pasaréis el resto de vuestras vidas. Vosotros sois marcianos, los primeros marcianos. Habéis vivido cinco años en la Tierra y otros cinco en el espacio. Ahora pasaréis diez años en esta bóveda hasta que seáis adultos, aunque hacia finales de este período se os permitirá pasar lapsos de tiempo cada vez más prolongados en el exterior.

«Después podréis abandonar definitivamente la bóveda, construir vuestras propias casas y vivir vuestras vidas como marcianos. Os casaréis y tendréis descendientes, que también serán marcianos.

»Es hora de que conozcáis la historia de este gran experimento del cual cada uno de vosotros forma parte.

Y entonces nos la explicó.

El hombre, nos dijo, había alcanzado Marte en 1985. No había encontrado en el planeta vida inteligente (aunque sí muchas formas de vida vegetal y algunas variedades de insectos no voladores), y lo había catalogado de inhabitable para las características terrestres. El hombre sólo podía sobrevivir en Marte dentro de las bóvedas de cristalita o enfundado en el traje espacial cuando salía de ellas. Salvo en los días de la estación más cálida, la temperatura era demasiado fría para él. El aire era demasiado tenue y la exposición prolongada a los rayos solares —menos filtrados de radiaciones perjudiciales que en la Tierra debido a la menor densidad atmosférica— podía matarle. La bioquímica de los vegetales marcianos le era extraña y no podía

utilizarlos como alimento, por lo que tenía que traer la comida de la Tierra o cultivarla en invernaderos hidropónicos.

Durante cincuenta años habían tratado de colonizar Marte, y todos sus esfuerzos habían fracasado. Además de la bóveda construida para nosotros, sólo existía otro puesto avanzado, una segunda bóveda de cristalita mucho más pequeña que la primera y situada apenas a un kilómetro de ésta.

Se hubiera dicho que la humanidad no podría extenderse a ningún otro planeta del sistema solar salvo su Tierra natal, pues de todos ellos Marte era el menos inhóspito; si el hombre no era capaz de sobrevivir en él, no merecía la pena intentar siquiera la colonización de los demás.

Y entonces, en 2034, treinta años atrás, un brillante bioquímico llamado Waymoth había descubierto la daptina, un fármaco milagroso que actuaba no en el animal o la persona que lo ingería, sino en los descendientes que engendraba durante un período de tiempo limitado después de haberse inoculado la droga.

La daptina daba a la progenie una capacidad casi ilimitada de adaptación a los cambios de condiciones ambientales, siempre que tales cambios se llevaran a cabo gradualmente.

El doctor Waymoth inoculó la daptina a un par de conejillos de Indias y después los apareó; los animales habían tenido una camada de cinco cachorros, a los que el doctor colocó bajo condiciones diferentes y gradualmente cambiantes. Los resultados que obtuvo fueron sorprendentes y asombrosos. Al alcanzar la madurez, uno de los conejillos de Indias vivía tranquilamente a una temperatura de $-40\text{ }^{\circ}\text{C}$, mientras que otro se sentía perfectamente a gusto en un ambiente a $65\text{ }^{\circ}\text{C}$ sobre cero. Un tercer animal se alimentaba con una dieta que habría resultado necesariamente mortal para un primo suyo normal, y un cuarto conejillo de Indias sobrevivía sin problemas bajo un bombardeo constante de rayos X que habría matado a sus padres en cuestión de minutos.

Experimentos posteriores con muchas otras camadas pusieron de manifiesto que los animales que se habían adaptado a condiciones ambientales similares se apareaban y sus descendientes quedaban adaptados desde su nacimiento para vivir bajo tales condiciones.

—Diez años después, hace de eso diez años —siguió contándonos el Instructor Jefe—, nacisteis vosotros, hijos. Vuestros padres fueron cuidadosamente seleccionados entre quienes se prestaron voluntariamente al experimento y, desde vuestro nacimiento, habéis crecido bajo condiciones ambientales cuidadosamente controladas y gradualmente cambiantes.

»Desde el momento en que os dieron a luz, el aire que respirabais fue enrarecido poco a poco, reduciéndose su contenido de oxígeno. Vuestros pulmones han compensado esta escasez aumentando muchísimo de tamaño, y ello explica por qué

tenéis unos pechos mucho más desarrollados que los de vuestros maestros y ayudantes; cuando alcancéis la madurez y respiréis con normalidad el aire de Marte, la diferencia será todavía más acusada.

«Vuestros cuerpos están desarrollando pelo para permitirnos resistir el frío, y ahora os sentís cómodos bajo unas condiciones que matarían en poco tiempo a la gente normal. Desde que cumplisteis los cuatro años, vuestras cuidadoras y maestros han tenido que llevar protecciones especiales para sobrevivir en un ambiente que a vosotros os ha parecido normal.

»Dentro de otros diez años, cuando alcancéis la madurez, estaréis completamente aclimatados a Marte. Su aire será el vuestro, y sus vegetales, vuestro alimento. Os resultará fácil soportar sus temperaturas extremas y os sentiréis cómodos en sus temperaturas normales. Ahora mismo, incluso, después de haber pasado cinco años en el espacio bajo una fuerza gravitacional progresivamente menor, la gravedad de Marte os parece normal.

»Éste será vuestro planeta. Aquí viviréis y os multiplicaréis. Sois hijos de la Tierra, pero seréis los primeros marcianos.

Naturalmente, nosotros ya sabíamos muchas de las cosas que nos contaba el Instructor Jefe.

El último año fue el mejor. Para entonces, el aire en el interior de la bóveda — salvo en las zonas presurizadas donde vivían los maestros y ayudantes— era ya casi como el del exterior, y nos permitían pasar fuera periodos de tiempo cada vez más prolongados. Qué bien se siente uno al aire libre...

Durante los últimos meses empezaron a relajarse la segregación de sexos existente y pudimos empezar a elegir parejas, aunque nos dijeron que no habría matrimonios hasta el último día, cuando se nos concediera la libertad total. En mi caso no me ha sido difícil escoger. Ya tenía hecha la elección desde hace tiempo y estaba seguro de que ella sentía por mí lo mismo que yo por ella. No estaba equivocado.

Mañana es el día de nuestra liberación. Mañana seremos marcianos, *los* marcianos. Mañana nos apoderaremos del planeta.

Algunos de nosotros estamos impacientes, llevamos semanas expectantes, pero la razón se ha impuesto y seguimos esperando el día. Hemos esperado veinte años y podemos aguardar hasta el día final.

Y mañana es el día final.

Mañana, cuando suene la señal, mataremos a los instructores y a todos los demás terrestres que nos rodean antes de seguir adelante con nuestros planes. Ellos no sospechan nada, así que resultará sencillo.

Llevamos años disimulando y no tienen idea de cuánto les odiamos. No saben lo desagradables y repugnantes que les encontramos con esos cuerpos feos y deformes

de hombros estrechos y pechos enclenques, con esas vocecillas débiles y sibilantes que precisan amplificadores para que resulten audibles en nuestro aire marciano, y sobre todo con esas pieles blanquecinas, pálidas y desprovistas de pelo.

Les mataremos y luego iremos a la otra bóveda y la destruiremos para que mueran también todos los demás terrestres.

Y si vienen más terrestres para castigarnos, huiremos a las montañas y jamás nos encontrarán. Y si intentan edificar nuevas bóvedas, las destruiremos como las primeras. No queremos saber nada más de la Tierra.

Éste es nuestro planeta, y no queremos extraños en él. ¡Prohibida la entrada!

Evolución 1

Cuerpo de investigación (Floyd L. Wallace)

Floyd L. Wallace (?-) publicó su primer relato de ciencia ficción en 1951; entre esa fecha y mediados de los años sesenta escribió unas dos docenas de cuentos cortos para revistas de ciencia ficción. Por desgracia, no se ha publicado ninguna recopilación de estos relatos aunque ha aparecido una de sus novelas: Address: Centauri (1955). Además de este Cuerpo de investigación, son especialmente notables sus relatos Mezzorow Loves Company y Delay in transit.

La palabra evolución procede del latín y contiene la idea de «desenrollar algo». Y, realmente, es como desenrollar un pergamino, como una narración sin fin de unos cambios graduales.

Según la mayoría de los mitos sobre los orígenes, la vida fue creada tal como existe en sus diversas especies. Así aparece en la narración del Génesis, en la Biblia. No obstante, la geología, la fisiología, la anatomía y la bioquímica nos abruman con las demostraciones de que no es cierto. Por el contrario, cada especie ha evolucionado más o menos lentamente a partir de especies anteriores.

Tras la evolución biológica existen dos impulsos básicos.

En primer lugar, las mutaciones. Éstas producen un elemento de cambio al azar que es la materia prima de la evolución.

En segundo lugar, la selección natural. Las mutaciones que dan lugar a organismos que, de un modo u otro, se adaptan mejor al medio ambiente en el que viven tienen mayores posibilidades de supervivencia y de reproducción que las demás. Ésta es la razón de que algunas mutaciones sobrevivan y se impongan, mientras que otras desaparecen.

Así pues, la historia de la evolución biológica parece ser una lucha por una complejidad cada vez mayor en la organización del cuerpo, por una mejor adaptación al medio ambiente, o por ambas cosas a la vez. Parece haber un rastro continuo desde las formas más sencillas de vida hasta los organismos más complejos que existen en la actualidad, aunque hay muchísimos callejones sin salida y muchas evoluciones regresivas.

He apuntado que la evolución es un proceso más o menos lento. ¿Podríamos calcular el ritmo de tal proceso? Hasta tiempos muy recientes, se opinaba que debía de ser extremadamente lento, y que una nueva especie tardaba millones de años en formarse. Algunos evolucionistas sugieren hoy día la «evolución puntual». Según exponen, las especies permanecerían estables durante millones de años, pero, dadas unas condiciones especiales que surgirían de vez en cuando, se producirían unos cambios relativamente rápidos y se formaría una nueva especie en un lapso de unos cien mil años. Y, naturalmente, si una mano inteligente guiara el proceso, los cambios podrían ser todavía más rápidos. Los seres humanos han controlado los apareamientos de sus animales domésticos y han producido nuevas razas — aunque todavía no nuevas especies— con una rapidez muy notable.

¿Qué sucedería si encontráramos un mundo en el que, por alguna razón, el ritmo evolutivo fuera extremadamente rápido? ¿Qué problemas plantearía tal situación? Ésta es la cuestión que expone Wallace en Cuerpo de investigación.

Isaac Asimov

La primera mañana que pudieron dedicar por completo al planeta, el oficial ejecutivo salió de la nave. Todavía no había amanecido. El ejecutivo Hafner parpadeó. Abrió desmesuradamente los ojos y regresó al interior. Tres minutos más tarde reapareció, seguido por el biólogo.

—Anoche afirmó usted que no había ningún peligro —le recordó el ejecutivo—. ¿Sigue pensando igual?

Dano Marin le miró fijamente.

—Sí.

No obstante, su voz carecía de convicción, y parecía turbado. Se echó a reír nerviosamente.

—No es cosa para tomar a broma. Más tarde hablaremos.

El biólogo, en la nave, vio cómo el ejecutivo se dirigía a la hilera de dormidos colonos.

—Señora Athyl... —le gritó éste a una mujer tendida en tierra, cuando llegó a su lado.

La joven bostezó, se restregó los ojos, rodó sobre sí misma y se incorporó. Sin embargo, las ropas que hubieran debido tapanla no existían. Ninguna de las prendas que llevaba cuando se durmió. Adoptó la convencional postura de la mujer que, sin su consentimiento, se ve sin ropa.

—No pasa nada, señora Athyl; no soy un mirón. Sin embargo, opino que debería usted ponerse algo encima.

La mayoría de los colonos estaban ya despiertos. El ejecutivo Hafner se volvió hacia ellos y les dijo:

—Si quieren ir a la nave en busca de algunas ropas, el comisario se encargará de conseguírselas. Más tarde les daré todas las explicaciones posibles.

Los colonos se dispersaron. No sentían recato alguno, ya que de lo contrario no habría sobrevivido a un año de travesía en una nave espacial. Sin embargo, era una verdadera sorpresa despertarse desnudo sin saber qué les había arrebatado las ropas durante la noche, ni cómo. Era una sorpresa que los desconcertaba.

De regreso a la nave, Hafner se detuvo junto al biólogo.

—¿Alguna idea?

Dano Marin se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo tenerla? El planeta es tan nuevo para mí como para usted.

—Sin duda, pero usted es el biólogo.

Como único científico en una tripulación compuesta de rudos colonos y constructores, Marin tendría que contestar a un sinfín de preguntas que no tenían nada que ver con su especialidad.

—Seguramente insectos nocturnos —sugirió.

Era una respuesta muy floja, aunque sabía que una plaga de langostas puede asolar un maizal en poco tiempo. ¿Podían hacer lo mismo con las prendas de vestir sin despertar a sus poseedores?

—Investigaré el asunto —prometió—. Tan pronto como descubra algo se lo notificaré.

—Gracias.

Hafner lo saludó y pasó al interior de la nave.

Dano Marin se dirigió al grupo de árboles entre los que los colonos habían estado durmiendo. Había sido un error dormir allí, pero cuando formularon la petición no pareció haber ningún motivo para negarse. Después de dieciocho meses encerrados en la nave espacial, todos deseaban gozar de aire fresco y sentir el susurro de las hojas de los árboles.

Marin inspeccionó el lugar. Ahora estaba desierto; los colonos, hombres y mujeres, estarían vistiéndose dentro de la nave.

Los árboles no eran muy altos, y las hojas mostraban un color verde botella.

Ocasionalmente, unas grandes flores blancas brillaban a la luz del sol, pareciendo mayores todavía. Aquello no era la Tierra y, por lo tanto, los árboles no eran magnolias. Pero le recordaron a Marin aquella especie de árboles, por lo que en adelante siempre los denominó así.

El problema de la pérdida de la ropa resultaba irónico. La Vigilancia Biológica nunca cometía el menor error, pero estaba claro que ahora acababa de cometerlo. Desde su descubrimiento tenían inscripto aquel planeta como muy conveniente para el hombre. Pocos insectos, ningún animal peligroso, y un clima casi equiparable al de la Tierra. Lo habían denominado *Glade* ^[1] porque era el vocablo que mejor le cuadraba. Todo el terreno parecía ser, en efecto, un vasto y amable prado.

Evidentemente, la Vigilancia Biológica había pasado por alto algunas cosas del planeta.

Marin se dejó caer de rodillas y empezó a buscar pistas. Si eran responsables los insectos, habría algunos muertos, aplastados por los colonos al rodar sobre sí mismos en su sueño. Pero no había ningún insecto, ni vivo ni muerto.

Se incorporó desalentado y anduvo lentamente por el grupo de árboles. Tal vez fuesen éstos. De noche podían exudar un vapor capaz de disolver el material con el que se fabricaban los vestidos. Difícil, pero no imposible. Aplastó una hoja entre sus manos y la frotó contra su manga. Un perfume penetrante, acre, pero nada más. Claro que eso no descartaba la teoría.

Contempló por entre los árboles el sol de color azul. Era más grande que el sol de la Tierra, pero estaba mucho más alejado, por lo que resultaba equiparable al de aquélla.

Estuvo a punto de no percibir los brillantes ojos que lo contemplaban desde la maleza. Estuvo a punto..., pero los vio. El dominio de la biología empieza en los límites de la atmósfera, e incluye la maleza y los animalitos que medran en la misma.

Se agachó. El animalito huyó chillando. Marin corrió en pos de él hasta fuera del límite de la arboleda. Cuando lo atrapó, los chillidos subieron de tono. Le habló suavemente y el terror declinó.

Mordisqueó alegremente la chaqueta de Marin cuando éste se lo llevó a la nave.

El ejecutivo Hafner miró la jaula con cara de pocos amigos. Era un animal vulgar, pequeño y parecido a un roedor. Su piel era correosa y de pelo ralo, sin ningún atractivo. Jamás alcanzaría altos precios en el mercado de pieles.

—¿Podemos exterminarlos? —preguntó Hafner—. Localmente, claro está.

—No lo creo. Son ecológicamente básicos.

El ejecutivo lo miró sin comprender. Dano Marin le explicó:

—Ya sabe cómo actúa el Control Biológico. Tan pronto como se descubre un nuevo planeta, envían una nave con equipo especial. La nave vuela casi a ras de suelo y los instrumentos de a bordo recogen y graban todas las corrientes neurales de los animales de su superficie. Los instrumentos son capaces de formular distinciones entre las pautas característicamente neurales de todo lo que posee un cerebro, incluyendo los insectos. Además, poseen una buena idea de las especies animales del planeta y su distribución relativa. Naturalmente, la brigada de vigilancia se lleva algunos especímenes. Tienen que relacionar las diversas pautas con los animales vivos, de lo contrario la pauta neural sería meramente una mancha sin significado alguno en un microfilm. La vigilancia demostró que este animal constituye una de las cuatro especies de mamíferos de este planeta. También es la más numerosa.

—Por lo tanto, si los exterminamos vendrán otros procedentes de otras zonas —gruñó Hafner.

—Muy probable. Hay millones de ellos en esta península. Naturalmente, si desea instalar una barrera a través del estrecho istmo que la enlaza con el continente, podremos eliminarlos localmente.

El ejecutivo volvió a gruñir. Una barrera era posible, pero representaba demasiado trabajo.

—¿Qué comen? —preguntó.

—Por lo visto, un poco de todo. Insectos, frutas, bayas, frutos secos, granos... —Dano Marin sonrió—. Supongo que son omnívoros, puesto que también se comen la ropa.

Hafner no le acompañó en la sonrisa.

—Creí que nuestra tela era a prueba de gusanos.

Marin se encogió de hombros.

—Lo es en los veintisiete planetas. Pero en el número veintiocho acabamos de descubrir que estos animalitos poseen mejores ácidos digestivos, eso es todo.

Hafner pareció preocupado.

—¿Pueden echar a perder las cosechas que hemos plantado?

—Yo diría que no. Pero también habría afirmado lo mismo de nuestras ropas.

Hafner tomó una decisión.

—Está bien. Usted ocúpese de los sembrados. Halle algún medio de mantener a esos animales alejados de ellos. Mientras tanto, que todo el mundo duerma en la nave hasta que construyamos los dormitorios.

Moradas individuales hubiera sido más apropiado en la colonia, pensó Marin. Pero eso no era asunto suyo. El ejecutivo era un hombre que consideraba sagrado cualquier programa previamente establecido.

—El omnívoro... —empezó a decir Marin.

Hafner asintió con impaciencia.

—Siga con él —dijo, y se marchó.

El biólogo suspiró. El omnívoro, realmente, era una extraña criatura, pero no de las cosas más importantes de Glade. Por ejemplo, ¿por qué había tan pocas especies terrestres en el planeta? Ni reptiles, ni muchos pájaros, y sólo cuatro especies de mamíferos.

Todos los planetas semejantes a éste mostraban una asombrosa variedad de vida salvaje. Glade, a pesar de sus condiciones ideales, no la había desarrollado. ¿Por qué?

Había pedido al Control Biológico este destino porque le pareció un problema interesante. Ahora, por lo visto, tenía que actuar como exterminador.

Sacó al omnívoro de la jaula. No eran inesperados los mamíferos en Glade. Un desenvolvimiento paralelo se cuidaba de esto. Dado un ambiente similar, suelen desarrollarse animales similares.

En los bosques de la última era carbonífera terrestre, existían seres como el omnívoro, el primitivo mamífero del que descendieron los demás. En Glade, no obstante, este desenvolvimiento no había tenido lugar. ¿Qué le, impedía a la naturaleza explorar sus potencialidades evolutivas? Ése era el verdadero problema, y no la forma de exterminar a aquellos animalitos.

Marin insertó una aguja, hipodérmica en la piel del omnívoro. Éste chilló y después se relajó. Marin extrajo una gota de sangre del animal y lo devolvió a la jaula. Gracias a aquella gota de sangre se enteraría de muchas cosas y tal vez de la manera de exterminar la especie.

El oficial de Intendencia estaba gritando, aunque su vozarrón ya era de por sí bastante fuerte.

—¿Cómo sabe que son ratones? —le preguntó el biólogo.

—Mire —fue la seca respuesta del intendente.

Marin miró. La evidencia indicaba ratones.

Antes de que pudiera hablar se le adelantó el intendente.

—No me diga que sólo son unos animalitos parecidos a ratones. Los conozco. La cuestión es: ¿cómo podemos desembarazarnos de ellos?

—¿Ha probado el veneno?

—Dígame qué veneno he de usar y lo usaré.

No era una pregunta de fácil respuesta. ¿Qué podía envenenar a un animal al que jamás habían visto y del que nada sabían? Según la Vigilancia Biológica, dicho animal no existía.

Era un asunto sumamente grave. La colonia podía vivir de la tierra y así se esperaba. Pero aguardaban otro grupo de colonos para dentro de tres años, y se suponía que la colonia tendría almacenadas gran cantidad de provisiones para alimentar a los que fuesen llegando. Si no conseguían guardar las cosechas ni los concentrados, la comida escasearía.

Marin se dirigió pensativamente al almacén. Era una construcción semejante a la de todas las colonias. Sin estética, y bastante achaparrada. Un suelo de tierra reforzado con unos muros muy gruesos y un techo de igual material. El conjunto estaba unido por un cemento molecular que lo tomaba prácticamente impermeable.

Sin ventanas, sólo dos puertas. Ciertamente, era a prueba de roedores.

Pero un examen más atento reveló un fallo. El suelo era tan duro como el cristal, y ningún animal podía atravesarlo, pero, al igual que el cristal, también era frágil. Los constructores del almacén, evidentemente, tenían prisa por regresar a la Tierra y se habían mostrado poco cuidadosos, ya que en algunas partes el suelo era demasiado delgado y, bajo el peso del equipo almacenado, se había resquebrajado en algunos lugares. Un animal podía entrar por alguna de aquellas grietas.

Era demasiado tarde ya para construir otro almacén. Aquellos animales semejantes a ratones estaban dentro y tenían que ser dominados donde estaban.

El biólogo se enderezó.

—Atrápeme unos cuantos vivos y veremos qué se puede hacer.

Por la mañana, una docena de animalitos vivos fueron entregados al laboratorio. Parecían ratones.

Sus reacciones fueron muy raras. Ni uno solo parecía quedar afectado por el mismo veneno. Una mezcla que mataba a uno en unos segundos, dejaba a los demás vivos y sanos, y el veneno destinado a controlar a los omnívoros resultó completamente ineficaz.

Los estragos en el almacén continuaron. Los ratones negros, blancos, pardos o grises, de colas cortas y orejas puntiagudas y largas, o al revés, continuaban comiéndose los concentrados y estropeando lo que no comían.

Marin habló con el ejecutivo, planteando el problema en sus principales líneas tal como lo veía, y comunicándole sus ideas respecto a lo que podía hacerse para combatir aquella plaga.

—¡Pero no podemos construir otro almacén! —arguyó Hafner—. No al menos hasta que el generador atómico esté a punto. Y entonces lo necesitaremos para otros fines. —El ejecutivo apoyó la cabeza entre sus manos—. Tengo otra solución mejor.

Construir uno y ver cómo funciona.

—Yo había pensado en tres —opinó el biólogo.

—Uno —insistió Hafner—. No podemos malgastar el equipo hasta que sepamos cómo actúa.

Probablemente tenía razón. Poseían equipo, tanto como el que podían transportar tres naves. Pero cuanto más llegaba, más necesitaba la colonia. Y el resultado era que siempre andaban escasos de material.

Marin llevó la autorización al ingeniero. De camino, revisó sus especificaciones. Si no podía obtener lo que deseaba, tendría que conformarse con uno.

A los dos días, la máquina estaba lista.

La entregaron al almacén dentro de un pequeño cajón. Lo abrieron y la máquina saltó, plantándose en el suelo.

—¡Un gato! —exclamó el intendente, complacido.

Alargó la mano hacia el peludo y negro robot.

—Si ha tocado usted algo que haya tocado también un ratón, retire la mano —le avisó el biólogo—. Reacciona tanto al olor como a la vista y al sonido.

El intendente retiró la mano apresuradamente. El robot desapareció silenciosamente hacia los montones de provisiones.

Al cabo de una semana, todavía quedaban algunos ratones en el almacén, pero ya no constituían ninguna amenaza.

El ejecutivo llamó a Marin a su despacho, un edificio de baja construcción situado en el centro de la colonia. Ésta iba creciendo, asumiendo un aspecto de permanencia. Hafner estaba sentado, en su silla y contemplaba el crecimiento con íntima satisfacción.

—Un buen trabajo contra la plaga de ratones —dijo.

El biólogo asintió.

—No fue malo, excepto que no hubiera debido haber ratones. La Vigilancia Biológica...

—Olvídelo. Todo el mundo comete equivocaciones, incluso la Vigilancia. —Se inclinó hacia atrás y miró gravemente al biólogo—. Necesito que se lleve a cabo una tarea. Estoy corto de hombres. Si usted no tiene nada que objetar...

El ejecutivo siempre andaba corto de hombres, y así sería hasta que el planeta estuviese superpoblado, y aún entonces trataría de hallar a alguien que realizase el trabajo destinado a sus hombres. Dano Marin no era ningún subordinado de Hafner, sino el representante del Control Biológico en la expedición. Pero era una buena idea colaborar con el ejecutivo. Suspiró.

—No es tan difícil como piensa —le alentó Hafner, interpretando correctamente el suspiro. Sonrió—. Ya tenemos preparada la excavadora y quiero que usted la ponga en marcha.

Puesto que entraba en el cuadro de sus investigaciones, Dano Marin se sintió aliviado.

—Salvo comida, tenemos que importar la mayoría de nuestras provisiones —le explicó Hafner—. Es un largo viaje, y por lo tanto, nos interesa poder utilizar todo lo que podamos encontrar en este planeta. Necesitamos petróleo. Pronto girarán muchas ruedas y habrá que engrasarlas. Con el tiempo, instalaremos una planta sintética, pero si ahora podemos localizar algún nuevo producto en el suelo, será una gran ventaja.

—¿Presume que la geología de Glade es semejante a la de la Tierra?

Hafner agitó una mano.

—¿Por qué no? Es como un hermano gemelo de la Tierra.

«¿Por qué no? Porque nunca puede afirmarse mirando la superficie —pensó Marin—. Parecía como la Tierra..., ¿pero lo era? Bien, ahora tenía la oportunidad de averiguar el historial de Glade.»

Hafner se puso de pie.

—Cuando esté preparado, un técnico le enseñará el manejo de la excavadora. Avíseme antes de irse.

No era una verdadera excavadora. No se movía ni desplazaba un solo grano de tierra o roca. Era un medio para investigar el subsuelo, a bastante profundidad. Como un reptil enorme, bastante grande para que un hombre pudiera vivir en él durante una semana sin grandes incomodidades. Llevaba un generador ultrasónico y un aparato para dirigir el foco al interior del planeta. También había un aparato de envío. El extremo de recepción empezaba con una gran lente sónica que captaba los sonidos del rayo reflejado desde cualquier distancia deseada, convertidos en energía eléctrica y después en una imagen captada sobre una pantalla.

A quince kilómetros de profundidad, la imagen era algo borrosa, pero podían distinguirse los principales rasgos del estrato. A cinco kilómetros era mucho mejor. Podía captar el sonido reflejado por una moneda enterrada y convertirlo en una fotografía en la que podía verse la fecha.

Era para un geólogo lo que un microscopio para un biólogo. Como Marin era lo último, apreciaba esta analogía.

Empezó en la punta de la península y zigzagueó a su través, hacia el istmo. Metódicamente fue cubriendo todo el territorio, durmiendo de noche en la excavadora. A la mañana del tercer día, descubrió rastros de petróleo, y por la tarde localizó la fuente principal.

Probablemente habría pasado más de prisa por aquel lugar, pero tras descubrir el petróleo deseó realizar una investigación más detallada. Empezando por arriba, dejó que la imagen fuese mostrando los sucesivos estratos.

Era lo contrario de lo que debía haber sido. A los pocos palmos de profundidad, había multitud de fósiles, casi todos pertenecientes a las cuatro especies de

mamíferos. Un animal parecido a la ardilla y animales mayores, que pastaban, eran los habitantes de aquellas selvas. De los animales del llano, sólo vio a dos, cuyos tamaños oscilaban entre los más extremos de los moradores de la selva.

Después de los primeros metros de profundidad, que correspondían aproximadamente a veinte mil años, no halló ningún fósil. No, al menos, hasta que llegó a una profundidad que podía parangonarse con la última era carbonífera de la Tierra. Allí halló animales apropiados a tal época. A aquella profundidad y más abajo, la historia de Glade era semejante a la de la Tierra.

Intrigado, siguió investigando en una docena de lugares ampliamente separados entre sí. El resultado fue siempre el mismo: fósiles históricos en los primeros veinte mil años, y ninguno durante cien millones. Después, restos de un buen desenvolvimiento biológico.

En aquel período de cien millones de años, algo único había ocurrido en Glade. ¿Qué?

Al quinto día de su investigación fue interrumpido por el sonido de la radio.

—Marin.

—¿Sí? —giró un conmutador.

—¿Cuándo puede regresar?

Marin consultó el fotomapa.

—Dentro de tres horas. Dos si me apresuro.

—Hágalo en dos. No importa el petróleo.

—Lo encontré. Pero ¿qué ocurre?

—Lo sabrá cuando venga aquí.

A regañadientes, Marin guardó los instrumentos en el interior de la excavadora. Le hizo dar media vuelta y salió a la superficie. La tierra se elevó a bastante altura y los animales huyeron chillando ante aquel monstruo. Siguió avanzando. Si la arboleda era pequeña la rodeaba, de lo contrario la atravesaba, dejando a sus espaldas los troncos tronchados.

Detuvo el poderoso reptil al borde de la colonia. El centro de actividad era el almacén. Unas grúas entraban y salían, transportando las provisiones a una zona despejada del exterior. En una esquina de la construcción halló a Hafner, hablando con un ingeniero.

Hafner se volvió en redondo.

—Sus ratones han crecido, Marin.

El biólogo bajó la vista. El gato-robot yacía en tierra. Se arrodilló y lo examinó. El esqueleto de acero no estaba roto, sino que lo habían doblado fuertemente. La dura piel de plástico estaba desgarrada y, en el interior, el delicado mecanismo estaba masticado hasta convertirse en una masa irreconocible.

En torno al gato había ratas, veinte o treinta, muy grandes para el tamaño medio. El gato había luchado, ya que los animales muertos estaban despanzurrados e increíblemente destrozados. Pero no había podido con todos sus enemigos.

La Vigilancia Biológica había afirmado que en Glade no había ratas. Claro que también afirmó que no había ratones. ¿Cuál era la clave de este error?

El biólogo se incorporó.

—¿Qué está haciendo?

—Construir otro almacén con suelos de tres palmos de espesor, como una construcción monolítica. Y trasladar allí todo lo que pueda.

Marin asintió. Era lo mejor. Naturalmente, se tardaría cierto tiempo y se consumiría energía, toda la que pudiesen extraer del nuevo generador atómico. Las demás construcciones tendrían que ser suspendidas. No era raro que Hafner estuviese enojado.

—¿Por qué no construir más gatos? —sugirió Marin.

El ejecutivo sonrió tristemente.

—No estaba usted aquí cuando abrimos las puertas. El almacén estaba atestado de ratas. ¿Cuántos gatos-robot harían falta, quince?

No lo sé. Además, el ingeniero me ha comunicado que no tenemos bastantes piezas para construir más gatos. Tal vez sólo tres. Y éste que está en el suelo no puede repararse.

«No hacía falta ser ingeniero para verlo», pensó Marin.

—Si necesitásemos más —continuó Hafner—, tendríamos que sacar el computador de la nave, y me niego a consentirlo.

Naturalmente. La nave era la única relación con la Tierra hasta que llegase la nueva expedición de colonos. Ningún ejecutivo permitiría que mutilasen su nave.

Pero ¿por qué le había llamado Hafner? ¿Sólo para informarle de la situación?

Hafner adivinó sus pensamientos.

—De noche alumbraremos las provisiones que estamos sacando del almacén. Apostaremos guardias armados con rifles cargados hasta que podamos llevar la comida al otro almacén. Esto tardará unos diez días. Mientras tanto, nuestras cosechas maduran. Supongo que las ratas asolarán los sembrados en busca de alimentos. A fin de proteger nuestras provisiones futuras, tendrá que activar a sus animales.

El biólogo lo miró fijamente.

—Pero va contra los reglamentos soltar a ningún animal sobre el planeta hasta que se haya realizado una completa investigación sobre los posibles efectos.

—Lo cual tardará diez o veinte años. Éste es un caso de emergencia y yo soy el responsable. Se lo ordenaré por escrito, si quiere.

El biólogo se hallaba efectivamente entre la espada y la pared.

Otra Australia infectada de conejos o el planeta del que los caracoles se apoderaban podía quedar asolado, pero él no podía hacer nada.

—No creo que sirvan de nada contra ratas de este tamaño —protestó.

—Usted obtuvo hormonas. Aplíquelas.

El ejecutivo le volvió la espalda y empezó a discutir detalles del nuevo almacén con el ingeniero.

Marin reunió todas las ratas muertas y las colocó en el frigorífico para su posterior estudio.

Después se retiró al laboratorio y efectuó un curso de tratamiento para los animales domésticos que los colonos habían traído consigo. Les dio las primeras inyecciones y los vigiló celosamente hasta que hubieron superado la primera fase de crecimiento. Tan pronto como vio que sobrevivían, los alimentó.

Después se concentró en las ratas. Era sorprendente la gran variedad de tamaños. Por dentro, sucedía lo mismo. Poseían los órganos normales, pero las proporciones de cada uno variaban grandemente, mucho más de lo normal. Sus dientes no eran uniformes. Algunas tenían gruesos colmillos asentados en delicadas mandíbulas; otras, los tenían muy pequeños y no concordaban con su maciza estructura ósea. Y como especie, eran la reunión de animales más diversos que pudiera ver un biólogo.

Puso sus tejidos al microscopio y comparó los resultados. Aquí había menos diferencias entre los distintos individuos, pero aún las suficientes para mantenerlo meditabundo. Las células reproductoras, especialmente, eran asombrosas.

Aquel mismo día, más tarde, sintió más que oyó el zumbido de la maquinaria de la construcción. Miró hacia fuera y vio una columna de humo elevándose al cielo. Tan pronto como la vegetación quedó chamuscada, el humo cesó y las olas de calor danzaron en el aire.

Construían en un altozano. Los pequeños animalitos que se arrastraban por la maleza atacaban los lugares más vulnerables: los depósitos de comida. No había maleza, ni una brizna de hierba en el altozano cuando los colonos terminaron su tarea.

Terriers. En el pasado eran los perros de caza de la era de la agricultura. Lo que les faltaba de tamaño lo tenían de ferocidad hacia los roedores. Habían aprendido sus mañas en los graneros y los campos y, durante breve tiempo, lo estaban haciendo de nuevo en los mundos coloniales donde las condiciones se repetían.

Los perros que habían traído los colonos desde la Tierra eran terriers. Todavía eran rápidos, con las mismas disposiciones contra los roedores, pero ya no eran tan pequeños. Había sido una labor difícil, pero Marin había triunfado, ya que los perros no habían perdido ninguna de sus facultades a pesar de tener ahora el tamaño de un danés.

Las ratas se trasladaron rápidas a los sembrados de cosechas. Éstas estaban destinadas a los mundos coloniales. Podían ser plantadas, crecían y se recolectaban en unas cuantas semanas. Después de tales plantaciones, la fertilidad del suelo decaía visiblemente, pero esto nada significaba en los primeros tiempos de colonización de un planeta cuya tierra estaba virgen.

La plaga de las ratas creció en los sembrados y los perros fueron soltados contra ellas. Corrieron por los campos, cazando. Una embestida, un chasquido de sus mandíbulas, una cabeza que se bambolea, y la rata era arrojada a un lado, con la espalda rota. Después, los perros cazaban la siguiente.

Hasta el anochecer, los perros siguieron sus alocadas carreras, persiguiendo y destrozando. Por la noche estaban ensangrentados, la mayoría exhaustos. Marin los atendió con antibióticos, les vendó las heridas, los alimentó directamente en las venas, y les inyectó un somnífero estimulante, que al día siguiente los tuvo dispuestos para reanudar la batalla.

Las ratas tardaron dos días en aprender que no debían alimentarse de día. En menor número, acudieron de noche. Treparon a los tallos y mordisquearon los frutos. Después se dedicaron a los granos y verduras.

Al día siguiente, los colonos instalaron luces. Los perros corrieron también de noche para desanimar a las ratas, que todavía fueron bastante tontas como para dejarse ver a la luz del sol. Una hora antes del crepúsculo, Marin llamó a los perros y les indujo a un forzado descanso. Luego los sacó después del anochecer y los llevó, tambaleándose, a los sembrados. El olor de las ratas los reanimó; se mostraron tan ávidos como siempre, si no tan veloces.

Las ratas llegaron de los prados del contorno, no de una en una ni de dos en dos, como antes; esta vez iban todas juntas. Chillando y susurrando entre la hierba, avanzaron hacia los sembrados. Estaba todo muy oscuro, y aunque no podía verlas, Marin las oía. Ordenó que se encendieran todos los focos en los campos.

Las ratas se detuvieron ante aquella luz cegadora e inútilmente empezaron a dar vueltas. Los perros aullaron. Marin los retuvo. Las ratas continuaron su marcha y Marin soltó a los perros.

Éstos atacaron, pero no se atrevieron a internarse entre el cuerpo principal de roedores. Atraparon a las extraviadas y forzaron a las demás a apretar su formación. Después, las ratas fueron virtualmente inexpugnables.

Los colonos hubieran podido chamuscar a las ratas disponiendo del equipo adecuado, pero no lo tenían ni lo conseguirían en varios años. Y aunque lo hubiesen tenido, el empleo de tal equipo habría perjudicado las cosechas, que si podían deseaban salvar. La mejor solución eran los perros.

La formación de ratas llegó al borde de los campos y allí se deshizo. Podían enfrentarse con un enemigo común permaneciendo unidas, pero la presencia de la

comida les hizo olvidarse de su estrategia y se dispersaron, ya que el hambre es el gran divisor. Los perros saltaron gozosamente, emprendiendo su persecución. Cazaron a los roedores muertos de inanición, uno a uno, y los mataron sin compasión.

Cuando salió el sol, la amenaza de las ratas había terminado.

A la mañana siguiente, los colonos recolectaron y almacenaron las provisiones, disponiendo inmediatamente otra cosecha.

Marin se sentó en el laboratorio y analizó la situación. La colonia iba de crisis en crisis, todas relacionadas con los alimentos. En sí, cada situación crítica era de orden menor, pero todas juntas podían significar un fracaso. Carecían del material necesario para colonizar Glade.

La culpa parecía ser del Control Biológico; no habían comunicado la presencia de las pestes que dañaban las provisiones de alimentos. A pesar de lo que el ejecutivo opinase, la Vigilancia conocía su oficio. Si afirmaban que no había ratones ni ratas en Glade, era porque no había... «cuando se llevó a cabo la exploración».

La cuestión, pues, era: ¿cuándo y cómo llegaron al planeta?

Marin contempló la pared, desmenuzando varias hipótesis en su cerebro, y descartándolas al ver que carecían de sentido.

Su mirada se trasladó desde la pared a la jaula del omnívoro, el ser del bosque en forma de ardilla. El animal más numeroso de Glade. Era algo que los colonos veían por doquier.

Y no obstante era un animal muy notable, más de lo que se había figurado. De aspecto insignificante, podía ser el más importante de los animales que el hombre había hallado en los diversos planetas explorados. Cuanto más lo contemplaba, más se convencía de ello.

Guardó silencio, observando al animal, sin atreverse a mover. Permaneció allí sentado hasta que oscureció y el omnívoro reemprendió su normal actividad.

¿Normal? El adjetivo no podía aplicarse a Glade.

El intermedio con el omnívoro le proporcionó una respuesta. Necesitaba otra; creía conocerla, pero le hacían falta más datos, más observaciones.

Instaló su equipo cuidadosamente en los límites de la colonia. Allí y en ningún otro lugar residía la información que necesitaba.

Pasó algún tiempo en la excavadora, comprobando sus investigaciones primitivas. Logró formar un cuadro completo.

Cuando estuvo seguro de los hechos visitó a Hafner.

El ejecutivo estaba de buen humor, como resultado de la facilidad con que se desenvolvía, en general, la colonia.

—Siéntese. ¿Fuma?

El biólogo se sentó y aceptó un cigarrillo.

—Pensé que desearía saber de dónde vinieron los ratones.

Hafner sonrió.

—Ya no nos molestan.

—También he determinado el origen de las ratas.

—Están bajo control. Estamos triunfando en toda la línea.

«Al contrario», pensó Marin. Buscó un comienzo apropiado.

—Glade posee un clima y una topografía semejante a la Tierra —comenzó—. Así fue durante veinte mil años. Pero antes, unos cien millones de años antes, tuvo también un período comparable al de la Tierra.

Vio un interés sólo cortés en el rostro del ejecutivo, mientras le explicaba lo que era obvio. Bien, sí, era obvio, hasta cierto punto. Pero las conclusiones no lo eran.

—Entre un centenar de millones de años y veinte mil años atrás, algo ocurrió en Glade —prosiguió Marin—. Ignoro la causa; ésta pertenece a la historia cósmica y jamás lo descubriremos. Además, sea cual sea la causa (fluctuaciones en el sol, equilibrio inestable de las fuerzas internas del planeta, o tal vez un choque con una nube de polvo interestelar de densidad variable), el clima de Glade cambió.

»Cambió con una violencia inesperada y continuó cambiando. Hace cien millones de años, más o menos, habían selvas carboníferas en Glade. Por ellas se arrastraban gigantescos reptiles semejantes a los dinosaurios y pequeños mamíferos. El primer gran cambio borró de la faz del planeta a los dinosaurios, lo mismo que en la Tierra. No exterminó a los más primitivos antepasados del omnívoro, porque éstos se adaptaron a los cambios.

»Permítame que le dé una idea de cómo cambiaron las condiciones. Durante unos años, una zona determinada era un desierto; después se convertiría en una selva. Más tarde, empezaba a formarse un glaciar. Y el ciclo volvía a repetirse, con grandes variaciones. Todo esto podía suceder (sucedió), dentro de un período que apenas abarcaba la existencia de un omnívoro. Y ocurrió muchas veces. Durante cien millones de años, aproximadamente, ésta fue la pauta de la existencia en Glade. Esta condición apenas servía para conservar los fósiles.

Hafner captó el significado de aquello y se mostró preocupado.

—Quiere decir que estas condiciones fluctuantes del clima terminaron hace veinte mil años, ¿verdad? ¿Pueden volver a empezar?

—No lo sé —le confesó el biólogo—. Si le interesa, probablemente podrá predecirse.

El ejecutivo asintió, mohíno.

—Sí, me interesa.

«Nos interesa a todos», pensó el biólogo.

—Lo interesante es que la supervivencia era difícil —prosiguió en voz alta—. Las aves podían volar y se marchaban a mejores climas, y algunas sobrevivieron. Y sólo una especie de mamíferos consiguió resistir.

—Sus hechos no son exactos —observo Hafner—. Existen cuatro especies, que van desde el tamaño de la ardilla al del búfalo marino.

—Una especie —repitió Marin, exaltado—. Son la misma. Si aumenta el alimento para los animales más grandes, algunas de las llamadas especies menores crecen de tamaño. Al revés, si la comida escasea, la generación siguiente, que por lo visto puede producirse casi instantáneamente, adopta una forma adecuada a la provisión de la comida.

—Los ratones... —articuló Hafner lentamente.

—Los ratones no existían cuando llegamos al planeta. Nacieron directamente del omnívoro semejante a la ardilla.

Hafner asintió.

—¿Y las ratas?

—Nacieron del siguiente tamaño mayor. Al fin y al cabo, estamos rodeados por el animal tal vez más difícil de exterminar de cuantos conocemos.

Hafner era un hombre práctico, acostumbrado a administrar colonias espaciales. Los conceptos no eran materia de su especialidad.

—¿Mutaciones, eh? Pero yo creía...

El biólogo sonrió. Una sonrisa sin humor apenas esbozada.

—En la Tierra serían mutaciones, transmutaciones, transformaciones. Aquí es meramente una adaptación normal de la evolución —movió la cabeza—. No se lo dije, pero los omnívoros, aunque puedan ser confundidos con animales terrestres, carecen de genes y cromosomas. Obviamente, han de tener herencia, pero no sé cómo la consiguen. Sin embargo, funciona, responde a las condiciones exteriores más de prisa que en cualquier otro ser conocido.

—Entonces, jamás podremos librarnos de estas plagas —admitió Hafner—. A menos que exterminemos la vida animal del planeta.

—¿Polvo radiactivo? —inquirió el biólogo—. Han sobrevivido a cosas peores.

El ejecutivo consideró las posibles alternativas.

—Tal vez deberíamos abandonar el planeta, cediéndoselo a estos animales.

—Demasiado tarde —replicó el biólogo—. Estarán también en la Tierra y en todos los planetas donde nos instalemos.

Hafner lo miró. Acababa de pensar lo mismo que Marin. Tres naves habían sido ya enviadas a colonizar Glade. Una se había quedado con los colonos, como un seguro de supervivencia por si ocurría algo imprevisto. Dos habían regresado a la Tierra para comunicar sus informes y detallar las provisiones y material que se necesitaba. También se habían llevado especímenes del planeta.

Las jaulas se guardaban en lugares seguros. Pero de aquellos seres podían derivarse unas especies más pequeñas, que debían ya de estar libres, sin ser detectadas, entre las mercancías de las naves.

No podían hacer nada para interceptar tales naves. Y una vez llegaran a la Tierra, ¿sospecharían algo los biólogos? No, durante largo tiempo. Primero aparecería una nueva clase de rata. Una mutación, naturalmente. Sin conocimientos específicos, no habría nada que relacionase la nueva especie con los animales apresados en Glade.

—Hemos de quedarnos —añadió Marin—. Tenemos que estudiarlos y hacer cuanto podamos.

Pensó en el vasto complejo de los edificios de la Tierra. Eran una inversión demasiado fabulosa para destruirlos y convertirlos en construcciones a prueba de ratas. Miles de millones de personas no podrían abandonar el planeta mientras durasen las obras.

Ellos tenían que quedarse en Glade no como una colonia, sino como un gigantesco laboratorio. Habían conquistado un planeta y perdido el equivalente de diez, tal vez más cuando las propiedades destructoras de los omnívoros fuesen finalmente comprobadas.

Una tos animal interrumpió los pensamientos del biólogo. Hafner alzó la cabeza y miró hacia la ventana. Con los labios contraídos cogió un fusil y salió. Marin lo siguió.

El ejecutivo se encaminó hacia los campos donde estaba madurando la segunda cosecha. Se detuvo sobre una loma y se arrodilló. Movié la palanca hasta «carga extrema», apuntó y disparó. Demasiado alto; no acertó al animal. Entre la verde vegetación apareció una nueva cinta de color castaño.

Apuntó con más cuidado y volvió a tirar. La carga surgió del cañón, chocó contra la pata delantera del animal. La bestia saltó en el aire y cayó, muerta.

Se inclinaron sobre el animal que Hafner acababa de matar. Salvo por la falta de rayas, era una buena imitación de un tigre.

El ejecutivo le propinó un puntapié.

—Echamos a las ratas del almacén y se marcharon a los campos —murmuró—. Las arrojamos de los campos con los perros y se han convertido en tigres.

—Más fácil que con las ratas —le recordó Marin—. A los tigres es más fácil cazarlos.

Se inclinó sobre el perro descuartizado al que el tigre había sorprendido.

El otro perro llegó aullando desde el extremo más lejano del campo, adonde había huido aterrado. Era un perro muy valiente, pero no podía enfrentarse con aquel gran carnívoro. Sollozó y lamió la cabeza de su compañero.

El biólogo cogió el destrozado perro y se dirigió al laboratorio.

—No puede salvarlo —le gritó Hafner—. Está muerto.

—Pero no los cachorros. Es una perra —le explicó Marin—. Los necesitaremos. Las ratas no desaparecerán sólo porque haya tigres por aquí.

La cabeza le caía flojamente sobre el brazo y la sangre iba manchando su

chaqueta. Hafner le siguió hasta la cima del altozano.

—Llevamos aquí tres meses —rezongó de repente el ejecutivo—. Los perros llevan sólo dos en los campos y, sin embargo, el tigre estaba muy crecido. ¿Cómo puede explicarse esta anomalía?

Marin casi se doblaba bajo el peso del perro. Hafner jamás lo comprendería. Como biólogo, todas sus categorías estaban trastornadas. ¿Cómo lo explicaría la evolución? Era la historia de la vida orgánica en un mundo particular. Esto era la evolución. Más allá de este mundo particular, no tenía ninguna aplicación.

Incluso respecto al hombre había muchas cosas ignoradas, obscuras lagunas que no conseguían llenar las diversas teorías formuladas. Respecto a otros seres, naturalmente, su ignorancia no tenía límites.

El nacimiento era simple; ocurría en innumerables planetas. Seres herbívoros, fieras carnívoras... los animales más inverosímiles daban nacimiento a otras generaciones. Sucedió constantemente. Y los jóvenes crecían, se desarrollaban y se apareaban.

Recordó aquella noche en el laboratorio. Fue accidental... pero ¿y si hubiese estado en otra parte y no lo hubiese visto? No sabrían ni siquiera lo poco que sabían.

—Si el factor supervivencia —le explicó a Hafner— es alto y existe gran disparidad en los tamaños, el joven no necesita ser joven. Puede nacer tan desarrollado ya como un adulto.

Aunque no en la proporción inicial, la colonia progresó. Las rápidas cosechas se tornaron más lentas y se plantó una selección más variada. Se construyeron nuevos edificios y las provisiones se almacenaron donde pudieran ser fácilmente inspeccionadas.

Los cachorros sobrevivieron y al cabo de un año eran ya adultos. Después de ser debidamente amaestrados, los soltaron en los campos donde se unieron a los otros perros. La batalla contra las ratas prosiguió, y al fin consiguieron dominarlas, aunque los daños fueron considerables.

El animal original, sin haber cambiado de forma, desarrolló un enorme apetito por la aislación eléctrica. No había ninguna protección excepto mantener la corriente constantemente en marcha. Incluso así se producían interrupciones perjudiciales, hasta que se localizaba el corte y la chamuscada carcasa era retirada. Los vehículos se guardaban estrechamente encerrados o aparcados, sólo en los edificios a prueba de ratas. Aunque la plaga no crecía en número, tampoco podía ser eliminada por completo.

Había bastantes tigres, pero por su gran tamaño eran muy fáciles de abatir. Merodeaban de noche, de modo que se apostaron guardias en torno a la colonia durante todo el día. Cuando los focos no llegaban, se utilizaban los rayos infrarrojos.

Tan pronto como llegaban los tigres, caían muertos. Excepto el primer día, no se perdió un solo perro.

Los tigres cambiaron, aunque no de forma. Exteriormente, seguían siendo los grandes y poderosos asesinos. Pero a medida que su matanza prosiguió, Marín observó asombrado, que la estructura orgánica interna se tornaba progresivamente más joven.

El último que le llevaron para su examen era el equivalente a un cachorro recién nacido. Aquel diminuto estómago admitiría más fácilmente una ración de leche que de trigo. De qué manera obtenían aquellos animales la energía para la formación a voluntad de aquellos músculos era casi un milagro. Pero era así, y transcurrieron quince minutos antes de que el animal fuese abatido. No se perdió ninguna vida, pero la enfermería estuvo muy atareada.

Fue el último tigre que mataron. Después cesaron los ataques.

Transcurrieron las estaciones y no ocurrió ninguna novedad. Una civilización espacial o el fragmento representado por la colonia era excesivo para el ser al que Marín se había acostumbrado a llamar «omnívoro». Había surgido de un pasado cataclismo, pero no podía resistir el reto del nuevo ambiente.

O así parecía.

Tres meses antes de la llegada de los nuevos colonos, fue detectado un nuevo animal. Faltaba comida de los sembrados. No era otro tigre, ya que éstos eran carnívoros. Ni ratas, ya que los tallos quedaban destrozados de manera muy distinta a como lo hacían los roedores.

La comida no era importante. La colonia tenía un buen depósito. Pero si los nuevos animales significaban otra plaga, era necesario saber cómo afrontarla. Cuanto antes supieran qué clase de animal era, mejor sería la defensa que podrían presentar contra él.

Los perros eran inútiles. El animal rondaba por los campos donde los perros eran soltados, pero no atacaban ni siquiera parecían conocer su existencia.

De nuevo, los colonos se vieron obligados a montar guardia.

Pero los nuevos animales los esquivaron. Patrullaron durante una semana sin obtener ningún resultado.

Hafner hizo instalar un sistema de alarma en el campo más frecuentado por el animal. También la detectó, y el animal trasladó su campo de operaciones a un sembrado donde todavía no estaba instalado el sistema de alarma.

Hafner habló con el ingeniero, el cual construyó una alarma que reaccionaba a la radiación del cuerpo. La enterraron en el primer campo y la vieja alarma fue trasladada al otro.

Dos noches más tarde, poco antes del amanecer, sonó la alarma.

Marin se reunió con Hafner al borde de la colonia. Ambos llevaban rifles. Echaron a andar. El ruido de un vehículo podía asustar al animal. Dieron varias vueltas, acercándose al campo por detrás.

Los hombres del campamento estaban alerta. Si necesitaban ayuda, la obtendrían al momento.

Se arrastraron silenciosamente por entre la maleza. El animal estaba comiendo en el campo, sin hacer ruido, pero lograron captar el leve rumor. Los perros no habían ladrado.

Se fueron acercando. El sol azul de Glade brilló en el horizonte, iluminando su presa. El rifle cayó de la mano de Hafner. Apretó los dientes y volvió a cogerlo, apuntando.

Marin extendió el brazo.

—¡No dispare! —le susurró.

—Yo soy el ejecutivo y afirmo que es un ser peligroso.

—Peligroso —asintió Marin, aún en susurros—. Por eso no debemos disparar. Es más peligroso de lo que creemos.

Hafner vaciló y Marin continuó:

—El omnívoro no pudo contender con el cambio ambiental, y así se convirtió en ratón. Destruimos a los ratones y entonces se transformaron en ratas. Más adelante, éstas desarrollaron el tigre.

»El tigre resultó más fácil para nosotros, y aparentemente, los omnívoros cesaron en sus esfuerzos. Pero sólo por un breve período de tiempo. Se estaba formando otro animal, el que usted ve allí. El omnívoro tardó dos años en desarrollarlo... ¿Cómo? No lo sé. Se necesitaron un millón de años para desarrollarlo en la Tierra.

Hafner no abatió el rifle ni mostró deseos de hacerlo. Miraba por entre el alza y el punto de mira.

—¿No lo entiende? —le apremió Marin. Luego añadió—: No podemos destruir al omnívoro. Ahora ya está en la Tierra y en otros planetas, en los depósitos de nuestras grandes ciudades, enmascarado como rata. Y nosotros que no hemos sido siquiera capaces de exterminar nuestras propias ratas de la Tierra, ¿cómo podemos pretender exterminar al omnívoro?

—Mayor motivo para empezar ahora —se obstinó Hafner.

Marin logró bajarle el rifle.

—¿Son sus ratas mejores que las nuestras? —preguntó cansinamente—. ¿Vencerán sus pestes o las nuestras son más resistentes? ¿O harán la paz, se unirán y criarán entre sí para presentar contra nosotros un frente unido? No es imposible; el omnívoro puede hacerlo si el apareamiento intermedio es un factor de supervivencia.

»¿No lo ve? —añadió tras una pausa—. Hay una progresión. Después del tigre... esto. Si la evolución falla, si lo matamos, ¿qué creará a continuación? Con este ser

podemos competir.

«Pero es con el siguiente con el que no quiero enfrentarme», pensó.

Los oyó. Levantó la cabeza y miró en tomo. Lentamente, se fue alejando hasta una cercana arboleda.

El biólogo se incorporó y lo llamó suavemente. El ser se mezcló por entre los árboles y se detuvo al llegar a una espesa sombra.

Los dos hombres dejaron sus rifles en tierra. Juntos se aproximaron a la arboleda con las manos bien abiertas y separadas para mostrar que no llevaban armas.

El animal salió a su encuentro. Iba desnudo, ya que aún no había aprendido el valor de los vestidos. Ni tenía armas. Cogió una flor blanca de uno de los árboles y la enseñó como un mudo símbolo de paz.

—Me pregunto cómo será —musitó Marin—. Parece adulto, pero ¿es posible que ya lo sea? ¿Qué habrá dentro de su cuerpo?

—Yo me pregunto qué habrá dentro de su cabeza —reflexionó Hafner sarcásticamente.

Aquel animal se parecía mucho a un hombre.

Evolución 2

Ruido atronador (Ray Bradbury)

Ray Bradbury (1920-) es uno de los escritores más apreciados en Norteamérica, y famoso por sus poéticos relatos cortos y su novela Fahrenheit 451 (1953), que fue convertida en película con gran éxito por Francois Truffaut. Entre sus numerosas recopilaciones de relatos, Crónicas marcianas (1950) y El hombre ilustrado (1951) siguen gozando del favor del público. Sin embargo, su recopilación definitiva es la impresionante obra The stories of Ray Bradbury (1980). Ray Bradbury nació en Waukegan, Illinois, y la mayor parte de sus historias poseen un fuerte sabor a Medio Oeste, pese a que haya pasado casi toda su vida en Los Ángeles.

Siguiendo con la evolución y volviendo nuevamente al azar que rige las mutaciones. Se trata de un tema que inquieta a la mayoría de las personas. ¿Puede la especie humana deberse únicamente al azar? Naturalmente, no se trata del azar por sí solo, sino guiado o dirigido por la selección natural. Sin embargo, ¿basta tal dirección, ciega y carente de inteligencia, para dar lugar al ser humano?

Si realmente la evolución se ha producido al azar, sin una dirección consciente, ¿no es una casualidad fantástica que estemos aquí? A lo largo de la historia de la evolución, podría haberse producido un millón de pequeñas circunstancias cuyo resultado habría sido nuestra no existencia.

Probablemente, nadie ha ilustrado este hecho con mayor dramatismo que Bradbury en Ruido atronador (que considero su mejor relato corto). Si llegamos a viajar en el tiempo, tendremos que medir muy bien cada paso que demos. ¡Literalmente!

Isaac Asimov

El anuncio que había en la pared parecía temblar bajo una deslizante película de agua caliente. Eckels notó que sus pestañas parpadeaban, y el anuncio brilló en aquella momentánea obscuridad:

SAFARI EN EL TIEMPO S. A.
SAFARIS A CUALQUIER AÑO DEL
PASADO
USTED ELIGE EL ANIMAL
NOSOTROS LE LLEVAMOS ALLÍ
USTED LO MATA

A Eckels se le formó una flema en la garganta. Tragó saliva empujando hacia abajo la flema. Los músculos alrededor de la boca dibujaron una sonrisa mientras que lentamente alzaba su mano, con la que agitaba un cheque por valor de diez mil dólares ante el hombre situado al otro lado del escritorio.

—¿Este safari garantiza que yo regrese vivo?

—No garantizamos nada —dijo el oficial—, excepto los dinosaurios —se volvió

—. Éste es el señor Travis, su guía para el safari en el pasado. Él le dirá a qué debe disparar y en qué momento. Si usted desobedece sus instrucciones, hay una multa de otros diez mil dólares, además de una posible sanción por parte del gobierno, a la vuelta.

Eckels miró la confusa maraña zumbante de cables y cajas de acero, y el aura ora anaranjada, ora plateada, ora azul que había al otro extremo de la vasta oficina. Era como el sonido de una gigantesca hoguera donde ardía el tiempo, todos los años y todos los calendarios de pergamino, todas las horas amontonadas en llamas.

El roce de una mano, y este fuego se volvería maravillosamente y en un instante, sobre sí mismo. Eckels recordó las palabras de los anuncios en la carta. De las brasas y cenizas, del polvo y los carbones, como doradas salamandras, saltarán los viejos años, los verdes años; rosas endulzarán el aire, las canas se volverán negro ébano, las arrugas desaparecerán; todo regresará volando a la semilla, huirá de la muerte, retornará a sus principios; los soles se elevarán en los cielos occidentales y se pondrán en orientes gloriosos, las lunas se devorarán al revés a sí mismas, todas las cosas se meterán vivas en otras como cajas chinas, los conejos entrarán en los sombreros, todo volverá a la fresca muerte, la muerte en la semilla, la muerte verde, al tiempo anterior al comienzo. Bastará el roce de una mano, el más leve roce de una mano.

—¡Maldita sea! —murmuró Eckels con la luz de la máquina iluminando su delgado rostro—. Una verdadera máquina del tiempo —sacudió la cabeza—. Da que pensar. Si ayer la elección hubiera ido mal, yo quizás estaría aquí huyendo de los resultados. Gracias a Dios, ganó Keith. Será un buen presidente.

—Sí —dijo el hombre sentado tras el escritorio—. Tenemos suerte. Si Deutscher hubiese ganado, tendríamos la peor de las dictaduras. Es el antitodo, militarista, anticristo, antihumano, antiintelectual. La gente nos llamó, ya sabe usted, bromeando aunque no del todo. Decían que si Deutscher era presidente querían ir a vivir a 1492. Por supuesto, no nos ocupamos de organizar evasiones, sino safaris. De todos modos, el presidente es Keith. Ahora su única preocupación es...

Eckels terminó la frase:

—Matar mi dinosaurio.

—Un *Tyrannosaurus rex*. El Lagarto del Trueno, el más terrible monstruo de la historia. Firme este permiso. Si le pasa algo, no somos responsables. Estos dinosaurios son voraces.

Eckels enrojeció, enojado.

—¡Trata de asustarme!

—Francamente, sí. No queremos que vaya nadie que sienta pánico al primer tiro. El año pasado murieron seis jefes de safaris y una docena de cazadores. Vamos a darle a usted la más condenada emoción que un cazador pueda pretender. Lo

enviaremos a sesenta millones de años atrás para que disfrute de la mayor cacería de todos los tiempos. Su cheque está todavía aquí. Rómpalo.

El señor Eckels miró el cheque durante un rato. Se le retorcieron los dedos.

—Buena suerte —dijo el hombre sentado tras el mostrador—. El señor Travis está a su disposición.

Silenciosamente cruzaron el salón, llevando los fusiles, hacia la Máquina, hacia el metal plateado y la luz rugiente.

Primero un día y luego una noche y luego un día y luego una noche, y luego día-noche-día-noche-día... Una semana, un mes, un año, ¡una década! 2055. 2019. ¡1999! ¡1957! ¡Desaparecieron! La Máquina rugió.

Se pusieron los cascos de oxígeno y probaron los intercomunicadores.

Eckels se balanceaba en el asiento almohadillado, con rostro pálido y duro. Sintió un temblor en los brazos y bajó los ojos y vio que sus manos apretaban el fusil. En la Máquina había otros cuatro hombres. Travis, el jefe del safari, su asistente, Lesperance, y otros dos cazadores, Billings y Kramer. Se miraron mutuamente y los años llamearon alrededor.

—¿Estos fusiles pueden matar a un dinosaurio de un tiro? —preguntó Eckels.

—Si da usted en el sitio preciso —dijo Travis por la radio del casco—. Algunos dinosaurios tienen dos cerebros, uno en la cabeza, otro en la columna vertebral. Si no les tiramos a éstos, tendremos más probabilidades. Acíértele con los dos primeros tiros a los ojos, si puede, cegándolo, y luego dispare al cerebro.

La Máquina aulló. El tiempo era una película que corría hacia atrás. Pasaron soles, y luego diez millones de lunas.

—¡Dios santo! —dijo Eckels—. Los cazadores de todos los tiempos nos envidiarían.

El Sol se detuvo en el cielo.

La niebla que había envuelto la Máquina se desvaneció. Se encontraban en los viejos tiempos, tiempos muy viejos en verdad, tres cazadores y dos jefes de safari con sus metálicos rifles azules sobre las rodillas.

—Cristo no ha nacido aún —dijo Travis—. Moisés no ha subido a la montaña a hablar con Dios. Las Pirámides están todavía en la tierra, esperando. Recuerde que Alejandro, César, Napoleón, Hitler... no han existido.

Los hombres asintieron con movimientos de cabeza.

—Eso —señaló el señor Travis— es la jungla de sesenta millones dos mil cincuenta y cinco años antes del presidente Keith.

Mostró un sendero de metal que se perdía entre la vegetación salvaje, sobre

pantanos humeantes, entre palmeras y helechos gigantescos.

—Y eso —dijo— es el Sendero, instalado por Safari en el Tiempo para su provecho. Flota a diez centímetros del suelo. No toca ni siquiera una brizna, una flor o un árbol. Es de un metal antigravitatorio. El propósito del Sendero es impedir que, de algún modo, usted toque este mundo del pasado. No se salga del Sendero. Repito. *No se salga de él.* ¡Por ningún motivo! Si se cae del Sendero hay una multa. Y no tire contra ningún animal que nosotros no aprobemos.

—¿Por qué? —preguntó Eckels.

Estaban en la antigua selva. Unos pájaros lejanos gritaban en el viento, y había un olor de alquitrán y viejo mar salado, hierbas húmedas, y flores de color de sangre.

—No queremos cambiar el futuro. Este mundo del pasado no es el nuestro. Al gobierno no le gusta que estemos aquí. Tenemos que dar mucho dinero para conservar nuestras franquicias. Una máquina del tiempo es un asunto delicado. Podemos matar inadvertidamente un animal importante, un pajarito, un coleóptero, aun una flor, destruyendo así un eslabón importante en la evolución de las especies.

—No me parece muy claro —dijo Eckels.

—Muy bien —continuó Travis—, digamos que accidentalmente matamos aquí un ratón. Eso significa destruir las futuras familias de ese individuo, ¿entiende?

—Entiendo.

—¡Y todas las familias de las familias de ese individuo! Con sólo un pisotón aniquila usted primero uno, luego una docena, luego mil, un millón, ¡un billón de posibles ratones!

—Bueno, ¿y eso qué? —dijo Eckels.

—¿Eso qué? —gruñó suavemente Travis—. ¿Qué pasa con los zorros que necesitan esos ratones para sobrevivir? Por falta de diez ratones muere un zorro. Por falta de diez zorros, un león muere de hambre. Por falta de un león, especies enteras de insectos, buitres, infinitos billones de formas de vida son arrojadas al caos y la destrucción. Eventualmente todo se reduce a esto: cincuenta y nueve millones de años más tarde, un hombre de las cavernas, uno de la única docena que hay en todo el mundo, sale a cazar un jabalí o un tigre para alimentarse. Pero usted, amigo, ha aplastado con el pie a todos los tigres de esa zona, al haber pisado un ratón. Así que el hombre de las cavernas se muere de hambre. Y el hombre de las cavernas, no lo olvide, no es un hombre que pueda desperdiciarse, ¡no! Es toda una futura nación. De él nacerán diez hijos. De ellos nacerán cien hijos, y así hasta llegar a nuestros días. Destruya usted a ese hombre, y destruye usted una raza, un pueblo, toda una historia viviente. Es como asesinar a uno de los nietos de Adán. El pie que ha puesto usted sobre el ratón desencadenará así un terremoto, y sus efectos sacudirán nuestra Tierra y nuestros destinos a través del tiempo, hasta sus raíces. Con la muerte de ese hombre de las cavernas, un billón de otros hombres no saldrán nunca de la matriz. Quizá

Roma no se alce nunca sobre las siete colinas. Quizás Europa sea para siempre un bosque oscuro, y sólo crezca Asia saludable y prolífica. Pise usted un ratón y aplastará las Pirámides. Pise un ratón y dejará su huella, como un abismo en la eternidad. La reina Isabel no nacerá nunca, Washington no cruzará el Delaware, nunca habrá un país llamado Estados Unidos. Tenga cuidado. No se salga del Sendero. ¡Nunca pise fuera!

—Ya veo —dijo Eckels—. Ni siquiera debemos pisar la hierba.

—Correcto. Al aplastar ciertas plantas quizá sólo sumemos factores infinitesimales. Pero un pequeño error aquí se multiplicará en sesenta millones de años hasta alcanzar proporciones extraordinarias. Por supuesto, quizá nuestra teoría esté equivocada. Quizá nosotros no podamos cambiar el tiempo. O quizá sólo pueda cambiar de modo muy sutil. Quizás un ratón muerto aquí provoque un desequilibrio entre los insectos más allá, más tarde, una desproporción en la población, una mala cosecha luego, una depresión, hambres colectivas, y, finalmente, un cambio en la conducta social de alejados países. O aún algo mucho más sutil. Quizá sólo un suave aliento, un murmullo, un cabello, polen en el aire, un cambio tan, tan leve que uno podría notarlo sólo mirando muy de cerca. ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede decir realmente que lo sabe? Nosotros no. Nuestra teoría no es más que una hipótesis. Pero mientras no sepamos con seguridad si nuestros viajes por el tiempo pueden terminar en un gran estruendo o en un imperceptible crujido, tenemos que tener mucho cuidado. Como usted sabe, esta máquina, este sendero, nuestros cuerpos y nuestras ropas han sido esterilizados antes del viaje. Llevamos estos cascos de oxígeno para no introducir nuestras bacterias en una antigua atmósfera.

—¿Cómo sabemos qué animales podemos matar?

—Están marcados con pintura roja —dijo Travis—. Hoy, antes de nuestro viaje, enviamos aquí a Lesperance con la Máquina. Vino a esta era particular y siguió a ciertos animales.

—¿Para estudiarlos?

—Exactamente —dijo Travis—. Los rastreó a lo largo de toda su existencia, observando cuáles vivían mucho tiempo. Muy pocos. Cuántas veces se acoplaban. Pocas. La vida es breve. Cuando encontraba alguno que iba a morir aplastado por un árbol, u otro que se ahogaba en un pozo de alquitrán, anotaba la hora exacta, el minuto y el segundo, y le arrojaba una bomba de pintura que le manchaba de rojo el costado. No podemos equivocarnos. Luego midió nuestra llegada al pasado de modo que no nos encontremos con el monstruo más de dos minutos antes de aquella muerte. De este modo sólo matamos animales sin futuro, que nunca volverán a acoplarse. ¿Comprende qué cuidadosos somos?

—Pero si ustedes vinieron esta mañana —dijo Eckels ansiosamente—, debían de haberse encontrado con nosotros, nuestro safari. ¿Qué ocurrió? ¿Tuvimos éxito?

¿Salimos todos... vivos?

Travis y Lesperance se miraron.

—Eso hubiese sido una paradoja —dijo Lesperance—. El tiempo no permite esas confusiones... un hombre que se encuentra consigo mismo. Cuando va a ocurrir algo parecido, el tiempo se hace a un lado. Como un aeroplano que cae en el vacío. ¿Sintió usted ese salto de la máquina, poco antes de nuestra llegada? Estábamos cruzándonos con nosotros mismos que volvíamos al futuro. No vimos nada. No hay modo de saber si esta expedición fue un éxito, si cazamos nuestro monstruo, o si todos nosotros, y usted también señor Eckels, salimos con vida.

Eckels sonrió débilmente.

—Dejemos esto —dijo Travis bruscamente—. ¡Todos en pie!

Se prepararon para dejar la Máquina.

La jungla era alta y la jungla era ancha y la jungla era todo el mundo para siempre y para siempre. Sonidos como música y sonidos como lonas voladoras llenaban el aire: los pterodáctilos que volaban con cavernosas alas grises, murciélagos gigantescos nacidos del delirio de una noche febril. Eckels, guardando el equilibrio en el estrecho sendero, apuntó con su rifle, bromeando.

—¡No haga eso! —dijo Travis—. ¡No apunte ni siquiera en broma, maldita sea! Si se le disparara el arma...

Eckels enrojeció...

—¿Dónde está nuestro *Tyrannosaurus*?

Lesperance miró su reloj de pulsera.

—Adelante. Nos cruzaremos con él dentro de sesenta segundos. Sobre todo, busque la pintura roja. No dispare hasta que se lo digamos. Quédese en el sendero. ¡Quédese en el sendero!

Se adelantaron en el viento de la mañana.

—Qué raro —murmuró Eckels—. Allá delante, a sesenta millones de años, ha pasado el día de las elecciones. Keith es presidente. La gente lo celebra. Y aquí, ellos no existen aún. Las cosas que nos preocuparon durante meses, toda una vida, no nacieron ni fueron pensadas aún.

—¡Levanten el seguro todos! —ordenó Travis—. Usted dispare primero, Eckels. Luego, Billings. Luego, Kramer.

—He cazado tigres, jabalíes, búfalos, elefantes, pero esto sí que es caza —dijo Eckels—. Tiemblo como un niño.

—¡Ah! —dijo Travis.

Todos se detuvieron.

Travis alzó una mano.

—Ahí adelante —susurró—. En la niebla. Ahí está. Ahí está Su Alteza Real.

La jungla era ancha y llena de gorjeos, crujidos, murmullos, y suspiros.
De pronto, todo cesó, como si alguien hubiese cerrado una puerta.
Silencio.

Un ruido atronador.

De la niebla, a cien metros de distancia, salió *Tyrannosaurus rex*.

—Es... —murmuró Eckels—. Es...

—¡Chist!

Venía a grandes trancos, sobre sus patas aceitadas y elásticas. Se alzaba diez metros por encima de la mitad de los árboles, un gran dios del mal, apretando las delicadas garras de relojero contra el oleoso pecho de reptil. Cada pata inferior era un pistón, quinientos kilogramos de huesos blancos, hundidos en gruesas cuerdas de músculos, encerrados en una vaina de piel centelleante y áspera, como la cota de malla de un guerrero terrible. Cada muslo era una tonelada de carne, marfil, y acero. Y de la gran caja de aire del torso colgaban los dos brazos delicados, brazos con manos que podían alzar y examinar a los hombres como juguetes, mientras el cuello de serpientes se retorció sobre sí mismo. Y la cabeza, una tonelada de piedra esculpida que se alzaba fácilmente hacia el cielo. En la boca entreabierta asomaba una cerca de dientes como dagas. Los ojos giraban en las órbitas, ojos vacíos, que nada expresaban, excepto hambre. Cerraba la boca en una mueca de muerte. Corría, y los huesos de la pelvis hacían a un lado árboles y arbustos, y los pies se hundían en la tierra dejando huellas de quince centímetros de profundidad. Corría como si diese unos deslizantes pasos de baile, demasiado erecto y en equilibrio para sus diez toneladas. Entró fatigadamente en el área de Sol, y sus hermosas manos de reptil tantearon el aire.

—¡Dios mío! —Eckels torció la boca—. Puede incorporarse y alcanzar la Luna.

—¡Chist! —Travis sacudió bruscamente la cabeza—. Todavía no nos ha visto.

—No es posible matarlo —Eckels emitió serenamente este veredicto, como si fuese indiscutible. Había visto la evidencia y ésta era su razonada opinión; el arma en sus manos parecía un rifle de aire comprimido—. Hemos sido unos locos. Esto es imposible.

—¡Cállese! —siseó Travis.

—Una pesadilla.

—Dé media vuelta —ordenó Travis—. Vaya tranquilamente hasta la Máquina. Le devolveremos la mitad del dinero.

—No imaginé que sería tan grande —dijo Eckels—. Calculé mal. Eso es todo. Y ahora quiero irme.

—¡Nos ha visto!

—¡Ahí está, la pintura roja en el pecho!

El Lagarto del Trueno se incorporó. Su armadura brilló como mil monedas

verdes. Las monedas, embarradas, humeaban. En el barro se movían diminutos insectos, de modo que todo el cuerpo parecía retorcerse y ondular, aún cuando el monstruo mismo no se moviera. El monstruo resopló. Un hedor de carne cruda cruzó la jungla.

—Sáquenme de aquí —dijo Eckels—. Nunca fue como esta vez. Siempre supe que saldría vivo. Tuve buenos guías, buenos safaris y protección. Esta vez me he equivocado. Me he encontrado con la horma de mi zapato, y lo admito. Esto es demasiado para mí.

—No corra —dijo Lesperance—. Vuélvase. Ocúltese en la Máquina.

—Sí.

Eckels parecía aturdido. Se miró los pies como tratando de moverlos. Lanzó un gruñido de desesperanza.

—¡Eckels!

Eckels avanzó algunos pasos, parpadeando y arrastrando los pies.

—¡Por ahí no!

El monstruo, al advertir un movimiento, se lanzó hacia delante con un terrible grito. En cuatro segundos cubrió cien metros. Los rifles se alzaron y llamearon. De la boca del monstruo salió un torbellino que los envolvió con un olor de barro y sangre vieja. El monstruo rugió, mostrando sus brillantes dientes al Sol.

Eckels, sin mirar atrás, caminó ciegamente hasta el borde del Sendero, con el rifle que le colgaba de los brazos. Salió del Sendero, y caminó, y caminó por la jungla. Los pies se le hundieron en un musgo verde. Lo llevaban las piernas, y se sintió solo y alejado de lo que ocurría atrás.

Los rifles dispararon otra vez. El ruido se perdió entre chillidos y truenos. La gran palanca de la cola del reptil se alzó sacudiéndose. Los árboles estallaron en nubes de hojas y ramas. El monstruo retorció sus manos de joyero y las bajó como para acariciar a los hombres, para partirlos en dos, aplastarlos como cerezas, meterlos entre los dientes y en la rugiente garganta. Sus ojos de canto rodado bajaron a la altura de los hombres, que vieron sus propias imágenes. Dispararon sus armas contra las pestañas metálicas y los brillantes iris negros.

Como un ídolo de piedra, como el desprendimiento de una montaña, *Tyrannosaurus* cayó. Con un trueno, se abrazó a unos árboles, los arrastró en su caída. Torció y quebró el sendero de metal. Los hombres retrocedieron alejándose. El cuerpo golpeó el suelo, diez toneladas de carne fría y piedra. Los rifles dispararon. El monstruo azotó el aire con su cola acorazada, retorció sus mandíbulas de serpiente, y ya no se movió. Un chorro de sangre le brotó de la garganta. En alguna parte, dentro, estalló un saco de fluidos. Unas bocanadas nauseabundas empaparon a los cazadores. Los hombres se quedaron mirándolo, rojos y resplandecientes.

El trueno se apagó.

La jungla estaba en silencio. Tras la tormenta, una gran paz. Tras la pesadilla, el despertar.

Billings y Kramer se sentaron en el Sendero y vomitaron. Travis y Lesperance, de pie, sosteniendo aún los rifles humeantes, juraban continuamente.

En la Máquina del Tiempo, cara abajo, yacía Eckels, estremeciéndose. Había encontrado el camino de vuelta al Sendero y había subido a la Máquina.

Travis se acercó, lanzó una ojeada a Eckels, sacó unos trozos de algodón de una caja metálica y volvió junto a los otros, sentados en el Sendero.

—Límpiense.

Limpiaron la sangre de los cascos. El monstruo yacía como una loma de carne sólida. Uno podía oír los suspiros y murmullos en su interior, a medida que morían las cámaras más lejanas, y los órganos dejaban de funcionar, y los líquidos corrían un último instante de un receptáculo a una cavidad, a una glándula, y todo se cerraba, para siempre. Era como estar junto a una locomotora estropeada o una excavadora de vapor en el momento en que se abren todas las válvulas o se las cierra herméticamente. Los huesos crujían. La propia carne, perdido el equilibrio, cayó como peso muerto sobre los delicados antebrazos, quebrándolos.

Se oyó otro crujido. Allá arriba, la gigantesca rama de un árbol se rompió y cayó. Golpeó a la bestia muerta como algo concluyente.

—Ahí está —dijo Lesperance, y consultó su reloj—. Justo a tiempo. Ése es el árbol gigantesco que originalmente debía caer y matar al animal —miró a los dos cazadores—. ¿Quieren la fotografía trofeo?

—¿Qué?

—No podemos llevar un trofeo al futuro. El cuerpo tiene que quedarse aquí donde hubiese muerto originalmente, de modo que los insectos, los pájaros y las bacterias puedan vivir de él, como estaba previsto. Se debe mantener el equilibrio. Dejamos el cuerpo, pero podemos llevarnos una foto con ustedes al lado.

Los dos hombres trataron de pensar, pero al fin sacudieron la cabeza.

Caminaron a lo largo del Sendero de metal. Se dejaron caer cansadamente en los almohadones de la Máquina. Miraron otra vez el monstruo caído, el monte paralizado, donde unos raros pájaros reptiles y unos insectos dorados trabajaban ya en la humeante armadura.

Un sonido en el piso de la Máquina del Tiempo los endureció. Eckels estaba allí, temblando.

—Lo siento —dijo al fin.

—¡Levántese! —gritó Travis.

Eckels se levantó.

—¡Vaya por ese Sendero, solo! —dijo Travis, apuntando con el rifle—. Usted no volverá a la Máquina. ¡Lo dejaremos aquí!

Lesperance tomó a Travis por el brazo.

—Espera...

—¡No te metas en esto! —Travis apartó la mano de Lesperance—. Este hijo de perra casi nos mata. Pero eso no es bastante. ¡Sus zapatos! ¡Míralos! Salió del Sendero. ¡Estamos arruinados! Dios sabe qué multa nos pondrán. ¡Decenas de miles de dólares! Garantizamos que nadie dejaría el Sendero. Y él lo dejó. ¡Oh, condenado tonto! Tendré que informar al gobierno. Incluso pueden quitarnos la licencia. ¡Dios sabe lo que le ha hecho al tiempo, a la historia!

—Cálmate. Sólo pisó un poco de barro.

—¿Cómo podemos saberlo? —gritó Travis—. ¡No sabemos nada! ¡Es un condenado misterio! ¡Fuera de aquí, Eckels!

Eckels buscó en su chaqueta.

—Pagaré cualquier cosa. ¡Cien mil dólares!

Travis miró enojado la libreta de cheques de Eckels y escupió.

—Vaya allí. El monstruo está junto al Sendero. Meta los brazos hasta los codos en la boca, y luego vuelva.

—¡Eso no tiene sentido!

—El monstruo está muerto, cobarde bastardo. ¡Las balas! No podemos dejar aquí las balas. No pertenecen al pasado, pueden cambiar algo. Tome mi cuchillo. ¡Extraígalas!

La jungla estaba viva otra vez, con los viejos temblores y los gritos de los pájaros. Lentamente, Eckels se volvió a mirar el primitivo basurero, la montaña de pesadillas y terror. Al cabo de unos instantes, como un sonámbulo, arrastrando los pies, se dirigió hacia el monstruo.

Regresó temblando cinco minutos más tarde, con los brazos empapados y rojos hasta los codos. Extendió las manos. En cada una sostenía un montón de balas. Luego cayó. Se quedó allí, en el suelo, sin moverse.

—No había por qué obligarlo a eso —dijo Lesperance.

—¿No? Es demasiado pronto para saberlo —Travis, con el pie, tocó el cuerpo inmóvil—. Vivirá. La próxima vez no buscará cazas como ésta. Muy bien —le hizo una fatigada seña con el pulgar a Lesperance—. Enciende. Volvamos a casa.

1492. 1776. 1812.

Se limpiaron la cara y las manos. Se cambiaron la camisa y los pantalones. Eckels se había incorporado y se paseaba en silencio. Travis lo miró furiosamente durante diez minutos.

—No me mire —gritó Eckels—. No hice nada.

—¿Quién puede decirlo?

—Salí del Sendero, eso es todo, traje un poco de barro en los zapatos. ¿Qué

quiere que haga? ¿Que me arrodille y rece?

—Quizá lo necesitemos. Se lo advierto, Eckels. Todavía puedo matarlo. Tengo listo el fusil.

—Soy inocente. ¡No he hecho nada!

1999. 2000. 2055.

La Máquina se detuvo.

—Afuera —dijo Travis.

El cuarto estaba como lo habían dejado. Pero no exactamente. El mismo hombre estaba sentado detrás del mismo escritorio. Pero no exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio. Travis miró alrededor rápidamente.

—¿Todo bien aquí? —estalló.

—Muy bien. ¡Bienvenidos!

Travis no se sintió tranquilo. Parecía estudiar hasta los átomos del aire, el modo como entraba la luz del Sol por la única ventana alta.

—Muy bien, Eckels, puede salir. No vuelva nunca.

Eckels no se movió.

—¿No me ha oído? —dijo Travis—. ¿Qué mira?

Eckels olía el aire, y había algo en el aire, una sustancia química tan sutil, tan leve, que sólo sus subliminales sentidos le advertían del lánguido clamor que estaba allí. Los colores, blanco, gris, azul, anaranjado, de las paredes, del mobiliario, del cielo más allá de la ventana, eran..., eran... Y había una sensación. Se estremeció. Le temblaron las manos. Se quedó oliendo aquel elemento raro con todos los poros del cuerpo. En alguna parte alguien debía de estar tocando uno de esos silbatos que sólo pueden oír los perros. Su cuerpo respondió con un grito silencioso. Más allá de ese cuarto, más allá de esta pared, más allá de este hombre que no era exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio... se extendía todo un mundo de calles y gente. Qué clase de mundo era ahora, no se podía saber. Podía sentirlos cómo se movían, más allá de los muros, casi, como piezas de ajedrez que arrastrara un viento seco...

Pero había algo más inmediato. El anuncio pintado en la pared de la oficina, el mismo anuncio que había leído aquel mismo día al entrar allí por vez primera.

De algún modo, el anuncio había cambiado.

SEFARI EN EL TIEMPO S. A.
SEFARIS A KUALKUIER AÑO DEL
PASADO
USTÉ NOMBRA EL ANIMAL
NOSOTROS LE LLEBAMOS AYÍ
USTÉ LO MATA

Eckels sintió que caía en una silla. Tanteó insensatamente el grueso barro de sus botas. Sacó un trozo, temblando.

—No, no puede ser. Algo tan pequeño. No puede ser. ¡No!

Hundida en el barro, brillante, verde, y dorada, y negra, había una mariposa, muy hermosa y muy muerta.

—¡No algo tan pequeño! ¡No una mariposa! —gritó Eckels.

Cayó al suelo, una cosa exquisita, una cosa pequeña que podía destruir todos los equilibrios, derribando primero la línea de un pequeño dominó, y luego de un gran dominó, y luego de un gigantesco dominó, a lo largo de los años, a través del tiempo. La mente de Eckels giró sobre sí misma. La mariposa no podía cambiar las cosas. Matar una mariposa no podía ser tan importante. ¿O sí?

Tenía el rostro helado. Preguntó, temblándole la voz:

—¿Quién..., quién ganó la elección presidencial ayer?

El hombre sentado tras el mostrador se rió.

—¿Se burla de mí? Lo sabe muy bien. ¡Deutscher, por supuesto! No ese condenado debilucho de Keith. Tenemos un hombre fuerte ahora, un hombre con agallas. ¡Sí, señor! ¿Qué pasa?

Eckels gimió. Cayó de rodillas. Con dedos temblorosos recogió la mariposa dorada.

—¿No podríamos —se preguntó a sí mismo, le preguntó al mundo, a los oficiales, a la Máquina—, no podríamos llevarla allí, no podríamos hacerla vivir otra vez? ¿No podríamos empezar de nuevo? ¿No podríamos...?

No se movió. Con los ojos cerrados, esperó, estremeciéndose. Oyó que Travis gritaba; oyó que Travis preparaba el rifle, alzaba el seguro y apuntaba.

Un ruido atronador.

Ciclo vital

Invariable (John R. Pierce)

El doctor John R. Pierce (1910-) fue director de los laboratorios de la compañía Bell Telephone desde 1952 a 1971, y posteriormente ha ocupado el cargo de profesor de Ingeniería en el Instituto de Tecnología de California. Es uno de los científicos más distinguidos que han escrito relatos de ciencia ficción, aunque sólo se han publicado algunos de sus relatos cortos, a partir de 1930. Sus incursiones más celebradas en la ciencia ficción han sido como autor de diversos artículos que aparecieron en la revista Astounding Science Fiction (que cambió su nombre posteriormente por el de Analog) a partir de la segunda guerra mundial, algunos de ellos bajo el seudónimo de J. J. Coupling. El profesor Pierce ha escrito catorce libros científicos y reside en Pasadena, California.

La muerte es parte de la vida.

En cierto sentido, la vida es inmortal. Cada molécula de ácido nucleico de un organismo vivo es una réplica de otra anterior, que a su vez lo es de otra y así sucesivamente, hasta el mismo origen de la vida. Todos los ácidos nucleicos que existen hoy forman parte de una cadena ininterrumpida que ha resistido durante al menos tres mil millones de años. En teoría, algunas moléculas de ácido nucleico en concreto pueden haber sobrevivido durante eras geológicas, aunque las probabilidades en contra son astronómicas.

No obstante, si dejamos de lado las moléculas únicas y nos centramos en los organismos constituidos por muchas células, formadas a su vez por muchas moléculas, todas las formas de vida, por longevas que sean, acaban por morir.

Los seres humanos están en mejor situación que la mayoría de los seres vivos. Los mamíferos normales poseen un corazón que late mil millones de veces hasta que le sobreviene la muerte. Cuanto mayor es el tamaño del mamífero, más lento es el ritmo cardíaco y más larga es su vida. Una musaraña apenas vive un año, mientras que un elefante puede alcanzar los setenta, y algunas ballenas de gran tamaño posiblemente hasta los noventa. En cambio, los seres humanos, mucho más pequeños que elefantes y ballenas, pueden alcanzar una edad de 115 años, y poseen un corazón que late hasta cuatro mil millones de veces antes de detenerse.

¡Qué sorprendente! ¡Y todavía desconocemos el porqué!

Pero incluso el ser humano acaba por morir, y debemos admitir esa muerte como una necesidad para el bien común de la especie. Si no muriera nadie y siguieran naciendo niños, la Tierra se llenaría rápidamente y, en un puñado de miles de años, lo mismo sucedería con el Universo (en el supuesto de que pudieran diseñarse medios para trasladar fácilmente a los seres humanos a planetas situados en torno a otras estrellas).

No obstante, las personas sueñan con la inmortalidad y podemos sospechar que, si el precio de la inmortalidad fuera la eliminación de nuevos nacimientos, mucha gente lo aceptaría. Quizás optarían por la vida para una generación a costa de la no vida de cualquier generación futura.

Esto no sería sólo egoísmo, sino que representaría la muerte de la especie. Los niños no sólo tienen cerebros jóvenes, sino cerebros nuevos; cerebros y cuerpos que contienen nuevas combinaciones de ácidos nucleicos, capaces de producir cosas nuevas, de razonar, de crear, de solucionar las situaciones de modos diversos a como lo hicieron las generaciones anteriores. Esos niños introducen también nuevas mutaciones que pueden llevar a una posterior evolución.

En resumen, la muerte del individuo significa un cambio —y una vida nueva y mejor— para la especie. Al contrario, la inmortalidad del individuo significa la inmutabilidad de la especie, las mismas mentes siguiendo siempre el mismo camino, la estupefacción y la decadencia irremisible de la especie hasta su extinción.

En cierto modo, esto puede aplicarse al individuo con un ejemplo de la vida diaria. Mientras vivimos, cambiamos constantemente, y con la edad nos deterioramos. Si nos salvamos de accidentes y enfermedades y alcanzamos la decadencia final de la senilidad, el deterioro llega a tal punto que nos resulta un alivio morir y descansar por fin.

*¿Cuál es la alternativa? ¡No deteriorarse! ¡No cambiar!
Y, sin embargo, ¿es eso preferible? Vea lo que tiene que decir al respecto Pierce en Invariable.*

Isaac Asimov

Ustedes ya conocen a grandes rasgos las características de Homer Green, así que me ahorraré hacer la descripción de su persona y sus circunstancias. Aunque yo también conocía esos detalles y algunos más, no por ello dejé de sentir una cierta extrañeza, imposible de traducir en palabras, al verme vestido con aquellas ropas tan anticuadas, en aquel ambiente tan distinto del mío habitual, y encontrarme frente a frente con Homer Green.

La casa no es más extraña de lo que aparece en las imágenes. Rodeada de otros edificios del siglo XX, no debe ser muy distinta de la estructura original y de su entorno. Entrar en ella, pisar sus alfombras, contemplar las sillas cubiertas de tela y llenas de lanilla, ver los implementos de fumar, tocar y escuchar un receptor de radio primitivo, aunque en realidad funcione gracias a diversas transcripciones auténticas y, por encima de todo, contemplar una chimenea de verdad me causó una profunda sensación de irrealidad pese a que me había preparado para ello. Green estaba sentado en una silla junto a la chimenea encendida, como era habitual encontrarle, con su perro a los pies. Aquél era quizá, pensé yo, el hombre más valioso del mundo. Sin embargo, no podía quitarme de encima la sensación de irrealidad que me producía aquel ambiente físico en que me hallaba. También él me parecía irreal, y me dio lástima.

La sensación de irrealidad se prolongó durante el formalismo de mi autopresentación. «¿Cuántos habrían pasado ya por allí?», pensé. Naturalmente, podía acudir a los registros para saberlo.

—Soy Carew, del Instituto —le dije—. No nos conocemos, pero me han dicho que se alegraría de verme.

Green se levantó y me tendió la mano. La estreché obedientemente, haciendo aquel saludo tan extraño para mí.

—Me alegro de verle —respondió—. Estaba dormitando un poco, ahí sentado. El tratamiento ha sido un poco fuerte y me parece que me tomaré unos días de descanso. Espero que los efectos sean permanentes. ¿No quiere sentarse? —añadió.

Los dos tomamos asiento frente al hogar. El perro, que se había levantado, volvió a tenderse, enroscado a los pies de su amo.

—Supongo que querrá medir mis reacciones, ¿verdad? —preguntó Green.

—Más tarde —contesté—, no hay prisa. Qué cómodo está uno aquí...

Green se distraía fácilmente. Se relajó, fijando la mirada en las llamas. Aquella era una buena oportunidad, me dije, y empecé a hablar con voz resuelta:

—Parece un buen momento para discutir de política, ¿no cree? Sobre las

intenciones de los suecos, y sobre si los franceses...

—Empapan nuestros pensamientos de alegría... —replicó Green; yo había pensado, por lo anotado en los registros, que la mención de la política tendría algún efecto—. Pero uno no deja la política para empapar sus pensamientos de alegría —continuó—. Uno la estudia...

No proseguiré con la conversación. Ustedes pueden leerla completa en el apéndice A de mi tesis *Visión de la política y el lenguaje del siglo XX*. La charla con Homer Green fue breve, como ya sabrán. Podía considerarme afortunado de haber podido verle, y más afortunado aún de haber acertado al inicio con un tema adecuado. Por alguna razón, no se me había ocurrido pensar hasta entonces que los políticos del siglo XX creyeran realmente, o pensarán creer, en lo que decían. O que verdaderamente consideraran sus palabras cargadas de importancia, que a nosotros no nos parecen sino frases sin sentido o irrelevantes. Resulta difícil explicar una idea tan extraña; quizás un ejemplo ayude a expresarla.

Por poner un caso: ¿consideran ustedes que un hombre acusado de hacer una determinada declaración podría responder en serio diciendo que «no tengo por costumbre hacer declaraciones de este tipo»? ¿Creerían ustedes que esto significaría que el hombre ni siquiera había hecho tal declaración? ¿O que, incluso si la hubiese hecho, considerara sus palabras como una especie de caso especial y no valorase su respuesta como evasiva? Siempre que intento sumergirme en el siglo XX considero acertado hacerme estas conjeturas. Sin embargo, jamás se me habría ocurrido planteármelas antes de hablar con Green. ¡Qué valioso resulta este hombre!

Ya he mencionado que la conversación registrada en el apéndice A es muy breve. En efecto, no era necesario continuar con el tema de la política una vez captada la idea básica. Los registros históricos sobre el siglo XX son mucho más completos que la memoria de Green, y el tema ya ha sido estudiado en profundidad. Lo útil y sugerente de la entrevista con Green no era la información pura y limpia, sino el contacto personal, la infinita variedad de combinaciones, la estimulación de la cálida relación humana.

Así pues, allí estaba yo con Green y disponía de casi toda la mañana. Ya saben ustedes que él puede decidir libremente el horario de sus comidas y que sólo recibe una visita entre comida y comida, así que no íbamos a sufrir interrupciones. Me sentí agradecido y favorablemente dispuesto hacia Homer y, al mismo tiempo, algo trastornado en su presencia. Deseaba hablar con él acerca de lo más querido para él. No había ninguna razón para no hacerlo. Tengo registrado el resto de la conversación, aunque no la he publicado. Acaso sean sólo trivialidades, pero tienen un gran significado para mí. Quizá no sean más que recuerdos e impresiones personales, pero he creído que les gustaría conocerlos.

—¿Qué le llevó a realizar su descubrimiento? —le pregunté.

—Las salamandras —repuso él sin vacilar—. Las salamandras.

El relato que obtuve de sus experimentos sobre la regeneración perfecta es, naturalmente, lo que se ha publicado. ¿Cuántos miles de veces se habrá expresado ya? Y, sin embargo, juro que he detectado variaciones respecto a los registros. Las combinaciones posibles son realmente casi infinitas... No obstante, los puntos principales aparecieron en el orden normal: la regeneración de los miembros en las salamandras condujo a la idea de lograr la regeneración perfecta de los órganos humanos; es decir, la curación de las heridas sin dejar cicatrices, consiguiendo una réplica perfecta del tejido dañado, la reposición del tejido —cuando el metabolismo es normal— no de modo imperfecto, como sucede en el organismo al envejecer, sino de manera perfecta, e indefinidamente. Ya lo habrán visto en animales, en las técnicas de biología coercitiva. Me refiero a esos pollos cuyo metabolismo reemplaza los tejidos pero de manera siempre exacta, invariable, sin cambiar jamás. Resulta perturbador pensar en algo parecido en un ser humano. Homer Green parecía muy joven, tanto como yo. Desde el siglo XX...

Cuando Green concluyó su explicación, incluido el momento de la inoculación, una noche, de la substancia en su propio cuerpo, aventuró una profecía:

—Confío en que esto funcione —dijo—, y que lo haga indefinidamente.

—Funciona, doctor Green —le aseguré—. Indefinidamente.

—No saque conclusiones precipitadas —contestó—. Después de todo, ha transcurrido muy poco tiempo...

—¿Recuerda usted qué fecha es hoy, doctor? —pregunté.

—Onde de septiembre —respondió—. De 1943, si quiere que sea aún más exacto.

—Doctor Green, hoy es cuatro de agosto de 2170 —le informé, sin mentirle.

—Vamos, vamos —dijo él—. Si eso fuera cierto, yo no estaría aquí, vestido de esta manera, y usted tampoco iría vestido así.

La situación sin salida habría podido prolongarse indefinidamente. Saqué de un bolsillo el comunicador y se lo enseñé. Green lo observó con aire de creciente asombro y complacencia mientras yo lo accionaba, hasta mostrarle finalmente una proyección binaural y estereoscópica. No era un aparato sencillo, sino precisamente el tipo de muestra de progreso electrónico que un hombre del tiempo de Green asociaría con el futuro. Green parecía haber olvidado por completo la conversación que me había llevado a enseñarle el comunicador.

—Doctor Green —insistí—, estamos en el año 2170. En el siglo XXII.

Homer Green me miró asombrado, pero esta vez sin un asomo de incredulidad. Sus rasgos mostraban un extraño aire aterrorizado.

—¿Ha habido algún accidente? —preguntó—. ¿Mi memoria?

—No, no ha habido ningún accidente —respondí—. Su memoria está intacta, hasta donde alcanza. Escúcheme y concéntrese en mis palabras.

Entonces le expliqué lo sucedido, con palabras sencillas y breves para que sus procesos mentales captaran la idea sin pérdidas de tiempo. Mientras yo hablaba, él me contemplaba con aire aprensivo, como si su mente estuviera funcionando a toda velocidad. Esto fue lo que le dije:

—Su experimento tuvo éxito, más éxito de lo que usted hubiera podido esperar. Sus tejidos adquirieron la facultad de reformarse con total exactitud año tras año. La forma de sus tejidos y órganos se hizo invariable.

»Las fotografías y las mediciones más precisas lo demuestran, año tras año, siglo tras siglo. Sigue usted exactamente como era hace doscientos años.

»Su vida no ha estado exenta de accidentes, pero las heridas y lesiones poco importantes, e incluso las más graves, al curar no han dejado el menor rastro. Sus tejidos, doctor, son invariables.

»Su cerebro también es invariable, en lo que se refiere a la distribución celular. El cerebro puede ser comparado a una red eléctrica. La memoria es la red, las bobinas y condensadores y las interconexiones entre ellos. El pensamiento consciente es el tipo de voltaje que circula por la red y la corriente que fluye por la misma. Este tipo de voltaje y corrientes es muy complejo, pero transitorio, cambiante. La memoria cambia la red del cerebro y afecta a todos los pensamientos, o tipos de voltaje, posteriores. Pues bien, la red de su cerebro, doctor, no cambia jamás. Permanece invariable.

»El pensamiento también puede compararse con el complejo funcionamiento de los relés y clavijas de una central telefónica de su época, mientras que la memoria es la interconexión de sus elementos. Las interconexiones de los cerebros de las demás personas cambian en el proceso del pensamiento, rompiéndose y rehaciéndose, lo que proporciona nuevos recuerdos. En cambio, el modelo de interconexiones de su cerebro no cambia jamás, doctor, sino que permanece invariable.

»Las demás personas pueden adaptarse a nuevos ambientes, aprender dónde están los objetos que necesitan, la forma de las habitaciones, las variaciones de su entorno, y se adaptan a ellas inconscientemente, sin dificultades. Usted, doctor Green, no puede, ya que su cerebro es invariable. Sus costumbres se limitan al conocimiento de una casa, la suya, tal como estaba el día antes de aplicarse el tratamiento. La casa ha sido conservada y renovada sin cambios durante doscientos años para que pueda seguir viviendo sin dificultades. En ella vive y revive, día tras día, la jornada siguiente al día en que se inculcó la substancia que transformó en invariable su cerebro.

»No crea que los cuidados que le dedicamos son a cambio de nada. Le consideramos quizás el hombre más valioso del mundo. Mañana, tarde y noche, recibe usted tres visitas diarias cuando los pocos afortunados a los que se considera que merecen o necesitan su colaboración consiguen permiso para entrevistarle.

»Yo soy estudiante de Historia. He venido para conocer el siglo XX a través de los ojos de un hombre inteligente de esa época. Y es usted una persona muy inteligente, una persona brillante. Su mente ha sido analizada más profundamente que cualquier otra. Pocos cerebros son mejores que el suyo. He acudido a usted para saber a través de ese cerebro tan profundamente observador qué representaba la política para el hombre de su tiempo. Y he podido saberlo de una fuente inmediata y nueva, su cerebro, que no ha tenido influencias posteriores, que no ha sido modificado en el tiempo transcurrido, sino que sigue exactamente como era en 1943.

»Sin embargo, yo no soy importante. Otros investigadores mucho más importantes vienen a verle, principalmente psicólogos. Le hacen preguntas, después se las vuelven a hacer con ligeras diferencias, y observan sus reacciones. En usted los experimentos no se ven viciados por el recuerdo de los realizados anteriormente. Cuando se interrumpe su hilo de pensamientos, no queda en su cerebro el recuerdo de estos. Su mente permanece invariable. Y esos psicólogos y científicos, que de no ser por usted sólo podrían extraer conclusiones generales de experimentos sencillos con multitudes de individuos diferentes, de constituciones y preparaciones distintas, pueden observar en usted indiscutibles diferencias de respuesta debidas a levísimos cambios en los estímulos. Algunos de esos hombres le han sometido a una actividad frenética, pero usted no se altera. Su cerebro no puede cambiar; es invariable.

»Usted resulta tan valioso que parece que el mundo apenas podría avanzar sin su cerebro invariable. Y, sin embargo, no le hemos pedido a nadie que haga lo que hizo usted. En animales, sí. Su perro es un ejemplo. La decisión que usted tomó fue voluntaria, y desconocía las consecuencias. Hizo al mundo este extraordinario servicio sin saberlo, pero nosotros sí lo sabemos, y le rendimos tributo de gratitud.

Homer Green mantenía la cabeza hundida sobre el pecho. Tenía una expresión preocupada en los ojos y pareció buscar consuelo en el calor de la chimenea. El perro se agitó a sus pies y el doctor bajó la mirada hacia el animal, con una súbita sorpresa en el rostro. Supe que el hilo de sus pensamientos se había interrumpido. Los hechos transitorios se habían desvanecido de su cerebro. Todo nuestro encuentro había desaparecido de sus procesos mentales.

Me levanté y salí de la habitación antes de que volviera a levantar la mirada. Quizá desperdicié la hora que todavía restaba de aquella mañana.

Biología celular

El exterminador (A. Hyatt Verrill)

A. Hyatt Verrill (1871-1954) participó en los inicios de las revistas de ciencia ficción en los Estados Unidos, vendiendo relatos cortos a la revista *Amazing* en 1926, primer año de publicación de la misma. Fue también ilustrador de historia natural, inventor del proceso de emulsión fotográfica o autocromo, y explorador y viajero por las selvas de América central y del Sur. Latinoamérica y las Indias Occidentales le proporcionaron el ambiente donde desarrollar sus argumentos de ciencia ficción.

Hace muchísimo tiempo, en la historia de la vida, se formaron las primeras células. Todavía no sabemos con exactitud si hubo una época previa, en que la vida consistió en simples moléculas libres de ácidos nucleicos y proteínas. Si realmente fue así, la formación de una célula representó un hito importantísimo en la historia de la vida.

La célula es una porción microscópica del océano, comprimida, rodeada y protegida por una membrana semipermeable, es decir, que deja penetrar algunas sustancias e impide el paso a otras. El alimento, las moléculas utilizadas por la forma de vida para contribuir a la construcción de sí misma o para ser transformadas en energía, puede penetrar y ser conservado en el interior. El material de desecho, por su lado, puede ser expulsado de la célula. Dentro de ésta existe una concentración del material que forma la vida, agrupado para una mayor facilidad de manipulación y de modificación por vía química y para una mayor seguridad y protección.

La célula tenía mucha mayor capacidad de supervivencia —había de tenerla— que las moléculas libres, pues éstas debían, buscar sus recursos necesarios en el océano molécula a molécula, sin posibilidad de juntarlas y concentrarlas. El resultado fue que, con la aparición de la célula, el material precelular quedó anticuado y desapareció.

Hoy toda la vida, salvo una excepción, es de naturaleza celular. La excepción la constituyen los virus, e incluso éstos microorganismos son incapaces de reproducirse salvo en forma de parásitos de otras células. Más aún, los virus no deben de ser restos de la antigua vida precelular, sino que deben haber evolucionado por degeneración a partir de las células.

Una célula de gran tamaño como el paramecio es más avanzada que una célula pequeña como la bacteria. La célula de gran tamaño puede dividir su substancia en diferentes especializaciones, puede formar orgánulos, o pequeñas zonas subcelulares que digieren alimentos, producen energía, construyen proteínas, o protegen los programas de ácido nucleico que constituyen su parte más importante.

Sin embargo, existen límites para el tamaño de una célula. Ésta utiliza para su funcionamiento todo su volumen, pero sólo puede absorber alimento y expulsar los desechos a través de la membrana superficial. El volumen de una célula aumenta el cubo de la medida lineal, mientras que su superficie aumenta sólo el cuadrado. Si una célula dobla sus dimensiones, su material interno habrá aumentado en ocho veces su cantidad, mientras que la membrana sólo habrá multiplicado por cuatro su superficie. El funcionamiento de la membrana tiene entonces que doblar su eficacia. Casi siempre, la membrana no puede adecuarse a tales exigencias y las células o bien deben mantener un tamaño reducido, o bien deben volverse muy planas o muy alargadas para aumentar su superficie (volviéndose, con ello, más débiles).

¿Cómo pueden, entonces, evolucionar los grandes organismos? La respuesta es la siguiente: haciendo que las células conserven su pequeño tamaño pero agrupándolas, desarrollando especializaciones no en el interior de la célula sino entre las células y los grupos de éstas. En pocas palabras, cabe decir que en la Tierra se alcanzó, hace unos seiscientos millones de años, este estadio del organismo multicelular. Hoy existen ballenas que pesan hasta 150 toneladas y contienen unas 100.000.000.000.000.000 células, estando todas ellas en estrecho contacto con una compleja red de canales sanguíneos que sirven como eficaz sustituto del océano. Cada una de estas células tiene una posición precisa, con un lado al menos «orientado al océano» y una membrana individual de la que hace uso para alimentarse y eliminar los desperdicios.

De algún modo, siempre volvemos la mirada a esas células. Algo en nuestro interior nos dice que son

fundamentales para la vida, que somos conjuntos de células, pero nada más que células, en el fondo. Los escritores de ciencia ficción pueden dramatizar este hecho, como sucede en El exterminador, de A. Hyatt Verrill, un relato magnífico que parece escrito ayer, y no hace setenta años.

Isaac Asimov

Era un magnífico ejemplar de su especie: translúcido, blanco, de rápidos movimientos, con una facultad casi misteriosa para descubrir a su presa e invariablemente triunfante sobre sus enemigos naturales. Pero su rasgo más sobresaliente era su insaciable apetito.

Para matar era tan cruel e indiscriminado como la comadreja o el hurón, pero a diferencia de ellos, que mataban por matar, el Exterminador jamás actuaba así. Cayese sobre lo que cayese, lo devoraba al instante. Habría sido fascinante contemplarlo en esa actividad. Se lanzaba con precipitación sobre su presa, inmóvil durante un breve instante, un aparente titubeo, un leve temblor en su cuerpo... y todo había terminado; el desafortunado ser que había estado moviéndose en su modo acostumbrado, sin sospechar el peligro, había desaparecido por completo, y el Exterminador, con avidez, se apresuraba en busca de una nueva víctima. Se movía constantemente en un flujo invariable de líquido, en absoluta oscuridad: de ahí que sus ojos no le fueran necesarios, y estuviera enteramente guiado más bien por el instinto o la naturaleza que por las facultades que conocemos.

No se hallaba solo. Otros de su especie pululaban a su alrededor, y la corriente estaba atestada por un número incalculable de otros organismos: objetos redondeados de color rojizo que se movían lentamente, culebreantes criaturas semejantes a renacuajos, cuerpos de forma estrellada, gráciles y tenues objetos dotados de vida; criaturas globulares, cosas informes cambiando constantemente de configuración al moverse o más bien nadar; seres diminutos, casi invisibles; organismos filiformes, serpentinos o semejantes a anguilas, e innumerables otras formas. El Exterminador atravesaba la atestada y cálida corriente al azar, aunque siempre con un propósito definido: matar y devorar.

Por algún misterioso e inexplicable mecanismo, reconocía a los amigos y podía distinguir inequívocamente a los enemigos. Evitaba las muchedumbres rojizas: sabía que no había que molestarlas, e incluso en las ocasiones, como a menudo sucedía, en que se veía rodeado, cercado, casi ahogado por verdaderas hordas de aquellos seres, empujado por ellos, permaneció imperturbable, sin efectuar intento alguno de devorarlos o dañarlos. Pero los demás, las criaturas serpenteantes, globulares, angulares, radiantes y semejantes a barras, los organismos rápidamente contorsionantes, parecidos a renacuajos... eran distintos. Entre ellos ejercía una rápida y terrible destrucción. Sin embargo, aun aquí ejercía una sorprendente discriminación. Pasaba ante algunos sin hacerles el menor daño, mientras que

atacaba, destrozaba y devoraba a otros con indescriptible ferocidad. Y todos los de su especie hacían también lo mismo. Eran como una horda de voraces tiburones en un mar rebosante de caballas. Parecían obsesionados por el consuntivo deseo de destruir, y eran a veces tan expeditivos y metódicos que durante largos períodos la corriente siempre fluyente que habitaban quedaba totalmente desierta de presas.

Sin embargo, ni el Exterminador ni sus congéneres parecían sufrir entonces por falta de sustento. Eran capaces de permanecer largo tiempo sin alimento y surcaban, o mejor dicho nadaban por sus dominios lentamente, tan satisfechos al parecer como cuando estaban celebrando una verdadera orgía de matanzas. Y hasta cuando la corriente no arrastraba presa alguna al alcance del Exterminador o sus iguales, nunca intentaban dañar o molestar a las siempre presentes formas rojas, ni a los innumerables organismos más pequeños, a los cuales parecían considerar como amigos. De hecho, de haber sido posible interpretar sus sensaciones, se habría observado que estaban mucho más contentos, mucho más satisfechos cuando no había enemigos sobre los que lanzarse que cuando el río borboteaba con su presa natural y se presentaba el incesante impulso de matar, matar, matar...

Y de pronto, la corriente en la que se movía el Exterminador se volvía incómodamente caliente, lo cual hacía que él y sus congéneres despertaran a una renovada actividad en busca de espacio, pero que producía la muerte a muchos de aquellos salvajes seres. Y, siempre siguiendo a estas bajas, las hordas de enemigos aumentaban rápidamente, hasta que el Exterminador hallaba casi imposible el diezmarlas. A veces, también, la corriente fluía lenta y débilmente, y una especie de letargia asaltaba al Exterminador. A menudo, en tales ocasiones, flotaba más que nadaba, con sus fuerzas menguadas y casi apagada su codiciosa apetencia de matar. Pero siempre, luego, ocurría el cambio: la corriente adquiría un peculiar sabor amargo, e innumerable número de enemigos del Exterminador morían y desaparecían, mientras el propio Exterminador se veía poseído de una súbita e inusitada fuerza y caía vorazmente sobre los restantes enemigos. En tales ocasiones, el número de sus congéneres aumentaba siempre de una manera misteriosa, como lo hacía también el de los seres rojos. Parecían salir de ninguna parte, más y más, hasta que la corriente se encontraba atiborrada de ellos.

El tiempo no existía para el Exterminador. No sabía nada de distancias, ni de días, ni de noches. Únicamente era susceptible a los cambios de temperatura de la corriente donde siempre había vivido, y a la presencia o ausencia de sus enemigos y aliados. Aun cuando quizá se percatara de que la corriente llevaba un curso irregular, de que discurría a través de al parecer interminables túneles, que se retorcían y giraban y se extendían en ramales proyectados en innumerables direcciones formando un laberinto de corrientes más pequeñas, no sabía nada de por dónde circulaban sus cursos, ni de sus fuentes o límites, sino que nadaba o más bien derivaba al azar por todos los

lugares. No había duda de que en alguna parte, en el interior de los cientos de túneles y ramificaciones, había otras bestias tan grandes, tan poderosas y tan insaciablemente destructoras como él mismo. Pero como él era ciego y no poseía el sentido del oído ni otros de los que permiten a formas de vida más elevadas observar y juzgar sus alrededores, no se percataba en absoluto de la proximidad de tales compañeros. Y así fue el único de su especie en sobrevivir el indeseado acontecimiento que ocurrió eventualmente, y por cuyo hecho merecía ser llamado con el nombre de Exterminador.

Durante un período desacostumbradamente dilatado, la corriente en el túnel había sido moleestamente cálida, y había abundado en una incalculable cantidad de enemigos que, atacando a las formas rojas, las habían diezmado. Se había experimentado también una desastrosa disminución en los congéneres del Exterminador, y él y los pocos supervivientes se habían visto obligados a esforzarse al máximo para evitar ser dominados. Y a pesar de ello las hordas de enemigos culebreantes, danzantes, zigzagueantes, parecían aumentar con mayor rapidez de la que eran muertos y devorados. Comenzaba a parecer como si su ejército fuera a vencer, y vencidos el Exterminador y sus congéneres, destruidos, aniquilados por completo, repentinamente la lenta y cálida corriente cobró un extraño sabor acre y picante. Casi al mismo tiempo descendió la temperatura, aumentó el caudal y disminuyeron las enjambreantes huestes de innumerables formas extrañas, como si estuvieran expuestas a un ataque por gas. Y casi instantáneamente también aparecieron como de ninguna parte nuevos congéneres del Exterminador, y se lanzaron vorazmente sobre los supervivientes enemigos.

En un espacio de tiempo sorprendentemente breve, las vengativas criaturas blancas exterminaron prácticamente a sus multitudinarios enemigos. Un enorme número de organismos rojizos colmaban ahora la corriente, y el Exterminador seguía abalanzándose acá y allá buscando probables presas. En los remolinos y túneles menores tropezó con algunas, destrozándolas y engulléndolas casi al momento. Guiado por algún inexplicable poder o fuerza, surcó a lo largo de un angosto túnel. Se dio cuenta de pronto que tenía ante él a un grupo de tres seres filiformes, sus más mortales enemigos... y se precipitó a la caza. Alcanzaba ya a uno, estaba a punto de apresararlo, cuando ocurrió un terrible cataclismo. La pared del túnel se hundió, se produjo una gran grieta, ya través de ella se desbordó la contenida corriente.

Arrastrado desvalidamente por ella, el Exterminador remolineaba locamente en la abertura. Pero su única obsesión, una devoradora ansia de matar, superó todo su terror, todas sus demás sensaciones. Mientras el líquido elemento lo precipitaba hacia no sabía dónde, asió al culebreante enemigo y lo engulló vivo. En el mismo instante los otros dos los arrastraba la precipitada corriente. Con un esfuerzo supremo, se lanzó sobre el más próximo, y mientras aquél desaparecía en su estómago fue

arrastrado desde la eterna oscuridad a la cegadora luz.

Instantáneamente, la corriente cesó de fluir. El líquido se estancó y los innumerables seres rojos que rodeaban al Exterminador se arracimaron como para prestarse mutuo apoyo. En algún lugar próximo, el Exterminador sintió la presencia del último miembro superviviente del trío que había estado persiguiendo cuando ocurrió la catástrofe. Pero en el denso líquido estancado, obstruido por los seres rojos, no podía moverse libremente. Pugnó por alcanzar a aquel enemigo restante, pero fue en vano. Se sintió sofocado, cada vez más débil, y estaba solo. De todos sus compañeros, él era el único que había sido arrastrado a través de la grieta del túnel que durante tanto tiempo había sido su morada.

De pronto se sintió alzado, arrastrado hacia arriba junto con algunos seres rojizos y una pequeña porción de su elemento nativo.

Luego fue arrojado con los demás y, al caer, sintió correr nueva vida por su interior, al percatarse de que su enemigo hereditario —aquel ser filiforme— se hallaba muy próximo, que aún podía abalanzarse sobre él y destruirlo.

En el siguiente instante, un objeto pesado cayó sobre él, y se sintió aprisionado allí, con su gran enemigo a una distancia infinitesimal de su cuerpo, pero desesperadamente fuera de su alcance. Le recorrió un demencial deseo de venganza. Estaba perdiendo fuerzas rápidamente. Los seres rojos que le rodeaban estaban inertes, sin movimiento; únicamente él y aquel ente filiforme mostraban aún señales de vida, y el líquido se estaba espesando con rapidez. Repentinamente, durante una fracción de segundo, se sintió libre. Con un espasmódico movimiento final alcanzó a su enemigo y, triunfante al fin, quedó convertido en una cosa inmóvil e inerte.

—¡Es extraño! —murmuró una voz humana al examinar su poseedor a través del microscopio la gota de sangre en la plaquita de vidrio—. Hace un momento podría haber jurado que capté el vislumbre de un bacilo, pero ahora no hay la menor huella de él.

—Esa nueva fórmula que inyectamos produjo un efecto casi milagroso —observó una segunda voz.

—Sí —convino la primera—. La crisis ha pasado, el paciente se encuentra fuera de peligro. Ni un simple bacilo en esta muestra. Jamás lo hubiera creído posible.

Ninguno de ambos doctores se daría cuenta jamás de la parte que había desempeñado el Exterminador. Para ellos era, simplemente, un blanco corpúsculo yaciendo muerto en la gota de sangre que se secaba rápidamente sobre la plaquita de vidrio.

Genética 1

Los hijos del mañana (Poul Anderson (como F. N. Waldrop))

Desde su primera aparición como escritor de ciencia ficción, en 1947, Poul Anderson (1926-) ha publicado más de setenta novelas y colecciones de relatos. Es uno de los pocos escritores que trabajan con igual facilidad la alta fantasía y la ciencia ficción «dura», y es especialmente famoso por sus dos series más conocidas, las historias y novelas sobre el agente intergaláctico Dominic Flandry y los cuentos protagonizados por el comerciante y mercader Van Rijn. Poul Anderson ha ganado el prestigioso premio Hugo en seis ocasiones, y el Nébulas Award of the Science Fiction Writers of America en dos ocasiones.

A principios de este siglo, los biólogos descubrieron que en el interior de las células había unos elementos responsables de las características que podían reconocerse en los organismos. También descubrieron que dichos elementos podían transmitir tales características a las nuevas células resultantes de la división de la anterior, es decir, de padres a hijos. A esos elementos se les denominó genes, de la palabra griega que significa «dar nacimiento a».

Hoy sabemos que la sustancia química que forma los genes es el ácido desoxirribonucleico, conocido habitualmente por la abreviatura ADN. La ciencia que estudia el modo en que se transmiten y modifican las características físicas es la genética.

Las moléculas de ADN se desdoblán siguiendo un modelo muy complejo que los biólogos sólo han conseguido desvelar en los últimos treinta años, y no resulta sorprendente que en ocasiones la réplica sea imperfecta (la sorpresa es que sea perfecta tan a menudo). Como consecuencia de este fallo, la molécula de ADN producida no es absolutamente igual a la del «padre», y el resultado de ello es una mutación.

En general, las mutaciones tienden a ser relativamente escasas, poco importantes, o ambas cosas a la vez, y la selección natural hace que la mayor parte sean eliminadas, o mantenidas en una cantidad suficientemente baja como para que no afecte demasiado. ¿Qué sucede, en cambio, si el número de mutaciones aumenta?

Es algo que puede suceder. Todo lo que, por así decirlo, «estorbe» a la molécula de ADN mientras se desdobla dará lugar, muy probablemente, a un error. Es lo mismo que sucede cuando a uno le tocan el codo mientras trata de hacer algo que precisa una atención considerable, como enhebrar una aguja.

Muchos elementos pueden servir de tal «estorbo»: el calor, ciertos productos químicos, los rayos cósmicos y otras radiaciones penetrantes. Se da la circunstancia de que, en el siglo XX, los seres humanos hemos aprendido a trabajar con radiaciones duras. Durante la segunda mitad del siglo, en especial, ha surgido la posibilidad de la fisión nuclear, bien como bombas o como fuentes de energía, que pueden aumentar en gran medida —por accidente o deliberadamente— la cantidad de radiación en el medio ambiente.

¿Subiría en tal caso la tasa de mutaciones? Y, de ser así, ¿qué sucedería? Anderson afrontó este interrogante en Los hijos del mañana, poco tiempo después de que la bomba nuclear se hiciera realidad.

Isaac Asimov

En el telar del mundo
se urde el destino del hombre
sin que éste pueda guiarlo ni cambiarlo.

Wagner, Sigfrido

A quince kilómetros de altura, apenas se distinguía nada. La Tierra era una extensión borrosa, verde y marrón, cubierta de nubes. La inmensa bóveda de la estratosfera se prolongaba inmutable hacia las infinitas distancias siderales y, aparte de la vibración del motor, había un silencio y una serenidad que ningún hombre podía siquiera perturbar. Al observar el paisaje, Hugh Drummond divisó el Mississippi, reluciente como una espada desenvainada, y comprobó que su amplia curva concordaba con los contornos del mapa que tenía frente a él. Las montañas, el mar, el sol, el viento y la lluvia no habían cambiado. No lo habían hecho en casi un millón de años de lenta transformación, y los esfuerzos humanos habían durado poco para dejarse notar en la interminable noche de los tiempos.

Sin embargo, más allá, especialmente donde habían estado las ciudades... El solitario tripulante del solitario jet estratosférico masculló un juramento en voz baja y cargada de amargura, y sus nudillos asidos a los controles, palidecieron. Era un hombre corpulento cuyas formas, esbeltas pero demacradas, ocupaban incómodas la pequeña cabina presurizada del aparato. Todavía no había cumplido los cuarenta años y su cabello oscuro aparecía ya vetado de canas, sus hombros estaban encorvados y abatidos dentro del raído traje de vuelo, y su rostro alargado y de facciones corrientes estaba surcado de macilentas arrugas. Tenía unas profundas ojeras en torno a unos ojos hundidos de cansancio, oscuros y cargados de una intensidad que habría producido espanto en quien los mirara. Había visto demasiadas cosas, había sobrevivido demasiado y ahora empezaba a tener el mismo aspecto que la mayoría de la gente. Era un heredero de su tiempo, pensó embotadamente.

Con actos mecánicos y rutinarios procedió a comprobar el curso. Las señales orográficas seguían donde siempre y contaba con unos potentes prismáticos para ayudarse. Sin embargo, casi nunca los utilizaba. Con ellos podía ver muy bien aquellos cráteres anchos y poco profundos cuyos fondos, lisos y vítreos, reflejaban la luz solar como si fueran los ojos brillantes, inmóviles e hipnóticos de una serpiente, destacando en un paisaje desolado, quemado y absolutamente arrasado. Y todavía había regiones peores, donde la muerte era absoluta. Árboles retorcidos y agostados, nubes de arena, esqueletos esparcidos por el suelo. Incluso a veces, de noche, un ominoso resplandor azulado fluorescente. Las bombas habían sido pesadillas surgidas en alas del fuego y del horror que sacudieron el planeta con el estallido mortífero de las ciudades; sin embargo, el polvo radiactivo era peor que cualquier pesadilla.

Voló sobre pueblos y pequeñas ciudades. Algunos estaban desiertos, incapaces de mantener la vida a causa del polvo coloidal en suspensión, las epidemias o el hundimiento económico. Otros todavía parecían mantener un débil hálito de vida. Especialmente en el Medio Oeste, tenía lugar una lucha patética por volver al sistema de producción agrícola, pero los insectos y las plagas de las plantas...

Drummond se encogió de hombros. Tras casi dos años de contemplar desgracias

similares en todos los rincones de un planeta lisiado y lleno de cicatrices, debería haberse acostumbrado. Los Estados Unidos habían tenido suerte. Europa, en cambio...

«El ocaso de Occidente», pensó Drummond con aire lúgubre.

Recordó que Spengler había previsto el colapso de una civilización inestable. Sin embargo, no había podido prever las bombas atómicas, las bombas de polvo radiactivo, las bombas bacteriológicas, las bombas de plagas contra los sembrados... todas las bombas, insensibles e inanimadas, que habían revoloteado como insectos sobre un mundo estremecido. Por ello, Spengler no había alcanzado a imaginar la extensión que tendría tal colapso.

Apartó deliberadamente aquellos pensamientos de su mente consciente. No quería darles más vueltas. Había vivido dos años con ellos, y le habían parecido dos eternidades. Ya no podía soportarlo más.

Fuera como fuese, ya estaba cerca de su destino. Debajo de él se extendía la capital de los Estados Unidos y puso el jet estratosférico en curso descendente, lento y atronador, en dirección a las montañas. La pequeña ciudad, semioculta en un valle de los montes Cascades, no tenía el aspecto de una capital pero, en el antiguo distrito federal, el río Potomac había anegado hasta la propia tumba de Washington. Estrictamente hablando, no había capital. Los funcionarios gubernamentales estaban esparcidos por el país, manteniendo un precario contacto mediante aviones y radios. Taylor, en Oregon, podía ser considerado tan merecedor del título de centro neurálgico de la nación como cualquier otro núcleo de ésta que estuviera poblado.

Repitió la señal identificadora por el transmisor, consciente, con una leve sensación de inquietud, de que las baterías de cohetes le estarían apuntando desde la vegetación que cubría aquellas montañas. Ahora que un avión podía significar el final de una ciudad, cualquier aparato que volase despertaba profundas sospechas. Desde luego, nadie de fuera podía saber que aquella pequeña ciudad de aspecto inocuo era tan importante. Sin embargo, nunca se podía estar seguro... La guerra no había terminado aún, oficialmente. Quizá nunca terminara, ahora que la lucha por la pura supervivencia se imponía a la necesidad de los tratados de paz.

Un transmisor óptico le envió un cauteloso mensaje: «Bien. ¿Puede tomar tierra en la calle?» El lugar indicado era un camino estrecho y polvoriento situado entre dos hileras de casas, pero Drummond era un buen piloto y el aparato permitía intentarlo. Respondió afirmativamente. Su voz había perdido casi la costumbre de hablar.

En un descenso en espiral, redujo la velocidad hasta que se encontró deslizándose contra el leve susurro del viento que envolvía el aparato. Las ruedas tocaron tierra,

apretó a fondo el freno y se detuvo entre baches y vibraciones.

El silencio le sacudió como si le hubiese golpeado físicamente. El motor había dejado de rugir, el Sol caía a plomo desde un cielo color azul metálico sobre la monotonía de unas toscas viviendas «provisionales» y, bajo las montañas, la desolación parecía total. Había llegado a casa. Hugh Drummond se echó a reír con una breve carcajada gutural totalmente desprovista de humor, y abrió la cubierta corredera de la cabina.

Advirtió que realmente eran muy pocos los que le contemplaban semiocultos desde las puertas entrecerradas de las casas y desde las bocacalles laterales. Parecían bastante bien alimentados y vestidos, y muchos llevaban uniformes. Tenían aspecto de personas llenas de esperanza y de espíritu constructivo. Claro que aquélla era la nueva capital de los Estados Unidos de Norteamérica, el país más afortunado del planeta...

—¡Salga, rápido!

El tono perentorio de la voz sacó a Drummond de la introspección en que le habían sumido aquellos meses de soledad. Contempló al grupo de hombres con vestimenta de mecánicos, dirigido por un hombre de aire confuso con uniforme de capitán.

—Sí, por supuesto —respondió lentamente—. Quieren ocultar el avión, ¿no? Y una pista de aterrizaje normal les delataría al instante, ¿me equivoco?

—¡Dese prisa y baje de ahí, maldito idiota! ¿No ve que cualquiera puede descubrirnos...?

—No podrían hacerlo sin que un eficaz sistema de detección revelara su presencia, y aquí todavía mantienen tal sistema —respondió Drummond al tiempo que pasaba las piernas sobre el borde de la carlinga—. Y, de todos modos, ya no habrá más raids aéreos. La guerra ha terminado.

—Me gustaría creerle pero, ¿quién es usted para saberlo? ¡Vamos, muévase!

Los hombres de los monos grasientos empujaron el avión calle abajo y Drummond les vio alejarse con una extraña sensación de vacío. Después de todo, el aparato había sido su hogar durante..., ¿durante cuánto tiempo?

El grupo detuvo el aparato frente a una casa cuya falsa fachada fue corrida a un lado. Tras ella había una rampa asfaltada descendente y Drummond alcanzó a ver una superficie inmensa al fondo, como una gran caverna. Las luces encendidas en el interior se reflejaban en varias hileras de aviones plateados.

—Magnífico —reconoció—. No es que importe gran cosa, a estas alturas. Probablemente, nunca ha importado. La mayor parte de los bombardeos se realizaron con cohetes robot. ¡Bah, tanto da!

Sacó una pipa del bolsillo de la chaqueta y, al mover la solapa de ésta, brilló por un instante la insignia de coronel que llevaba cosida a ella.

—¡Oh...! ¡Lo siento, señor! —exclamó el capitán—. No sabía que usted...

—Está bien. Ya he perdido la costumbre de llevar el uniforme habitual. En muchos de los lugares donde he estado, los norteamericanos no somos precisamente muy populares.

Drummond apretó la picadura de tabaco en su pipa de brezo blanco, con gesto de fastidio. No le gustaba recordar las muchas veces en que había tenido que hacer uso del Colt que llevaba a la cintura, o incluso de las ametralladoras de a bordo, para salvar su vida. Aspiró una bocanada, agradecido. El humo parecía llevarse consigo una parte de la amargura que sentía.

—El general Robinson ha ordenado llevarle a su presencia en cuanto llegara, coronel —dijo el capitán—. Sígame, por favor.

Recorrieron la calle levantando con sus botas pequeñas nubes de un polvo acre. Drummond se fijó atentamente en lo que le rodeaba. Había partido de allí poco después de los dos meses de locura que habían terminado gradualmente cuando la organización de ambas partes fue colapsándose hasta el punto de no poder construir y lanzar más bombas y mantener al mismo tiempo la ley y el orden en sus respectivos territorios, que empezaban a verse asolados por el hambre y las enfermedades. Para entonces, los Estados Unidos eran un gran caos en el que habían desaparecido las ciudades. Desde que partiera en su misión, Drummond apenas había podido mantener algún contacto esporádico por radio cuando encontraba alguna instalación de largo alcance que todavía funcionase. Durante el tiempo transcurrido, se habían producido algunos progresos notables, según pudo apreciar. Todavía no podía calcular hasta dónde alcanzaban aquellos avances, pero la mera existencia de algo como una capital era una demostración suficiente.

Robinson... Las arrugas de su rostro adoptaron una expresión preocupada. No sabía quién era aquel hombre. Drummond había esperado ser recibido por el Presidente, que era quien le había enviado a su misión, junto a muchos otros... No; él era el único que había recorrido la Europa oriental y el Asia oriental. De eso estaba seguro.

Dos centinelas montaban guardia frente a lo que era, evidentemente, un almacén convertido en cuartel general. Los almacenes ya no existían. No había nada que guardar en ellos. Drummond entró en una antecámara fría y poco iluminada. Escuchó el teclear de una máquina de escribir y vio a un miembro del Cuerpo Militar Femenino concentrado en el trabajo... Emitió una exclamación y parpadeó. ¡Aquello era... era imposible! Máquinas de escribir, secretarias..., ¿no habían desaparecido junto con el resto del mundo dos años antes? Si la era de la obscuridad se había abatido de nuevo sobre la Tierra, no parecía..., no parecía correcto que siguieran existiendo las máquinas de escribir. No se ajustaban a aquel nuevo mundo, no...

Advirtió que el capitán había abierto una puerta al fondo de la antecámara y le esperaba. Al cruzarla, Drummond se dio cuenta de lo cansado que estaba. El brazo le pesaba una tonelada cuando lo levantó para hacer el saludo militar ante el hombre que le observaba detrás del escritorio.

—Descanse, descanse.

La voz de Robinson era cordial. Pese a las cinco estrellas que lucía en las hombreras, no llevaba chaqueta ni corbata y su redondeado rostro le dirigía una sonrisa. Sin embargo, tenía un aire de firmeza y seguridad. Para dirigir las cosas en estos tiempos, pensó Drummond, tenía que ser una persona muy competente.

—Tome asiento, coronel Drummond —dijo el general señalando una silla próxima a la que él ocupaba.

El aviador se dejó caer sobre ella, entre escalofríos. Sus ojos inquietos recorrieron el despacho. Estaba casi tan bien provisto como cualquiera de antes de la guerra.

¡Antes de la guerra! La frase era casi como una espada que atravesaba la historia con la brutalidad de un asesinato, empañando el pasado hasta convertirlo en un vago fulgor dorado entre nubarrones negros a la deriva, inyectados de rojo. Y sólo habían transcurrido dos años. ¡Sólo dos años! Seguramente, la lucidez mental había dejado de tener sentido en un mundo sometido a tales pesadillas. Apenas dos años, y ya casi no lograba recordar a Bárbara y a los niños. Sus rostros se habían difuminado entre una marea de otros rostros, rostros hambrientos, rostros muertos, rostros humanos convertidos en animalescos por el dolor y la necesidad y el odio abrasador y corrosivo. La pena que le había embargado se había perdido entre el dolor del mundo y, en algunos aspectos, él mismo se había convertido en una máquina.

—Parece usted muy cansado —observó Robinson.

—Sí... Sí, señor...

—Puede ahorrarse las formalidades. No me interesan. Ahora vamos a colaborar estrechamente y no tendremos tiempo para diplomacias.

—Muy bien. He venido por la ruta polar. No he dormido desde... Ha sido un viaje muy duro. Sin embargo, señor, si me permite... Usted...

Drummond se detuvo a media frase, titubeante.

—¿Yo? Bien, supongo que en este momento soy el Presidente. *Ex officio, pro tempore*, o como quiera llamarlo. Tenga, necesita usted un buen trago —Robinson sacó de un cajón una botella y unos vasos; el líquido produjo un gorgoteo al caer en ellos, esparciendo un intenso aroma—. Es whisky de antes de la guerra. Hasta que se acabe, prefiero no empezar con los licores que hacemos ahora. Salud.

La bebida, fuerte y aromática, consiguió reanimar a Drummond. Su cuerpo agradeció el efecto que el líquido le causó en el estómago vacío. Escuchó la voz de Robinson con una nitidez surrealista.

—Sí, ahora soy el jefe. Mis predecesores cometieron el error de no separarse y de

viajar mucho para intentar poner en pie otra vez al país. Creo que fue así cómo enfermó el Presidente, y sé con toda seguridad que eso mismo les sucedió a otros de su séquito. Naturalmente, no había forma de organizar unas elecciones, y las fuerzas armadas eran prácticamente la única organización que todavía funcionaba, de modo que tuvimos que hacernos cargo de la responsabilidad. Berger estaba al mando, pero se pegó un tiro cuando supo que había respirado polvo radiactivo. Desde entonces, el mando ha recaído en mí. Me ha tocado esa suerte.

—Entiendo —asentí; en realidad, no importaba mucho: unas cuantas docenas de muertos más no eran gran cosa, cuando más de la mitad del mundo había desaparecido—. Y..., ¿piensa seguir teniéndola?

Tal vez era una pregunta hecha con excesiva brutalidad; sin embargo, las palabras no eran bombas.

—Sí —respondió Robinson, plenamente convencido—. Hemos aprendido mucho en este tiempo. Sí, tenemos mucha experiencia. Hemos repartido el ejército, lo hemos dividido en pequeños destacamentos en posiciones clave esparcidas por el país. Hemos pasado una larga temporada sin viajar salvo para auténticas emergencias y, en estos casos, con muchísimas precauciones. Con ello se han reducido bastante las epidemias. Los microorganismos estaban destinados a ser soltados sobre áreas densamente pobladas. Resultaban casi inmunes a las técnicas médicas conocidas pero, al carecer de portadores y de huéspedes, morían. Supongo que las bacterias naturales acabaron con la mayor parte. Todavía tomamos precauciones al viajar, pero ahora estamos bastante a salvo.

—¿No ha regresado ninguno de los demás pilotos? Hubo muchos que, como yo, fueron enviados para ver qué había sucedido realmente en el mundo.

—Volvió uno de Sudamérica. La situación allí es parecida a la nuestra, salvo que carecen de nuestra rigidez organizativa y se han deslizado más hacia la anarquía. Hasta hoy no ha vuelto nadie más.

No era sorprendente. De hecho, resultaba asombroso que hubiera regresado alguien. Drummond se había presentado voluntario después de que la bomba que había destruido Saint Louis se llevara también a su familia, en un momento en que no pensaba sobrevivir y le importaba muy poco si lo conseguía. Quizá por eso mismo se había salvado.

—Ya tendrá tiempo de hacer un informe por escrito —dijo Robinson—. Ahora, dígame, en términos generales cómo están las cosas por ahí.

—La guerra ha terminado —respondió Drummond encogiéndose de hombros—. Todo ha quedado arrasado. Europa ha vuelto al estado salvaje. Se encontraron cogidos entre América y Asia, y les cayeron bombas de ambos lados. No hubo muchos supervivientes, y se han transformado en animales famélicos. Rusia, por lo que he visto, está aproximadamente en la misma situación que nosotros, aunque algo

peor. Naturalmente, no pude descubrir gran cosa. No conseguí llegar a China o a la India, pero en Rusia oí rumores...

—No, el mundo ha quedado demasiado desintegrado para proseguir la guerra.

—Entonces podemos salir al descubierto —murmuró Robinson en voz baja—. Podemos empezar en serio la reconstrucción. No creo que nunca vuelva a haber otra guerra, Drummond. Creo que el recuerdo de ésta quedará demasiado grabado en nuestra raza para que podamos olvidarla.

—¿Cree usted que nos será tan fácil darla por terminada?

—No, no, claro que no. Nuestra cultura ha sufrido un terrible retroceso, aunque no haya perdido la continuidad. Nunca podremos recuperarnos del todo, pero... estamos en camino de empezar a sobreponernos.

El general se puso en pie mientras consultaba su reloj.

—Las seis en punto. Venga conmigo, Drummond. Vámonos a casa.

—¿A casa?

—Sí, se quedará conmigo. Escuche, parece usted un auténtico zombie. Necesita dormir un mes entero entre sábanas limpias, tomar comidas caseras y disfrutar de una atmósfera familiar. Mi esposa se alegrará de tenerle en casa, pues casi no vemos caras nuevas. Mientras tengamos que colaborar, quiero tenerle a mano. La escasez de hombres competentes es terrible.

Pasearon calle abajo, seguidos de un ayudante. Drummond volvía a tener conciencia de la debilidad y el dolor que atenazaban cada hueso y cada fibra de su cuerpo. Una casa..., una casa después de dos años de ciudades fantasma, de chimeneas derrumbadas sobre la nieve teñida de sangre, de frágiles cobertizos que daban cobijo al hambre y la muerte.

—El avión también nos será de gran utilidad —dijo Robinson—. Los aparatos a energía atómica son más escasos de lo que antes eran las gallinas con dientes —añadió, con una risa hueca, como si acabara de hacer un chiste negro—. Le ha llevado a usted más de dos años sin necesidad de combustible. ¿Ha tenido algún otro problema?

—De vez en cuando, pero he dispuesto de suficientes piezas de recambio.

No era necesario contarle a Robinson las horas y días de frenéticos trabajos con el aparato, de desesperadas improvisaciones con el estómago hambriento y las epidemias acechando a aquel que permaneciera demasiado tiempo en la zona. También había tenido problemas para conseguir comida, pese a la abundancia de recursos con que había partido. Durante el invierno había luchado por cuatro migajas, deshaciéndose de maníacos aulladores que le habrían matado por conseguir el pájaro que había acertado a abatir o por el caballo muerto que había rescatado de entre los deshechos. Había sentido repugnancia por aquel estado animalesco, y poco le habría importado personalmente si conseguían acabar con él. Pero tenía una misión, y ésta

era lo único que le quedaba como objetivo en la vida. Por ello se había asido a ella con intensidad rayana en el fanatismo.

Y ahora la misión había finalizado y Drummond se daba cuenta de que no podía descansar. No se atrevía. El descanso le daría tiempo para recordar. Quizá podría encontrar alivio en la gigantesca tarea de la reconstrucción. Sólo quizá...

—Hemos llegado —dijo Robinson.

Drummond parpadeó, asombrado de nuevo. Había un coche, camuflado con unos arbustos, y un chofer militar. ¡Un coche! Y en bastante buen estado, además.

—Hemos vuelto a poner en funcionamiento un par de pozos de petróleo, y una pequeña refinería con algunos remiendos —explicó el general—. Nos proporciona suficiente aceite y gasolina para el tráfico que tenemos.

Subieron al asiento trasero del automóvil. El ayudante se sentó delante, con el fusil a punto. El coche empezó a rodar por el camino, montaña abajo.

—¿Adonde vamos? —preguntó Drummond un tanto aturdido.

Robinson le dedicó una sonrisa.

—Tiene usted a su lado —dijo—, quizás al único hombre afortunado de la Tierra. Teníamos una casita de verano en el lago Taylor, a unos kilómetros de aquí. Mi esposa estaba allí cuando estalló la guerra y se quedó, y no acudió nadie más hasta que instalé el cuartel general en el pueblo. Ahora dispongo de toda una casa para mí y para ella.

—Sí. Ha tenido usted suerte —reconoció Drummond; dirigió la mirada a la ventanilla, sin llegar a ver los bosques bañados por el Sol, mientras preguntaba, con voz algo áspera—: ¿Cómo está realmente el país?

—Durante un tiempo ha estado mal. Condenadamente mal. Cuando las ciudades desaparecieron, se hundió el sistema de transportes, de comunicaciones, y de distribución. De hecho, toda la economía se desintegró, aunque no en un instante. Luego llegaron el polvo y las epidemias. La gente huyó y se registraron luchas abiertas cuando las zonas seguras, ya superpobladas, se negaron a admitir más refugiados. La policía desapareció junto con las ciudades, y el ejército no podía dedicarse a patrullar. Estábamos ocupados luchando con las tropas enemigas que habían sobrevolado el Polo para invadirnos. Todavía no hemos terminado con todos ellos. Hay partidas enemigas que aún merodean por el país, convertidos en forajidos hambrientos y desesperados, y hay muchos norteamericanos que también se han pasado al bandolerismo cuando todo lo demás les ha fallado. Ésa es la razón de que tengamos montada la guardia, aunque hasta ahora no hemos tenido ninguna visita.

»Las bombas de insectos y epidemias arrasaron casi por completo las cosechas, y ese invierno todo el mundo pasó hambre. Después tratamos las plagas con métodos modernos, aunque durante un tiempo apenas pudimos acercarnos a las zonas afectadas, y al año siguiente conseguimos una pequeña producción de alimentos.

Naturalmente, al no contar con un sistema de distribución, no pudimos salvar a muchos. De momento, dedicarse a la agricultura todavía es un objetivo que no se puede cumplir. Tardaremos mucho en librarnos de las plagas que nos asolan. Si tuviéramos un centro de investigaciones tan bien equipado como el que las produjo... Pero estamos sobreponiéndonos. Sí, estamos ganando.

—La distribución —murmuró Drummond al tiempo que se frotaba la barbilla—. ¿Y los trenes? ¿Y los vehículos con tracción animal?

—Algunas líneas de ferrocarril funcionan, pero el enemigo se ocupó de rociarlas de polvo con la misma meticulosidad que nosotros empleamos en las suyas. En cuanto a los caballos y animales de tiro, casi todos fueron sacrificados el primer invierno para servir de alimento. Personalmente, sólo sé que sobreviven una docena. Los tengo en mi casa, y allí trato de criar un número suficiente para que puedan ser de utilidad. Sin embargo —sonrió irónicamente Robinson—, cuando lo hayamos conseguido, las fábricas ya volverán a tener cierto impulso.

—Así pues, ahora...

—Ya hemos pasado lo peor. Salvo los bandidos, el resto de la población está bastante bien controlada. La gente civilizada está correctamente alimentada y tiene algún tipo de vivienda. Tenemos talleres mecánicos, pequeñas fábricas e instalaciones suficientes para mantener equilibrado el transporte y otros mecanismos de comunicación. En este momento ya estamos en condiciones de programar una expansión, empezando por aumentar los medios con que contamos. Calculo que en unos cinco años más estaremos lo bastante asentados para levantar la ley marcial y celebrar unas elecciones generales. Nos queda un gran trabajo por delante, pero merece la pena.

El coche se detuvo para permitir que una vaca se apartara del camino. Detrás del animal trotaba un ternero. La vaca estaba delgada y sucia, y se apartó rápidamente del vehículo internándose en la espesura.

—Una vaca salvaje —explicó Robinson—. La mayor parte de los animales salvajes de verdad han sido cazados durante los dos últimos años para servir de alimento, pero muchos animales de granja escaparon cuando sus propietarios murieron o huyeron, y desde entonces han estado en libertad...

Al observar la mirada fija de Drummond se detuvo. El piloto contemplaba al ternero, cuyas patas medían la mitad de lo normal.

—Un mutante —explicó el general—. Encontrará muchos animales así. Es el resultado de la radiación de las zonas bombardeadas o rociadas. Incluso ha habido un montón de nacimientos humanos anormales —Robinson frunció el ceño y un aire de preocupación nubló sus ojos—. De hecho, éste va a ser uno de nuestros peores problemas.

El automóvil dejó atrás el bosque y llegó a la orilla de un pequeño lago. Estaban

ante un paisaje apacible: las aguas tranquilas eran como oro fundido bajo el intenso Sol, los árboles rodeaban el perímetro del lago y, en su derredor, se alzaban las montañas. Bajo un enorme abeto se alzaba una casita, en cuyo porche se divisaba una mujer.

Era como un verano con Bárbara... Drummond soltó una maldición en voz baja y siguió a Robinson hacia el pequeño edificio. No, no era como antes. Jamás podría serlo. Jamás. Aquel lugar estaba protegido por centinelas contra posibles merodeadores y... A los pies de Drummond había una flor de extraño aspecto. Era una margarita, pero de tamaño desmesurado, de un rojo intenso y de forma irregular.

Una ardilla cuchicheaba subida a un árbol. Drummond observó que el rostro del animalito estaba tan embotado que casi parecía humano.

Llegaron al porche y Robinson presentó a Drummond a «mi esposa, Elaine». Era una mujer joven, de aspecto agradable, que contempló el rostro agotado de Drummond con un gesto compasivo. El piloto intentó no fijarse en que la mujer estaba embarazada.

Le llevaron al interior de la casa y le prepararon un baño caliente. Después cenaron, pero para entonces Drummond estaba ya vencido por el sueño y apenas advirtió que Robinson le ayudaba a acostarse.

Por fin, al término del viaje, podía relajarse, y Drummond se hundió en un estado de sopor que le imposibilitaba ser de utilidad para sí mismo o para los demás, y que se prolongó más de una semana. No obstante, resultó sorprendente lo que podía conseguirse con una buena alimentación y mucho reposo y, una noche, Robinson llegó a la casa y encontró a Drummond garabateando hojas de papel.

—Estoy ordenando mis notas y esas cosas —explicó el piloto—. Supongo que en el plazo de un mes tendré preparado un informe completo de mis observaciones.

—Bien, pero no tenga prisa —asintió Robinson mientras se dejaba caer sobre un sillón con aire fatigado—. El resto del mundo aguardará. Preferiría que se dedicara a esto a ratos, y que pase a formar parte de mi equipo de colaboradores como tarea principal.

—Muy bien. ¿A qué quiere que me dedique?

—A todo en general. La especialización ha desaparecido, pues hay muy pocos especialistas o equipos que hayan sobrevivido. Creo que su principal misión será dirigir la oficina del censo.

—¿Cómo?

—La oficina del censo será usted mismo, y los pocos ayudantes que pueda proporcionarle —sonrió Robinson; se inclinó hacia delante y añadió con tono sincero—: Se trata de uno de los trabajos más importantes a hacer. Deseo que haga por este país lo que ya ha hecho por la Eurasia central, pero mucho más detalladamente.

Tenemos que saber cuál es la situación de la población, Drummond.

Tomó un mapa de un cajón del escritorio y lo extendió sobre éste.

—Mire, aquí tenemos los Estados Unidos. He marcado en rojo las zonas que se conoce con certeza que son inhabitables —sus dedos recorrieron las manchas de color—. Hay demasiadas, y seguramente habrá otras que todavía no hemos descubierto. Esas aspas azules son los puestos avanzados del ejército —las señales mencionadas eran pocas y estaban repartidas por el territorio, cerca de los centros de reagrupamiento de la población—. No tenemos suficientes. Es todo lo que podemos hacer para controlar a la gente pacífica, que más o menos va recuperándose. Los bandidos, las tropas enemigas y los refugiados sin hogar todavía vagan sin control, ocultos entre los bosques y las tierras yermas, asaltando lo que tengan a su alcance. Esos grupos son los que extienden las epidemias. No podremos acabar con ellas hasta que todo el mundo esté asentado otra vez, y eso será difícil de conseguir. Ni siquiera tenemos soldados suficientes para iniciar la planificación de un sistema de protección al estilo feudal. Las epidemias se extienden en esas concentraciones humanas como los incendios en las praderas.

«Tenemos que saber con precisión cuánta gente ha sobrevivido: la mitad de la población, un tercio, una cuarta parte, lo que sea. Tenemos que saber dónde están y cómo consiguen alimentos, para poner en marcha un sistema equitativo de distribución. Tenemos que localizar todas las tiendas, laboratorios y bibliotecas de ciudades pequeñas que todavía se sostengan en pie, y rescatar sus inapreciables contenidos antes de que nos los quiten los saqueadores o las condiciones atmosféricas. Tenemos que localizar a médicos e ingenieros y otros profesionales y ponerlos a trabajar en la reconstrucción. Hemos de encontrar a los bandidos y detenerlos. Tenemos que... Bueno, podría seguir indefinidamente. Una vez tengamos toda esta información, podremos poner en marcha un plan maestro para la redistribución de la población, la agricultura, la industria y demás, del modo más eficaz posible, para devolver el país a una autoridad y a una policía civiles, para abrir canales regulares de transporte y comunicación... En una palabra, para poner otra vez en pie al país.

—Le entiendo —asintió Drummond—. Hasta ahora, ha tenido preferencia la mera supervivencia y el aprovechamiento de lo que ha quedado a salvo. Ahora, estamos en situación de empezar a expandirnos si sabemos dónde y cómo realizar esta expansión.

—Exacto —asintió Robinson con una mueca, mientras liaba un cigarrillo—. No queda mucho tabaco. Y el que tengo es inmundo. ¡Señor, esa guerra ha sido una locura!

—Todas las guerras lo son —añadió Drummond, desapasionadamente—, pero la tecnología había avanzado hasta el punto de proporcionarnos la navaja con que

nosotros mismos podíamos rebanarnos el cuello. Hasta ahora, lo máximo que hacíamos era darnos golpes de cabeza contra los muros. Escuche, Robinson, no podemos volver a los viejos tiempos. Tenemos que iniciar un nuevo camino, un camino cuerdo y razonable.

—Sí. Y eso me recuerda... —Robinson dirigió una mirada a la cocina: pudieron oír el alegre ruido de los platos y llegó hasta ellos el aroma de la comida, que les hizo la boca agua; el general bajó la voz—: Deseo decirle a usted algo ahora mismo, pero no quisiera que Elaine se enterara. No..., no es cuestión de preocuparla. ¿Ha visto ya los potros de la cuadra, Drummond?

—Sí, los vi el otro día. Esos potros...

—Ajá. El año pasado nacieron cinco potros de once yeguas. Dos de ellos eran tan deformes que murieron al cabo de una semana, y otro no resistió más que unos meses. De los dos restantes, uno tiene las pezuñas partidas y casi carece de dientes. El quinto parece normal, de momento. Sólo uno de once, Drummond.

—¿Esos caballos estaban cerca de alguna zona radiactiva?

—Debían de estarlo. Fueron capturados en distintas partes y traídos aquí. El semental, según me han dicho, fue capturado cerca de donde estaba Portland. Sin embargo, si hubiera sido el único en tener genes mutantes, difícilmente habrían aparecido deformaciones en la primera generación, ¿no es así? He llegado a la conclusión de que casi todas las mutaciones son causadas por genes recesivos mendelianos. Y si hubiera alguno dominante, habría aparecido en todos los potros, pero ninguno de los cinco tenía el menor parecido con los restantes.

—Hum... No sé gran cosa de genética, pero conozco bien las radiaciones intensas y sé que éstas, así como las partículas de carga secundaria que producen, provocarán muchas mutaciones. Sin embargo, los seres mutantes no son muy abundantes y tienden a concentrarse en ciertos grupos característicos...

—Eso de que no había muchos era antes... —de pronto, Robinson había adoptado una expresión extraña, una mirada fría y cargada de temor—. ¿No se ha fijado en los animales y las plantas? Hay menos que antes y... bueno, no he llevado la cuenta, pero la mitad de los que he visto o matado tenían algún defecto, interna o externamente.

Drummond dio una profunda chupada a la pipa. Necesitaba algo a lo que asirse en aquella nueva tormenta de locura. En voz muy baja, susurró:

—En el curso de biología que hice en la universidad nos dijeron que la gran mayoría de las mutaciones son inviables. Hay muchas más posibilidades de que no salga nada que de lo contrario. La radiación puede matar a un animal o producir en él cambios genéticos de diverso grado. Pueden aparecer mutaciones tan virulentas y mortíferas que el afectado no llegue a nacer, o muera pronto. Pueden producirse factores desfavorables de todo tipo, en grado mayor o menor, o meros cambios al azar

que no tengan mucha importancia en ningún sentido. O incluso puede haber algunos casos, muy pocos, en que la mutación resulte en realidad favorable. Sin embargo, tampoco puede decirse realmente que estos mutantes sean miembros auténticos de la especie. Además, las mutaciones favorables suelen cobrarse su precio en la pérdida parcial o total de alguna otra función.

—En efecto —asintió gravemente Robinson—. Uno de los objetivos del censo será intentar localizar a todos y cada uno de los especialistas en genética aún supervivientes y hacerlos venir aquí. Pero su auténtica misión, la que sólo usted y un par de colaboradores deben conocer, la tarea principal por encima de cualquier otra consideración, será encontrar mutantes humanos.

Drummond sintió que se le secaba la garganta.

—¿Han habido muchos casos? —preguntó en un susurro.

—Sí, pero no sabemos cuántos ni dónde. Sólo conocemos los de personas que vivían cerca de los puestos militares o que han mantenido algún tipo de relación habitual con nosotros, y eso apenas alcanza a unos miles de individuos. Entre éstos, la tasa de natalidad ha descendido a menos de la mitad de la anterior a la guerra, y más de la mitad de los nacimientos producidos son anormales.

—¡Más de la mitad...!

—En efecto. Naturalmente, los muy diferentes mueren pronto o son llevados a una institución que hemos establecido en las montañas Alleghenies. Sin embargo, ¿qué podemos hacer con las formas viables si sus padres todavía los quieren? Los niños y niñas con órganos deformes o abortados, o que carecen de ellos, y aquellos que tienen la estructura interna deformada, los que nacen con cola o en condiciones aún peores... Bueno, a todos estos les espera una vida muy dura, pero en general pueden sobrevivir. Y perpetuarse...

—E incluso los que parecen normales pueden tener una tara que pase inadvertida, o una característica que no aparezca hasta dentro de muchos años. Hasta puede que los niños normales sean portadores de genes recesivos y los transmitan... ¡Señor! —la exclamación era mitad plegaria, mitad blasfemia—. ¿Cómo puede haber sucedido? No toda la gente estaba en las zonas que sufrieron los bombardeos atómicos.

—Quizá tenga razón, aunque muchos de los supervivientes escaparon de la periferia de las ciudades. Sin embargo, durante el primer año después de la catástrofe todo el mundo vagaba de un lugar a otro, y fueron muchos los que se acercaron sin saberlo a las zonas de radiación caliente. Además, estaba el maldito polvo radiactivo que llenaba el aire. Ese polvo tiene una vida media muy prolongada, y seguirá siendo un peligro durante décadas. Por otra parte, como era lógico esperar en una cultura que se derrumba, la promiscuidad ha sido muy corriente. Y todavía sigue siéndolo. En resumen, los cambios genéticos se han extendido por todas partes.

—Sigo sin comprender por qué han alcanzado un grado tan alto. Incluso aquí...

—Yo tampoco entiendo por qué han aparecido mutaciones aquí. Supongo que gran parte de la flora y fauna locales han llegado de otras partes. Esta zona es segura y la región contaminada más próxima está a quinientos kilómetros, con altas cadenas montañosas por medio que sirven de protección. Deben de haber muchas otras zonas aisladas en condiciones similares de relativa normalidad. Tenemos que localizarlas, pero en el resto del territorio...

—La sopa ya está a punto —anunció Elaine, apareciendo por la puerta de la cocina con un carrito cargado de comida, en dirección al comedor.

Los hombres se pusieron en pie. Drummond miró a Robinson con aire abatido y musitó con voz monocorde:

—Está bien. Recogeré la información que me pide. Haremos un mapa de las regiones con mutaciones y de las zonas sanas, comprobaremos la situación de la población y de los recursos y, por último, reuniremos los demás datos que desea. ¿Qué se propone hacer entonces?

—Me gustaría saberlo —respondió Robinson, abatido—. Me gustaría saberlo.

El invierno proseguía hacia el norte con toda lentitud, bajo un inmenso cielo grisáceo que parecía helado, casi sólido, sobre las blancas llanuras salpicadas de pequeños oteros. Los últimos tres inviernos habían llegado pronto y se habían prolongado mucho. El polvo, la sustancia coloidal de las bombas, permanecía suspendido en la atmósfera y había reducido la radiación solar que alcanzaba la superficie del planeta a unos mínimos casi mortales. Se habían producido algunos terremotos en zonas del mundo geológicamente inestables, causados por bombas dirigidas conscientemente a provocarlos. Media California había desaparecido cuando una de aquellas bombas sabotadoras dio lugar a un gigantesco movimiento de tierras en la falla de San Andrés. Y ello produjo, además, una nueva polvareda radiactiva.

«Era el invierno perpetuo —pensaba Drummond con desánimo—. La maldición mencionada en la profería. Pero no, todavía sobrevivían, aunque quizá no como verdaderos seres humanos...» La mayoría de los grupos instalados en la zona se habían trasladado al sur, donde la superpoblación había convertido el hambre, las enfermedades y las luchas intestinas en aspectos normales de la vida cotidiana. Quienes habían permanecido en las tierras altas y habían tenido suerte con las cosechas assoladas por las plagas, estaban en mejor situación.

El jet estratosférico de Drummond se deslizó sobre los cráteres y las ruinas ennegrecidas de las Ciudades Gemelas. La radiactividad era todavía tan acusada que fundía la nieve, y el hueco formado por las explosiones era como la cuenca vacía del ojo de una calavera. El piloto suspiró, pero cada vez se sentía más acostumbrado a un mundo yermo y desolado. Eran tantas las zonas en aquel estado... Ahora sólo

importaba la lucha agónica por la vida.

Dio una pasada sobre el siniestro resplandor de las ruinas y sobrevoló a baja altura los campos sin fin. Restos chamuscados de casas de campo, esqueletos de ciudades fantasma, tierras agostadas por el polvo... Sin embargo, había oído hablar a algunos viajeros acerca de una comunidad bastante poderosa cerca de la frontera canadiense, y ahora su principal interés era encontrarla.

Durante los seis meses anteriores se había ocupado de muchos asuntos. Había tenido que planificar un método de investigación, organizar a sus escasos ayudantes sobrecargados de trabajo hasta formar un equipo eficaz, y emprender la larga búsqueda.

No había podido cubrir todo el país. El intento habría resultado baldío. Los contados aviones de que disponían habían recorrido zonas escogidas más o menos al azar, en un intento de tener una muestra representativa de cuáles podían ser las condiciones en el conjunto del territorio. Se había internado en las zonas sin control, en las montañas, las llanuras y los bosques, y había establecido contacto con sus escasos moradores, esparcidos y desmoralizados.

Al final, aquel había sido el trabajo más laborioso de todos. La mayoría se había mostrado patéticamente contenta de ver algún símbolo de la ley y el orden y de lo que ahora parecían paradisíacos «viejos tiempos». De vez en cuando surgía algún problema o algún peligro al encontrarse grupos descontentos, temerosos o manifiestamente hostiles a todo intento de recomponer un gobierno al que asociaban con el desastre. En una ocasión, incluso, habían sostenido una batalla en toda regla con un grupo de bandidos trashumantes. Sin embargo, el trabajo había seguido adelante y, por fin, los preliminares estaban casi ultimados.

Los preliminares... Ahora venía una tarea aún más compleja: determinar exactamente cómo estaban los asuntos que el país entero se hallaba en condiciones de emprender de inmediato. Sin embargo, Drummond disponía de datos suficientes para realizar una extrapolación fiable. Junto con su equipo, había recopilado la mayor parte de los datos básicos y había empezado a relacionarlos. Tenía cuadernos y más cuadernos de informaciones obtenidas mediante preguntas, observaciones, indagaciones y demás medios disponibles. Y en las líneas perfiladas a grandes rasgos, con el mismo crudo realismo, se contenía la verdad.

«Bueno, sólo este sitio más y me vuelvo a casa —pensó Drummond por enésima vez; su cerebro estaba cayendo en una rutina, trazando el mismo círculo terrible una y otra vez, sin encontrar salida—. A Robinson no le gustará lo que he de decirle, pero las cosas son así —fúnebre, lentamente, añadió—: ¡Ah, Bárbara! Quizás haya sido mejor que tú y los niños desaparecierais entonces. Una muerte rápida, limpia, sin daros ni tiempo a sentirla. Esto ya no es un mundo, y jamás volverá a ser el nuestro.»

Divisó el lugar que buscaba, un grupo de edificios junto a las orillas heladas del

Lago de los Bosques. El avión descendió hacia el blanco suelo. Lo que había oído contar de aquella población no era demasiado alentador, pero Drummond confiaba en salir bien. De todos modos, los demás tenían todos sus datos, así que poco importaba.

Cuando se posó en el claro a la entrada del pueblo, utilizando los patines del aparato, la mayor parte de los habitantes le estaban esperando. Bajo la mortecina luz del anochecer parecían un grupo de desharrapados medio salvajes, vestidos torpemente con los restos de telas y cuero que tenían a mano. Los hombres, barbudos y recelosos, iban armados con porras y cuchillos, e incluso algunas armas de fuego. Cuando Drummond salió del avión, estuvo muy atento a no aproximar las manos a las cartucheras de sus propias armas automáticas.

—Hola —dijo—. Vengo como amigo.

—Será mejor para ti —gruñó el corpulento jefe—. ¿Quién eres, de dónde vienes y por qué?

—En primer lugar —se apresuró a mentir Drummond sin levantar el tono de voz—, quiero decirte que hay otro hombre con un avión como éste que sabe dónde estoy. Si no regreso a determinada hora, vendrá aquí con bombas. Pero no tenemos intención de causar daño o interferencias. Sólo se trata de una especie de visita social. Soy Hugh Drummond, del ejército de los Estados Unidos.

El grupo digirió la información lentamente. Evidentemente, no eran amigos del gobierno, pero sentían demasiado temor al avión y al armamento para mostrarse abiertamente hostiles. El jefe escupió.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Sólo esta noche, si no me rechazáis. Pagaré por quedarme —añadió mientras alzaba una bolsita—. En tabaco.

Los ojos de los hombres brillaron, y el jefe respondió.

—Te quedarás conmigo. Vamos.

Drummond le entregó el obsequio y avanzó con el grupo. No le gustaba desprenderse de aquellos lujos sin precio a cambio de nada, pero el trabajo era más importante. Y el jefe parecía un poco ablandado por la fragante picadura, que husmeaba ávidamente.

—Hace tiempo que sólo fumo cortezas y hierbas —le confió—. Terrible.

—Peor aún —asintió Drummond.

Se subió el cuello de la chaqueta y le recorrió un escalofrío. El viento que empezaba a levantarse era terriblemente frío.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó una voz.

—Sólo deseo saber cómo están las cosas. Hemos puesto en marcha otra vez el gobierno y empezamos a arreglar algunos asuntos. Pero ahora tenemos que saber dónde está la gente, qué necesidades hay, y cosas así.

—No queremos saber nada de gobiernos —murmuró una mujer—. Ellos

provocaron todo esto.

—¡Oh, vamos! Nosotros no pedimos ser atacados.

Drummond cruzó mentalmente los dedos. Ni sabía ni le importaba de quién había sido la culpa. Ambas partes, al permitir que su mutuo temor y sus fricciones les condujeran a la histeria. De hecho, no estaba seguro de que no hubieran sido los Estados Unidos los primeros en lanzar los cohetes, por orden de algunos funcionarios agresivos o llevados por el pánico. No quedaba nadie vivo que reconociera saberlo.

—Ha sido el castigo de Dios por los pecados de nuestros dirigentes —insistió la mujer—. Las epidemias, la muerte a sangre y fuego, ¿no está todo eso profetizado en la Biblia? ¿No estarnos viviendo los últimos días del mundo?

—Quizá.

Drummond se alegró de detenerse por fin ante una gran cabaña de techo bajo. Las discusiones religiosas eran ahora un tema delicado y, rodeado de un montón de gente, podían convertirse en dinamita.

Penetraron en la construcción que pese a contar con muy pocos muebles resultaba bastante confortable. Además del jefe, entró con Drummond un puñado de hombres más. Pese a todas las suspicacias, sentían curiosidad, y un forastero llegado en avión era, en esos días, todo un acontecimiento.

Drummond observó discretamente toda la estancia, fijándose en los detalles. Había tres mujeres, lo que indicaba un retorno al concubinato, algo que sólo cabía esperar en tiempos de escasez de hombres y de dominio del más fuerte. Los ornamentos y útiles, las herramientas y armas de buena calidad, todo ello confirmaba los relatos que había escuchado. No estaba exactamente en una ciudad de bandidos, pero era evidente que sus moradores se dedicaban a asaltar a los viajeros y a hacer incursiones a otros lugares cuando la necesidad agobiaba, y que habían consolidado una especie de dominio sobre el territorio circundante. Aquélla era también una característica frecuente.

En el suelo había una perra con su camada. Sólo tenía tres cachorros, uno de los cuales era calvo, a otro le faltaban las orejas y el tercero tenía más dedos de los debidos en las patas. Entre los niños presentes, de ojos abiertos como platos, había varios de dos años o menos, y todos, casi sin excepción apreciable, tenían también rasgos diferentes.

Drummond suspiró profundamente y tomó asiento. En cierto modo, aquello confirmaba las sospechas que durante tanto tiempo había albergado. Encontrar mutaciones en aquel rincón, uno de los más alejados de donde había caído la destrucción atómica, era la última evidencia que necesitaba.

Tenía que mostrarse amistoso o no lograría descubrir gran cosa acerca de la población, producción de alimentos y demás datos que necesitaba saber. Con una

sonrisa forzada sobre sus labios tensos, sacó de la chaqueta una botella.

—Whisky de antes de la guerra —anunció—. ¿Quién quiere un trago?

—¡Todos! —rugieron las voces de una docena de los presentes.

La botella pasó de mano en mano mientras los hombres maldecían, se daban manotazos e intentaban asirla. Drummond pensó, irónicamente, que el alcohol casero de la ciudad debía de ser terrible.

El jefe gritó una orden, y una de las mujeres se puso a revolver ante la primitiva cocina.

—Te preparará algo de comer —le dijo a Drummond con entusiasmo—. Yo me llamo Sam Buckman.

—Encantado de conocerte, Sam —dijo Drummond al tiempo que estrechaba la peluda mano de su interlocutor.

Tenía que demostrar que no era uno de aquellos enclenques de ciudad, farsantes y embaucadores.

—¿Cómo está el resto del país? —preguntó atinadamente uno del grupo—. Hace tanto tiempo que no salimos de aquí...

—No os habéis perdido gran cosa —respondió Drummond entre mordisco y mordisco: la comida era bastante buena; hizo una breve descripción de la situación y, al terminar, añadió—: Aquí estáis mejor que la mayoría.

—Sí, quizá —replicó Sam Buckman mesándose la barba—. Lo que daría por una hoja de afeitar... Pero no ha sido fácil sobrevivir. El primer año no lo pasamos mejor que los demás. Yo soy granjero. El primer invierno guardé unos cuantos granos de maíz y de cebada en el bolsillo, aunque estábamos pasando hambre. Un grupo de refugiados hambrientos asaltó mi casa, pero escapé y llegué hasta aquí. El año siguiente me instalé en una de las granjas vacías y empecé de nuevo.

Drummond dudaba de que dicha granja hubiese estado abandonada, pero no dijo nada. La lucha por la supervivencia obviaba muchas consideraciones.

—Después llegaron otros y se instalaron aquí —añadió el jefe con aire evocador—. Ahora trabajamos juntos en los campos. Tenemos que hacerlo, porque un hombre solo no puede sobrevivir sin ayuda entre tantas plagas y epidemias, con las cosechas llenas de plantas enfermas o anormales y con los bandidos merodeando por las cercanías. Pero de estos últimos no hay muchos, aunque el invierno pasado derrotamos a un grupo de soldados enemigos.

Al mencionar el hecho, el jefe hizo un gesto de orgullo. Sin embargo, Drummond no se sentía especialmente impresionado. Un puñado de guerrilleros famélicos y muertos de frío, perdidos y confusos en territorio enemigo y extraño, sin esperanza de volver a casa siquiera, no constituía un adversario formidable.

—Ahora las cosas van mejor —continuó Buckman—. Estamos levantando cabeza —hizo un gesto de frustración y un palpable abatimiento se extendió por la estancia

—: Si no fuera por los nacimientos...

—Sí, los nacimientos, los recién nacidos. Incluso el ganado y las plantas —era un anciano quien hablaba ahora, con una mirada vidriosa próxima a la locura—. Es la marca de la bestia. Satanás anda suelto por el mundo y...

—¡Silencio!

Enorme, visiblemente encolerizado, Buckman se levantó de su silla y asió al anciano por su huesuda garganta.

—¡Cállate o te aplasto esa boca mentirosa que tienes! Ningún hijo mío va a estar marcado por el diablo.

—¡Ni los míos...! ¡Ni los míos...!

El rumor de las voces recorrió la choza, lóbrego y cargado de temor.

—¡Es el castigo divino, yo os lo aseguro! —chilló de nuevo la mujer que antes había protestado por la presencia de Drummond—. El fin del mundo se acerca. Preparaos para la segunda venida de...

—¡Cállate tú también, Mag Schmidt! —gritó Buckman, todavía en pie con el cuerpo inclinado hacia delante, los brazos separados del cuerpo y balanceándose a los costados, los puños cerrados y los ojillos enrojecidos recorrieron la estancia con aire enfurecido—. Cállate y mantén la boca cerrada. Sigo siendo el jefe aquí, y si no te gusta, puedes largarte. Sigo sin creerme que ese crío tuyo deforme se cayera al lago por accidente...

La mujer enmudeció, con los labios apretados. Un tenso silencio invadió la estancia y uno de los pequeños empezó a llorar. La criatura tenía dos cabezas.

Lenta y pesadamente, Buckman se volvió hacia Drummond, que permanecía inmóvil, sentado contra la pared.

—¿Lo ves? —exclamó el jefe—. ¿Ves lo que sucede? Quizá sea una maldición divina. Quizás el mundo se esté terminando, no lo sé. Lo único que sé es que hay pocos niños, y la mayoría de ellos deformes. ¿Seguirán así las cosas? ¿Todos nuestros hijos serán monstruos? ¿Tenemos que..., que matarlos y esperar a que nos nazcan hijos verdaderamente humanos? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué debemos hacer?

Drummond se levantó. Sobre sus hombros sentía un peso terrible, de siglos, y le invadió la pesadumbre —absoluta y tremenda— de haber visto aquellas muestras de pánico y de haber escuchado demasiadas veces aquellas preguntas desesperadas. Sí, demasiadas...

—No, no los matéis —respondió—. Eso sería un asesinato de la peor clase y, de cualquier modo, no serviría de nada. Eso es consecuencia de las bombas y no se puede hacer nada por evitarlo. Seguid teniendo hijos aunque sean así, e intentad acostumbraros a ellos.

Con el jet estratosférico a energía atómica, Minnesota no quedaba lejos de

Oregon, y Drummond tomó tierra en Taylor a mediodía de la jornada siguiente. Esta vez no se dio prisas en poner el aparato a cubierto. Arriba, en la montaña, había una extensión de tierra apisonada donde lentamente iba levantándose un nuevo aeródromo. Los hombres empezaban a superar su terror al cielo. Ahora había otro temor que afrontar, uno del que no había escapatoria posible.

Drummond avanzó lentamente por la calle helada hasta la oficina central. Hacía un frío entumecedor, una helada intensa y prolongada que se colaba entre las ropas hasta la carne y los huesos. En el interior no se estaba mucho mejor, pues los sistemas de calefacción no eran todavía más que pobres improvisaciones.

—¡Ya ha regresado! —exclamó Robinson al recibirle en la antecámara, repentinamente galvanizado por la impaciencia: tenía un aspecto ajado, mucho más delgado y nervioso, como si tuviera diez años más; sin embargo, irradiaba una gran expectación—. ¿Qué tal? ¿Cómo están las cosas?

Drummond sostuvo en alto un abultado cuaderno de notas.

—Está todo aquí —dijo con aire abatido—. Aquí están todos los datos que precisamos. Todavía no he podido estudiarlos a fondo, pero el cuadro general es bastante simple.

Robinson posó una mano sobre el hombro del piloto y le hizo pasar al despacho. Drummond notó que al general le temblaba la mano pero tomó asiento y aceptó una copa antes de volver al tema.

—Ha hecho usted un buen trabajo —dijo el jefe calurosamente—. Cuando el país vuelva a estar organizado, procuraré que le den una medalla por ello. Los hombres de los demás aparatos no han regresado todavía.

—No, tardarán bastante en recoger los datos. El trabajo no estará terminado hasta dentro de varios años. Yo sólo he podido formarme una idea general, pero es suficiente. Sí, suficiente...

La mirada de Drummond volvió a fijarse en el vacío, Robinson sintió un escalofrío ante aquella mirada vaga e indefinida. Con un susurro, preguntó por fin:

—¿Es..., es mala?

—La peor. Físicamente, el país empieza a recuperarse. En cambio, biológicamente, hemos llegado a una encrucijada y hemos tomado el ramal equivocado.

—¿A qué se refiere? ¿De qué está hablando?

Drummond le dio entonces los datos directamente, en toda su crudeza, como en un ataque a la bayoneta.

—El índice de natalidad no llega a la mitad que el anterior a la guerra, y aproximadamente un setenta y cinco por ciento de todos los nacidos son mutantes, de los cuales dos terceras partes son viables y, presumiblemente, fértiles. Naturalmente, aquí no se cuentan las características que puedan tener una maduración posterior, ni

las indetectables en una inspección visual, ni los genes mutantes recesivos que puedan ser transmitidos por cigotos de apariencia normal. Ésta es la situación en todas partes. No existen lugares que estén a salvo de ella.

—Entiendo —dijo Robinson al cabo de un largo instante; asintió como si hubiera recibido un golpe directo y no se hubiera dado todavía plena cuenta de ello—. Entiendo. Y eso se debe...

—La razón es evidente —le ayudó Drummond.

—Sí, claro: el movimiento de la gente por zonas radiactivas.

—No, de ningún modo. Eso sólo explicaría algunos casos. El resto...

—No importa —le interrumpió Robinson—. Los hechos están ahí, y eso basta. Tenemos que decidir qué hacemos al respecto.

—Y rápidamente —añadió Drummond—. Nuestra cultura está naufragando. Al menos, hemos preservado nuestra continuidad histórica, pero incluso eso está desapareciendo ahora. La gente se volverá loca cuando vea que, parto tras parto, los niños salen monstruosos. Piense en el temor a lo desconocido, que paralizará todas las mentes, todavía aturdidas por la guerra y sus consecuencias inmediatas. Piense en la frustración de la paternidad, quizás el instinto más básico que poseemos. Vamos hacia el infanticidio, el abandono, el desespero... Un verdadero cáncer en la raíz de la sociedad. Tenemos que actuar pronto.

—¿Cómo? ¿Cómo? —exclamó Robinson con la mirada fija y aturdida.

—No lo sé. Usted es el jefe. Quizás una campaña educativa, aunque eso parece difícil de poner en práctica. O quizás acelerando el programa de reintegración del país. No lo sé...

Drummond cargó su pipa. Se le estaban terminando las últimas reservas de tabaco, pero prefería algunas bocanadas profundas a muchas chupadas cortas.

—Naturalmente —murmuró con aire pensativo—, esta situación no significa, probablemente, el final de las cosas. No podremos saberlo hasta dentro de una generación o más, pero imagino que los mutantes podrán incorporarse a la sociedad. Será mejor que así sea, pues superarán en número a los humanos. Lo que es seguro es que, si dejamos que las cosas se desarrollen sin intervenir, no hay modo de saber cómo terminarán. La situación no tiene precedentes. Podemos terminar en una cultura de variaciones especializadas, lo cual sería muy malo desde el punto de vista evolutivo. Se producirían luchas entre los distintos tipos de mutantes, o enfrentamientos con los humanos. El cruce genético daría lugar a seres aún más monstruosos, en especial cuando empezasen a asomar los recesivos acumulados. Mire, Robinson: si queremos tener algo que decir en lo que va a suceder durante los próximos siglos, tenemos que actuar rápidamente. De lo contrario, será como una bola de nieve fuera de todo control.

—Sí, sí, tenemos que actuar en seguida, y con dureza —asintió Robinson al

tiempo que se enderezaba en su asiento con ademán resuelto, aunque con la mirada todavía aturdida—. Estamos bien organizados. Tenemos los hombres, las armas y la organización suficientes. No podrán oponernos resistencia.

Las emociones entumecidas de Drummond se agitaron, recorridas por un terrible escalofrío de temor.

—¿De qué está usted hablando? —soltó.

—Del exterminio racial. Todos los mutantes y sus padres deberán ser esterilizados donde y cuando sean detectados.

—¿Se ha vuelto loco, Robinson?

Drummond saltó de su silla, asió a Robinson de los hombros con el escritorio de por medio y le dio una sacudida.

—¿Cómo se le ocurre? ¡Es..., es imposible! ¡Provocaríamos una revuelta, una guerra civil, el colapso final!

—¡Si empezamos ahora mismo, no! —en la frente del general aparecieron unas pequeñas perlas de sudor—. Esto no me complace más que a usted, pero debe hacerse o la raza humana estará condenada. Si hay más mutantes que nacimientos normales... —se puso en pie, jadeando—. He pensado mucho en esto. Sus datos no hacen sino confirmar mis sospechas. Esto rompe todos los esquemas, ¿no lo entiende? La evolución ha seguido su curso lentamente. La vida no está diseñada para afrontar un cambio tan repentino. A menos que logremos salvar la descendencia humana intacta, ésta será absorbida y la diferenciación continuará hasta que la humanidad sea una colección de monstruosidades, probablemente estériles entre sí. O... también podría haber un puñado de genes recesivos letales. Extendidos a grandes segmentos de población, podrían acumularse sin ser reconocidos hasta que casi todo el mundo los poseyera y, entonces, surgieran en todos a la vez. Eso nos borraría de la faz de la Tierra. Ya ha sucedido anteriormente en ratas y otras especies. Si eliminamos la descendencia mutante ahora, todavía podemos salvar la raza. No hay necesidad de ser crueles. Tenemos técnicas rápidas e indoloras para la esterilización, que no trastornan el equilibrio endocrino. Pero tenemos que hacerlo... —su voz se alzó hasta convertirse en un grito quebrado—. ¡Tenemos que hacerlo!

Drummond le golpeó con la mano abierta, secamente. El general emitió un jadeo, se sentó y empezó a sollozar. Aquello fue quizá lo más horrible de todo.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo el piloto—. Se le han aflojado los tornillos de tanto darle vueltas a las cosas estos seis últimos meses, sin saber qué sucedía y sin posibilidades de actuar. Ha perdido totalmente la perspectiva.

»No podemos usar la violencia. En primer lugar, rompería definitiva e irreparablemente nuestra cultura, ya resquebrajada y tambaleante, abocándola a una salvaje lucha final. Y ni siquiera ganaríamos. Nos superan en número y no podríamos gobernar un continente, y mucho menos un planeta. Y recuerde lo que una vez

dijimos acerca de abandonar la antigua manera de hacer las cosas a lo salvaje, que nunca significa una solución real a ningún problema. De lo contrario, olvidaríamos una lección que nos han pasado por las narices hace apenas tres años. Volveríamos al bestialismo, a la extinción definitiva.

»Y, de todos modos —prosiguió Drummond en voz muy baja—, no serviría de nada. Seguirían naciendo mutantes. El veneno está en todas partes. Padres normales, en algún momento de su descendencia darán lugar a hijos mutantes. Tenemos que aceptar este hecho, y vivir con él. La nueva raza humana tendrá que vivir con ello.

Robinson levantó la cabeza de entre sus manos. Tenía una expresión descompuesta, pálida y envejecida, pero había recuperado la calma.

—Lo siento. Yo... Me he ofuscado. Tiene razón. He estado pensando en esto, preocupándome, interrogándome, viviéndolo y respirándolo, dándole vueltas durante las noches de insomnio, y soñando en ello cuando por fin caigo dormido. Sí..., comprendo su punto de vista, y tiene usted razón.

—Está bien. Supongo que ha estado bajo una tensión terrible. Tres años sin descanso, con la responsabilidad de llevar una nación y, ahora, esto... Todo el mundo tiene derecho a estar un poco alterado, pero ya encontraremos una solución.

—Sí, claro.

Robinson sirvió dos copas y apuró la suya de un trago. Se puso a andar de un lado a otro de la sala y a oleadas fue recuperando su capacidad, tomando fuerzas y confianza.

—Veamos... La solución es la eugenesia, por supuesto. Si trabajamos a fondo, podemos tener la nación organizada dentro de diez años. Luego..., bueno, supongo que no podremos evitar que los mutantes se reproduzcan, pero desde luego estaremos en posición de aprobar leyes que protejan a los humanos y que estimulen su propagación. Dado que las mutaciones profundas resultarán probablemente estériles, y que la mayoría de mutantes estarán disminuidos física o mentalmente en alguna medida, los humanos estarán en situación dominante en todo el planeta dentro de pocas generaciones.

Drummond frunció el ceño, preocupado. Le resultaba extraño que Robinson se mostrara tan irrazonable. Por alguna razón, el general tenía un punto ciego en lo referente a aquel problema, el más básico para la recuperación de la sociedad humana. Lentamente, replicó:

—Eso tampoco funcionaría. En primer lugar, resultaría muy difícil de imponer y hacer cumplir. En segundo lugar, estamos repitiendo la vieja idea del *Herrenvolk*. Los mutantes son inferiores, y deben ser mantenidos en su lugar; para conseguir tal cosa, sobre todo cuando se trata de una mayoría, sería preciso establecer un estado totalitario y policial. En tercer lugar, tampoco eso funcionaría, pues el resto del mundo, casi sin excepciones, carece de tal control y seguirá en tal situación durante

un largo período, generaciones quizá. Mucho antes, los mutantes, en número, dominarán en todas partes y, si nos acusan de haber maltratado a los de su clase en nuestro país, mejor será que corramos a ocultarnos de ellos.

—Su imaginación corre demasiado, Drummond. ¿Cómo puede saber que los cientos o miles de tipos de mutantes se pondrán a trabajar juntos? El parecido entre los distintos grupos será aún menor que el que puedan guardar con los humanos. Puede que un grupo se lance contra el otro.

—Quizá, pero eso sería también un retroceso al viejo camino de la traición y la violencia, el sendero al Infierno. Según creo, si denominamos a todo aquel que no sea del todo humano «mutante», como si formara una clase separada, éste se convencerá de que existe tal separación y, en consecuencia, actuará en contra de los que se autocalifiquen de «humanos». No: el único camino a la cordura y a la supervivencia pasa por el abandono de todo prejuicio clasista y toda discriminación racial, y por actuar con cada ser humano, mutante o no, como un individuo normal. Todos somos... bueno, terrícolas, y cualquier subclasificación resulta mortífera. Tenemos que convivir todos juntos, y hacerlo en las mejores condiciones posibles.

—Sí... Sí, también tiene razón en esto.

—De todos modos, repito que cualquier intento en el sentido que usted apuntaba resultaría inútil. Toda la Tierra está infectada por la mutación, y seguirá estándolo durante una larga temporada. Incluso los seres humanos menos contaminados seguirán produciendo hijos mutantes.

—Sí, es cierto. Lo mejor que puede hacerse es reunir a todos los seres humanos menos afectados en alguna de las escasas zonas seguras que quedan. Eso significará una población humana reducida, pero humana.

—Le repito que es imposible —insistió Drummond—. No existe ningún lugar seguro. Ninguno.

Robinson dejó de caminar de un lado a otro y fijó la mirada en Drummond con aire de antagonismo casi físico.

—¿De veras? —dijo casi en un gruñido—. ¿Por qué?

Drummond se lo repitió, y añadió, incrédulo:

—Seguramente ya lo sabía usted. Sus físicos deben de haber medido las cantidades de contaminación. Sus doctores e ingenieros, y ese experto en genética que le traje... Evidentemente, ese hombre debe de haberle expuesto mucha de la información sobre datos biológicos que ahora se niega a aceptar de mis labios. Todos deben de haberle dicho lo mismo que yo.

Robinson siguió moviendo la cabeza en gesto de negativa, obstinadamente.

—No puede ser. No es razonable. La concentración de elementos contaminantes no puede ser tan grande.

—No sea usted tan estúpido, general. Sólo tiene que echar un vistazo a su

alrededor. Las plantas, los animales... ¿Acaso no ha habido ningún nacimiento en Taylor en estos últimos tiempos?

—No. Ésta sigue siendo una ciudad de hombres, aunque empieza a haber mujeres y hay algunos bebés en camino... —de pronto, un gesto crispado de desesperación contrajo las facciones del rostro de Robinson—. Elaine está a punto de dar a luz. La he llevado al hospital. Nuestros otros hijos murieron con las epidemias, ¿se da usted cuenta? El que va a nacer es todo lo que nos queda, y queremos que crezca en un mundo libre de ansias y temores, en un mundo de paz y cordura donde pueda jugar y reír y convertirse en hombre, y no en una bestia hambrienta refugiada en una cueva. Nosotros desapareceremos. Somos la generación antigua, la que destruyó su mundo. Ahora depende de nosotros empezar su reconstrucción para retirarnos después y dejar que nuestros hijos lo posean. El futuro es de ellos, y nosotros tenemos que dejarles el mundo en condiciones para que puedan aprovecharlo.

Drummond permaneció durante unos instantes inmóvil, paralizado por una repentina intuición: por fin comprendía por qué el general se encontraba tan alterado, y sentía lástima por él. Una extraña sensación de conmiseración hizo cambiar los rasgos de su rostro hundido y huesudo.

—Sí —musitó—, le comprendo, general. Ésa es la razón de que esté volcándose en construir un mundo sano y normal. Es por eso que casi se ha vuelto loco al conocer el alcance de esta amenaza. Es por eso que no alcanzaba a comprender siquiera la cuestión básica...

Drummond asió al general de una mano y le condujo hacia la puerta.

—Vamos —dijo—. Vayamos a ver cómo está su esposa. Quizá podamos encontrar algunas flores por el camino.

El frío y el silencio les asaltaron calle abajo. Bajo sus pies crujía la nieve, sucia ya del polvo y el humo de la ciudad. Sin embargo, sobre sus cabezas, el cielo aparecía increíblemente limpio y azul. El aliento que escapaba de sus bocas y narices formaba un vaho blanquecino. El sonido de los hombres atareados en la reconstrucción se perdía débilmente entre las grandes montañas.

—¿No podríamos emigrar a otro planeta, verdad? —preguntó Robinson, para responderse a sí mismo de inmediato—: No, claro. Carecemos de la organización y los recursos suficientes para colonizarlos inmediatamente. Tendremos que conformarnos con la Tierra. Apenas un puñado de lugares seguros, pues debe de haber alguno más, aparte de éste, para albergar a los verdaderos seres humanos hasta que el período de las mutaciones termine. Sí, podemos hacerlo.

—No hay lugares seguros —insistió Drummond—. E, incluso si los hubiera, los mutantes nos superarían en número. ¿Tiene ese experto en genética alguna idea de cómo terminará todo esto, desde el punto de vista biológico?

—Lo desconoce. Su especialidad científica estaba en mantillas. No puede hacer sino alguna elucubración con cierta base. Nada más.

—Comprendo. De todos modos, nuestro problema es aprender a vivir con los mutantes, aceptarlos a todos como..., como terrícolas, sea cual sea su aspecto. Tenemos que dejar de pensar en que haya habido jamás una época regida por la violencia y la connivencia. Ahora tenemos que edificar una cultura basada en la cordura individual. Resulta curioso —musitó Drummond— que las virtudes menos prácticas, la tolerancia, la ayuda mutua y la generosidad, se hayan convertido en necesidades fundamentales para la mera supervivencia. Supongo que siempre fue así, pero nos ha hecho falta que muriera la mitad de la humanidad y que se pusiera término a una era biológica para que comprendamos una realidad tan sencilla. La labor que nos espera es terrible. Tenemos apenas unas generaciones para intentar borrar medio millón de años de brutalidad y violencia, de superstición y de prejuicios. Si no lo conseguimos, la humanidad está perdida. Pero tenemos que intentarlo.

De camino, encontraron algunas flores cultivadas en la maceta de una casa. Robinson las compró con el tabaco que le quedaba. Cuando llegaron al hospital, el general estaba sudando y las gotitas de su rostro se congelaban mientras avanzaba.

El hospital estaba instalado en el mayor edificio de la ciudad, y parecía bastante bien equipado. Una enfermera les recibió a la entrada.

—Precisamente iba a mandar alguien a buscarle, general Robinson —dijo la mujer—. El parto ya está próximo.

—¿Cómo..., cómo está mi mujer?

—De momento, muy bien. Aguarden aquí un momento, por favor.

Drummond tomó asiento y contempló con mirada demacrada el nervioso deambular de Robinson. ¡Pobre hombre! «¿Por qué será que los hombres cuyas esposas están a punto de dar a luz suelen parecer tan graciosos a los ojos de los demás? Es como reírse de alguien sometido a tortura. Me acuerdo, Bárbara, me acuerdo muy bien», pensó Drummond.

—Tienen un poco de anestesia —murmuró el general—. Elaine no ha sido nunca demasiado fuerte y...

—No le sucederá nada —le consoló Drummond, mientras añadía para sí: «Lo que me preocupa es lo que vendrá después».

—Sí... Sí..., pero, ¿cuánto tiempo durará esto?

—Depende. Tranquilícese —con cierta pena, Drummond hizo un sacrificio por aquel hombre al que apreciaba; llenó su pipa y se la pasó al general—. Vamos, necesita fumar un poco.

—Gracias —murmuró Robinson, aspirando una profunda bocanada.

Los minutos pasaron lentamente y Drummond se preguntó vagamente qué haría cuando sucediera lo que esperaba. En realidad, no tenía por qué pasar

necesariamente, pero las probabilidades eran absolutamente contrarias a que la solución fuera favorable. Él no era psicólogo, y por ello creyó preferible dejar que las cosas sucedieran tal como tenían que suceder.

La espera llegó a su término. En la salita apareció un doctor con aspecto de sumo sacerdote, todo vestido de blanco. Robinson se puso en pie frente a él, inmóvil.

—Es usted un hombre valiente —dijo el doctor; su rostro, liberado de la mascarilla, era serio y tenso—. Necesitará valor para asumir los hechos.

—¿Elaine...? —gimió Robinson, con una voz apenas humana.

—Su esposa se encuentra bien, pero el niño...

Una enfermera trajo la diminuta forma envuelta en ropas. Era un varón que lloraba intensamente. Sus extremidades eran como tentáculos de goma terminados en unos dedos carentes de huesos.

Robinson lo contempló y algo escapó de su ser en aquel mismo instante. Cuando alzó la cabeza, su rostro era el de un cadáver.

—Tiene usted suerte —dijo Drummond, convencido de tal cosa después de haber visto a tantos otros mutantes—. Después de todo, si consigue utilizar esas manos podrá sobrevivir bastante bien. Incluso tendrá ventajas en ciertos tipos de trabajos. En realidad, no es una deformidad. Si no hay nada más que eso, tiene usted un hijo sano.

—Si no hay nada más... Con los mutantes, nunca se sabe.

—Es cierto, pero deben tener coraje, tanto usted como Elaine. Juntos, pueden superar este mal trago.

Por un instante, Drummond sintió una absoluta tristeza personal. Sin embargo, continuó hablando, quizá para ocultar o superar aquel vacío:

—Ahora comprendo por qué no se haya usted cargo del problema. No quería aceptarlo. Era un bloqueo psicológico que le llevaba a suprimir una realidad que le resultaba inaceptable. Ese niño es realmente el centro de su vida y no podía volcar en él la cruda realidad que le indicaban los datos disponibles. Por eso rechazaba subconscientemente cualquier tipo de pensamiento racional sobre el tema.

»Ahora, se puede dar cuenta de que todo es cierto. No existe ningún lugar seguro en todo el planeta. La tremenda incidencia de nacimientos mutantes en esta primera generación ya debería habérselo hecho comprender hace mucho tiempo. La mayor parte de estas nuevas características son recesivas, lo cual significa que ambos progenitores deben poseerlas para que aparezcan en el cigoto. Sin embargo, los cambios genéticos se producen al azar, salvo por la tendencia a caer en algunos tipos fundamentales, como en el caso de los tréboles de cuatro hojas. Calcule la inmensidad de cambios que deben de haberse producido para que apenas un par de años después aparezcan características tan diversas entre nuestros descendientes. Piense en la infinidad de genes recesivos que se mantendrán en el código genético hasta que se unan a otros genes recesivos y den lugar a la aparición de una mutación

determinada. Tendremos que correr el riesgo de que se acumulen características realmente mortíferas. Jamás las conoceremos, hasta que ya sea demasiado tarde.

—El polvo...

—Sí, el polvo radiactivo. Es una sustancia coloidal, y a ella cabe añadir los incontables elementos coloidales radiactivos que se habrán formado con el estallido de las bombas, más el polvo ordinario que adquiere formas isotópicas inestables en la proximidad de los cráteres. Y probablemente también habrá una gran acumulación de gases radiactivos. El veneno ya se ha extendido por todo el mundo, llevado por el viento y las corrientes de aire. Los coloidales pueden permanecer suspendidos en la atmósfera indefinidamente.

»La concentración no es suficiente para acabar con la vida, aunque un médico me ha informado que estamos muy cerca del punto límite y que probablemente habrá un gran número de cánceres. Sin embargo, lo importante es que la contaminación está en todas partes. Cada vez que respiramos, cada migaja que comemos y cada gota que bebemos, cada centímetro que pisamos, contiene ese polvo. Está en la estratosfera, en la superficie y, probablemente, incluso a bastante profundidad. Sólo podríamos escapar de él encerrándonos en bóvedas dotadas de aire acondicionado y colocándonos trajes espaciales cada vez que saliéramos de ellas, y eso resulta imposible bajo las condiciones actuales.

»Antes, las mutaciones eran escasas porque una partícula cargada tenía que encontrarse muy cerca de un gene y tenía que actuar aprisa antes de que su efecto electromagnético produjera cambios fisicoquímicos y, a continuación, ese cromosoma en particular tenía que entrar a formar parte de la reproducción. Ahora, en cambio, las partículas cargadas están en todas partes y los rayos gamma producen continuamente cantidades aún mayores. Incluso si la concentración fuera más baja, las posibilidades se inclinan a que cualquier organismo posea una cantidad tal de genes afectados que cualquiera de ellos dé lugar a un mutante. Incluso existen grandes posibilidades de que los genes recesivos se encuentren en la primera generación, como hemos visto. No hay nadie a salvo ni existen lugares seguros.

—El experto en genética cree que pueden sobrevivir algunos seres humanos sin mutaciones genéticas.

—Algunos, es probable. Después de todo, la radiactividad no está demasiado concentrada y está reduciéndose día a día, pero tardará cincuenta o cien años en reducirse a cifras no significativas, y para entonces los genes puros estarán limitados a una pequeñísima minoría. Y todavía habrá que contar entonces con los recesivos que no hayan aparecido, y que estarán esperando a que se presenten las condiciones favorables.

—Tenía usted razón. Jamás tendríamos que haber creado la ciencia. Ella fue la responsable del ocaso de la raza humana.

—Yo nunca he dicho tal cosa. Fue la propia raza humana la que provocó su autodestrucción mediante el mal uso de la ciencia. Nuestra cultura era en todo científica, salvo en su base psicológica. Ahora depende de nosotros mismos adoptar este último y difícil paso. Si lo hacemos, quizá la raza pueda sobrevivir todavía.

Drummond acompañó con un empujoncito a Robinson hacia la puerta interior de la sala de maternidad.

—Está usted agotado, abatido y a punto de renunciar —murmuró—. Entre y reconforte a Elaine. Transmítale mis mejores deseos. Después, tómese un buen descanso antes de volver al trabajo. Sigo pensando que ese hijo suyo será un muchacho sano.

Con gestos mecánicos, el Presidente *de facto* de los Estados Unidos abandonó la sala. Hugh Drummond permaneció un instante con la mirada fija en él y después salió a la calle.

Genética 2

Mary y Joe (Naomi Mitchison)

Naomi Mitchison (1897-) es autora de numerosísimos libros para adultos y para niños, pero sólo dos de ellos pueden catalogarse de ciencia ficción: Memorias de una mujer del espacio (1962) y Solution three (1975). Hermana del famoso científico J. B. S. Haldane y amiga de Aldous Huxley, Naomi Mitchison empezó a escribir ciencia ficción con más de sesenta años de edad y, además de las novelas mencionadas, tiene siete relatos cortos de ciencia ficción todavía no publicados en recopilaciones. La señora Mitchison residió en Botswana muchos años y era miembro de adopción de la tribu bakgatla. Es escocesa y actualmente reside en esa parte del Reino Unido.

En el paso de los genes de padres a hijos intervienen los espermatozoides y los óvulos. Cada progenitor tiene veintitrés pares de cromosomas (que son largas cadenas de genes), y cada espermatozoide u óvulo lleva la mitad de cromosomas, uno de cada par. Cuando el espermatozoide fecunda el óvulo, el óvulo fecundado resultante recupera los veintitrés pares de cromosomas, formados cada uno por una parte correspondiente al padre y otra parte correspondiente a la madre. Así, el hijo es genéticamente distinto de sus padres.

Supongamos, en cambio, que el núcleo de un óvulo femenino (que contiene los cromosomas) es extraído y reemplazado por un núcleo normal que contiene unos cromosomas pertenecientes en su totalidad a otro individuo de la especie, sea hombre o mujer. El óvulo fecundado, así manipulado puede evolucionar entonces hasta producir un individuo que sería genéticamente idéntico a la persona cuyo núcleo celular hemos utilizado. A este individuo se le denomina clon y, en los últimos años, los clones han ofrecido muchas posibilidades argumentales a los escritores de ciencia ficción, como lo atestigua el relato de Mitchison, Mary y Joe.

Isaac Asimov

Su marido, alzando la vista del periódico, dijo:

—Parece que Jaycie está otra vez metida en líos.

—Sí —afirmó la mujer—. Recibí una carta suya. ¡Ojalá, oh, Joe, ojalá se tomase las cosas un poco menos a la tremenda!

—Cásala —dijo Joe.

Mary no respondió directamente a la observación de Joe, sino que continuó:

—Comprendo muy bien lo que debe sentir por la política. Después de todo, en nuestros tiempos también nosotros simpatizamos con las ideas liberales, ¿verdad, Joe? Pero para ella es mucho más que política. Mucho más. Y cuando se pone así, parece olvidarse totalmente de las relaciones entre seres humanos.

Su marido sonrió.

—Ésta no es como Simón. Ni como la pequeña Martha... ¿A qué hora regresó esa cría de su salida? En fin... —terminó el café y continuó—. Tengo que irme, Mary. ¿Te importa que me lleve el coche? ¿Cómo va tu trabajo?

—No va mal —respondió ella—. Tenemos que hacer todas las pruebas de rigor

para los injertos de piel antes de que podamos seguir adelante. Estos injertos internos son un tanto peliagudos.

—¡Pobres conejos! —dijo Joe sin tomárselo muy en serio, y poniéndose el abrigo.

Conocía y respetaba a Mary pero, de alguna manera, no le hacía mucha gracia.

Pero Mary estaba pensando en la próxima serie de experimentos y pruebas mientras recogía los platos del desayuno. ¡Querido Joe, cuándo aprendería a echar las colillas en el cenicero! Dejó preparado un sitio para Martha, a la que se oía en el piso de arriba dejando correr el agua del baño y cantando sola; se aseguró de que le dejaba bastantes copos de avena en el paquete, y, en todo este tiempo, tenía claramente en la cabeza su plan de trabajo.

La genética básica era razonablemente sencilla, aunque no tanto como le había parecido diez años antes. Pero, si vamos a eso, nada era sencillo. En un caso extremo, la sangre de dos grupos sanguíneos distintos, con todo lo que esto implica, no puede fundirse en el mismo cuerpo. Tampoco las células de determinada constitución genética aceptan a las de otra constitución diferente, y todas son genéticamente diferentes, salvo en un caso de gemelos idénticos, o de una línea rigurosamente pura, si se trabaja con ratones de laboratorio. Si se injerta tejido vivo en un organismo animal, las células injertadas producen antígenos y las células del huésped responden produciendo anticuerpos que destruyen a las injertadas. Este proceso natural continúa mientras las células provengan de individuos genéticamente diferentes, pero puede detenerse, y esto se hizo por medio de trasplantes quirúrgicos. Las células huéspedes, productoras de anticuerpos, podían matarse con radiaciones, o anularse con una serie de fármacos, llamados XQ en la mayor parte de los hospitales del momento, o también podían, en cierto sentido, paralizarse gracias a ciertos métodos de presentación.

Todo esto suponía una larga sucesión de experimentos, que a menudo costaban la vida del animal huésped. Pero se tenía que seguir adelante hasta que se consiguiese completar unos conocimientos esenciales que se pudiesen usar en organismos humanos sin reacciones peligrosas. Hay injertos de individuos genéticamente diferentes que pueden prender en ciertos sitios especialmente favorables, como la córnea y la estructura ósea; hay órganos que se trasplantan mejor que otros. Era muy importante la elección del donante, y sobre esto estaba trabajando Mary, en particular sobre la posibilidad de usar un suero antilinfático. En la práctica, era importante retrasar el rechazo por parte de los anticuerpos; pero esto implicó una serie de experimentos, sobre todo durante los últimos dos años, en conejos dentro del útero materno, con donantes bien tipificados. Naturalmente, no había probabilidad de éxito en un injerto de padre a hijo, ni siquiera en una etapa muy inmadura, ya que, necesariamente, existía una diferencia entre los genes de uno de los padres y los del

hijo, que estaban mezclados con otros distintos.

Algunas veces trabajó también con injertos en huéspedes que estaban, ya no *in útero*, sino en una etapa aún más primaria, en el huevo. Tras un experimento venía otro, con todo el montaje y preparación que implicaba, y que Mary disfrutaba planeando. Éste era el campo de la biología en el que llevaba trabajando veinte años, intercambiando opiniones con sus colegas y asistiendo a congresos siempre que su familia podía arreglárselas sin ella. Era una vida atareada y, en muchos aspectos, feliz.

Camino del gran hospital universitario donde trabajaba, compró otro diario. Parecía que aquellas huelgas iban tomando el cariz que pronosticó Jaycie en su carta. «Es curioso —pensó— cómo las cosas resultan tal como dice Jaycie.» Pero si interviene el ejército... Realmente, no podía hacer ninguna suposición razonable; no estaba informada. Hacía seis meses que Jaycie no iba por casa; no era porque no se llevase bien con los demás, y el bueno de Joe se desvivía por ser cariñoso y acogedor con ella; pero... bueno, a veces parecía como si nada de lo que se hiciese en casa fuese digno de su atención. Ella hacía un esfuerzo, claro que lo hacía, especialmente con Martha, pero era como cuando un adulto pretende hablar con niños. Jaycie resultaba muchas veces irritante. Sí; pero, sin embargo, la gente la seguía. Mucha gente. Y su madre la adoraba incondicionalmente.

Los periódicos empezaban ahora a poner a Jaycie en el candelero. En un primer momento la habían ignorado. Después de todo, una mujer que era hermosa pero no parecía tener vida sexual, les resultaba incómoda; no sabían por dónde cogerla para desprestigiarla. Pero ahora... Mary hubiera querido saber, leer entre líneas. ¿Estaban asustados? Los últimos diez años había estado demasiado ocupada para pensar en política. Cuando Jaycie aparecía por casa, sí; pero en cuanto se marchaba, Mary regresaba con alivio a su trabajo, como a algo sencillo y relativamente limpio..., aunque muchos no pensasen lo mismo. Volvía a sus problemas de genética e inmunología, y en la trastienda de su mente se ocupaba también de sus otros hijos, de su querido Joe, de preparar algo particularmente sabroso para la cena, y quizá de ir a un espectáculo el fin de semana y de los nuevos bulbos de jacinto que tenía que plantar. Pero ahora parecía que todo lo que Jaycie había dicho la última vez que se vieron iba a convertirse en algo que reclamaría su atención, algo real. Y peligroso.

Había llegado ya a la parada del hospital. Iba en autobús, porque era un trayecto sencillo y no le apetecía conducir. Tenía tendencia a abstraerse y reducir la marcha, y la gente le tocaba el claxon; pero en el autobús podía trabajar. Sabía que el conductor la avisaría, divertido, si la veía hundida en cálculos: «¡Su parada, doctora!».

Se bajó, saludó con un movimiento de cabeza a un colega y echó a andar, un tanto abstraída, por el pasillo donde estaba el busto de mármol del fundador, en el que el joven Bowles, como de costumbre, había colgado el sombrero. El trabajo del día iba a

ser rutinario, y podría hacerlo concentrándose sólo a medias. Pero en vez de concentrarse en la fase siguiente, siguió pensando en Jaycie. ¿Había hecho bien en decirle aquello? Dios mío, ¿había hecho bien? ¿No hubiera sido mejor dejar que creyese la misma cosa que el bueno de Joe, todo aquel cuento sobre una pasión arrolladora, aquella historia de folletín? Folletín, sí, pero fácil de inventar y de ser creído. Mucho más verosímil que..., que la verdad. No se podía pedir a nadie que creyese aquello y después siguiese como si nada. Y había deseado tanto aquella deliciosa, fuerte, cálida normalidad del querido Joe. Si no le hubiese contado a Joe aquella mentira —a la que él no volvió a aludir—, tal vez no hubieran llegado a tener una vida en común, y no tendría a Simón ni a la adorable y picara Martha. No. No. Y no se podía ni pensar en otra cosa.

Pero pudo haberle contado a Jaycie la misma mentira. Tal vez entonces hubiera sido una muchacha normal. Se habría enamorado y casado, y luego habrían venido los nietos, lindos bebés normales, con toda la felicidad que llevan consigo; si Jaycie no hubiera tenido esa inclinación, habría podido dedicarse a alguna profesión absorbente. Hubiera podido ser una científica como su madre, o arquitecto, como Simón, o seguir uno cualquiera de los mil caminos satisfactorios que en la actualidad se abren tanto a los hombres como a las mujeres.

¿Por qué le había dicho aquello a Jaycie? Mary se puso a recordar, frunciendo el ceño. Fue en aquella época en que Jaycie estaba tan deprimida por ser una mujer, ante el hecho incontrovertible que había muchas más personas geniales entre los hombres que entre las mujeres. Siempre fue mucho más difícil para una mujer avanzar en línea recta hacia su objetivo, implacablemente, porque las mujeres son más maleables, más vulnerables a las interrupciones, más sensibles a los sentimientos de los demás y propensas a que esto las desvíe de sus fines, especialmente cuando los demás son seres queridos.

Recordó cómo estaba Jaycie, hecha un ovillo en el sofá, con el rostro apoyado en la mano; ella se hallaba de pie ante la chimenea, con inmensos deseos de ayudarla, pero sabiendo que la clase de consuelo que Jaycie necesitaba era algo más que los brazos de una madre.

«Supongo, madre —había dicho Jaycie—, que esto es lo que significa ser un "Hijo de Dios", como se solía decir. Tú lo sabes —y Mary había dicho que sí, sintiendo algo que hormigueaba dentro de ella, seguramente una subida de la adrenalina; y Jaycie había continuado—: ¡Por supuesto, no se habla de "Hijas de Dios"! —y rió un poco; luego se puso en pie y lanzó una mirada cara a cara a su madre, diciendo—: Pero yo también sé. Lo sé muy bien.»

Y entonces Mary tuvo que hablar, tuvo que contarle. Era verdad, después de todo. Y desde entonces Jaycie nunca más había vuelto a hacerse un ovillo en el sofá. Nunca más pareció desear el consuelo de sus brazos. Y Mary casi no se atrevía a tocarla.

Solamente, en las pocas noches que Jaycie dormía en la casa, Mary subía a su habitación cuando, al parecer, estaba dormida, tranquila y profundamente dormida. Se quedaba mirándola, y deseando coger en sus brazos a la que había sido su nena, y compartir, y consolar. Pero siempre había tenido la suerte de poder contenerse para no hacer tal cosa. Porque de haberlo intentado, Jaycie no volvería siquiera a poner los pies en la casa. De eso estaba segura.

Mary se había olvidado de hacerse los emparedados, y bajó a comer al bar. Se leían más periódicos de lo habitual. El joven Bowles discutía con otro de los profesores, y frunció el ceño al verla, pero tal vez no lo hicieron a propósito. El profesor le dijo algunas frases amables por lo de Jaycie. El profesor era un bendito. Pero ¿quién pensaba él que sería el padre de Jaycie? La respuesta resultaba sencilla: no era una cuestión que pudiese dar que pensar al profesor.

En los titulares de las ediciones de la noche, las cosas parecían haberse puesto peor. Era raro que Mary comprase el periódico de la noche, pero esta vez se sintió obligada.

—No te preocupes, mujer —dijo Joe—. Siempre escriben esa clase de porquerías. Así la gente compra sus asquerosos diarios. Nadie se toma eso en serio.

—¡Qué cosa tan infantil... esa manera de insultar! —y se encontró llorando como una tonta.

—Eso a Jaycie le importa un rábano, ¿no lo sabes tú bien? —le replicó Joe alegremente.

«Pero, de todas formas —pensó ella—, ¡si ella y sus seguidores se dieran cuenta de cuándo se han pasado...!»

—¡Apuesto a que a Jaycie le encanta! —chilló Martha; y, por supuesto, dio en el clavo.

Pasaron tres días. Y de pronto los titulares se hicieron más grandes, desplazando a todas las demás informaciones. Ella se puso a meter cosas en una pequeña bolsa de viaje, mientras Joe, a su lado, decía:

—No te lo voy a impedir, Mary; si crees que te tienes que ir, vete.

Y ella no le escuchaba, no pensaba en él; sólo pensaba en Jaycie.

A Jaycie realmente no le habían hecho nada de particular. Y, por cierto, los de la policía no fueron los peores. Pero a nadie que desee que las cosas se queden tranquilas —y eso nos pasa a la mayoría— le hace gracia una persona empeñada en cambiarlas y que lleva trazas de conseguirlo. Ya es bastante malo un agitador; pero un agitador con éxito resulta intolerable. Jaycie tenía algo que hacía que su auditorio creyese en ella; nunca les mentía, ni siquiera en los mítines multitudinarios, con los proyectores encendidos y la masa aclamando, que es cuando las mentiras surgen con más facilidad. Pero Jaycie se mantenía firme e inmovible ante aquella tensión. No había forma de cogerla en una renuncia.

La mayor parte del daño no se le hizo durante el arresto propiamente dicho, ni siquiera cuando el interrogatorio. En un primer momento, la policía había vacilado en usar sus peores métodos con una mujer. Al final, terminó irritándoles. No reaccionaba por donde ellos querían, y se les fue un poco la mano. Pero lo realmente terrible fue el accidente —por lo menos se dijo después que había sido un accidente— con la gasolina. Aparte de otras cosas, Jaycie había perdido gran extensión de tejido cutáneo y epidermis, incluso en la cara. Demasiado para que su vida no peligrase. Demasiado.

Seguramente no se había pensado en llevarla a una clínica normal. Pero Jaycie tenía más amigos de lo que se creía, y algunos en sitios muy singulares. Alguien se asustó y dio contraorden. Metieron el cuerpo de Jaycie en una ambulancia; tal vez muriese —se esperaba— antes de llegar al hospital. Pero no murió.

En el hospital conocían a Mary por su reputación. La mayoría había leído por lo menos uno o dos de sus trabajos. Pero un nombre escrito al final de un artículo científico parece diferente cuando se convierte en la madre de una chica que está seguramente a punto de morir de un *shock* y de qué sé yo, y que está completamente desfigurada. Y que, si se recupera, tendrá que comparecer a juicio. Pero no se recuperará. Incluso algunos del hospital opinaban que más valdría. Los médicos y los cirujanos, como cualquier hijo de vecino, están muy interesados por la conservación del orden de cosas de su momento.

Por supuesto, en la sección de urgencias no daban abasto, y era de esperar, después de los últimos días. Esto explicó el hecho de que el cirujano no se ocupase demasiado de lo que estaba sucediendo junto a aquella cama separada del resto por mamparas. Mary pudo convencer a la enfermera de sala. Luego, con anestesia local, se quitó piel de sus propios muslos. Realmente, no fue nada difícil. Había trabajado muchas veces con aquel tipo de bisturí parecido a una vieja navaja de apache. Sacaba muy bien las tiras de piel, aunque al hacérselo a una misma producía una sensación muy especial. La pequeña resistencia inicial de la piel al filo de la hoja, y luego la singular facilidad con que se cortaban las tiras, era algo que sentía la mano que operaba, pero no el tejido anestesiado. La enfermera trajo material de cura. La nueva piel, todavía viva, quedó situada sobre las quemaduras desinfectadas en el flaco y quebrantado cuerpo de la muchacha.

La enfermera no pudo dejar de observar el extremo cuidado con que la madre hacía los injertos de piel sobre las quemaduras de la mejilla, cuello y frente, y sobre todo en la comisura de la boca.

—Yo no hubiera sido capaz de hacerlo —comentó después, tomándose su buena tacita de té—. A mi propia hija, imposible. Y se veía que debía de haber sido bien mona. Y la madre, hay que ver qué decidida. Ni pestañeó, y eso que le va a doler también a ella. Y todo para nada. Esos injertos nunca prenderán. Y, si vive, la pobre criatura quedará hecha un horror. Pero no tiene muchas probabilidades. De haberle

hecho un trasplante quirúrgico en condiciones, le hubiéramos dado radiaciones o por lo menos una inyección de XQ. Pero bueno, ya sabéis cómo andan las cosas esta semana. No se pudo hacer. Y la madre debió saberlo.

—¡Pues yo, por lo que a mí respecta, no me hubiera tomado ese trabajo! —replicó otra enfermera que había estado leyendo el periódico.

—¿Y qué hubieras hecho, si se puede saber? —preguntó la primera enfermera, poniéndose en pie con la taza vacía en la mano.

—¡No me habría molestado en tomarme tantos trabajos por semejante agitadora! ¡De todas formas, aunque viva, se acabaron los mítines!

—¡Pues la cuidaremos, de todas formas! ¡No quiero muertes en mi sala! Pues esa madre que tiene es algo serio. ¡Cómo lo hizo! ¡Qué sangre fría! Pero la cicatriz va a retorcerle la cara a la chica —la enfermera dejó la taza y se dispuso a volver a su puesto—. ¿Recordáis a la mujer que nos llegó cuando aquel incendio tan grande en el Palladium? ¿Verdad que daba miedo? Pues ésta va a ser peor. Pero, eso sí: agitadora o no, va a estar atendida como Dios manda.

El efecto de la morfina empezaba a pasar. Jaycie murmuraba entre sueños, discutiendo entre sueños, negándose. Aun en aquellas condiciones, su voz conservaba mucha de su extraña y persuasiva belleza. La enfermera decía en voz baja al cirujano:

—Ya sé que esos injertos no van a prender; no hace falta que me lo diga. Se van a necrosar y a caer, suponiendo que no se muera antes. Va a ser peor el remedio que la enfermedad, y ahora ya es demasiado tarde para ponerle radiaciones o XQ. Pero es que la madre es un personaje, y yo no podía negarme, ¿verdad? Además, tenía no sé qué teoría..., no me acuerdo ahora qué era. Sí, si ya sé que será peor cuando vea cómo le va a quedar la cara a su hija. Ya lo sé. Pero, ahora, déjelo. ¡Como si no tuviéramos bastante trabajo estos días!

Después todavía hubo menos tiempo para ocuparse de ningún paciente en particular. Las salas se hallaban abarrotadas de camas provisionales. Mary aguardaba al lado de Jaycie cuando ésta fue despertando al dolor y dominándolo. Se estaban acabando los analgésicos, y además Jaycie había asegurado firmemente que no los necesitaba. Tampoco Mary pedía mucho para sí misma: el dolor, aunque muy fuerte a veces, era soportable. Las zonas desolladas de sus muslos estaban en franca curación; habían sido desde el principio completamente asépticas, y hechas por una mano competente. Cuando le era posible, echaba una mano a la enfermera. Así, no pensaba en lo que podía estar sucediendo en su casa, ya que las comunicaciones regulares estaban cortadas. Los militares habían podido dominar la situación. ¿Y si, por el contrario...? Tal vez no.

Pasaron los días y las noches. La tercera semana, la enfermera, todavía asombrada de que Jaycie siguiera con vida cuando tantos habían muerto, se dijo que ahora se iban a desprender los injertos, a caer como una escama muerta, dejando todo peor que

antes.

—No se puede hacer nada más —dijo—. Ya verán cómo le va a quedar la cara con las cicatrices. Y no va a ser agradable para la madre.

Pero la piel nueva no cayó ni se necrosó. Podía verse cómo sus bordes prendían, vivos y rojos, con saludables granulaciones, en la carne dañada. Siempre quedarían las finas marcas de las cicatrices del borde, pero no una horrible masa de carne cruda y distorsionada. Se levantaron los vendajes, y quedó patente un hecho innegable: los injertos de piel habían prendido. La zona quemada, las espantosas heridas, quedaban cubiertas. No era extraño que Jaycie viviese.

La enfermera meneó la cabeza: no tenía que haber pasado, pero pasó. Sin embargo, en cierto modo, estaba bastante contenta, porque los médicos se habían vuelto a equivocar. ¡Ellos y sus teorías, que siempre se veían obligados a cambiar! Y aquello no era más que una demostración de cómo, pese a todos los problemas y dificultades por el exceso de pacientes y la falta de médicos, los ciudadanos eficientes —su orgullo, lo que más exigía en su sala— eran los que, de un modo u otro, habían obrado el prodigio.

El cirujano también fue a echar un vistazo. No se pronunció sobre el particular, y no tuvo tiempo de documentarse en sus libros. Ya le hablaría del asunto a su jefe más adelante. Pero, al poco tiempo, con Jaycie mejorando día a día, él y la enfermera se decidieron a hacer con mucho tacto unas cuantas preguntas. Lo raro fue que a Mary le resultó relativamente fácil explicárselo. No le importaba el efecto que iba a causar en ellos. Ni siquiera lo pensó. Tenía bastantes más cosas de que ocuparse. Fue mucho menos fácil decírselo a Joe.

Porque al final llegó. Dios le bendiga, con toda clase de cosas deliciosas para comer en el hospital. Estaban todos bastante hambrientos, porque les habían cortado los suministros. Tampoco se habían recibido muchas noticias.

—Oh, Joe —exclamó—, Joe de mi alma, ¿cómo marcha todo?

—Muy bien —respondió—. La pequeña Martha me dio la gran sorpresa. ¡Nunca hubiese imaginado que esa mocosa tuviese tanto sentido! Y he podido hablar por conferencia con Simón. Naturalmente, no pudo hablar mucho, pero está perfectamente. Y ahora, dime, Mary: ¿qué historia es ésa de los injertos de piel?

—Jaycie tenía una zona muy extensa de piel quemada. A propósito, Joe; fueron tan... tan crueles con ella... Algunos de sus amigos me lo contaron. No querían que sobreviviese. Nunca pensé que en este país la gente fuera capaz de ponerse así por la política. Aunque supongo que eso sucede en todas partes cuando la cosa se pone grave. Cuando llegué estaba medio muerta, ¿sabes?

Se interrumpió un momento y se secó los ojos. Por la mente de Joe pasó fugazmente el pensamiento de que eso hubiera sido lo mejor. Para el mundo, para todo lo presente, para él, Simón y Martha. Tal vez, a la larga, para la propia Mary.

Pero no podía pensar en eso ahora, con su mujer sollozándole sobre el chaleco. Le acarició el cabello, algo sucio y pegajoso, y el ajado cuello blanco de su vestido. «¡Pobrecilla!», pensó.

Ella levantó brevemente la mirada, y dijo:

—... y por eso pensé que la mejor solución era un injerto.

—¡Pero Mary —replicó él—, un injerto no sirve si es de otra persona! ¡Hasta yo sé eso!

—Sirve si es de alguien idéntico, genéticamente igual.

—Pero, Mary, tú no eres..., no puedes ser... —Joe experimentó una sensación inquietante, sin saber exactamente por qué.

—Sí, ya lo sé. Es por el padre. Son sus genes lo que hacen a la criatura diferente de la madre. Joe: hace mucho tiempo te dije que Jaycie había tenido padre. Joe, Joe querido, te dije eso porque pensé que te haría mucha más impresión la idea de que no lo había tenido. ¿Ves? Ya estás hecho un lío...

—Mary, mi amor, no te preocupes. Es que no entiendo.

—No tuvo padre, Joe. Yo... yo nunca tuve un amante. Era..., bueno, supongo que no hay otra forma de decirlo: yo era virgen, Joe.

—Pero si tuviste un bebé, cariño... Es imposible que lo fueras.

—Pues lo era. Uno de mis óvulos se empezó a desarrollar, y eso fue todo. ¡Sí, eso fue todo! Dicho así no suena tan raro, ¿verdad?

—Pero ¿qué sería lo que desencadenó el proceso? ¿Cuál fue el estímulo?

—Yo qué sé... Cualquier cosa. Un..., un cambio metabólico.

—Y tú, ¿cómo lo tomaste? ¿Qué te pasó?

Ella no respondió. Aun ahora, era incapaz de pensar en aquello con calma. Pudo haber sido imaginación. Tuvo que haber sido imaginación. Algo más bajo que un trueno lejano, más alto que el grito del murciélago, como el susurro de un millón de hojas. A veces, el murmullo de las hojas movidas por el viento, en verano se lo recordaba. Era imposible que hubiera sido lo que sabía que había sido.

Tomó aliento.

—Fuera cual fuera el estímulo, el óvulo se desarrolló normalmente. La criatura tenía que ser hembra, idéntica a mí, sin el cromosoma Y que procede del varón y se transmite al varón. Claro que siempre había la posibilidad, tal vez la probabilidad, de un haploide, de que los cromosomas fueran impares al dividirse. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Joe? Pero no fue así.

—Qué cosa..., qué cosa más rara —dijo Joe, apartando la vista del rostro de su mujer—. Tuvo que haber... una especie de mecanismo planificador detrás de todo esto.

—Lo puedes llamar así —respondió su mujer—. Sí, claro, Joe, lo podrías llamar así. Pero tal como salieron las cosas, Jaycie y yo somos genéticamente idénticas.

Joe tragó saliva.

—Y tú..., ¿tú sabías esto desde el principio, Mary?

—No estaba segura —respondió—; pero cuando era un bebé, empecé a probar, sacándole un trozo de piel diminuto e injertándolo en mí. Prendió, pero tampoco era una certeza. Quiero decir, que era casi seguro que mis anticuerpos no iban a producir el rechazo. Pero lo que ya no parecía tan seguro era el proceso inverso. Entonces, cuando ya fue un poco mayor, hice esa segunda prueba.

—Pero si sois genéticamente idénticas, Mary, seríais..., seríais tan parecidas como dos mellizas.

—Y lo somos, físicamente; pero la alimentación produce muchas, diferencias, Joe, y la edad también. Yo tengo canas y arrugas.

Él lo negó galantemente, pero ella apenas si sonrió un poco.

—Escucha, querido; en cada generación que pasa, los niños se crían con mejores tratamientos. Además, pensamos cosas distintas. Usando el mismo cerebro, tal vez, pero...

—Pero yo tendría que haberlo visto —murmuró Joe—, observándoos a las dos todo el tiempo.

—Estabas habituado a mí, Joe. Y además, en cuanto se hizo una mujer, la viste como alguien con personalidad propia, aunque siempre has dicho que se me parecía mucho. Te alegraba que se pareciese a mí y no a... otra persona. ¿Verdad que sí? Y siempre procuré peinarme de forma diferente que ella. A propósito, Joe...

—Y no me lo dijiste en todo este tiempo, Mary.

—No..., no podía. Entonces, no. La otra versión resultaba más familiar, algo a lo que estábamos acostumbrados. ¡Oh, Joe, no te hubiera gustado!

—No —dijo Joe—. Supongo que no.

Miró hacia la cama, a través de la sala abarrotada de gente; uno de los amigos de Jaycie estaba sentado, haciendo preguntas y anotando las respuestas en un cuaderno. Ahora, los amigos de Jaycie circulaban abiertamente, y empezaban a hacerse con el poder, y a llevar a la práctica sus ideas. Mal asunto. Por lo menos, no había nada bueno que esperar de eso. La otra alternativa —la militar— no había tenido éxito. Jaycie no sería juzgada. Por el contrario, iban a producirse cambios. Cambios que Joe detestaría, aunque a la larga resultasen un bien. Mucha gente se tragaba esas cosas, pero Joe no. Cambios y cambios..., cambiarlo todo antes de darle tiempo a ser realizado. Toda su vida cambiada de rumbo, de forma distinta a la que él deseaba. «Pero no hay nada que hacer —pensó—; ésta era la niña que él había aceptado cuando consiguió que Mary aceptase casarse con él, hacía ya tanto tiempo.» Era una niña muy rica. Muy bonita, con aquellos ojazos. Los bebés siempre tenían algo que conquistaba a uno. «Tal vez —pensó— tenga que aceptar los cambios de Jaycie sin rechistar. Por Mary.»

—Quizá fue por eso —seguía diciendo Mary— por lo que siempre fue un poco diferente del resto de la gente. Porque tenía un alma... sin mezcla, de una sola pieza.

Mary no quería que Joe supiese jamás que se lo había dicho a Jaycie antes que a él. Le dolería, y ella no podía hacerle ya más daño del que le había hecho. Era tan de Joe como de Jaycie. Casi tanto.

—De modo que no sabes cuál fue el estímulo —dijo Joe a media voz—. No lo sabes... Asusta..., sí, asusta un poco, Mary.

—Ya lo sé. Por eso te conté lo otro. Lo fácil. Y tú te portaste tan maravillosamente... Perdóname, Joe.

—No tiene importancia, Mary. Qué gracia; muchas veces traté de imaginarme al otro hombre, y si Jaycie salía a él, y si tú pensabas en él alguna vez... Y ahora resulta que no hay otro hombre.

—No —dijo Mary—. No.

—¿Y conseguiste que el médico de aquí te quitara el injerto...?

—Me lo quité yo misma, Joe. No es nada del otro mundo, si se hace en buenas condiciones.

—¿Dolió?

—Sólo un poco, después. Pero no era nada ante la idea de que ella iba a morir. Por Dios, Joe, cualquier madre lo haría por una hija, sin pensarlo dos veces, si supiera que iba a servir de algo. Pero en circunstancias normales, por supuesto que iba a ser inútil.

—Sí —respondió Joe—. Pero tú siempre has preferido las circunstancias normales, ¿no es así, Mary?

—Para todo, menos para esto, Joe —respondió ella, y le apretó fuertemente la mano.

Lentamente y con un prolongado esfuerzo, él consiguió que su propia mano le diera una respuesta cálida, cariñosa, normal. Porque, si la hubiera dejado, su mano desearía retirarse, no tocarla. No tocar.

Fisiología

Cambio marino (Thomas N. Scortia)

Los lectores no familiarizados con la ciencia ficción reconocerán a Thomas N. Scortia (1926-) como autor (junto a Frank M. Robinson) de un bestseller: *The glass inferno* (1974) que inspiró en parte la popular película *El coloso en llamas*. Sin embargo, Scortia es muy conocido entre los lectores de ciencia ficción por sus numerosos y excelentes relatos cortos, los mejores de los cuales se encuentran en dos colecciones: ¡Precaución inflamable! (1975) y *The best of Thomas N. Scortia* (1981). Otras novelas suyas, ambas en colaboración con Frank M. Robinson, son: *The nightmare factor* (1978) y *The gold crew* (1980).

Todas las formas de vida multicelular están compuestas de células de aproximadamente el mismo tamaño y estructura, que contienen más o menos el mismo tipo de sustancias químicas. Naturalmente, las células vegetales contienen cloroplastos, que a su vez contienen clorofila, que a su vez posibilita el uso de la luz solar para convertir el dióxido de carbono y el agua en hidratos de carbono. Las células animales carecen de cloroplastos, diferencia que resulta esencial, pero, pese a ello, las semejanzas entre ambos tipos de células son mucho mayores que sus diferencias.

Sin embargo, una pequeña diferencia basta. Los óvulos fecundados de un puercoespín, un ser humano o una estrella de mar resultan sorprendentemente parecidos al microscopio e incluso sometidos a análisis químicos, y pese a ello no hay peligro de que dos puercoespines den a luz una estrella de mar, o viceversa.

Más aún, pese a estar constituidas por materias primas muy similares, las diversas especies poseen notables características diferenciadoras. Sus fisiologías (o modos en que funcionan en conjunto las partes del organismo) son diferentes, y se adecuan a sus distintos modos de vida.

Por ejemplo, nosotros no podemos sumergirnos a mucha profundidad, mientras que una ballena puede bajar hasta casi un kilómetro y permanecer sumergida más de una hora. Tiene algún sistema para almacenar oxígeno y para evitar que la presión oceánica le haga daño o disuelva nitrógeno en su torrente sanguíneo (cosas todas ellas que el organismo humano no puede hacer). Cuando la ballena emerge de nuevo, el descenso de presión no libera tampoco el nitrógeno en forma de burbujas en las venas del animal, matándole como le sucede al hombre.

La jirafa lleva la cabeza a casi seis metros de altura y, pese a ello, el corazón envía la sangre a lo largo del extraordinario cuello, venciendo la ley de la gravedad, y aporta al cerebro todo el riego sanguíneo que éste precisa. Y se necesita una buena presión sanguínea, pero la jirafa no parece encontrar ningún inconveniente. Más aún, cuando la jirafa bebe, abre las patas y baja la cabeza esos seis metros; sin embargo, el flujo sanguíneo, que debe cambiar de subir un largo trecho a hacer un prolongado descenso (y viceversa cuando vuelve a elevar la cabeza), consigue adecuarse a ello sin problemas. En conjunto, el ser humano carece de grandes capacidades únicas. Es un animal organizado que puede hacer gran número de cosas distintas, la mayor parte de ellas mal. No podemos correr como los caballos, saltar como los canguros, sumergirnos como las ballenas o nadar como las focas, pero podemos hacer cada una de estas cosas, bien o mal.

El hecho de no poseer ninguna capacidad inusual es beneficioso. Cuanto más especializada es una criatura, más de su ser queda sacrificado a esa habilidad concreta, y menores son sus opciones. Cuando mayor es la especialización, menores son las posibilidades de optar entre diversas acciones, ya que sólo se pueden hacer unas pocas, y menor es el grado de inteligencia necesario para desarrollarlas. Precisamente por ser animales no especializados hemos desarrollado la inteligencia para escoger entre nuestras muchas posibilidades.

Y, gracias a nuestra inteligencia, hemos desarrollado máquinas que superan a los animales especializados. Con nuestras máquinas, podemos volar más aprisa que los vencejos, correr más que los antílopes, sumergirnos más que las ballenas, elevar más peso que los elefantes, ver con más precisión que las águilas o matar mejor que los tigres.

Pero, ¿y si los seres humanos tuvieran que adaptarse un día a algo jamás afrontado antes por ninguna forma de vida? ¿Y si tuvieran que adaptarse al espacio? Scortia trata el tema en *Cambio marino*.

Reluciente..., como una aguja de fuego...

¿La voz de quién? Él no lo sabía.

El interestelar..., dos de ellos...

En ese momento, todos hablaban a la vez y sus voces se mezclaban caóticamente.

Avanzarán uno más allá de Plutón para la prueba, dijo alguien.

Hermoso... Estamos esperando..., esperando.

Era la voz de ella. Él sintió frío dentro del pecho.

Esto era lo terrible de su aislamiento, pensó él. Todavía podía oírlo todo. No sólo en el despacho del Inspector, en Marsópolis, donde estaba sentado.

En todas partes.

Todos los susurros del sonido que abarcaban el sistema con palpitaciones de radio de c al cubo. Todas las medias palabras, los pensamientos a medias desde los planetas interiores hasta las estaciones espaciales situadas mucho más allá de Plutón.

Y la soledad era algo súbito y agonizante. La soledad y la pérdida de dos mundos.

No es que no pudiera anular las voces si lo deseaba, las voces lejanas que entrelazaban el espacio a la velocidad de la luz elevada al cubo. Pero..., también podría anular todo pensamiento de los vivos y buscar el estado fetal inconsciente de ser simplemente.

Oía la voz que pronunciaba monótonamente los números de los cargamentos. Realizó el pequeño cambio mental y la masa apretada de transistores, profundamente hundida en su cuerpo metálico y plástico, emitió la voz con claridad y agudeza. Se trataba de una nave triplanetaria del cinturón crepuscular de Mercurio.

Tuvo una imagen fugaz de llanuras encogidas por las llamas bajo un cielo monstruoso y cegador.

Después la voz, que decía:

De acuerdo..., marcación tres cero seis y la cuenta descendente desde diez hasta la caída libre...

Ésa se encontraba más allá de Saturno... Visión recordada de brillantes cintas de luz que entrelazaban un sorprendente cielo azul.

Pensó:

Nunca volveré a ver eso.

Y:

Faro Espacial Tres a MRX dos dos... Faro Espacial Tres... Alfil a torre cuatro reina...

Y también estaba la voz suave, la voz distinta:

Matt... Matt... ¿Dónde estás?... Matt, ven... Oh, Matt...

Pero la ignoró.

Miró a la recepcionista y vio que sus dedos trazaban complejos dibujos en el teclado de su máquina de escribir eléctrica.

Matt... Matt...

«No, basta», pensó. Allí no había nada para él, salvo amargura. El aislamiento de estar separado de la humanidad. La soledad. ¿Amor? ¿Afecto? Las palabras carecían de significado en esa existencia.

Comprendió que este viaje del primer martes de cada mes a través de la silenciosa ciudad marciana hasta el Puerto Triplanetario, se había convertido en un ritual. Un tributo formalizado a algo que estaba totalmente muerto. Un ritual vacío, un gesto débil e inútil.

Esa mañana había sabido que allí no habría nada.

—No, nada —había dicho la muchacha del despacho del Inspector—. Nada de nada.

Nada para él en su mundo gris y robótico del no-tacto, no-gusto.

Ella le miró, como todos lo hacían, los que veían más allá del inteligente disfraz humano del rostro plástico y los ojos mudos.

Él esperó..., escuchando.

Cuando entró, el Inspector sonrió y dijo:

—Hola, Matt —y después, con un gesto de la cabeza—: Pasa.

La muchacha frunció el ceño, silenciosamente reprobatoria.

Después que ambos se sentaran, el Inspector agregó:

—¿Por qué no vuelves a casa?

—¿A casa?

—Retornas a la Tierra.

—¿Es eso «a casa»?

Las voces susurraron en su oído mientras el Inspector fruncía el ceño y encendía un cigarro negro.

Y:

...Matt... Matt... Cuatro rey a..., menos tres..., menos dos... Más allá de Deimos, el Sol relampaguea en sus costados... Matt...

—¿Qué intentas hacer? —inquirió el Inspector—. ¿Apartarte totalmente del

mundo?

—Eso ya está hecho —afirmó—. Con toda eficacia.

—Mira, seamos brutales. Nosotros no te debemos nada.

—No —dijo.

—Fue solamente un acuerdo de negocios —agregó el Inspector—. Y si no se hubiese hecho —señaló el cuerpo que Freck llevaba—, Matthew Freck habría sido poco más que una página de algún polvoriento archivo oficial. O algo peor —agregó.

—Supongo que sí —dijo Freck.

—Podrías retornar mañana. A la Tierra. A una nueva vida. Nadie tiene por qué saber quién o qué eres, a menos que tú lo digas.

Freck se miró las manos, las manos cuidadosamente venosas, tan humanas, y los muslos de potentes músculos cubiertos por los pantalones celotérmicos.

—Los técnicos hicieron un buen trabajo —declaró—. En realidad, es mejor que mi viejo cuerpo. Más joven y potente. Y durará más. Pero... —flexionó sensualmente las manos y observó el modo en que las delicadas cintas de plástico contráctil articulaban sus dedos—. Pero la farsa no funcionará. Fuimos hechos para una cosa.

—Yo no puedo cambiar la política de la Compañía —dijo el Inspector—. Bueno, sé que el experimento no dio resultado. En realidad, la tecnología avanza demasiado rápido. De todos modos, fue un mal compromiso. Necesitábamos algo ligeramente más veloz, más que humano para pilotar las nuevas naves. Las reacciones humanas, la velocidad de un impulso nervioso no eran suficientes; el equipo electrónico era demasiado voluminoso, y las unidades de memoria orgánica que creamos para nuestros primeros pilotos cibernéticos no poseían suficiente iniciativa. Por eso aprovechamos la oportunidad de utilizarles a ustedes cuando Jenks vino a vernos por primera vez. Pero no estábamos dispuestos a enfrentar la realidad. Intentamos establecer un compromiso..., mantener la forma humana.

—Bueno, nosotros les dimos lo que entonces necesitaban. Nos deben algo a cambio —intervino.

—Cumplimos nuestro contrato —aseguró el Inspector—. Contigo y los otros cien como tú que pudimos salvar. Todo a cambio de la capacidad que sólo tú tenías. Fue un intercambio justo.

—De acuerdo, entonces, deme una nave. Es lo único que quiero.

—Ya te lo he explicado: acoplamiento directo.

—No. Si supiera lo que está pidiendo...

—Escucha, en este momento se está probando una de las interestelares. Y están las estaciones más allá de Plutón.

—¿Las estaciones? Vuelve a hablar como el director. Totalmente inmóviles. ¿Qué tipo de vida sería ése, la existencia como una unidad independiente durante incontables años sin el más mínimo contacto con la humanidad?

—Las estaciones no son inútiles —agregó el Inspector; se inclinó hacia delante y dio una palmada a la tapa del escritorio—. Tú más que nadie deberías saber que el Mecanismo de Impulsión de Bechtoldt no puede instalarse dentro de los poderosos campos de gravedad del sistema. Por eso necesitamos las estaciones. Han sido montadas para instalar el mecanismo después que la nave abandone el sistema propiamente dicho mediante sus motores atómicos.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta.

—En este momento, «Stargazer I» se dirige a una de las estaciones transplutonianas. «Stargazer II» lo seguirá dentro de pocos días.

—¿Y bien?

—Si quieres, puedes contar con una de ellas. Bueno, no pienses que se trata de una limosna. Nosotros no actuamos de ese modo. Las dos últimas naves estallaron debido a que los pilotos no estaban lo bastante cualificados para ocuparse del acoplamiento. Necesitamos el mejor piloto, y ése eres tú —hizo una larga pausa y agregó—: Más vale que lo sepas. Hemos colocado todas nuestras esperanzas en esas dos naves. Durante los últimos tres años hemos perdido fuerza política y, si alguna de las dos falla, Triplaneta y las demás asociaciones perderán las subvenciones gubernamentales. Estamos hartos de vernos reducidos a nueve planetas minúsculos. Estamos haciendo aquello por lo que tú trabajaste durante toda tu vida. Ahora iremos a las estrellas..., y todavía puedes participar en ello.

—Eso solía significar algo para mí —comentó—, pero después de un tiempo uno empieza a perder la identificación con la humanidad y sus impulsos.

Cuando comenzó a levantarse, el Inspector agregó:

—Sabes que, sujeto a un cuerpo humanoide, no puedes operar una nave ni una estación modernas. Es demasiado ineficaz. Tienes que convertirte en una parte de la estructura.

—Ya le he dicho que no puedo hacerlo.

—¿De qué tienes miedo? ¿De la soledad?

—Ya he estado solo anteriormente —replicó.

—Entonces, ¿de qué?

—¿De qué tengo miedo? —sonrió con su sonrisa mecánica—. De algo que usted jamás comprendería. Tengo miedo de lo que ya me ha ocurrido —el Inspector permaneció en silencio—. Cuando uno comienza a perder las emociones básicas, los modos de pensar básicos que lo hacen humano, bueno... ¿De qué tengo miedo? Tengo miedo de convertirme aún más en una máquina —aclaró.

Antes que el Inspector pudiera abrir la boca, se marchó.

Una vez fuera, se cerró la chaqueta celotérmica y acomodó el respirador. Después accionó el ajuste del reóstato del pecho de la chaqueta, hasta que la pequeña luz enjorjada situada encima del mecanismo resplandeció en la penumbra matinal.

Evidentemente, no necesitaba el calor que las ropas le suministraban, pero la farsa, la simulación de ser totalmente humano, habría sido incompleta sin ese toque vital.

Durante el regreso bajo la luz gris perlina, escuchó las múltiples voces que recorrían de un lado a otro las líneas de las naves. Oyó frases comerciales de un centenar de puertos distintos y, con el ojo de su mente, siguió el rápido avance de «Stargazer I» más allá de la órbita de Urano, hacia su cita con la estación que la adaptaría al Mecanismo de Impulsión de Bechtoldt.

Y pensó: «Señor, si pudiera dar el salto con ella», y luego: «Pero no a ese precio, no por lo que le costó a los demás, a Jim, a Martha, a Art..., y a Beth. (Olvida el nombre..., olvida el nombre..., perdida para ti como todos los demás...)»

La ciudad había despertado a la vida en el intervalo que pasó en el despacho del Inspector. Se cruzó con numerosas figuras que corrían, semejantes a ojos con sus ropas celotérmicas y sus respiradores transparentes. Lo ignoraron totalmente y durante un instante experimentó el loco impulso de arrancarse el respirador de la cara y detenerse a esperar...

A esperar, salvaje y desafiador, que alguien reparara en él.

Los torturados retorcimientos de los carteles de neón brillaban a lo largo de las calles anchas y, de vez en cuando, un pequeño coche eléctrico, precariamente equilibrado en dos ruedas, pasaba a su lado con un suave ronroneo, mientras los focos dibujaban una guadaña brillante en su senda. Nunca se había acostumbrado totalmente al crepúsculo del día marciano. Pero era un error de los técnicos que habían construido su cuerpo. En el patético deseo de imitar el cuerpo humano, frecuentemente habían incorporado las limitaciones humanas junto con sus fuerzas.

Se detuvo un momento ante una tienda y contempló ociosamente el escaparate lleno de cosas pequeñas, frágiles y extrañas de las muertas ciudades marcianas del norte. Comprendió que el escaparate estaba tan fuera de lugar como la calle y los edificios individuales a presión que la bordeaban. Como alguien había propuesto, hubiese sido mejor albergar toda la ciudad bajo una sola unidad a presión. Pero así se habían iniciado las colonizaciones marcianas, y los hombres seguían aferrados a costumbres más adecuadas para otro mundo.

Bueno, ésa era una característica común que había compartido con su raza. Naturalmente, el Inspector estaba en lo cierto. Del mismo modo que la ciudad, él también era un compromiso. Las viejas costumbres de pensamiento prevalecían y moldeaban las nuevas formas.

Pensó que debería comer algo. No había desayunado antes de salir hacia el puerto. Habían logrado darle una sensación de hambre, pero les había resultado imposible capturar el gusto.

Pero la idea de la comida, por algún motivo, le resultaba desagradable.

Entonces pensó que tal vez debería emborracharse.

Pero ni siquiera eso parecía demasiado satisfactorio.

Caminó, encontró un bar abierto y entró. Dejó su respirador en la cámara de aire y, bajo la mirada semiobservadora de un hombre gordo y menudo que luchaba con su cartera, simuló que desconectaba el reóstato de su traje.

Después entró, saludó distraídamente al aburrido tabernero y se acercó a una mesa de la esquina. Después que el tabernero le sirviera whisky y agua, se sentó y escuchó:

Seis y siete..., y veinte cero tres...

... te leo...

... y aquí afuera no ves nada, absolutamente nada. Se parece a... Matt...

Matt...

... caballo cuatro rey..., jaque en tres... Matt...

Por primera vez en varias semanas, efectuó el cambio. Podía hablar sin producir un sonido audible, lo cual era conveniente. Una cuestión de subverbalización.

Dijo en silencio:

Ven.

Matt, ¿dónde estás?

En un bar.

Estoy lejos..., muy lejos. El Sol es como el agujero de un alfiler en una sábana negra.

Creo que voy a emborracharme a lo grande.

¿Por qué?

Porque quiero. ¿No es motivo suficiente? Porque es la única cosa total y completamente humana que puedo hacer bien.

Te extrañé.

¿Que me extrañaste a mí? Quizá, mi voz. Hay poco más.

Deberías estar aquí con nosotros..., con Art y conmigo..., dijo jadeante. Traerán las nuevas. Las grandes naves. Son hermosas. Más grandes y veloces que las que tú y yo condujimos.

Llevarán «Stargazer I» para realizar las pruebas, le contó él.

Lo sé. Mi estación cuenta con uno de los mecanismos de impulsión. Ahora la estación tres se ocupa de «Stargazer I».

Él tragó saliva con furia y pensó en lo que el Inspector había dicho.

Ah, me gustaría ser una de ellas, agregó Beth.

La mano de él se tensó en el vaso y, durante un instante, creyó que éste se rompería entre sus dedos. Ella no había dicho «estar en».

Ser..., ser..., me gustaría ser una de ellas.

¿Te gustaría?, le preguntó. Eso está bien.

Oh, eso está bien, ojos sembrados de estrellas, pensó él, te quiero a ti y a la nave y a las estrellas y al sentido de ser..., yo soy la nave..., yo soy la estación..., yo soy cualquier cosa menos humano...

Matt, ¿qué ocurre?

Voy a emborracharme.

Se acerca una nave. Emite señales.

Vio que el tabernero le miraba desconcertado. Comprendió que hacía quince minutos que tenía el mismo trago. Levantó el vaso y bebió y tragó deliberadamente.

Tengo que marcharme un minuto, dijo ella.

Hazlo, le respondió.

Después:

Lo siento, Beth. No quise desahogarme contigo.

Regresaré, afirmó ella.

Y él quedó solo, envuelto en el aislamiento que había terminado por conocer a la perfección. Se preguntó si semejante soledad le impulsaría finalmente al cambio que... No, eso nunca ocurriría... El recuerdo de cómo había sido eso todavía lo acosaba.

Hubiera preferido morir en ese lejano y frío valle plutoniano, se dijo, antes que llegar a este día. Pensó en Jenks, en Catherine y en David y envidió la obscuridad última e irreflexiva que habían compartido. Incluso la muerte era mejor que volver a enfrentar esa aterradorante pérdida de humanidad que él había sufrido una vez.

Permaneció sentado, miró a su alrededor y por primera vez reparó realmente en su entorno. En la barra había dos turistas: un hombre gordo y de mentón caído con un traje de calle de una sola pieza, a cuadros, y una mujer, probablemente su esposa, delgada y con aspecto de enferma hormonal. Conversaban animadamente y el hombre hacía gestos acalorados. Se preguntó por qué habrían salido tan temprano por la mañana.

Pensó que la imagen del gordo que parloteaba como una urraca nerviosa y con sus manos gordinflonas trazaba dibujos en el aire, era graciosa.

Notó que su vaso estaba vacío, de modo que se levantó y se acercó a la barra. Se acomodó en un taburete y pidió otro whisky.

—Lo destrozaré —decía el hombrecillo con voz alta y aguda—. Consolidación o no...

—George —le interrumpió la mujer ásperamente—, no deberías beber por la mañana.

—Sabes muy bien que...

—George, hoy quiero ver las ruinas.

Matt... Matt...

—En la tienda de la esquina tienen la cerámica más hermosa que puedas imaginarte. De las ruinas. Esas pequeñas figuras enanas... Ya sabes, los marcianos. Pero lo pronunció «mar-chanos», como escupiendo el sonido de la *ch*.

Es la grande, Matt. El «Stargazer». Se acerca. Tal vez la vea combarse. Hermosa... Deberías ver el modo en que los lados captan la luz del faro de la estación. Como una gran aguja de plata pura.

—Disculpe —dijo la mujer, y giró en el taburete hacia él—. ¿Sabe a qué hora comienzan las visitas a las ruinas?

Él intentó sonreír. Le respondió y ella agregó:

—Gracias. Supongo que ustedes se hartan de los turistas —le miró con grandes ojos inquisitivos.

—No seas tonta —intervino George—. Tienes que ser práctica. Los turistas significan mucho dinero.

—Eso es verdad —afirmó.

Matt...

—Bueno —dijo la mujer—, cuando uno no sale de la Tierra con mucha frecuencia, tiene que verlo todo.

Matt..., dijo inquieta.

—Eso es cierto.

Respondió a la mujer en voz alta mientras intentaba beber y preguntar silenciosamente:

¿Qué anda mal?

Matt, algo anda mal en la nave. Tal como lo describió Art aquella vez... El campo..., parpadea...

Ella comenzó a apagarse.

Regresa, le gritó mudamente.

Silencio.

—Trabajo en el negocio de los Manta —explicó George.

—¿Los Manta? —levantó cuidadosamente una ceja mecánica.

—Ya sabe, los aviones a chorro de plano aerodinámico. Manta es el nombre de nuestro modelo. Porque se parecen a un pez, a la raya. Los chorros arrojan un torrente de aire directamente encima del plano aerodinámico. Vuelan como un helicóptero. ¿Y

la velocidad? Jamás se ha visto tanta velocidad en un helicóptero.

—No los conozco —dijo.

Beth... Beth..., gritó su voz silenciosa.

Durante un instante sintió deseos de gritar en voz alta, pero un férreo control acalló su voz.

—Ah, le diré algo —afirmó George—, dentro de cinco años atestaremos realmente el mercado. El aire está demasiado ocupado para dar lugar a los helicópteros. Ya no son seguros. Bueno, la turbulencia sobre Rochester es algo...

—Nosotros somos de Rochester —explicó la mujer con aspecto de enferma hormonal.

Matt, escucha. Creo que se trata del generador de campo..., la radiación debió atascar la sinapsis del piloto. No puedo levantarlo. Y no hay nadie más a bordo. Sólo instrumentos...

¿A qué distancia de la estación?

A ochocientos metros.

Dios mío, si la cosa estalla...

¡Yo estallaré con ella!

Él podía sentir el temor de sus palabras.

—Por eso decidimos que ahora era el momento, antes de la nueva fusión. Después George nunca tendría tiempo...

Intenta levantar el piloto.

Matt..., estoy asustada.

¡Inténtalo!

—¿Le ocurre algo? —preguntó la mujer.

Sacudió la cabeza, negando.

—Necesita un trago —aseguró George mientras llamaba al tabernero.

Beth, ¿cuál es la cuenta?

Oh, Matt, estoy asustada.

La cuenta...

—Buen whisky —comentó George.

Asciende... No puedo levantar el piloto.

—En la nave en que vinimos sirvieron el peor whisky que he tomado en mi vida. Esas cosas me alteran.

—George, cállate.

Beth, ¿dónde estás?

¿A qué te refieres?

¿Cuál es tu posición? ¿Es central o hacia un costado?

Estoy a quinientos metros del centro de la estación.

—Te dije que no bebieras por la mañana —le recriminó la mujer.

¿Alguna máquina motriz secundaria? ¿Manipuladoras de robots?

Sí, tendré que manipular las unidades del mecanismo de impulsión.

De acuerdo, echa abajo tu pila de energía auxiliar.

Pero...

Recoge los ladrillos y apílalos contra la pared más lejana de la estación. Estarás bastante protegida contra la radiación. Después tendrás que girar la masa de la estación hasta que quede entre ti y la nave.

Pero, ¿cómo...?

El uranio es denso. Te protegerá de la radiación cuando la nave estalle y salga de órbita. Aléjate tanto como puedas.

No puedo. La estación no tiene tanta potencia.

Si no lo haces...

No puedo...

Después, el silencio.

La mujer y George le miraban expectantes. Se llevó el vaso a los labios y se maravilló por la serenidad de sus manos.

—Lo siento —dijo en voz alta—. No oí lo que decían.

Beth, las unidades del mecanismo de impulsión...

¿Sí?

¿Puedes activarlas?

Habrás que equiparlas provisionalmente en su sitio. Con soldadura rápida.

¿Cuánto tiempo?

Cinco, quizá diez minutos. Pero el campo..., caerá del mismo lado en que lo está haciendo la nave.

Si ni siquiera tú puedes hacerlo... De todos modos, tendrás que arriesgarte. De lo contrario...

—Le preguntaba —repitió George con voz gruesa—, si alguna vez viajó en una de esas naves robots.

—¿Naves robots?

—Bueno, ya sabe, no son exactamente robots.

—He viajado en una —replicó—. Después de todo, si no lo hubiese hecho, no estaría en Marte.

George parecía confundido.

—A veces, George es un poco aburrido —comentó la mujer.

Beth...

Está casi terminado. La cuenta aumenta.

Date prisa...

Si el campo se derrumba...

No pienses en ello.

—Esas naves me espantan —insistió George—. Es como viajar en una nave visitada por aparecidos.

—El piloto está muy vivo —explicó—. Y es muy humano.

Matt, los ladrillos están apilados en su sitio. Dentro de pocos minutos...

Date prisa..., date prisa..., date prisa...

—George habla demasiado —se justificó la mujer.

—Oh, diablos —exclamó George—, sólo se trata de..., bueno, en realidad esas cosas ya no son humanas.

Matt, estoy preparada... Asustada...

¿Puedes controlar tu empuje?

Con las unidades de control remoto. Como si yo fuera el «Stargazer».

Su voz sonaba fría..., asustada.

De acuerdo, entonces...

La cuenta asciende rápidamente... Yo... ¡Matt! Resulta cegador..., una bola de fuego..., es...

Beth...

Silencio.

—Me importa un bledo —dijo George petulantemente a la mujer—. Un hombre tiene derecho a decir lo que siente.

Beth...

—George, haz el favor de callarte y marchémonos.

Beth...

Miró el bar y pensó en las llamas que florecían en la obscuridad total y...

—Ya no son hombres —le dijo a George—. Y tal vez ni siquiera sean totalmente humanos. Pero tampoco son máquinas.

Beth...

—George no se refería...

—Lo sé —afirmó—. En cierto sentido, George está en lo cierto. Pero ellos poseen algo normal que los hombres nunca tendrán. Han encontrado un modo de participar en el sueño más grandioso que el hombre se ha atrevido a concebir. Y eso exige valor..., el valor de ser lo que ellos son. No son hombres, pero forman parte de la cosa más grandiosa que los hombres han alcanzado.

Beth...

Silencio.

George se bajó del taburete.

—Es posible —agregó—. Pero..., bueno... —ofreció su mano y continuó—: Supongo que volveremos a vernos por aquí.

Retrocedió cuando la mano de Freck apretó la suya y, durante un instante, la conciencia súbita brilló en sus ojos. Musitó algo con voz confundida y se dirigió hacia la puerta.

Matt...

Beth, ¿te encuentras bien?

Sí, yo estoy bien, pero la nave..., el «Stargazer»...

Olvídalo.

Pero, ¿habrá otra? ¿Se atreverán a intentarlo de nuevo?

Estás a salvo y eso es lo único que importa.

La mujer decía:

—George no suele ver más allá de sus narices —sus labios delgados sonrieron con incomodidad—. Tal vez por eso se casó conmigo.

Matt...

Aguanta. Llegarán hasta ti.

No, yo no necesito ayuda. La aceleración me atontó durante un minuto.

Pero, ¿no te das cuenta?

¿Darme cuenta?

He instalado el mecanismo de impulsión. Yo soy un sistema independiente.

No, no puedes hacerlo. Quítatelo de la cabeza.

Alguien tiene que demostrar que se puede hacer. De lo contrario, nunca construirán otro.

Te llevará años. Y no podrás hacer que regrese.

—Lo supe en seguida —explicaba la mujer—. Me refiero a usted.

—No tenía intención de incomodarla —dijo.

Beth, regresa..., Beth.

Me alejo..., cada vez más rápido. Matt, estaré allí antes que nadie. La primera. Pero tendrás que venir a buscarme. En la estación no tengo potencia suficiente para regresar.

—No me incomodó —afirmó la mujer con aspecto de enferma hormonal. Sus grandes ojos estaban empañados.

—Es algo nuevo —agregó ella— conocer a alguien con un objetivo en la vida.

Beth, regresa.

Muy lejos ahora..., acelero en todo momento... Ven a buscarme, Matt. Te esperaré aquí afuera..., trazando círculos alrededor de Centauro.

Tenía la vista fija en la mujer situada junto a la barra, pero sus ojos apenas la veían.

—¿Sabe una cosa? —preguntó la mujer—. Creo que podría enamorarme perdidamente de usted.

—No —le aseguró—. No, no le gustaría.

—Tal vez —agregó—, pero usted tenía razón. Me refiero a lo que le explicó a George. Exige mucho valor ser lo que usted es.

Después giró y siguió a su marido. Antes que la puerta se cerrara, miró nostálgicamente hacia atrás.

No te preocupes, Beth. Iré. Tan rápido como pueda.

Y entonces percibió los sonidos de los demás, los preocupados sonidos que se filtraban por la obscuridad espacial desde las quemadas llanuras de Mercurio hasta los océanos de nitrógeno del oscuro Plutón.

Y les dijo lo que ella estaba haciendo.

Por momentos, su audición interna quedaba poblada por el crujido de asombro de todos los demás.

Entonces se produjo una unidad. Él supo qué debía hacer, cuál debía ser su próximo paso.

Estamos todos contigo, le dijo al tiempo que se preguntaba si ella todavía podía oír su voz. A partir de ahora, siempre lo estaremos.

Y se estiró, sintiéndose unido con todos los otros cientos de mentes en un deseo silencioso, extendiéndose en una hermandad de metal a través de los espacios infinitos.

Se estiró en una apretada banda de metal, un organismo único que se extendía... Se extendía hacia las estrellas.

Anatomía

Trasplante obligatorio (Robert Silverberg)

Robert Silverberg (1935-) es un notable escritor, tanto por su calidad literaria como por su fecundidad. Es autor de más de un centenar de libros sobre temas tan diversos como las ciudades perdidas, la historia de Israel, o narraciones como El castillo de lord Valentine (1980). Ha conseguido dos premios Hugo y cuatro premios Nébula (además de haber sido nominado para varios más) en el campo de la ciencia ficción. Robert Silverberg ha sido presidente de la Unión de Escritores Norteamericanos de Ciencia Ficción durante los años 1967 y 1968.

Nuestras células se combinan en tejidos de diversos tipos —conectivo, adiposo, muscular, nervioso y otros—, y estos tejidos conforman órganos, partes del cuerpo destinadas a una función determinada. Muchos de tales órganos nos resultan muy familiares. Todos sabemos que el corazón bombea la sangre a través del sistema circulatorio, que los riñones filtran los desperdicios de la sangre, que el estómago almacena el alimento durante un tiempo y ayuda a digerirlo, que los pulmones permiten absorber el oxígeno, que el hígado es nuestra fábrica química para almacenar azúcar, formar bilis y destoxificar las sustancias perniciosas. Podríamos seguir con los ojos, la lengua, la glándula tiroides, etcétera.

Cada órgano realiza su función, siempre conveniente y, en ocasiones, absolutamente vital.

Si el corazón falla, no importa que cada parte del cuerpo esté en perfecto estado de funcionamiento. Todo el organismo muere.

Lo mismo cabe decir si fallan los riñones, los pulmones o los vasos sanguíneos esenciales. Incluso si se trata de un órgano no fundamental para la vida, la falta de cualquiera de ellos hace que la existencia quede profundamente limitada. Si se pierden los ojos, por ejemplo, o si se tiene que amputar una pierna, la persona se encuentra con un gran problema.

Y, sin embargo, ninguno de tales órganos es uno mismo. Si se amputa una extremidad, lo esencial del ser sigue existiendo. Por muy disminuido que quede, siempre conservará los recuerdos y las emociones, los gustos y desagradados, las pequeñas manías, tics y prejuicios, toda la personalidad, en fin. Y los amigos le seguirán aceptando a uno pese a que le falte una parte.

El único órgano esencial para la persona es el cerebro. En cierto modo, uno podría envidiar a un coche. Cuando a un automóvil se le estropea una pieza, siempre existe otra de repuesto. Se quita la estropeada, se pone la nueva, y allá que va el coche «nuevo y flamante». Imaginemos un coche que es reparado, pieza a pieza, hasta que no conserva nada de cuanto había en él al comprarlo; pues bien, el vehículo seguirá siendo considerado el mismo, puesto que carece de cerebro.

Es evidente que el ser humano tiene que mantener sus partes y órganos en funcionamiento incluso después de cien años de uso continuado, lo cual no puede decirse de ningún automóvil ni otras máquinas diseñadas por el hombre. Deberíamos dar gracias por ello, pero, aun así, cuando el corazón empieza a fallar, ¿quién de entre nosotros no ansiaría tener en el cajón otro corazón joven, fresco, comprobado, aprobado y sellado por un inspector del gobierno?

Por desgracia, esos corazones pertenecen a otros cuerpos. Pero, ¿y si por alguna razón un cuerpo muere dejando intacto un corazón en perfecto estado, pero sentenciado a muerte a menos que sea extirpado rápidamente y aplicado a una intervención quirúrgica en la que sea de utilidad?

Hoy podemos hacerlo. Se han registrado ya en todo el mundo múltiples casos de trasplantes de corazón, de riñones, de hígado y de córnea.

No podemos sino contemplar estos procesos con aprobación, ya que tendemos a ponernos en el papel de potenciales receptores de tales órganos y, si necesitamos algo vital, queremos que esté al alcance. Sin embargo, detrás de cada receptor hay un donante, y eso es lo que recoge Silverberg en Trasplante obligatorio.

Isaac Asimov

Mira ahí abajo, Kate, junto al paseo. Dos espléndidos mayores que pasean uno al lado del otro junto al agua. Irradian poder, autoridad, riqueza, seguridad. El hombre es, sin duda, un juez, un senador o un presidente de corporación. ¿Y ella...? Ella debe ser, pongamos por caso, una profesora emérita de Derecho Internacional. Caminan hacia la plaza con movimientos serenos, sonriendo y asintiendo con graciosos gestos de cabeza como saludo a los viandantes. ¡Cómo se refleja el Sol en sus blancos cabellos! Casi resulta irresistible el fulgor del aura que emiten: me ciega, me causa dolor en los ojos. ¿Qué edad tendrán? ¿Ochenta, noventa, cien años...? A esta distancia parecen mucho más jóvenes: caminan erguidos, con las espaldas rectas. Podrían pasar fácilmente por personas de cincuenta o sesenta años, pero yo sé distinguir la verdad. Su confianza, su pose, les destacan como lo que son. Más de cerca, se pueden apreciar sus mejillas marchitas y sus ojos hundidos. No hay cosmético que pueda ocultar los detalles. Esa pareja tiene edad para ser nuestros bisabuelos. Ya habían pasado con mucho de los sesenta cuando nosotros no habíamos nacido aún, Kate. ¡Qué funcionamiento tan soberbio el de su organismo! ¿Por qué no iba a ser así? Podríamos adivinar sus historiales médicos. Ella ha tenido al menos tres corazones y él utiliza ya su cuarto juego de pulmones, solicitan riñones nuevos cada cinco años, sus frágiles huesos están reforzados con cientos de injertos procedentes de brazos y piernas de desventurados jóvenes, su aparato sensorial en decadencia está ayudado por incontables injertos nerviosos obtenidos del mismo modo, y sus viejas arterias están recién cubiertas de teflón. Conjuntos ambulantes de piezas humanas de repuesto, salpicadas aquí y allá de órganos substitutorios sintéticos o mecánicos, eso es lo que son. ¿Y qué soy yo, entonces, o tú? Dos jóvenes de diecinueve años, dos seres vulnerables. A los ojos de los ancianos, no soy sino una reserva de órganos sanos, a punto para servir a sus necesidades. Ven, hijo. ¡Eres un joven muy fornido! ¿No podrías darme un riñón? ¿Un pulmón? ¿Un pequeño segmento de intestino de buena calidad? ¿Diez centímetros de tu nervio cubital? Necesito unas cuantas partes de tu cuerpo, joven. No vas a negarle a un anciano dirigente de mi importancia lo que te pide, ¿verdad? ¿Verdad?

Hoy, al pulsar el control para recibir mi correo matutino, ha aparecido por la ranura el aviso de reclutamiento, un pequeño documento de papel crujiente y de aspecto muy oficial. Llevaba tiempo esperando que apareciera: no he sentido sorpresa ni conmoción alguna; más bien, en realidad, un anticlímax ahora que ha llegado por fin. Dentro de seis semanas tengo que presentarme en la Casa del Trasplante para el último examen físico, una mera formalidad, pues no me habrían reclutado si no constara ya en los archivos como una potencial fuente de órganos. A partir de entonces, me podían llamar en cualquier momento. Normalmente transcurre un plazo

de unos dos meses. En otoño me estarán trinchando. A comer, a beber y a disfrutar, porque pronto tendré el cirujano a la puerta.

Un diseminado grupo de mayores se manifiesta ante la sede central de la Liga para la Santidad del Cuerpo. Es una contramanifestación, una protesta contra los opuestos a los trasplantes, la peor especie de posición política, que se alimenta de las opiniones negativas más rastreras. Los manifestantes llevan carteles visibles que dicen:

¿SANTIDAD DEL CUERPO O EGOÍSMO DEL CUERPO?

Y:

DEBÉIS A LOS DIRIGENTES HASTA LA PROPIA VIDA

Y:

ATENDED A LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

Los participantes en la protesta eran mayores de bajo escalafón, que apenas superaban la línea de calificación y no podían estar muy seguros, en realidad, de seguir obteniendo trasplantes. No es extraño que se sientan inquietos contra la Liga. Algunos van en sillas de ruedas y otros van enfundados hasta las cejas en sistemas portátiles de mantenimiento vital. Gruñen y lanzan amargas invectivas y agitan los puños. Mientras contemplo el espectáculo desde una ventana superior del edificio de la Liga, me estremezco de temor y desánimo. Esos de abajo no querrían sólo mis pulmones o mis riñones. Me sacarían los ojos, el hígado, el páncreas, el corazón, todo lo que pudieran necesitar.

He vuelto a hablar con mi padre. Tiene cuarenta y cinco años: es demasiado viejo para verse afectado personalmente por el reclutamiento de órganos, y demasiado joven para necesitar ya algún trasplante. Ello le pone, por así decirlo, en una situación neutral, salvo por un pequeño detalle: su carta de trasplante es 5-G. Eso significa estar muy arriba en la lista de elegibilidad; no en la cúspide, pero bastante cerca de ella. Si mañana cayera enfermo y la Junta de Trasplantes decidiera que su vida corre peligro de no recibir un corazón, o un riñón o un pulmón nuevo, podría contar con uno de tales órganos prácticamente de inmediato. Un estatus así ha de tener alguna

influencia en su objetividad respecto al tema de los órganos. De todos modos, le he dicho que pensaba hacer una apelación e incluso, quizá, resistirme. «Sé razonable — me ha contestado—. Sé racional y no dejes que tus emociones te dominen. ¿Crees que merece la pena arriesgar tu futuro por algo así? Después de todo, los recortados no pierden órganos vitales.»

Yo le he pedido que me mostrara las estadísticas, pero no lo ha hecho. Según sus cálculos, sólo una cuarta o quinta parte de los reclutados eran llamados para hacer una donación. Eso te demuestra lo poco en contacto que están con la realidad de la situación las generaciones de más edad. Y eso que mi padre es un hombre educado y bien informado. Nadie de más de treinta y cinco años con quien haya hablado ha sabido mostrarme alguna estadística. Así que soy yo quien se las enseño. Son folletos de la Liga, es cierto, pero se basan en datos comprobados del Instituto Nacional de la Salud. No escapa nadie. Una vez eres alistado, siempre te seleccionan. La necesidad de órganos jóvenes se extiende inexorablemente para cubrir la demanda de cuerpos por reparar. Al final, nos cogerán y nos cortarán en pedacitos. Al fin y al cabo, eso es probablemente lo que quieren: librarse de los miembros más jóvenes de la especie, siempre tan problemáticos. Nos canibalizarán para sacar piezas de repuesto y nos reciclarán, pulmón a pulmón, páncreas a páncreas, a través de sus propios organismos en decadencia.

Fig. 4: El 23 de marzo de 1964 le fue extirpado al perro el hígado, reemplazándolo por el de un donante, un perro cruzado no emparentado con el primero. El animal fue tratado con azathioprina durante cuatro meses y después cesó toda terapia. Su salud sigue siendo perfecta a los 6 2/3 años del trasplante.

La guerra continúa. Éste es, creo, el año decimocuarto. Naturalmente, ahora ya no se trata de causar muertes. No ha habido una batalla campal desde el noventa y tres, es decir, desde que entró en vigor la legislación sobre donación obligatoria de órganos. Los mayores no pueden permitirse el lujo de desperdiciar nuestros preciosos cuerpos jóvenes en el campo de batalla. Así pues, los robots libran las luchas territoriales por nosotros, abriendo cabezas con un gran crujido metálico, tendiendo minas explosivas y aplicando sus sensores a las minas enemigas, cavando túneles bajo sus pantallas, etc. Y, por supuesto, la actividad paramilitar: sanciones económicas, bloqueos de terceras potencias, emisiones propagandísticas dirigidas imparablemente desde satélites orbitales despiadados, y todo ese tipo de cosas. Es una guerra más sutil de la que solía librarse antes, pues en esta no muere nadie, aunque devora los recursos nacionales. Los impuestos suben año tras año, ya van cinco o seis seguidos, y acaban de decretar un Recargo por la Paz especial sobre

todos los bienes que contengan metal, a causa de la escasez de cobre. Hubo una época en que podía esperarse que nuestros locos dirigentes acabarían por morirse o, al menos, por retirarse por motivos de salud a sus villas campestres con sus úlceras, sus herpes, sus sarnas o sus escrúpulos, dejando que nuevos pacificadores más jóvenes tomaran el relevo. Hoy, sin embargo, nuestros senadores y miembros del gabinete, nuestros generales y planificadores, siguen en sus puestos, inmortales y locos. Y su guerra sigue; su absurda, incomprensible, diabólica y autogratificante guerra jamás termina.

Conozco gente de mi edad o un poco mayor que ha conseguido asilo en Bélgica, en Suecia, en Paraguay o en alguno de los otros países donde se han aprobado leyes respetuosas con la Santidad del Cuerpo. En total hay unos veinte de esos países, la mitad entre los más progresistas del mundo y la otra mitad entre los más reaccionarios. Sin embargo, ¿qué sentido tiene huir? No deseo vivir en el exilio. Me quedaré y lucharé.

Naturalmente, no se pide a los reclutados que cedan el corazón o el hígado o alguno de los órganos esenciales para la vida como, por ejemplo, el bulbo raquídeo. Todavía no hemos llegado al punto de iluminación política en el que el gobierno se crea capaz de legislar sobre reclutamiento para donaciones que representen la muerte del donante. Por ahora, los principales objetivos son los riñones y pulmones, los órganos que poseemos por pares y de los que en parte podemos prescindir. Sin embargo, si estudias la historia de los reclutamientos obligatorios a lo largo de los años, verás que siempre puede dibujarse una curva que va desde una necesidad racional al más absoluto disparate. Dales el dedo y se tomarán el brazo. Dales un centímetro de intestino y te sacarán las entrañas. Dentro de cincuenta años estarán injertando corazones y estómagos y hasta cerebros vivos, recuerda bien lo que te digo; espera a que consigan la tecnología para el trasplante de cerebro y ya no quedará ningún cráneo a salvo. Habremos regresado a los sacrificios humanos. La única diferencia entre nosotros y los aztecas es de método: nosotros tenemos anestesia, antisépticos y asepsia, y utilizamos bisturíes en lugar de planchas de obsidiana para quitarles el corazón a nuestras víctimas.

MEDIOS PARA SUPERAR LA REACCIÓN AL INJERTO

El camino que ha llevado desde la demostración de la naturaleza inmunológica de la reacción del injerto y su universalidad hasta el desarrollo de unos medios relativamente eficaces —aunque en modo alguno completamente satisfactorios— con propósitos terapéuticos significa una serie de avances que sólo podemos mencionar con brevedad en estas líneas. El año 1950 significó el inicio de una nueva era en la inmunobiología y en los trasplantes con el descubrimiento de diversos sistemas para debilitar o suprimir la respuesta del receptor al injerto (como la exposición subletal del organismo entero a una dosis alta de rayos X o el tratamiento mediante ciertas hormonas de corticoesteroides, en especial la cortisona), que empezaron a tener influencia en la corriente principal de las investigaciones y a generar la confianza en que no estaba lejana una solución clínica funcional. A finales de esa década, unos poderosos fármacos inmunodepresores, como la 6-mercaptopurina, habían demostrado su capacidad para mantener latente la reactividad de los perros a los injertos renales, y poco después pudo aplicarse este principio al hombre con un éxito generalizado.

¿Se basa mi resistencia al reclutamiento en un desagrado innato y abstracto por cualquier forma de tiranía, o es más bien un deseo de mantener intacto mi cuerpo? ¿Podrían ser ambas cosas a la vez? ¿Necesito acaso algún tipo de racionalización idealista? ¿No tengo acaso el derecho inalienable a vivir mi vida con mis riñones natales intactos?

La ley fue sancionada por una administración de mayores. Puedes tener la seguridad de que todas las leyes que afectan al bienestar de los jóvenes son obra de mayores seniles y moribundos afectados de anginas de pecho, arteriosclerosis, prolapsos de infundíbulos, ventriculitis fulminantes o problemas de dilatación de conductos. El problema se plantea del siguiente modo: los muertos jóvenes y sanos, víctimas de accidentes de tráfico, intentos de suicidio consumados, errores en saltos de trampolín, electrocuciones y lesiones deportivas no abundan y, por tanto, se produce una escasez de órganos trasplantables. El intento de restaurar la pena de muerte con vistas a crear un suministro estable de cadáveres controlados por el estado no es aprobado por los tribunales. Los programas de donación voluntaria de órganos no tienen un gran resultado, ya que la mayoría de tales voluntarios procede de las cárceles, cuyos reclusos intentan con ello una reducción en sus penas: un pulmón acorta la sentencia en cinco años, un riñón equivale a tres años menos de cárcel, etc.. El éxodo de presos de los centros de detención a que da lugar esta cláusula no es muy bien recibido por los votantes de los suburbios. Mientras tanto, la necesidad de órganos se hace urgente y perentoria; muchos mayores de gran relevancia pueden

llegar a morir si no se hace algo rápido. Así pues, una coalición de senadores de los cuatro partidos presentan la moción sobre el reclutamiento obligatorio de donantes de órganos en la Cámara Alta ante el intento obstruccionista de un puñado de senadores defensores de los jóvenes. En la Cámara de Representantes, la moción es aprobada con muchos menos problemas ya que nadie en esta Cámara presta gran atención al texto de las leyes que se votan. Además, se ha hecho circular el rumor de que, con la aprobación de la ley, todo aquel que tenga un cargo político reconocido y más de sesenta y cinco años puede contar con veinticinco o treinta años más de vida, lo que para un miembro de la Cámara Baja significa un período de diez o quince años más en el cargo. Naturalmente, han habido apelaciones a los tribunales, pero, ¿de qué sirven? El promedio de edad de los once jueces del Tribunal Supremo es de setenta y ocho años. Son seres humanos y mortales, y necesitan nuestra carne. Si derogaran la ley de donaciones obligatorias, estarían firmando su propia sentencia de muerte.

Durante un año y medio he sido presidente de la campaña contra la donación obligatoria en nuestro campus universitario. Éramos la sexta o séptima fracción local de la Liga por la Santidad del Cuerpo que se organizaba en el país, y éramos auténticos activistas. Sobre todo, nos dedicábamos a manifestarnos frente a las oficinas de reclutamiento, arriba y abajo, con pancartas que proclamaban consignas como éstas:

RIÑONES AL PODER

Y:

EL CUERPO DEL HOMBRE ES SU CASTILLO

Y:

LA LEY DE DONACIÓN OBLIGATORIA DE ÓRGANOS
ES UN ATAQUE AL DERECHO A LA VIDA

Sin embargo, nunca recurrimos a actitudes violentas como poner bombas en los centros de trasplantes o secuestrar camiones refrigerados conteniendo injertos. Nuestro método de lucha era la agitación pacífica. Cuando alguno de los miembros de la Liga intentó llevarnos a una política más violenta, pronuncié un discurso improvisado de dos horas apelando a la moderación. Naturalmente, la Junta de Trasplante me reclutó en el mismo instante en que cumplí las condiciones para ser

elegido.

«Comprendo tu hostilidad al decreto —me dijo el tutor en la universidad—. Desde luego, es normal sentirse inquieto ante la donación de órganos importantes de tu cuerpo, pero debes tener en cuenta también las ventajas que lleva consigo. Una vez hayas donado un órgano, recibes la clasificación 6-A, Receptor Preferente, y continúas para siempre en la categoría 6-A. Estoy seguro de que te das cuenta de lo que eso significa: si alguna vez necesitas un trasplante, optarás automáticamente a él, incluso si tus demás calificaciones personales y profesionales no se sitúan en el nivel óptimo. Supón que tus proyectos de terminar la carrera no se cumplen y acabas como obrero manual, por ejemplo. Normalmente, no tendrías derecho ni siquiera a un primer examen en caso de sufrir alguna enfermedad cardíaca. En cambio, tu estatus de Receptor Preferente te salvaría. Contarías con un nuevo seguro de vida, hijo mío.»

Yo le señalé la falacia que tales palabras llevan implícita: cada vez es mayor el número de reclutados que es sometido a la donación obligatoria. A este paso, terminará por abarcar a la mayoría de la población o incluso a la totalidad, y llegará un momento en que todo el mundo tendrá el estatus de Receptor Preferente por haber realizado la donación. En ese momento, el término Receptor Preferente carecerá de sentido. Finalmente, se producirá una carestía de órganos trasplantados cuando cada donante reclame el derecho a un trasplante ante una enfermedad o un riesgo de muerte. Para entonces, habrán tenido que regular de todos modos a los Receptores Preferentes según sus logros personales y profesionales para establecer un orden de prioridades dentro de la clase 6-A. Con ello, habremos vuelto a la situación actual.

Fig. 7: Curso de un paciente que recibió antilinfocitoglobulina (ALG) antes y durante los cuatro meses siguientes a un trasplante renal. El donante era un hermano mayor. No hubo rechazo inmediato. Se inició la administración de prednisona cuarenta días después de la operación. Se apunta inicio de rechazo tardío tras supresión de la terapia de globulina. El rechazo se trató con un aumento moderado de las dosis de esferoides de mantenimiento. Esta complicación tardía se observó en sólo dos de los veinte primeros receptores de injertos intrafamiliares tratados con ALG. En casos posteriores se ha observado una baja incidencia de complicaciones similar a la expuesta. (Con permiso de Cirugía Ginec. y Obstet. 126 [1968]: p. 1023.)

Bien, hoy he acudido a la Casa de Trasplantes, a la hora señalada, para pasar el examen físico. Un par de amigos míos consideraban que al presentarme estaba

cayendo en un error táctico; si pensaba resistir, decían, era mejor que lo hiciera desde el primer momento. Debía obligarles a llevarme al examen físico por la fuerza. En términos puramente idealistas (e ideológicos), supongo que tenían razón, pero todavía no había ninguna necesidad de empezar a armar un alboroto. Esperaré a que me digan realmente: «Necesitamos un riñón suyo, joven». Entonces me resistiré, si me decido finalmente por esta posición. (¿A qué vienen esos titubeos? ¿Acaso tengo miedo de las repercusiones en la carrera que pueda acarrearle el resistirme? ¿Estoy totalmente convencido de la injusticia del sistema de reclutamiento obligatorio de donantes? No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de *estar* titubeando. Presentarse al examen físico no es realmente venderse al sistema.) Finalmente, he ido. Me han mirado por aquí y por allá, me han estudiado por rayos X y poco más. Abra la boca, por favor. Inclínese, por favor. Tosa, por favor. Levante el brazo izquierdo, por favor. Me han colocado frente a una batería de máquinas diagnosticadoras y me he quedado allí plantado, aguardando a que se encendiera la luz roja —¡*tilt*, fuera de aquí!— pero, como esperaba, estoy en perfecta forma física y en situación disponible. Después me he reunido con Kate y hemos paseado por el parque cogidos de las manos. Hemos contemplado el encanto del atardecer y hemos hablado de qué haré cuando llegue o si llega la llamada. ¿*Si llega?* ¡Qué iluso!

Si eres convocado como donante, quedas exento del servicio militar y cuentas con una deducción anual en los impuestos de 750 dólares, para siempre. Una gran oferta.

Otra cosa de la que están muy orgullosos es del programa de donación voluntaria de órganos únicos. Esto no tiene nada que ver con el reclutamiento obligatorio, que —hasta ahora, por lo menos— sólo afecta a los órganos dobles, a los órganos que nos pueden ser extirpados sin perder la vida. Desde hace doce años, resulta posible entrar en un hospital cualquiera de los Estados Unidos y firmar una simple hoja que permita a los médicos convertirle a uno en picadillo. En este caso, lo entregas todo: ojos, corazón, intestinos, páncreas, hígado, todo. En otras eras más sencillas, este proceso se conocía como suicidio, era un acto rechazado socialmente, sobre todo en épocas de abundancia de trabajo. Ahora tenemos un exceso de mano de obra, pues aunque el crecimiento de la población ha sido bastante lento desde mediados de siglo, el aumento de elementos mecánicos y procesos eliminadores de puestos de trabajo han sido muy rápidos, casi en progresión geométrica. En consecuencia, presentarse voluntario a este tipo de donación total es considerado como un gesto del mayor interés y utilidad social, pues al tiempo que elimina a un joven sano de una fuerza laboral excedente, proporciona a algún dirigente de edad ya avanzada la seguridad de que el suministro de órganos vitales no disminuye hasta límites peligrosos.

Naturalmente, hay que estar loco para presentarse voluntario, pero en nuestra sociedad no ha habido nunca escasez de lunáticos.

Si no te han reclutado a los veintiún años, por alguna carambola afortunada, te has salvado. Y, según me han asegurado, algunos de los llamados se cuelan también por la red. De momento somos más los donantes disponibles que los pacientes que necesitan trasplantes. Sin embargo, los porcentajes cambian rápidamente. La ley de reclutamiento obligatorio es aún relativamente nueva. Dentro de poco habrán acabado con el cupo de donantes disponibles, y entonces, ¿qué? Hoy, el índice de natalidad es bajo y la capacidad de suministro de donantes obligatorios es finita. Sin embargo, las tasas de mortalidad son aún menores y la demanda de órganos es, en esencia, ilimitada. Yo sólo puedo darte uno de mis riñones si quiero sobrevivir, pero tú, conforme se prolonga tu vida, puedes necesitar más de un trasplante de riñón. Algunos receptores pueden precisar hasta cinco o seis juegos de riñones, o de pulmones, antes de que su situación se convierta en irreversible, pasados los setenta años, o más. Y cuando quienes ahora ceden órganos más adelante se conviertan en solicitantes de otros nuevos, la presión sobre el grupo de edad de menores de veintiún años se hará todavía mayor. El número de quienes necesiten trasplantes llegará a superar a los posibles donantes, y todos los reclutados serán utilizados sin excepción. ¿Y después? Bien, probablemente rebajarán la edad de reclutamiento a los diecisiete o dieciséis, o incluso a los catorce años. Sin embargo, incluso esto son soluciones a corto término. Tarde o temprano, no habrá suficientes órganos para todos los que precisen trasplantes.

¿Me quedaré? ¿Huiré? ¿Acudiré a los tribunales? El tiempo se acaba. Seguro que me llaman dentro de pocas semanas, De vez en cuando, tengo una sensación de cosquilleo en la espalda como si alguien, en silencio, estuviera aserrándome los riñones.

Canibalismo. En Chou-kou-tien, o colina del Hueso del Dragón, a unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Pekín, unos paleontólogos que realizaban investigaciones en una cueva a principios del siglo XX descubrieron los cráneos fósiles del hombre de Pekín, el *Pithecanthropus pekinensis*. Los cráneos aparecían partidos por la base, lo que llevó a Franz Weidenreich, director de excavaciones en la colina del Hueso del Dragón, a especular con la idea de que el hombre de Pekín era un caníbal que habría matado a miembros de su propia especie para extraer a sus víctimas el cerebro a través de unas aberturas en la base de los cráneos. Esta materia cerebral le habría

servido para comer y para celebrar festejos —había restos de fogatas en el lugar—, tras los cuales habría conservado los cráneos en la cueva como trofeos. Comer la carne del enemigo, absorber su fuerza, su capacidad, su conocimiento, sus progresos y virtudes. A la humanidad le ha costado cinco mil años vencer el canibalismo, pero nunca se le ha olvidado del todo esa antigua costumbre, ¿no es cierto? Hoy todavía pueden conseguirse unas fuerzas renovadas devorando a los que son más jóvenes, más fuertes y más ágiles que uno. Sólo hemos mejorado las técnicas, nada más. Y así, hoy día, los viejos, nuestros mayores, nos comen, nos devoran órgano a órgano. ¿Hemos progresado realmente en algo? Al menos, el hombre de Pekín asaba la carne que comía...

Ésta es nuestra sociedad feliz, donde todos participamos por igual de los triunfos de la medicina, y donde nuestros eméritos mayores necesitan ver recompensados sus servicios y su prestigio no con una mera tumba fría sino recibiendo eternamente y en vida nuestras alabanzas y nuestro agradecimiento. ¡Qué feliz es todo el mundo con la ley de donación obligatoria! Salvo, naturalmente, algunos reclutados recelosos o desagradecidos.

La candente cuestión de las prioridades. ¿Quién recibe los órganos disponibles? Existe un detallado sistema de definición de las jerarquías. Se supone que procede de una computadora, la cual asegura una imparcialidad absoluta, casi divina. La salvación se consigue mediante las buenas obras: los buenos resultados en el trabajo y la buena conducta en la vida diaria le dan a uno puntos que le ascienden en la escala hasta que alcanza una de las calificaciones de alta prioridad, 4-G o más arriba. Sin duda, el sistema de clasificación es imparcial y se administra con justicia pero, ¿es racional? ¿A qué necesidades sirve? En 1943, durante la segunda guerra mundial, entre las tropas norteamericanas en el norte de África hubo escasez de un fármaco descubierto poco antes, la penicilina. Los más necesitados de esta medicina eran dos grupos de soldados: los que padecían heridas de guerra infectadas y los que habían contraído enfermedades venéreas. Un oficial médico novato, en aplicación de unos principios morales que no parecían requerir más justificaciones, decidió que los héroes heridos merecían más el tratamiento que los viciosos sifilíticos. Sin embargo, el oficial médico al mando de la unidad anuló su decisión al comprobar que los afectados de enfermedades venéreas podían, una vez tratados, reincorporarse a la actividad militar más pronto que los heridos; además, si los sifilíticos no recibían tratamiento, podían resultar agentes transmisores de nuevas infecciones. Por lo tanto, administró la penicilina a éstos y dejó a los heridos gimiendo de dolor en sus lechos. La lógica militar, incontrovertible e irreductible.

La gran cadena vital. Los organismos más pequeños del plancton son engullidos por los animalillos más grandes de éste, que a su vez son alimento de los peces pequeños, a los que se comen los de mayor tamaño, y así sucesivamente hasta alcanzar el atún, el delfín o el tiburón. Yo me como la carne del atún y crezco y me hago fuerte y acumulo grasa y energía en mis órganos vitales. Y, a la vez, soy comido por los marchitos y acartonados mayores. Forma parte de la cadena vital. Contemplo mi destino.

Al principio, el principal problema era el rechazo del órgano trasplantado. ¡Qué desperdicio! El cuerpo no conseguía distinguir a los microorganismos intrusos y hostiles de aquellos órganos trasplantados que, aunque extraños, le eran beneficiosos. Tras el injerto, el mecanismo conocido por respuesta inmune se movilizaba para expulsar al órgano invasor. En el instante mismo de la invasión, entraban en juego unos enzimas que provocaban una verdadera guerra de fuego para vencer y disolver las sustancias extrañas. Los glóbulos blancos llenaban el sistema circulatorio, como vigilantes en estado de alarma, dispuestos a fagocitar cuanto se pusiera a su alcance. Mediante la red de glándulas y conductos linfáticos surgían los anticuerpos, como proyectiles de proteína de gran potencia. Antes de llevar adelante la técnica de los trasplantes de órganos, hubo que diseñar métodos para reprimir la respuesta inmune. Drogas, tratamiento por radiación, shock metabólico... Por un sistema u otro, el problema del rechazo fue superado hace mucho. Yo, en cambio, no consigo superar mi problema de rechazo a la donación. Legisladores ancianos y rapaces: os rechazo a vosotros y a vuestra legislación.

El aviso de presentación ha llegado hoy. Necesitarán uno de mis riñones. La solicitud habitual. «Tienes suerte —ha dicho alguien en el almuerzo—. Podían haberte pedido un pulmón.»

Kate y yo paseamos por las colinas de un verde reluciente y nos detenemos ante las adelfas en flor, los cilantros y los francipanieros. ¡Qué alegría estar vivo, aspirar esa fragancia, exponer nuestros cuerpos al radiante Sol! La piel de Kate es tostada y reluciente. Su hermosura me hace llorar. Ella tampoco se librará. Ninguno de nosotros. Yo iré primero, y después ella. ¿O será al contrario? ¿Dónde practicarán la incisión? ¿Aquí, en su espalda fina y redondeada? ¿Ahí, en su vientre liso y duro? Me parece ver al sumo sacerdote frente al altar. Con el primer destello del Sol matinal su

sombra la cubre. El cuchillo de obsidiana que tiene asido de su mano, alzada al cielo, tiene un brillo fiero y terrible. El coro eleva al aire un himno discordante al dios de la sangre. El cuchillo desciende...

Mi última oportunidad de huir cruzando la frontera. He estado levantado toda la noche, sopesando las opciones. No hay ninguna esperanza de apelación. La idea de huir me deja un regusto amargo en la boca. Mi padre, mis amigos, Kate, todos me dicen quédate, quédate, afronta la situación. Es la hora de la decisión. ¿Tengo realmente dónde escoger? No, no tengo elección. Cuando llegue el momento, me entregaré pacíficamente.

Ingreso en la Casa de Trasplantes para la intervención obligatoria dentro de tres horas.

Al fin y al cabo, ¿qué es un riñón? Todavía tendré otro, ¿no? Y si éste funciona mal, siempre puedo optar a otro de repuesto. Obtendré una carta de Receptor Preferente 6-A, un estatus muy cotizado. Pero no conseguiré esa carta 6-A automáticamente. He estudiado cuál es el futuro del sistema de prioridades, y será mejor que me proteja. Me meteré en política, escalaré puestos y conseguiré una posición de constante ascenso por puro egoísmo, ¿de acuerdo? De acuerdo. Me haré tan importante que la sociedad me deberá mil trasplantes. Y un año de estos recuperaré el riñón que me falta. Tendré tres riñones, o cuatro, o cincuenta; todos los que necesite. Y un corazón o dos. Y algunos pulmones. Y un páncreas, un bazo y un hígado. No podrán negarme nada. Ya les enseñaré yo, ya les enseñaré. Seré más mayor que los mayores. ¿Así que Santidad del Cuerpo, eh? Supongo que tendré que darme de baja en la Liga. Adiós, idealismo. Adiós, superioridad moral. Adiós, riñón. Adiós, adiós, adiós.

Ya está. He pagado mi deuda a la sociedad. He entregado mi humilde libra de carne a los poderes establecidos. Dentro de un par de días, cuando abandone el hospital, llevaré una carta atestiguando mi nuevo estatus 6-A.

Prioridad absoluta durante el resto de mi vida.
Vaya, puede que viva más de mil años.

Reproducción

Nueve vidas (Ursula K. Le Guin)

Licenciada con matrícula de honor en el Radcliffe College, Ursula K. Le Guin (1929-) es una de las escritoras de fantasía y ciencia ficción en activo que más premios ha conseguido. Además de tres premios Nebula y de cuatro premios Hugo, ha recibido el National Book Award, y el Boston Globe-Horn Book Award. Entre sus obras más famosas se cuentan: La mano izquierda de la obscuridad (1969), La rueda del cielo (1971), y Los desposeídos: una utopía ambigua (1974). Varios de sus relatos cortos han aparecido en un volumen titulado: Las doce moradas del viento (1975). Ursula K. Le Guin es también una crítica y comentarista de la literatura de ciencia ficción, y su ensayo: The language of the night: essays on fantasy and science fiction (1979), dirigido por Susan Word, goza de gran consideración.

En una nota anterior he mencionado la clonación. En realidad, no se trata de un concepto nuevo o sorprendente. Clon proviene de la palabra griega que significa «vara» y, efectivamente, resulta fácil reproducir un vegetal plantando una parte del mismo en la tierra y dejándolo arraigar, o bien injertando una parte en la rama de otro árbol, incluso de distinta especie.

Clon es un término que puede utilizarse para toda forma de reproducción asexual en la que el nuevo organismo tiene toda la dotación genética del antiguo; dicho de otro modo, en la que no existe combinación de espermatozoides y óvulo que funda la mitad de la dotación genética de la madre con la mitad de la dotación del padre para formar un individuo nuevo, no del todo igual a ninguno de sus progenitores.

Los animales más sencillos —las esponjas, los platelmintos, las estrellas de mar— pueden ser divididos en partes y cada una de ellas crece y reconstituye un individuo completo, con la misma dotación genética.

En ocasiones, el óvulo fecundado de una especie superior —incluso en el ser humano— puede dividirse en dos, cada uno con la misma dotación genética del otro. Cada célula así formada puede desarrollarse autónomamente, y el resultado serán unos gemelos idénticos, con los mismos genes exactamente. Este caso se da, como promedio, en uno de cada 85 partos humanos. Cada uno de estos gemelos es un clon del otro.

No obstante, en estos animales superiores, y salvo estos incidentes en el inicio mismo del desarrollo, la clonación no se produce y la reproducción es puramente sexual. No se puede hacer un toro nuevo plantando una pata de toro en el suelo, ni tampoco tomando una pata del animal recién cortada y manteniendo a ésta la circulación sanguínea adecuada. De igual modo, el toro no puede formar una pata nueva donde se le ha quitado otra.

Sin embargo, los biólogos han conseguido inducir una forma de reproducción asexual en animales que no tiene lugar en la naturaleza. Se realiza mediante microcirugía, y consiste en quitar el núcleo de un óvulo y substituirlo por otro. Si entonces el óvulo se desarrolla, el clon resultante será un duplicado genético del adulto que aportó ese núcleo. Será un gemelo idéntico del donante.

Naturalmente, en este caso el gemelo podría tener treinta años menos que el donante, lo cual convierte lo de «idénticos» en algo muy relativo. Supongamos, en cambio, que el donante aporta una docena de núcleos, que son colocados en una docena de óvulos de otra donante. El resultado serán doce gemelos idénticos, todos de la misma edad.

Este tipo de experimentos se han realizado ya en animales de sangre fría como ranas y, en principio, sería de esperar que funcionaran también en los mamíferos. No obstante, la clonación de mamíferos presenta algunas dificultades prácticas. En primer lugar, los óvulos de mamíferos son especialmente pequeños y frágiles, y actuar en ellos precisa un gran cuidado y precisión, por lo que las posibilidades de éxito son bastante reducidas. En segundo lugar, en el caso de los mamíferos, los óvulos se encuentran en el interior del cuerpo y no resultan fáciles de obtener, al contrario de lo que sucede con las ranas, por ejemplo, que depositan los huevos en el agua. No obstante, los mamíferos, y con ellos los seres humanos, pueden ser clonados si se efectúan diversos procesos muy delicados, y no parece haber ninguna duda de que algún día se conseguirá, si los biólogos se aplican a ello.

¿Cómo serán, entonces, los seres humanos clónicos? ¿Serán algo más que un mero equipo de mellizos,

trillizos, cuatrillizos, etcétera? Probablemente sí, ya que cada uno poseerá una personalidad distinta pese a tener el mismo programa genético. ¿Y si no fuera así? De eso trata Nueve vidas, de Ursula Le Guin.

Isaac Asimov

Estaba viva por dentro pero muerta por fuera; su rostro era una negra red de arrugas, tumores y grietas. Era calva y ciega. Los temblores que cruzaban el rostro de Libra eran simples estremecimientos de corrupción: debajo, en los negros pasillos, había crepitaciones en la oscuridad, fermentos, pesadillas químicas que se prolongaban desde hacía siglos.

—¡Asqueroso planeta! —murmuró Pugh, mientras la cúpula retemblaba y un forúnculo reventaba a un kilómetro al sudoeste, esparciendo pus plateado a través del crepúsculo.

—Me gustaría ver un rostro humano.

—Gracias —ironizó Martín.

—El tuyo es humano, desde luego —dijo Pugh—, pero lo he visto tanto que ya no puedo verlo.

Unas señales aparecieron en el intercomunicador que Martín estaba manipulando, desaparecieron y volvieron en forma de rostro y voz. El rostro llenó la pantalla: nariz de un rey asirio, ojos de un samurai, piel bronceada, ojos color de hierro. Era joven y espléndido.

—¿Es ése el aspecto de un ser humano? —inquirió Pugh, asombrado—. Lo había olvidado.

—Cállate, Pugh. Estamos en contacto.

—Base Misión Exploradora Libra, conteste, por favor. Ésta es la nave Passerine.

—Aquí Libra. Todo preparado. Pueden descender.

—Expulsión dentro de siete segundos terrestres. Esperen.

Las señales de la pantalla desaparecieron.

—¿Todos tienen ese aspecto? Martín, tú y yo somos más feos de lo que creía.

—Cállate, Owen...

Martín siguió el descenso de la nave a través de la pantalla durante veintidós minutos; luego pudieron verla más allá de la cúpula, una pequeña estrella en el oriente color sangre, hundiéndose. Se posó silenciosamente, ya que la tenue atmósfera de Libra apenas transportaba sonido. Pugh y Martín cerraron las escafandras de sus trajes, abrieron las cámaras de aire de la cúpula y corrieron a saltitos, cual Nijinsky y Nureyev, hacia la nave. Tres módulos salieron flotando a intervalos de cuatro minutos uno de otro, y a intervalos de cien metros al este de la nave.

—Pueden salir —dijo Martín por la radio portátil—. Les esperamos en la puerta.

La escotilla se abrió. El joven que habían visto en la pantalla asomó con un quiebro gimnástico y saltó al polvo y a las escorias de Libra. Martín agitó la mano, pero Pugh estaba mirando hacia la escotilla, de la cual surgió otro joven con el mismo quiebro gimnástico, seguido por una joven que emergió con el mismo quiebro gimnástico. Todos eran altos, con la piel bronceada, los cabellos negros, la nariz aguileña, el mismo rostro. Todos tenían el mismo rostro. El cuarto estaba saliendo por la escotilla con el mismo quiebro gimnástico.

—Martín —dijo Pugh—, tenemos un clon.

—Exacto —dijo uno de ellos—. Somos un clon de diez. El nombre es John Chow. ¿Es usted el teniente Martín?

—Soy Owen Pugh.

—Álvaro Guillén Martín —dijo Martín, ceremonioso, inclinándose ligeramente.

Otra joven estaba saliendo, el mismo bello rostro; Martín la miró, y de su pecho escapó un suspiro. Era evidente que nunca había pensado en el clonaje, y estaba sufriendo una conmoción tecnológica.

—Tranquilo —le dijo Pugh, habiéndole en castellano—. Esto no es más que un exceso de mellizos.

Permanecía pegado al codo de Martín: el contacto le tranquilizaba.

El primer encuentro con un desconocido resulta difícil. Incluso el mayor extravertido, en su primer encuentro con el más amable de los desconocidos experimenta cierto temor, aunque es posible que lo ignore. ¿Me engañará? ¿Destruirá la imagen de mí mismo? ¿Me invadirá? ¿Me cambiará? ¿Será distinto a mí? Eso es lo terrible: el misterio de lo desconocido.

Tras dos años de estancia en un planeta muerto —y el último medio año aislados como un equipo de dos— resulta todavía más difícil recibir a un desconocido, por mucho que se desee su llegada. Se ha perdido la costumbre de diferenciar, se ha perdido el tacto; y revive el temor, la ansiedad primitiva.

El clon, cinco varones y cinco hembras, había realizado, en un par de minutos, lo que para un solo hombre requería veinte: saludar a Pugh y a Martín, echar una ojeada a Libra, descargar la nave, prepararse para entrar. Entraron, y la cúpula se llenó con ellos, un enjambre de doradas abejas. Zumbaban silenciosamente, llenando todos los silencios, todos los espacios, con un hormiguear de presencia humana. Martín miró con una expresión de asombro a las esbeltas muchachas, y ellas le sonrieron, tres a la vez. Su sonrisa, más amable que la de los jóvenes, era igualmente pagada de sí misma.

—Pagada de sí misma —murmuró Owen Pugh, dirigiéndose a su amigo—, eso es. Ser uno mismo diez veces. Nueve segundos para cada movimiento, nueve síes en cada voto. ¡Sería glorioso!

Pero Martín estaba dormido. Y todos los John Chow se habían acostado inmediatamente. La cúpula estaba llena de su tranquila respiración. Eran jóvenes, no roncaban. Martín suspiraba y roncaba. Finalmente, el propio Pugh se quedó dormido y soñó en un gigante de un solo ojo que le perseguía a través de las trepidantes salas del Infierno.

Desde su saco de dormir, Pugh contempló el despertar del clon. Todos se levantaron en el espacio de un minuto, excepto una pareja, un joven y una muchacha, que permanecían fuertemente enlazados y todavía durmiendo en un saco. Uno de los otros se acercó a la pareja. Los durmientes se despertaron y la muchacha se incorporó, ruborizada y soñolienta, con los dorados senos al aire. Una de sus hermanas le murmuró algo; ella miró de soslayo a Pugh y desapareció en el interior del saco de dormir, seguida por una risa entre dientes, una furiosa mirada desde otra dirección, y desde otra dirección una voz:

—Estamos acostumbrados a dormir solos. Espero que no le importe, capitán Pugh.

—Es un placer —dijo Pugh, sin faltar del todo a la verdad.

A continuación tuvo que levantarse, llevando únicamente los calzoncillos con los cuales dormía, y se sintió como un pollo desplumado, huesudo y granujiento. A menudo había envidiado el robusto y moreno cuerpo de Martín. El Reino Unido había salido bastante bien librado de la Gran Escasez, perdiendo menos de la mitad de su población: una marca alcanzada mediante un riguroso control de los alimentos. Los estraperlistas y los acaparadores habían sido ejecutados. Las migajas habían sido compartidas. En tanto que en países más ricos muchos habían muerto y algunos habían engordado, en la Gran Bretaña murieron menos y ninguno engordó. Todos adelgazaron. Sus hijos fueron delgados, sus nietos delgados, pequeños, de osamenta frágil y susceptibles a las infecciones. Habían substituido la supervivencia de los más aptos por la supervivencia de los honestos. Owen Pugh era bajito y delgado. Pero, con todo, estaba allí.

En aquel momento deseó encontrarse muy lejos.

Durante el desayuno, un John dijo:

—Ahora, si usted lo desea, capitán Pugh...

—Adelante.

—Desarrollaremos nuestro propio plan. ¿Alguna novedad en la mina desde el último informe a la Misión? Vimos los informes cuando el Passerine estaba orbitando el Planeta V, donde ahora se encuentran ellos.

Martín no dijo nada, a pesar de que la mina era descubrimiento y proyecto suyos, y Pugh tuvo que apechugar con la tarea. Resultaba difícil hablar con ellos. Las mismas caras, cada una de ellas con la misma expresión de inteligente interés, todas

inclinadas hacia él a través de la mesa y casi en el mismo ángulo. Todos asentían a la vez.

Sobre la insignia del Cuerpo de Explotación que lucían en sus monos, cada uno de ellos llevaba un nombre, el de pila John y el apellido Chow, desde luego, pero con un nombre central distinto. Los hombres eran Aleph, Kaph, Yod, Gimel y Sameh; las mujeres Sadhe, Daleth, Zayin, Beth y Resh. Pugh intentó utilizar los nombres, pero renunció inmediatamente; a veces ni siquiera sabía cuál de ellos había hablado, ya que todas las voces eran iguales.

Martín untó de mantequilla y masticó su tostada, y finalmente intervino:

—Ustedes son un equipo, ¿no es cierto?

—Exacto —dijeron dos John.

—¡Dios, qué equipo! Hay algo que no comprendo. ¿Hasta qué punto sabe cada uno de ustedes lo que los otros están pensando?

—Ninguno sabe lo que piensan los otros, estrictamente hablando —respondió una de las muchachas, Zayin. Los otros la contemplaron con una mirada de aprobación—. Entre nosotros no existe telepatía ni nada por el estilo. Pero pensamos igual. Tenemos exactamente el mismo equipo. Sometidos al mismo estímulo, al mismo problema, lo más probable es que experimentemos las mismas reacciones y encontremos las mismas soluciones al mismo tiempo. Las explicaciones resultan fáciles: normalmente, no necesitamos recurrir a ellas. Rara vez hay disensiones entre nosotros. Esto facilita nuestro trabajo de equipo.

—Desde luego —dijo Martín—. Pugh y yo hemos pasado siete horas de cada diez durante seis meses confundiéndonos el uno al otro. Como la mayoría de las personas. Y, en casos de emergencia, ¿pueden ustedes enfrentarse a un problema inesperado como un equipo nor..., un equipo no emparentado?

—Las estadísticas demuestran que sí, hasta ahora —respondió Zayin—. Como equipo, no podemos beneficiarnos de la interrelación de mentes diversas; pero gozamos de una ventaja compensativa. Los clones son extraídos del mejor material humano, individuos con un elevado Cociente de Inteligencia, Constitución Genética alpha doble A, etcétera.

—Todo ello multiplicado por diez. ¿Quién es..., quién era John Chow?

—Un genio, seguramente —dijo Pugh cortésmente.

Su interés en el clonaje no era tan reciente ni tan ávido como el de Martín.

—Un tipo Complejo Leonardo —dijo Yod—. Biomatemático, violoncelista, pescador submarino, interesado en los problemas de la mecánica estructural, etcétera. Murió sin poder desarrollar la mayor parte de sus teorías.

—Entonces, ¿cada uno de ustedes representa una faceta distinta de su mente, de su talento?

—No —dijo Zayin, sacudiendo la cabeza al unísono con varios otros—. Nosotros

compartimos el equipo y las tendencias básicas, desde luego, pero todos somos ingenieros en Explotación Planetaria. Un clon posterior puede ser adiestrado para desarrollar otros aspectos del equipo básico. Todo es cuestión de adiestramiento; la substancia genética es idéntica. Nosotros somos John Chow, pero estamos adiestrados de un modo distinto.

Martín estaba impresionado.

—¿Qué edad tienen ustedes?

—Veintitrés años.

—Dicen que él murió joven... ¿Le habían extraído células germinativas por anticipado?

—Murió a los veinticuatro años en un accidente de aviación —intervino Gimel—. No pudieron salvar el cerebro, de modo que extrajeron algunas de sus células intestinales y las cultivaron para un clon. Las células reproductoras no se utilizan para el clon, porque sólo tienen la mitad de los cromosomas. Las células intestinales resultan fáciles de individualizar y reprogramar para un crecimiento total.

—Astillas de una misma madera —dijo Martín atrevidamente—. Pero, ¿cómo es posible que algunos de ustedes sean mujeres...?

—Resulta fácil programar la mitad de la masa clonal con tendencia a lo femenino —intervino Beth—. Sólo hay que borrar el gene masculino de la mitad de las células, y éstas reversion a lo básico, es decir, a lo femenino. El camino inverso, o sea injertar cromosomas Y artificiales, es mucho más complicado. Por ello la mayoría de clones proceden de varones, ya que el clon funciona mejor bisexualmente.

—Todo se hace de acuerdo con las técnicas más depuradas —explicó Gimel—. El contribuyente desea lo mejor a cambio de su dinero, y desde luego los clones son caros. Con la manipulación de las células, la incubación en Placenta Ngama y el mantenimiento y el adiestramiento de los grupos, venimos a costar alrededor de tres millones por cabeza.

—Para su siguiente generación —dijo Martín, todavía impresionado—, supongo que ustedes...

—Nuestras hembras son estériles —dijo Beth con absoluta ecuanimidad—. No olvide que el cromosoma Y fue extirpado de nuestra célula original. Los varones pueden cohabitar con hembras individuales autorizadas, si lo desean. Pero siempre que quieran conseguir otro John Chow sólo tienen que reclonar una célula de este clon.

Martín asintió y masticó una tostada fría.

—Bien —dijo uno de los John, y todos cambiaron de humor, como una bandada de estorninos que cambian de rumbo con un solo golpe de ala, siguiendo a un cabecilla con tanta rapidez que ningún ojo puede ver quién conduce; los John estaban preparados para salir—. ¿Y si fuéramos a echar una ojeada a la mina? Luego

descargaremos el equipo. Traemos algunos modelos nuevos que les gustará ver. ¿De acuerdo?

Si Pugh o Martín no hubiesen estado de acuerdo, les hubiera resultado difícil decirlo. Los John eran corteses y a la vez unánimes; sus decisiones tenían gran poder de persuasión. Como comandante de la Base 2 Libra, Pugh se preguntó si podía dar órdenes a aquella entidad-de-diez-superhombres-y-mujeres... y un genio, por añadidura. Se pegó a Martín mientras salían al exterior. Ninguno de los dos dijo nada.

Cuatro pasajeros en cada uno de los tres grandes trineos a motor se deslizaron hacia el norte sobre la rugosa piel de Libra, a la luz de las estrellas.

—Desolado —dijo uno.

Con Pugh y Martín iban un joven y una muchacha. Pugh se preguntó si serían los dos que habían compartido un saco de dormir la noche anterior. Sin duda no les importaría que se lo preguntara. Para ellos, el sexo debía ser algo tan normal como el respirar. ¿Respiraron anoche ustedes dos?

—Sí —dijo—, es desolador.

—Ésta es nuestra primera salida, exceptuando el período de adiestramiento en la Luna.

Decididamente, la voz de la muchacha era más aguda y más suave.

—¿Qué impresión les produjo el gran salto?

—Nos drogaron. Yo quería experimentarlo.

Había hablado el joven.

—No se preocupe —dijo Martín, al timón del trineo—. Es mejor así.

—Sólo por una vez —dijo uno de ellos—. Para conocerlo.

Las montañas de Merioneth surgieron lepróticas a la luz de las estrellas hacia el este. Un penacho de gas congelante se arrastró plateado desde una grieta de ventilación al oeste, y el trineo se inclinó hacia el suelo. Los gemelos alargaron los brazos hacia la palanca de mando al mismo tiempo, cada uno de ellos con un leve gesto de protección hacia el otro. «Tu piel es mi piel —pensó Pugh, pero literalmente, sin metáfora—. Ama a tu prójimo como a ti mismo...» Aquel antiguo y difícil problema estaba resuelto. El prójimo era el mismo yo: el amor era perfecto.

Y aquí estaba Hellmouth, la mina.

Pugh era el geólogo extraterrestre de la Misión Exploratoria, y Martín su técnico y cartógrafo; pero cuando en el curso de una investigación local Martín había descubierto la mina de uranio, Pugh le cedió todo el mérito, así como la responsabilidad de sondear el filón y de planear el trabajo del Equipo de Explotación. Aquellos jóvenes habían salido de Tierra años antes de que los informes de Martín llegaran allí, y habían ignorado en qué consistiría su trabajo hasta llegar aquí. El Cuerpo de Explotación se limitaba a enviar equipos regularmente y a ciegas, sabiendo que habría un trabajo para ellos en Libra, o en el próximo planeta, o en otro planeta

del que aún no habían oído hablar. El Gobierno necesitaba uranio con tanta urgencia que no podía esperar a que llegaran los informes desde años luz de distancia. El material era como oro, anticuado pero esencial, y compensaba la minería extraterrestre y los viajes interestelares. «Valía su peso en hombres», pensó Pugh amargamente, contemplando cómo los altos jóvenes y muchachas entraban uno a uno en el negro agujero que Martín había bautizado con el nombre de Hellmouth, es decir boca del Infierno.

A medida que entraban, sus homeostáticas lámparas frontales se iban encendiendo. Doce rayos luminosos discurrieron a lo largo de las húmedas y agrietadas paredes.

—Aquí está el declive —anunció la voz de Martín a través del intercomunicador portátil—. Nos encontramos en una fisura lateral; la abertura principal se halla enfrente de nosotros. El último movimiento volcánico parece haberse producido hace unos dos mil años. La falla más próxima está a veintiocho kilómetros al este, en el Trench. Desde el punto de vista sísmico, esta región parece ser tan segura como cualquier otra de la zona. El piso superior de basalto estabiliza todas esas subestructuras, mientras permanezcan estables en sí mismas. Su filón central se encuentra a treinta y seis metros de profundidad y discurre por una serie de cinco cavernas-burbuja en dirección nordeste. Es un filón con un alto contenido en mineral. Ya vieron las cifras porcentuales. La extracción no planteará ningún problema. Lo único que tienen que hacer es abrir las cavernas por la parte superior.

Unas voces empezaron a hablar, pero todas eran la misma voz, y la radio portátil no les confería ninguna posición en el espacio.

—Abrir la caverna por arriba, desde luego...

—Es el método más seguro...

—Pero el techo es de basalto... ¿Qué espesor puede tener? ¿Diez metros?

—El informe decía de tres a veinte...

—Podemos utilizar el acceso en el cual nos encontramos, allanarlo un poco e instalar raíles deslizantes para los robots...

—¿Tenemos suficiente material para entibar?

—¿A cuánto calcula usted que asciende la carga útil total, Martín?

—A más de cinco mil millones de kilos y menos de ocho mil millones.

—Los transportes llegarán aquí dentro de diez meses terrestres.

—Tendremos que cargar mineral puro...

—No, recuerda que tienen el problema de los embarques de NAFAL...

—De acuerdo, podrán purificarlo en la órbita de la Tierra.

—¿Bajamos, Martín?

—Pueden bajar ustedes. Yo ya he estado allí.

El primero —¿Aleph?, en hebreo, el buey, el caudillo— se agarró a la escalerilla e

inició el descenso; los otros le siguieron. Pugh y Martín se quedaron en el borde de la hendidura. Pugh ajustó el intercomunicador de modo que sólo intercambiara con el de Martín, y se dio cuenta de que Martín estaba haciendo lo mismo. Resultaba un poco fastidioso oír a una persona pensar en voz alta en diez voces... ¿O era una sola voz expresando las ideas de diez mentes?

—En el próximo salto —dijo Martín— me gustaría encontrar un planeta que no tuviera nada que explotar.

—Tú descubriste esto...

—La próxima vez no me dejes salir de casa.

Pugh quedó complacido. Había confiado en que Martín querría continuar trabajando con él, pero ninguno de los dos estaba acostumbrado a hablar demasiado de sus sentimientos, y él había vacilado en preguntárselo.

—Lo intentaré —dijo.

—Odio este lugar. Me gustan las cavernas, ¿sabes? Por eso vine aquí. En plan de espeleología. Pero ésta es una porquería. Aunque supongo que esa tribu sabrá desenvolverse. Conocen su trabajo.

—La nueva ola —dijo Pugh.

La nueva ola subió la escalerilla en fila india y rodeó a Martín.

—¿Tendremos suficiente material para los apuntalamientos?

—Kaph puede calcular las tensiones...

Pugh había vuelto a situar su intercomunicador en posición normal; miró al clon, tantos pensamientos farfullando en una ávida mente, y a Martín que permanecía silencioso entre ellos, y a la Hellmouth, y a la arrugada llanura.

Al cabo de cinco días terrestres, los Johns habían descargado todo su equipo y material, y habían empezado a operar en la mina. Pugh estaba fascinado y asustado por su gran eficacia, su confianza y su independencia. Él no les servía para nada. Un clon podía ser realmente el primer ser humano estable y digno de confianza. Una vez adulto, no necesitaría la ayuda de nadie. Se bastaría a sí mismo física, sexual, emocional e intelectualmente. Hiciera lo que hiciera, cualquier miembro del clon recibiría siempre el apoyo y la aprobación de sus compañeros, sus otros yo. No necesitaban a nadie más.

Dos de los clon permanecían en la cúpula haciendo cálculos, con frecuentes viajes en trineo a la mina para efectuar mediciones y comprobaciones. Eran los matemáticos del clon, Zayin y Kaph. Tal como Zayin explicó, los diez habían recibido una adecuada educación matemática desde los tres hasta los veintiún años, pero desde los veintiuno hasta los veintitrés, Kaph y ella habían continuado con las matemáticas, en tanto que los otros ahondaban en otras especialidades, geología, ingeniería de minas, mecánica electrónica, atómica aplicada, etcétera.

—Kaph y yo —dijo Zayin— tenemos la impresión de que somos el elemento del clon más aproximado a lo que fue John Chow durante su vida individual. Pero, desde luego, él se dedicó principalmente a las biomatemáticas, y nosotros no hemos llegado tan lejos.

—Nos necesitan principalmente en este campo —dijo Kaph, con la patriótica pedantería que a veces evidenciaban.

Pugh y Martín pudieron distinguir pronto a aquella pareja de los demás. A Zayin por su figura, a Kaph únicamente por su descolorido dedo anular de la mano izquierda, a consecuencia de un martillazo recibido a la edad de seis años. Sin duda existían muchas diferencias, físicas y psicológicas entre ellos; la naturaleza podía ser idéntica, la nutrición, no. Pero las diferencias resultaban difíciles de descubrir. Y parte de la dificultad estribaba en que nunca hablaban realmente con Pugh y Martín. Bromeaban con ellos, eran corteses, se comportaban correctamente. Pero no daban nada. No había de qué quejarse; se mostraban muy agradables, tenían la estereotipada simpatía norteamericana.

—¿Procede usted de Irlanda, Owen?

—Nadie procede de Irlanda, Zayin.

—Hay muchos irlandeses-americanos...

—Desde luego, pero ya no hay irlandeses. Un par de miles en toda la isla. No aceptaron el control de la natalidad, de modo que los alimentos escasearon. En la época de la Tercera Escasez no quedaba ningún irlandés, aparte de los curas, y todos ellos, o casi todos, eran solteros.

Zayin y Kaph sonrieron rígidamente. No tenían ninguna experiencia de la ironía.

—Entonces, ¿qué es usted, étnicamente? —preguntó Kaph.

—Un galés.

—¿Es galés lo que Martín y usted suelen hablar?

«No te importa», pensó Pugh, pero dijo:

—No, es su idioma, no el mío: el castellano que se habla en la Argentina.

—¿Lo aprendieron para conversar en privado?

—¿De quién tendríamos que ocultarnos aquí? No. Lo que pasa es que a un hombre le gusta hablar su idioma natal de cuando en cuando.

—El nuestro es el inglés —dijo Kaph secamente.

¿Por qué tenían que mostrarse simpáticos? La simpatía es una de las cosas que se dan porque necesitamos que nos la devuelvan.

Aquella noche Pugh utilizó el castellano para su comunicación con Martín.

—¿Se unen siempre las mismas parejas, o cambian cada noche?

Martín pareció sorprendido. Una expresión mojigata, desconocida en él, apareció por un instante en su rostro. Luego se borró. También él sentía curiosidad.

—Creo que es al azar.

—No susurres, hombre, hace feo. Yo creo que hay un turno de rotación.

—¿De acuerdo con un plan previo?

—A fin de que nadie se quede sin su parte.

Martín se echó a reír.

—¿Y qué me dices de nuestra parte?

—No se les habrá ocurrido pensar en nosotros.

—¿Qué pasará si abordo a una de las chicas?

—Ella se lo dirá a los otros y decidirán como grupo.

—No soy un toro —dijo Martín—. No quiero que me juzguen...

—Calma, amigo mío —dijo Pugh—. ¿Quieres abordar a una de ellas?

Martín se encogió de hombros.

—Dejémosles con su incesto.

—¿Incesto, o masturbación?

—¡No me importa, con tal de que lo hagan fuera del alcance de mi oído!

El clon había renunciado a toda apariencia de recato. Pugh y Martín quedaban saturados diariamente por las intimidades de su continuo intercambio emocional-sexual-mental. Saturados pero excluidos.

—Faltan dos meses —dijo Martín una noche.

—¿Para qué? —estalló Pugh.

Últimamente se mostraba muy irritable, y el malhumor de Martín le crispaba los nervios.

—Para el relevo.

Dentro de sesenta días, todos los miembros de la Misión Exploratoria serían relevados.

—¿Estás tachando los días en tu calendario? —inquirió en tono burlón.

—Recobra el sentido común, Owen.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho.

Se separaron, enojados y resentidos.

Pugh regresó después de pasar un día solo en las Pampas, una vasta llanura de lava cuyo borde más próximo se encontraba a una distancia de dos horas de vuelo, en dirección sur. Se suponía que no debían efectuar largos viajes solos, pero últimamente lo habían hecho a menudo. Martín estaba sentado bajo una brillante luz, dibujando uno de sus elegantes y magistrales mapas: éste era de toda la cara de Libra, la cara cancerosa. Aparte él no había nadie más en la cúpula, tan amplia como antes de que llegara el clon.

—¿Dónde está la horda dorada? —inquirió Pugh.

Martín se encogió de hombros. Luego se incorporó ligeramente para mirar a su

alrededor, hacia el sol agazapado como un gran sapo rojo sobre la llanura oriental, y hacia el reloj, que señalaba las 18:45 horas.

—Hoy se han producido algunas sacudidas importantes —dijo, volviendo a su mapa—. ¿Lo has notado desde allí? Echa una mirada al sismógrafo.

El indicador zigzagueaba sobre el cilindro pautado. Nunca dejaba de bailar. El cilindro pautado había registrado cinco sacudidas de máxima intensidad a media tarde; por dos veces, la aguja había sobrepasado el cilindro pautado. La computadora conectada al sismógrafo había sido puesta en marcha y había indicado: «Epicentro 61' norte por 4' 24" este».

—Esta vez no es en el Trench.

—Me ha parecido algo distinto. Más intenso.

—En la Base Uno solía permanecer despierto toda la noche debido a la trepidación del suelo. Resulta curioso cómo se acostumbra uno a las cosas.

—Mal asunto si así no fuera. ¿Qué hay para cenar?

—Pensé que lo habrías preparado.

—Estaba esperando al clon.

Pugh sacó una docena de latas, introdujo dos de ellas en el Horninstant y las sacó al cabo de un minuto.

—De acuerdo, aquí está la cena.

—He estado cavilando —dijo Martín mientras se acercaba a la mesa—. Me pregunto qué pasaría si un clon se reprodujera a sí mismo. Me refiero ilegalmente. Un millar de duplicados..., diez mil... Todo un ejército. Sería una fuerza a tener en cuenta, ¿no crees?

—Pero, ¿cuántos millones costaría la operación? Placentas artificiales y todo eso. Resultaría difícil conservar el secreto, a menos de que dispusieran de un planeta para ellos solos... Mucho antes de las Escaseces, cuando la Tierra tenía gobiernos nacionales, hablaban de eso: reproducir a los mejores soldados, formar con ellos regimientos. Pero los alimentos empezaron a escasear antes de que pudieran poner en práctica aquella idea.

Hablaban amistosamente, como tenían por costumbre.

—Es curioso —dijo Martín, masticando—. Esta mañana se marcharon temprano, ¿verdad?

—Todos menos Kaph y Zayin. Pensaban sacar a la superficie la primera carga. ¿Por qué?

—No han venido a almorzar.

—No se morirán de hambre, no te preocupes.

—Se marcharon a las siete.

—¿De veras?

Luego Pugh cayó en la cuenta: los tanques de aire contenían suministro para ocho

horas.

—Tal vez Kaph y Zayin se llevaron latas de repuesto. Además, hay una señal de alarma en todos los trajes.

—No es automática.

Pugh estaba cansado y tenía hambre.

—Siéntate y come, hombre. Saben cuidar de sí mismos.

Martín se sentó, pero no comió.

—Una de las sacudidas fue muy intensa, Owen. La primera. Llegó a asustarme.

Tras una breve pausa, Pugh suspiró y dijo:

—De acuerdo.

Sin el menor entusiasmo subieron al trineo de dos plazas y se dirigieron hacia el norte. Todo aparecía como cubierto de una ponzoñosa gelatina roja. La luz y la sombra horizontales dificultaban la visión, levantando ante ellos ficticias paredes de hierro a través de las cuales se deslizaban, y convirtiendo la convexa llanura más allá de Hellmouth en un enorme lago de aguas color sangre. Alrededor de la entrada del túnel se veía una mezcla de grúas, cables, servomecanismos y excavadoras. Martín saltó del trineo y corrió hacia la mina. Volvió a salir inmediatamente.

—¡Dios mío! ¡Se han hundido, Owen! —exclamó.

Pugh se adelantó y vio, a unos cinco metros de la entrada, la brillante, húmeda y negra pared que remataba el túnel. Expuesta de nuevo al aire, parecía algo orgánico, como tejido visceral. El suelo se había humedecido con algún líquido pegajoso.

—Estaban dentro —dijo Martín.

—Pueden estar aún ahí. Seguramente tenían latas de aire de repuesto...

—Owen, mira cómo ha quedado el techo de basalto...

La joroba de tierra que techaba las cuevas conservaba aún el aspecto irreal de una ilusión óptica. Se había hundido dentro de sí misma, dejando una amplia hoya. Cuando Pugh se acercó, vio que también estaba agrietada por numerosas fisuras. De alguna de ellas brotaba un gas blanquecino.

—La mina no está sobre la falla. ¡Aquí no hay ninguna falla!

Pugh se acercó rápidamente a su amigo.

—No, Martín, no hay ninguna falla. Seguramente no estaban todos dentro, juntos.

Buscaron afanosamente entre las máquinas, hasta localizar el trineo. Había llegado en dirección sur, y se estrelló contra un remolino de polvo coloidal. Llevaba dos pasajeros. Uno estaba semihundido en el polvo, pero los indicadores de su traje funcionaban normalmente; el otro colgaba atrapado por el trineo. Su traje se había desgarrado por las perneras, y el cuerpo estaba helado y duro como una roca. Aquello fue lo único que encontraron. Tal como se les exigía, incineraron inmediatamente el cadáver con las pistolas láser que el reglamento les obligaba a llevar y que hasta entonces no habían utilizado nunca. Pugh, sabiendo que iba a marearse, arrastró al

superviviente hasta el trineo biplaza y envió a Martín a la cúpula con él. Luego vomitó, y tras descubrir un trineo de cuatro plazas intacto, montó en él y siguió a Martín, temblando como si todo el frío de Libra hubiese penetrado sus huesos.

El superviviente era Kaph. Se hallaba bajo los efectos de una intensa conmoción. Descubrieron una hinchazón en su occipucio que podía significar una conmoción cerebral, pero no parecía existir ninguna fractura.

Pugh preparó dos vasos de alimento concentrado y dos copas de aguardiente.

—Vamos —dijo.

Martín obedeció, bebiéndose el tónico. Luego se sentaron junto al camastro y sorbieron el aguardiente.

Kaph yacía inmóvil, pálido como la cera, los negros cabellos sobre los hombros, los labios rígidamente entreabiertos.

—Debió de ser la primera sacudida, la más intensa —dijo Martín—. Debió de hundir toda la estructura. Probablemente había capas de gas en las rocas laterales, como aquellas formaciones en el Cuadrante treinta y uno. Pero allí no había ninguna señal...

Mientras hablaba, el mundo se escurrió debajo de ellos. Los objetos saltaron y brincaron, gritaron: «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!».

—La sacudida de las catorce horas fue como ésta —murmuró la Razón en la voz de Martín, entre el desenfreno y la ruina del mundo.

Pero la Sinrazón se apaciguó, y los objetos cesaron de danzar.

Pugh saltó a través de su vertido aguardiente y ayudó a Kaph a tumbarse. El cuerpo muscular se le resistía. Martín tiró de los hombros hacia abajo. Kaph gritó, luchó, su rostro adquirió un tinte negruzco.

—¡Oxígeno! —dijo Pugh, y su mano encontró la jeringuilla apropiada en el botiquín como por instinto; mientras Martín sujetaba la mascarilla, Pugh hundió la aguja en el nervio vago, retornando a Kaph a la vida.

—Ignoraba que se te diera tan bien la medicina —dijo Martín, respirando fatigosamente.

—Mi padre era médico —dijo Pugh—. ¡Lástima de aguardiente! ¿Por qué se ahoga nuestro amigo?

—No lo sé, Owen. Mira en el libro.

Kaph estaba respirando normalmente y el color había vuelto a su rostro; únicamente los labios estaban todavía un poco amoratados.

Se sirvieron otra copa de aguardiente y volvieron a sentarse junto a Kaph con su guía médica.

—Ni en «shock» ni en «conmoción» hay nada sobre cianosis o asfixia. Con el traje puesto no puede haber respirado nada... «Hemorroides anales»... ¡Uf!

Pugh tiró el libro sobre una mesa. El lanzamiento resultó corto, debido a que el

propio Pugh o la mesa no habían recobrado del todo su equilibrio.

—¿Por qué no hizo la señal?

—¿Cómo dices?

—Los ocho que estaban dentro de la mina no tuvieron tiempo, pero la muchacha y él debían encontrarse en el exterior. Tal vez ella estaba en la entrada y resultó alcanzada por el primer desplome. Él tenía que estar en el exterior, tal vez en la cabina de control. Echó a correr, tiró de la muchacha, la subió al trineo y se dispuso a regresar a la cúpula. Y en todo ese tiempo no se le ocurrió pulsar el botón de alarma de su traje. ¿Por qué?

—Bueno, había recibido un golpe en la cabeza. No estaba en sus cabales. Pero incluso en condiciones más favorables dudo que se le hubiese ocurrido enviarnos la señal. La ayuda la buscaban entre ellos mismos.

El rostro de Martín era como una máscara india, surcos en las comisuras de la boca, ojos de frío carbón.

—En tal caso, ¿qué debió sentir cuando el suelo empezó a temblar y se encontró en el exterior, solo...?

En respuesta, Kaph gritó.

Sacudido por las convulsiones de alguien que se ahoga, saltó del camastro, golpeó y derribó a Pugh, tropezó con un montón de cestos y cayó al suelo, con los ojos en blanco y los labios azulados. Martín le arrastró hasta el camastro, le dio una bocanada de oxígeno y luego se arrodilló junto a Pugh, el cual se estaba incorporando, y secó su cortado pómulo.

—¡Owen! ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —dijo Pugh—. ¿Por qué me estás frotando eso por la cara?

Era un trozo de cinta de computadora, ahora manchada con sangre de Pugh. Martín la dejó caer.

—Pensé que era una servilleta. Te has arañado la mejilla contra aquella caja.

—¿Se le ha pasado el ataque?

—Eso parece.

Contemplaron a Kaph rígidamente tendido, sus dientes eran una línea blanca en el interior de los oscuros labios entreabiertos.

—Parece epilepsia. ¿Una lesión cerebral, tal vez?

—Podríamos inyectarle una dosis entera de meprobamato.

Pugh sacudió la cabeza.

—No sé lo que había en la inyección que le apliqué anteriormente. No quiero sobrecargarle de medicamentos. Podría ser contraproducente.

—Tal vez se ha quedado dormido.

—Ojalá yo pudiera. Entre el terremoto y él, no puedo sostenerme en pie.

—Tienes una fea herida en el pómulo... Acuéstate, yo me quedaré un rato.

Pugh limpió su mejilla y se quitó la camisa. Luego dijo:

—Si había algo que podíamos hacer, lo hemos intentado...

—Todos están muertos —murmuró Martín.

Pugh se tendió encima de su saco de dormir, y un instante después le despertó un espantoso ruido. Se levantó, tambaleándose, buscó la aguja hipodérmica, trató tres veces de clavarla correctamente y fracasó. Empezó a masajear el tórax de Kaph, encima del corazón.

—Boca a boca —dijo.

Martín obedeció.

De pronto, Kaph expulsó una bocanada de aire, su pulso se hizo más regular, sus rígidos músculos empezaron a relajarse.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Medía hora.

Permanecieron en pie, sudando. El suelo tembló, la tela de la cúpula osciló violentamente. Libra estaba danzando de nuevo su espantosa polca, su *Danza de los muertos*. El sol parecía haber aumentado de tamaño y era mucho más rojo.

—¿Qué le pasa, Owen?

—Creo que está muriendo con ellos.

—¿Con ellos? ¡Ellos están muertos!

—Nueve de ellos. Todos murieron, aplastados o asfixiados. Todos ellos eran él; él es todos ellos. Ahora está muriendo sus muertes una a una.

—¡Dios mío! —murmuró Martín.

La próxima vez ocurrió lo mismo. La quinta vez fue peor, ya que Kaph luchó y deliró, tratando de hablar pero sin conseguir emitir las palabras. Era como si su boca estuviera obturada con rocas o arcilla. Después, los ataques se hicieron más débiles, aunque también él se iba debilitando cada vez más. El octavo ataque se produjo alrededor de las cuatro y media; Pugh y Martín trabajaron hasta las cinco y media, haciendo todo cuanto estaba a su alcance para conservar la vida en el cuerpo que se hundía en la muerte y sin protestar. Finalmente lo consiguieron.

—El próximo terminará con él —vaticinó Martín.

Y así ocurrió. Pero Pugh insufló su propia respiración en los inertes pulmones, hasta que él mismo perdió el conocimiento.

Despertó. La cúpula estaba a oscuras. Aguzó el oído y oyó la respiración de los dos hombres que dormían. Volvió a quedarse dormido y sólo el hambre le despertó.

El sol estaba muy alto sobre las oscuras llanuras y el planeta había dejado de danzar. Kaph dormía tranquilamente. Pugh y Martín bebieron té y contemplaron a Kaph como si fuera algo que les perteneciera.

Cuando Kaph despertó, Martín se acercó a él.

—¿Cómo te encuentras, viejo?

Kaph no respondió.

Pugh ocupó el lugar de Martín y contempló los ojos castaños que miraban hacia los suyos pero no en los suyos.

Calentó alimento concentrado y se lo ofreció a Kaph.

—Vamos, bebe.

Pudo ver que los músculos de la garganta de Kaph se ponían rígidos.

—Dejadme morir —dijo el joven.

—No te estás muriendo.

—Estoy muerto en mis nueve décimas partes —habló Kaph con claridad y precisión—. No queda vivo lo bastante de mí.

—No —replicó Pugh en tono perentorio—. Ellos están muertos. Los otros. Tus hermanos y hermanas. Tú no eres ellos, tú estás vivo. Tú eres John Chow. Tu vida depende de ti.

El joven permaneció inmóvil, mirando hacia una oscuridad que no estaba allí.

Martín y Pugh se turnaron en la tarea de poner a salvo el material aprovechable después del desastre, ya que su valor era literalmente astronómico. Aunque era una tarea muy pesada para un solo hombre, no querían dejar solo a Kaph. El que se quedaba en la cúpula se dedicaba a trabajos de oficina, mientras Kaph permanecía sentado o tumbado, con la mirada fija en su oscuridad, sin hablar. Los días transcurrían silenciosamente.

La radio crujió y habló: nave llamando a la Misión.

—Llegaremos a Libra dentro de cinco semanas, Owen. Dentro de treinta y cuatro días terrestres y nueve horas. ¿Cómo van las cosas en la vieja cúpula?

—No muy bien, jefe. Los miembros del equipo de Explotación resultaron muertos, todos menos uno, en la mina. Un terremoto. Hace seis días.

La radio crujió. Dieciséis segundos de demora en ambos sentidos; la nave se encontraba ahora alrededor del Planeta II.

—¿Todos muertos, menos uno? ¿Martín y usted no han sufrido ningún daño?

—Nos encontramos perfectamente, jefe.

Treinta y dos segundos.

—El Passerine dejó un equipo de Explotación aquí, con nosotros. Puedo dejarles en el proyecto Hellmouth, en vez de dedicarlos al proyecto del Cuadrante Siete. Lo decidiremos cuando llegemos ahí. En cualquier caso, Martín y usted serán relevados. Cuídense. ¿Alguna cosa más?

—Nada más.

Treinta y dos segundos.

—De acuerdo. Hasta la vista, Owen.

Kaph había oído todo esto y, más tarde, Pugh le dijo:

—El jefe puede pedirte que te quedes aquí con el otro equipo de Explotación. Tú

ya conoces esto.

Conociendo las exigencias de la Vida Lejana, quería advertir al joven. Kaph no respondió. Desde que había dicho «No queda vivo lo bastante de mí» no había vuelto a pronunciar una sola palabra.

—Owen —dijo Martín, por su intercomunicador portátil—, está chiflado. Loco.

—Para un hombre que murió nueve veces, se está portando muy bien.

—¿Muy bien? La única emoción que le ha quedado es el odio. Mira sus ojos.

—Eso no es odio, Martín. Escucha, es cierto que en cierto sentido ha estado muerto. No puedo imaginar lo que siente. Pero estoy seguro de que no es odio. Ni siquiera puede vernos. Hay demasiada obscuridad.

—Muchas gargantas han sido abiertas en la obscuridad. Nos odia porque no somos Aleph y Yod y Zayin.

—Tal vez. Pero yo creo que está solo. No nos ve ni nos oye, ciertamente. Hasta ahora no había visto a nadie más porque nunca estuvo solo. Tenía otros nueve a los que podía mirar, con los que podía hablar y vivir. No sabe lo que es estar solo. Tiene que aprenderlo. Dale tiempo.

Martín sacudió la cabeza.

—Está chiflado —dijo—. Cuando te quedes a solas con él, no olvides que puede romperte el cuello con una sola mano.

—Podría hacerlo, desde luego —dijo Pugh, y sonrió.

Se encontraban en el exterior de la cúpula, programando uno de los servomecanismos para reparar una máquina averiada. Podían ver a Kaph en el interior del enorme medio huevo que formaba la cúpula.

—¿Por qué supones que mejorará?

—Es evidente que tiene una fuerte personalidad.

—¿Fuerte? Lisiada. Nueve décimas partes muerta, como él mismo dijo.

—Pero él no está muerto. Él es un hombre vivo. John Kaph Chow. Está pasando por una fase de desconcierto, pero no olvides que todos los jóvenes sufren una especie de trauma cuando se separan de su familia. Él lo superará.

—No veo cómo.

—Discorre un poco, Martín. ¿Cuál es el objetivo del clonaje? El de reparar la raza humana. Estamos en malas condiciones. Mírame a mí. Mi Cociente de Inteligencia y mi índice de Constitución Genética no llegan a la mitad del de ese John Chow. Pero en el Servicio Lejano me necesitaban con tanta urgencia, que cuando me presenté voluntario me aceptaron y me echaron un remiendo con un pulmón artificial y corrigieron mi miopía. Si hubiesen abundado los tipos sanos, ¿crees que hubieran aceptado a un galés corto de vista y con un solo pulmón?

—No sabía que tenías un pulmón artificial.

—Pues lo tengo. Artificial hasta cierto punto, ¿sabes? Es un pulmón humano,

cultivado en un tanque; una especie de clonero. De todos modos, ahora es mi pulmón. Lo que quiero decir es que ahora hay demasiados hombres como yo y no los suficientes como John Chow. ¿Comprendes? Y eso es lo que trata de remediar el clonero, produciendo hombres más fuertes y más listos.

Martín gruñó algo ininteligible, mientras el servomecanismo empezaba a zumbiar.

Kaph apenas comía; experimentaba dificultades para tragar, de modo que después de los primeros bocados renunciaba a seguir comiendo. Había perdido ocho o diez kilogramos. Sin embargo, al cabo de unas tres semanas empezó a recobrar el apetito, y un día Martín y Pugh le sorprendieron revisando las pertenencias del clon, sus sacos de dormir, maletines y documentos. Tras una minuciosa tría, destruyó un montón de papeles y chucherías, hizo un pequeño paquete con lo que quedaba y volvió a sumirse en su estado de coma andante.

Dos días después habló. Pugh estaba tratando de ajustar una tecla de la grabadora, sin conseguirlo. Martín había salido a verificar sobre el terreno sus mapas de las Pampas.

—¡Maldita sea! —exclamó Pugh.

Y Kaph dijo, con voz inexpresiva.

—¿Quiere que lo arregle yo?

Pugh se sobresaltó, pero recobró el dominio de sí mismo y entregó la máquina a Kaph. El joven cogió el aparato, reparó la avería y lo dejó sobre la mesa.

—Pon una cinta —dijo Pugh con deliberada indiferencia, ocupado en otra mesa.

Kaph puso la cinta que estaba encima de la pila: música coral. Se tumbó en su camastro. El sonido de un centenar de voces humanas cantando al unísono llenó la cúpula. Kaph permaneció inmóvil, con el rostro inexpresivo.

En los días siguientes se encargó de algunas tareas rutinarias, sin que se lo pidieran. No hacía nada que requiriera iniciativa, y si le pedían que hiciera algo no contestaba.

—Se está recuperando —comentó Pugh, hablando en castellano.

—No. Se está convirtiendo en una máquina. Hace lo que tiene programado, no reacciona a otra cosa. Está peor que cuando no funcionaba. Ya no es humano.

Pugh suspiró.

—Buenas noches —dijo en inglés—. Buenas noches, Kaph.

—Buenas noches —dijo Martín.

Kaph no dijo nada.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Kaph alargó el brazo por encima del plato de Martín para alcanzar las tostadas.

—¿Por qué no las pides? —inquirió Martín, disimulando apenas su malhumor—. Yo puedo pasártelas.

—Yo puedo cogerlas —dijo Kaph con su voz inexpresiva.

—Desde luego. Pero pedir que nos pasen una cosa, dar las buenas noches o los buenos días son detalles poco importantes, aunque si alguien nos saluda estamos obligados a contestar...

—¿Por qué tendría que contestar?

—Porque alguien te ha dirigido la palabra.

—¿Porqué?

Martín se encogió de hombros y se echó a reír. Más tarde, Pugh dijo:

—Deja al muchacho en paz, Martín.

—Los buenos modales son esenciales en los pequeños grupos que viven aislados. A él le han enseñado eso. ¿Por qué se niega deliberadamente a recordarlo?

—¿Acaso te das las buenas noches a ti mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Que Kaph nunca ha conocido a nadie aparte de a sí mismo.

Martín meditó unos instantes y luego estalló:

—Entonces, todo ese asunto del clonaje es una equivocación. No puede funcionar. ¿Qué pueden hacer por nosotros un montón de genios duplicados, cuando ni siquiera saben que existimos?

Pugh asintió.

—Podría resultar más práctico separar los clones y mezclar a sus miembros con las otras personas. Pero no cabe duda de que funcionan mejor como equipo.

—¿De veras? Yo no estoy tan seguro. Si ese clon hubiera sido diez ingenieros normales, ¿habrían estado todos en el mismo lugar al mismo tiempo? ¿Habrían resultado todos muertos? Tal vez cuando empezó el terremoto todos esos muchachos se dirigieron corriendo hacia el interior de la mina para salvar al que estaba más lejos... El propio Kaph estaba en el exterior y se dirigió hacia la entrada. Es pura hipótesis, desde luego. Pero creo que de haberse tratado de diez individuos normales, más de uno se hubiera salvado.

—No lo sé. Es cierto que los gemelos idénticos tienden a morir al mismo tiempo, incluso cuando no se han visto nunca el uno al otro. Identidad y muerte, es muy raro...

Pasaron los días, el sol rojizo se arrastraba por el oscuro cielo, Kaph no contestaba cuando le hablaban. Pugh y Martín se chillaban el uno al otro cada vez con más frecuencia. Pugh se quejaba de los ronquidos de Martín. Ofendido, Martín trasladaba su camastro al extremo más apartado de la cúpula, y durante algún tiempo no dirigía la palabra a Pugh. Éste silbaba tonadas galesas hasta que Martín se quejaba, y entonces era Pugh el que dejaba de dirigirle la palabra.

El día antes del previsto para la llegada de la nave de la Misión, Martín anunció que iba a salir hacia Merioneth.

—Pensé que como mínimo me echarías una mano con la computadora para

terminar los análisis de las rocas —dijo Pugh, disgustado.

—Kaph puede hacer eso. Quiero echar una última mirada al Trench. ¡Que os divirtáis! —añadió Martín en castellano, riendo, y se marchó.

—¿Qué idioma es ese?

—Castellano. Ya te lo dije en cierta ocasión, ¿no te acuerdas?

—No —al cabo de unos instantes, el joven añadió—: Creo que he olvidado un montón de cosas.

—Esto no tenía importancia, desde luego —dijo Pugh amablemente, dándose cuenta inmediatamente de lo importante que era aquella conversación—. ¿Querrás echarme una mano con la computadora, Kaph?

Kaph asintió.

Pugh había dejado un montón de cables sueltos, y la tarea les ocupó todo el día. Kaph era un excelente colaborador, rápido y sistemático, mucho más que el propio Pugh. Su voz inexpresiva, ahora que volvía a hablar, crispaba los nervios; pero no importaba, ya que era el último día y luego llegaría la nave, la antigua tripulación, camaradas y amigos.

Durante el descanso para tomar el té, Kaph dijo:

—¿Qué pasará si la nave de la Misión se estrella?

—Morirán todos.

—Me refiero a ustedes.

—Emitiremos un SOS por radio en todas las frecuencias, y viviremos a media ración hasta que llegue una nave de rescate de la Base Tres. Lo cual significa cuatro años y medio terrestres. Con un racionamiento estricto, podríamos resistir de cuatro a cinco años. Apretándonos un poco el cinturón, desde luego.

—¿Enviarían una nave de rescate para tres hombres?

—Naturalmente.

Kaph no añadió comentario alguno.

Pugh se dispuso a reanudar el trabajo. Pero resbaló, y al tratar de agarrarse al respaldo de la silla ésta eludió su mano. Desde el suelo, inquirió:

—¿Qué sucede?

—Un movimiento sísmico —dijo Kaph.

Las tazas rebotaron sobre la mesa, un fajo de documentos cayó al suelo, la piel de la cúpula se hinchó y restalló.

Kaph continuó sentado, impassible. Un terremoto no asusta a un hombre que murió en un terremoto.

Pugh, muy pálido, murmuró:

—Martín está en el Trench.

—¿Qué es el Trench?

—El epicentro de los movimientos sísmicos locales. Mira el sismógrafo.

Pugh luchaba con la puerta de un armario que se resistía a abrirse.

—¿Qué va usted a hacer?

—Voy a buscarle.

—Martín se llevó el jet. Los trineos no ofrecen garantías de seguridad durante un movimiento sísmico. Se descontrolan.

—Cállate de una vez, por el amor de Dios.

Kaph se puso en pie, hablando con su voz inexpresiva, como de costumbre.

—Es inútil salir ahora en su busca. Significa correr un riesgo innecesario.

—Si captas su señal de alarma, avísame por radio —dijo Pugh antes de cerrar la escafandra de su traje.

Cuando salió al exterior, Libra remangó sus harapientas faldas y bailó una danza del vientre desde debajo de sus pies hasta el rojizo horizonte.

En el interior de la cúpula, Kaph vio cómo el trineo se ponía en marcha, temblaba como un meteoro a la rojiza luz diurna y desaparecía en dirección nordeste. El suelo de la cúpula retembló; la tierra tosió. Una racha de viento, al sur de la cúpula, arrastró una nube de gas negro vomitada por una grieta.

En el tablero central de control repiqueteó un timbre y se encendió una luz roja. Kaph comprobó que la luz correspondía al Traje Dos. Trató de establecer contacto por radio con Martín, y luego con Pugh, pero ninguno de los dos contestó.

Cuando los temblores de tierra remitieron, reanudó su trabajo y terminó la tarea de Pugh. Invirtió casi dos horas. Cada media hora trató de establecer contacto con el Traje Uno, sin obtener respuesta, y con el Traje Dos, con el mismo resultado. Desde hacía una hora, la luz roja había dejado de parpadear.

Kaph preparó cena para uno, comió y se tendió en su camastro.

Los temblores de tierra habían cesado, pero a largos intervalos se producían unas leves sacudidas. El sol colgaba al oeste, en forma de naranja, rojo pálido, inmenso. No parecía hundirse.

No se oía el menor sonido.

Kaph se levantó y empezó a pasear alrededor de la cúpula semivacía. El silencio persistió. Kaph se acercó a la grabadora y colocó en ella la primera cinta que halló. Era música pura, electrónica, sin armonías, sin voces. Finalizó. El silencio persistió.

El mono de Pugh colgaba de un montón de muestras de roca. Kaph lo contempló fijamente. Notó que faltaba un botón.

El silencio persistió.

El sueño de un chiquillo: no hay nadie más que esté vivo en el mundo, aparte de mí mismo. En todo el mundo.

Muy bajo, al norte de la cúpula, un meteoro parpadeó.

La boca de Kaph se abrió como si tratara de decir algo, pero no salió ningún sonido de ella. Se dirigió apresuradamente a la pared norte y tendió la mirada hacia la

gelatinosa luz rojiza.

La pequeña estrella se posó en el suelo. Dos figuras se acercaron a la cúpula. El traje de Martín estaba cubierto de un extraño polvo que le hacía aparecer tan verrugoso como la superficie de Libra. Pugh le sostenía por el brazo.

—¿Está herido? —inquirió Kaph.

Pugh se despojó del traje y ayudó a Martín a despojarse del suyo.

—Conmocionado —dijo.

—Una roca enorme cayó sobre el jet —dijo Martín, sentándose ante la mesa y agitando los brazos—. Yo no estaba dentro, desde luego. Había bajado a reconocer la zona de polvo carbónico cuando noté que el suelo empezaba a temblar. De modo que corrí a situarme en un espacio abierto, para que no me alcanzara algún desprendimiento de rocas de los acantilados. Desde allí vi como una enorme roca aplastaba el jet, y entonces recordé que las latas de aire de repuesto estaban en el aparato, y pulsé el botón de alarma. Pero no recibí ninguna señal por radio, cosa que siempre ocurre aquí durante los movimientos sísmicos. La atmósfera era tan polvorienta que no se veía nada a un metro de distancia. Empezaba a preocuparme cuando vi llegar a Owen...

—¿Tienes hambre? —le interrumpió Pugh.

—Claro que tengo hambre.

—Entonces, siéntate y come —ordenó Pugh.

Martín obedeció. Después, se dirigió a su camastro, que no había mudado de lugar desde que Pugh se quejó de sus ronquidos.

—Buenas noches, galés unipulmonar —dijo a través de la cúpula.

—Buenas noches.

Martín no dijo nada más. Pugh amortiguó el brillo de la lámpara hasta dejarlo reducido a un resplandor amarillento menos intenso que la luz de una vela, y se sentó sin hacer nada, sin decir nada, con aire ausente.

El silencio persistió.

—He terminado los cálculos —dijo Kaph.

—Gracias —murmuró Pugh.

Silencio.

—Recibí la señal de Martín, pero no pude establecer contacto con él ni con usted.

—No debí salir —admitió Pugh—. Martín tenía aire suficiente para dos horas, incluso con una sola lata. Pero sin posibilidad de establecer contacto con él, confieso que me asusté.

Retornó el silencio, ahora contrapunteado por los ronquidos de Martín.

—¿Quiere usted a Martín?

Pugh alzó la mirada, enfurecido.

—Martín es mi amigo. Hemos trabajado juntos mucho tiempo y es una buena

persona.

Se interrumpió. Al cabo de unos instantes añadió:

—Sí, le quiero. ¿A qué viene esa pregunta?

Kaph no dijo nada, pero miró al otro hombre. Su rostro estaba cambiado, como si viera algo que hasta entonces no había visto; también su voz había cambiado.

—¿Cómo puede usted...? ¿Cómo...?

Pero Pugh no pudo decírselo.

—No lo sé —murmuró—. No lo sé. Cada uno de nosotros estamos solos, desde luego. ¿Qué puede hacer uno excepto extender la mano en la oscuridad?

Kaph inclinó la mirada, consumida por su propia intensidad.

—Estoy cansado —dijo Pugh—. Fue algo espantoso, verle en medio de aquel polvo negro, con el suelo abriéndose y cerrándose a su alrededor... Voy a acostarme. La nave establecerá contacto con nosotros alrededor de las seis.

Se puso en pie y se desperezó.

—Es un clon —dijo Kaph—. El otro equipo de Exploración que llegará con la nave.

—¿Un clon?

—De doce miembros. Vinieron con nosotros en el Passerine.

Kaph se sentó bajo la amarillenta claridad de la lámpara, absorto al parecer en sus nuevos temores: el clon que estaba a punto de llegar y del cual no formaría parte. Inexperto aún en soledad, no sabiendo siquiera cómo podía quererse a otro individuo, tendría que enfrentarse con la absoluta y cerrada autosuficiencia del clon de doce; algo excesivo para él, desde luego.

Pugh apoyó una mano en su hombro.

—El jefe no te pedirá que te quedes aquí con un clon. Puedes marcharte a casa. O, si lo prefieres, puedes venir con nosotros. Nos serías útil. No corre prisa decidirlo.

Kaph alzó la mirada y vio lo que nunca había visto: le vio a él: a Owen Pugh, el otro, el desconocido que tendía su mano en la oscuridad.

—Buenas noches —murmuró Pugh, deslizándose en el interior de su saco y medio dormido ya, de modo que no oyó a Kaph contestar, tras una breve pausa:

—Buenas noches, Owen.

Biología vegetal

Tierra extraña (Edmond Hamilton)

Edmond Hamilton (1904-1977) fue uno de los grandes pioneros de las revistas de ciencia ficción en los Estados Unidos, y publicó su primer relato en Amazing, en 1928. Durante la primera parte de su larga carrera fue conocido por el sobrenombre de «Hamilton el destructor de mundos», ya que muchos de sus escritos reflejaban batallas entre sistemas planetarios. A principios de la década de 1940 escribió la mayor parte de sus relatos de la famosa serie sobre el Capitán Futuro. Su esposa, la afamada escritora de ciencia ficción Leigh Brackett, fue quien se encargó de la publicación de una antología de su marido, titulada The best of Edmond Hamilton (1977).

A lo largo de la historia, en muchas épocas se ha considerado a las plantas como seres carentes de vida. No vivían; simplemente, vegetaban. Después de todo, no se movían, no comían y no emitían sonidos. Parecían existir con el mero propósito de servir de alimento a los animales.

En la Biblia, de hecho, cuando al tercer día la tierra seca fue creada, Dios hizo que apareciera cubierta ya de plantas. Se las consideraba meros tributos de la tierra. La palabra vida no se utiliza en relación a ellas. Sólo en el quinto día, cuando se crean los primeros animales, se utiliza la palabra vida:

«Y dijo el Señor, que las aguas produzcan en abundancia criaturas móviles que posean vida (...)» (Génesis, 1, 20).

Los animales son criaturas móviles; las plantas, no.

Una vez creado el mundo animal (incluido el hombre), Dios dice a éste, y presumiblemente a la vida animal en general:

«(...) Mira, te he dado todas las hierbas que tienen semillas (...) y todos los árboles (...) que ofrecen semillas; todo ello será alimento para ti» (Génesis, 1, 29).

Aunque esto parece clasificar a los animales como seres vivos y a las plantas como alimento, éstas últimas son seres tan absolutamente vivos como los animales. Hacia 1830 se descubrió que los vegetales, igual que los animales, están compuestos de células que contienen protoplasma. Posteriores estudios han puesto en evidencia que la naturaleza química de las células vegetales y las animales son muy parecidas, que ambas utilizan proteínas y ácidos nucleicos y que sus sistemas o patrones de reacción química son similares en ambas.

De hecho, si se compara la química de los vegetales y la de los animales, parece que los primeros se imponen claramente. En primer lugar, poseen clorofila, lo que les posibilita utilizar la energía del sol para almacenar energía química y construir sus tejidos. Los animales no poseen clorofila y deben vivir, como parásitos, de esta capacidad de los vegetales. En segundo lugar, las plantas tienen la facultad de fabricar celulosa, un material de sostén poderoso y resistente a los químicos, lo que es otra capacidad de la que carecen los animales. En tercer lugar, las plantas pueden elaborar a partir de elementos simples los complejos compuestos químicos que precisan para la vida, sin excepción. Los animales necesitan encontrar en su dieta estructuras complejas ya elaboradas y de no recibirlas pueden llegar a morir (a esos complejos compuestos, o estructuras, químicos los denominamos vitaminas).

Pese a todo, los vegetales son, en diversos aspectos, una forma de vida más sencilla que los animales. Carecen de los tejidos más complicados de éstos y no poseen músculos ni nervios; tampoco se mueven (en tierra, al menos) porque tienen que utilizar raíces para obtener agua, y esas raíces los anclan al terreno.

Sin embargo, en cierto modo se mueven: crecen, dirigen los extremos de sus ramas, lentamente, para recibir la luz del sol, e inclinan sus raíces para que crezcan en dirección al agua. Hay plantas cuyas hojas se cierran al tocarlas.

El movimiento existe, aunque sea lento, pues utilizan impulsos como la humedad o el crecimiento diferencial, en lugar de usar la rapidez de las fibras musculares y su capacidad de contracción. Si se miran las plantas mediante fotografías tomadas a intervalos, en serie, o se pasa una tras otra en un proyector de cine, el movimiento se acelera y las plantas parecen adoptar una vida manifiesta. La misma impresión daría si nosotros ralentizáramos nuestra percepción, como apunta Hamilton en Tierra extraña.

1. Vida ralentizada

El muerto estaba de pie en un pequeño claro iluminado por la Luna en mitad de la jungla, donde Farris le había encontrado.

Era un hombrecillo aceitunado vestido con una tela de algodón blanca. Un miembro típico de las tribus laosianas de aquella tierra de nadie, en plena Indochina. Estaba de pie sin sostenerse en sitio alguno, con los ojos abiertos, la mirada fija al frente sin parpadear y un pie ligeramente levantado del suelo. Y no respiraba.

—¡Pero no puede estar muerto! —exclamó Farris—. Los muertos no aparecen de pie en plena selva.

Piang, el guía, le interrumpió. Aquel engreído nativo de Annam había perdido toda su autosuficiencia desde el mismo instante en que se apartaron del sendero. Y aquel muerto inmóvil y en pie había completado su desmoralización.

Desde que los dos hombres habían penetrado dando traspiés en aquel bosquecillo de árboles de algodón y casi habían tropezado con el muerto, Piang no había dejado de barbotear palabras inconexas con aire asustado, sin dejar de señalar la figura, absolutamente inmóvil. Ahora, por fin, Farris le oyó decir con claridad:

—¡Ese hombre está *hunati*! ¡No le toque! ¡Tenemos que irnos de aquí, hemos penetrado en un rincón malo de la selva!

Farris no se movió. Llevaba demasiados años como buscador de árboles de teca para ser del todo escéptico a las supersticiones del sudeste asiático pero, por otra parte, sentía cierta responsabilidad para con el hombre.

—Si no está muerto, como dices, seguro que le sucede algo y necesita ayuda —sentenció.

—¡No, no! —insistió Piang—. ¡Está *hunati*! ¡Vámonos de aquí en seguida!

Pálido de terror, el guía echó un vistazo a la arboleda iluminada por la Luna. Se encontraban en una meseta baja donde la jungla era más monzónica que tropical. Los grandes árboles de algodón y los ficus estaban menos ahogados aquí por los matorrales y los zarcillos, y a través de mortecinos pasillos que se abrían entre las plantas podía divisarse, al fondo, unos gigantescos banianos que se alzaban como señores oscuros de aquel silencio plateado.

El silencio. El silencio era demasiado total para ser del todo normal. Hasta ellos llegaba el débil jolgorio de los pájaros y los monos procedente de la espesura, más allá de la arboleda y, por un instante, escucharon el rugido de un tigre traído por el eco desde las colinas laosianas. Sin embargo, la meseta en que se encontraban y la espesura que la circundaba permanecían en total silencio.

Farris se acercó al nativo, inmóvil y con la mirada fija, y le tocó suavemente la

muñeca, delgada y de piel oscura. Durante unos instantes, le fue imposible localizarle el pulso. Por fin, notó un latido, una pulsación increíblemente lenta.

—Un latido cada dos minutos —murmuró Farris—. ¿Cómo diablos puede mantenerse con vida?

Observó con atención el pecho desnudo del hombre. Vio que se alzaba, pero con tal lentitud que el ojo apenas podía captar el movimiento. Permaneció expandido dos minutos y luego, con igual lentitud, empezó a bajar otra vez.

Farris se sacó del bolsillo una linterna e iluminó los ojos del individuo. Éste no reaccionó al estímulo, al menos al principio. Después, lentamente, sus párpados se contrajeron hasta cerrarse y, tras permanecer cerrados unos instantes, volvieron a abrirse a la misma velocidad casi inapreciable.

—Ha parpadeado... ¡pero con una lentitud cien veces mayor de lo normal! —exclamó—. El pulso, la respiración, los reflejos... todos le funcionan cien veces más lentamente de lo normal. Ese hombre ha sufrido una conmoción o bien está drogado.

Entonces advirtió algo que le produjo un ligero escalofrío.

El ojo del individuo parecía estar volviéndose hacia él con infinita lentitud y su pie levantado se había alzado un poco más. Como si estuviera caminando, pero aun ritmo cien veces más lento de lo normal.

Aquello era espantoso. Pero a continuación llegó hasta Farris algo todavía más espeluznante. Un ruido... el sonido de una ramita al quebrarse.

Piang exhaló el aire en un silbido de puro miedo y señaló hacia la arboleda. Farris miró hacia allí bajo la luz de la luna.

A unos cien metros había otro nativo. También permanecía inmóvil, pero tenía el cuerpo inclinado hacia delante con el ademán de un corredor repentinamente congelado. Y bajo sus pies, había crujido la ramita que habíamos oído.

—Adoran a los grandes, ¡por el Cambio! —dijo mi guía annamés con un ronco tono de pavor en la voz—. ¡No debemos entremeternos!

Lo mismo decidió Farris. Aparentemente, se había metido en algún extraño rito mágico de la jungla, y ya había tenido suficientes experiencias con los nativos asiáticos como para no desear intervenir en sus misteriosas religiones propias.

El estaba en aquel rincón perdido, en la parte más oriental de Indochina, para dedicarse al comercio de madera de teca. Y ya tendría suficientes dificultades en aquella inexplorada tierra de nadie para, además, buscarse problemas con las tribus. Aquellos extraños hombres entre vivos y muertos, víctimas de una droga o de una enfermedad, no debían correr peligro si otros hombres de su tribu estaban cerca para vigilarles.

—Sigamos —asintió Farris lacónicamente.

Piang encabezó la marcha en el descenso desde la meseta cubierta por la selva. El guía cruzó la espesura como un ciervo asustado hasta que fueron a dar de nuevo al

camino.

—Éste es... el camino al puesto avanzado del Gobierno —dijo, con gran alivio—. Debimos de perdernos en la hondonada de ahí atrás. No me había adentrado tanto en Laos más que un par de veces.

—Piang, ¿qué es *hunati*? ¿Y ese Cambio que has mencionado?

El guía se puso inmediatamente mucho más serio.

—Es un ritual de adoración —después, recuperando en parte su habitual charlatanería, añadió—: Esos hombres de las tribus son muy ignorantes. No han estado en la escuela de la misión, como yo.

—¿Adoración a qué? Los grandes, has dicho antes. ¿Quiénes son?

Piang se encogió de hombros e improvisó una mentira.

—No lo sé. En toda la gran selva, hay hombres que se pueden volver *hunati*, se dice. Yo no sé cómo.

Mientras avanzaba, Farris se puso a pensar. Había notado algo misterioso en aquellos hombres. Una especie de suspensión animada, pero no del todo. Más bien una increíble ralentización de la actividad.

¿Qué debía haberla causado? ¿Y cuál podía ser su propósito?

—Supongo que cualquier tigre o serpiente dará buena cuenta de un hombre en ese estado.

Piang hizo un enérgico gesto de negativa con la cabeza.

—No. El hombre que está *hunati* está a salvo... Al menos, de los animales. Ningún animal le tocará.

Farris quedó asombrado. ¿Se debería quizás a que su extrema inmovilidad hacía que los animales no se fijaran en él? Finalmente, supuso que era parte de las creencias de aquel culto a la naturaleza regido por el miedo. Aquel tipo de animismo era frecuente en esta parte del mundo y no era difícil comprender la razón, se dijo Farris con cierta aprensión. Aquí, en la selva tropical, la naturaleza no era la diosa sonriente de las tierras templadas. Era algo que no se amaba, sino que se temía.

¡Y bien que lo sabía! Había estado dos días en la jungla laosiana desde que dejara el curso del alto Mekong, cuando había calculado que en un día alcanzaría su objetivo: el puesto de investigación botánica del Gobierno francés.

Se quitó de encima unas hormigas aladas que intentaban picarle en su nuca bañada en sudor y lamentó no haberse detenido al caer el sol. Sin embargo, el mapa mostraba que estaban a pocos kilómetros del puesto y habían seguido, sin calcular que Piang perdería el camino. Y casi debería haber contado con ello, se dijo Farris, pues éste no era sino un sinuoso sendero que daba vueltas y revueltas en la pendiente de la meseta, cubierta de densa maleza.

Los ficus de treinta metros, los palos de Campeche para tintes y los árboles de

algodón tamizaban la luz de la luna. El sendero se retorcía constantemente para evitar los impenetrables infiernos de bambú o para vadear pequeños arroyos, y la espesura de los zarcillos y lianas tenían una diabólica habilidad para engancharle a uno en la oscuridad.

Farris se preguntó si no habrían perdido el camino otra vez. Y se preguntó también, no por primera vez, por qué habría dejado Norteamérica para meterse en el asunto de la teca.

—Ahí está el puesto —dijo de repente Piang, con manifiesto alivio.

Frente a ellos, en la ladera cubierta por la jungla, había un saliente plano. Allí brillaba una luz, procedente de las ventanas de un bungalow de bambú irregularmente construido.

Farris se dio plena cuenta del cansancio que había acumulado cuando cubrió los últimos metros del camino. Se preguntó si encontraría allí una cama decente y qué tipo de persona sería el tal Berreau para haber escogido enterrarse en aquel puesto de investigación botánica perdido de la mano de Dios.

La casa de bambú estaba rodeada de gráciles palos de Campeche de gran talla, pero la luz de la luna ponía a la vista un jardín alrededor del edificio, circundado por un seto bajo de sapán.

De la galería a oscuras surgió una voz que sorprendió a Farris. Era una voz de muchacha que hablaba en francés.

—¡Por favor, André! ¡No vuelvas con eso! ¡Es una locura!

Una voz de hombre respondió con aspereza:

—*¡Lys, tais-toi! Je reviendrais...*

Farris carraspeó diplomáticamente y luego dijo, en dirección a la oscura galería:

—*¿Monsieur Berreau?*

Se hizo un silencio total. Después, la puerta de la casa se abrió y la luz procedente del interior bañó a Farris y al guía.

En el umbral, Farris vio a un hombre de unos treinta años, en ropa interior y con la cabeza descubierta, de enjuta y rígida figura.

La muchacha no era más que algo borroso bajo el súbito resplandor. Farris subió los escalones.

—Supongo que no tienen muchos visitantes. Me llamo Hugh Farris. Tengo una carta para usted del *Bureau* de Saigón.

Hubo una pausa. Después, el hombre dijo:

—Si quiere pasar, *M'sieur Farris...*

En la salita iluminada por la luz, de paredes de bambú, Farris dirigió una rápida mirada a la pareja.

A sus expertos ojos, Berreau parecía un hombre que hubiera permanecido demasiado tiempo en los trópicos: sus rasgos finos y rubios estaban deslucidos por el

clima corrosivo y sus ojos tenían un aire inquieto y febril.

—Lys, mi hermana —dijo, al tiempo que asía la carta de manos de Farris.

La sorpresa de éste aumentó. Hasta aquel momento, había supuesto que la muchacha era su esposa. ¿Por qué querría una muchacha tan joven enterrarse en aquella espesura?

No le sorprendió, en cambio, que ésta tuviera un aire desgraciado. Debía ser bastante bonita, pensó, de no ser por aquella mirada de nervioso desconsuelo.

—¿Quiere beber algo? —preguntó ella. Después, dirigiendo una mirada breve y nerviosa a su hermano, le dijo a éste—: Así, ¿ya no te irás, André?

Berreau volvió el rostro hacia el bosque iluminado por la luna, y una tensión ansiosa, de codicia, se formó en sus mejillas. A Farris le causó sobresalto, pero el francés se volvió rápidamente.

—No, Lys. Sírvenos algo, por favor, y dile a Ahra que se cuide del guía.

Leyó la carta con rapidez mientras Farris se hundía con un suspiro en una silla de mimbre. Desde ella, alzó la mirada con ojos cansados.

—Así que viene a por teca, ¿no?

Farris asintió.

—Sólo para encontrar los árboles y sacarles unas tiras de corteza. Después tienen que pasar unos años antes de talarlos, ¿sabe?

—El Comisario dice que debo prestarle toda mi colaboración.

Explica la necesidad de abrir nuevas zonas de explotación de madera de teca.

Dobló lentamente la carta. Farris comprendió que, evidentemente, aquello no le gustaba al hombre, pero obedecería las órdenes.

—Haré cuanto pueda por ayudarle —prometió Berreau—. Supongo que querrá contratar a algunos nativos. Yo los conseguiré.

—Un extraño velo pareció nublarle los ojos al añadir—: Pero por aquí hay algunos bosques que no sirven para la explotación forestal.

Ya hablaremos de esto más adelante.

Farris, sintiéndose más exhausto por momentos tras la larga travesía, agradeció el vaso de ron con soda que Lys le tendía.

—Tenemos una pequeña habitación libre. Creo que estará cómodo allí —murmuró.

Farris le dio las gracias.

—Estoy tan cansado que podría dormir sobre un tronco. Tengo los músculos tan rígidos que yo mismo parezco un *hunati*.

El vaso de Berreau cayó al suelo con un súbito estrépito.

2. La brujería de la ciencia

El joven francés hizo caso omiso de los fragmentos de cristal y avanzó rápidamente hacia Farris.

—¿Qué sabe usted de los *hunati*? —preguntó en tono áspero.

Asombrado, Farris advirtió que las manos del hombre temblaban.

—No sé nada, salvo lo que vi en la jungla. Topamos con un hombre inmóvil bajo la luz de la luna que parecía muerto, pero no lo estaba. Simplemente, parecía increíblemente ralentizado. Piang me dijo que estaba *hunati*.

Un destello cruzó la mirada de Berreau.

—¡Sabía que se iba a convocar el Rito! —exclamó—. Y los otros han llegado...

Se palpó. Era como si la falta de costumbre de tener extraños cerca le hubiera hecho olvidar por un instante la presencia de Farris.

Lys bajó su rubia cabeza y apartó la mirada de Farris.

—¿Qué decía usted? —preguntó el norteamericano.

Sin embargo, Berreau se había puesto en tensión y volvía a escoger sus palabras.

—Las tribus laosianas tienen unas creencias muy extrañas, *M'sieur* Farris. Un poco difíciles de comprender.

He tenido ocasión de ver algunas brujerías muy raras en mis viajes por Asia, pero eso es increíble.

—Es ciencia, no brujería —corrigió Berreau—. Ciencia primitiva, nacida hace mucho tiempo y transmitida por tradición oral. El hombre que vio en la jungla estaba bajo la influencia de un producto químico que no se encuentra en nuestra farmacopea, pero que no es menos potente.

—¿Quiere usted decir que esas tribus tienen un fármaco que ralentiza los procesos vitales hasta reducirlos a esa increíble lentitud? —preguntó Farris con aire escéptico—. ¿Algo que nuestra ciencia moderna desconoce?

—¿Tan extraño le parece? Recuerde, *M'sieur* Farris, que hace un siglo, una vieja campesina inglesa curaba las enfermedades cardíacas con una flor, el digital, hasta que un médico estudió su remedio y descubrió la digitalina.

—Pero, ¿por qué iba a querer vivir tan despacio incluso un laosiano de estas tribus? —inquirió Farris.

—Porque ellos creen que pueden comunicarse con algo mucho más grande que ellos mismos —respondió Berreau.

—*M'sieur* Farris —interrumpió Lys—, debe de estar muy cansado. La cama ya está preparada.

Farris vio el temor nervioso de su rostro y comprendió que la muchacha quería poner fin a la conversación.

Antes de abandonarse al sueño estuvo pensando en Berreau. Había algo extraño en aquel tipo. Le había parecido demasiado entusiasmado con el asunto aquel de los *hunati*. Sin embargo, aquella increíble e inexplicable ralentización del ritmo vital del

ser humano era lo bastante extraño para trastornar a cualquiera. ¿Qué dioses podían ser tan extraños que el hombre tuviera que vivir cien veces más lento de lo normal para comunicarse con ellos?

A la mañana siguiente, desayunó con Lys en la amplia galería.

La muchacha le dijo que su hermano ya había salido.

—Después le llevará al poblado del valle para buscar a sus trabajadores —le informó.

Farris advirtió en su rostro la leve sombra de la infelicidad. Lys miraba en silencio hacia el gran océano verde de la jungla que se extendía más allá de la meseta en cuya ladera se encontraban.

—¿No le gusta la selva? —preguntó Farris.

—La odio —dijo ella—. Una se asfixia aquí.

Farris le preguntó por qué no se iba, y ella se encogió de hombros.

—Lo haré pronto. Es inútil quedarse. André no regresará conmigo. Ha estado aquí cinco años —continuó—, demasiado tiempo.

Cuando vi que no regresaba a Francia, vine para llevármelo, pero no quiere irse. Ahora tiene vínculos aquí.

Volvió a quedar en silencio. Farris se abstuvo, discretamente, de preguntarle a qué vínculos se refería. Quizás hubiera alguna mujer annamesa detrás, aunque Berreau no parecía de aquel tipo de hombres.

El día empezó su tarea de convertirse en pegajosamente tropical, y transcurrieron las horas cálidas y tranquilas de la mañana.

Farris, tumbado en una silla y descansando a gusto, aguardó a que volviera Berreau.

Pero éste no regresó. Y cuando la tarde empezó a difuminarse, Lys se puso más y más nerviosa.

Una hora antes del atardecer, salió a la galería vestida con unos pantalones y chaqueta.

—Voy al poblado; volveré pronto —dijo a Farris.

La muchacha mentía muy mal. Farris se puso en pie.

—Vas a por tu hermano. ¿Dónde está?

En el rostro de Lys se reflejaron la inquietud y la duda. Finalmente, permaneció en silencio.

—Créeme, quiero ser un amigo —dijo Farris con suavidad—. Tu hermano está mezclado en algo aquí, ¿verdad?

Ella asintió, con el rostro blanco como la cera.

—Por eso no ha querido volver a Francia conmigo. No puede decidirse. Es como un horrible vicio que le tuviera fascinado.

—¿De qué se trata?

—No puedo decirlo —replicó ella con un gesto de la cabeza—. Espera aquí, por favor.

Farris la vio partir y advirtió que se encaminaba ladera arriba, en lugar de descender. Iba hacia la parte alta de la meseta cubierta por la jungla.

Llegó a su altura con rápidas zancadas.

—No puedes subir sola a la jungla, para buscarle a ciegas.

—No le busco a ciegas. Creo saber dónde está —susurró Lys—. Pero tú no debes ir allí. A los nativos no les gustaría.

Farris comprendió al instante.

—¿Es esa arboleda de la meseta, donde encontramos a los *hunati*?

El silencio de la muchacha fue elocuente.

—Vuelve al bungalow —dijo él—; yo le encontraré.

Lys no estaba dispuesta a hacerlo. Farris se encogió de hombros y empezó a avanzar.

—Entonces, iremos juntos.

Ella titubeó, pero al fin continuó. Subieron la ladera de la meseta y cruzaron la jungla.

El sol poniente enviaba dardos y flechas de oro fundido por las rendijas del enorme dosel de follaje bajo el que avanzaban. El denso verde de la selva exhalaba cálidos y olorosos efluvios. Hasta los pájaros y monos estaban silenciosos a aquella hora sofocante.

—¿Está metido tu hermano en esos extraños ritos de los *hunati*? —preguntó Farris.

Lys alzó la vista como para lanzar una inmediata negativa, pero volvió a bajar los ojos.

—En cierto modo, así es. Su pasión por la botánica le llevó a interesarse por ello, y ahora está metido hasta el cuello.

Farris estaba sorprendido y confuso.

—¿Cómo puede el interés por la botánica llevar a un hombre a ese loco ritual a base de drogas o lo que sea?

La muchacha no respondió a eso. Avanzó en silencio hasta que alcanzaron la parte alta de la meseta. Una vez allí, se volvió para susurrar:

—Ahora debemos guardar silencio. No nos conviene que nos vean aquí.

La arboleda que cubría la meseta estaba dividida por las barras horizontales de la roja luz del crepúsculo. Los grandes árboles de algodón y los ficus eran pilares que sostenían una inmensa nave catedralicia de un verde cada vez más oscuro.

Un poco más adelante se alzaban los banianos enormes, como monstruos que ya había visto a la ida a la luz de la luna. Aquellos árboles empequeñecían cuanto había a su alrededor, como enormes torres infinitamente longevas e infinitamente

majestuosas.

Farris vio de repente a un nativo laosiano, una pequeña figura oscura, a diez metros de distancia delante de él. Había otros dos, a cierta distancia, y todos estaban allí totalmente quietos, mirando en otras direcciones.

Reconoció en ellos a los *hunati*. Hombres en aquel extraño estado de vida ralentizada, retardada hasta extremos increíbles en sus procesos vitales. Farris notó un escalofrío y murmuró por encima del hombro:

—Será mejor que regreses al bungalow y esperes.

—No —susurró ella—. Ahí está André.

Farris se volvió, sobresaltado. Entonces, también él vio a Berreau.

Su cabeza rubia descubierta, su rostro enjuto y blanco, como una máscara, congelado en una postura bajo una gigantesca higuera a unos treinta metros a la derecha.

¡Hunati!

Aunque Farris lo había pensado, no por ello se sentía menos sorprendido. Tampoco era que considerara a los nativos como seres inferiores. Lo más extraño para él era que, apenas unas horas antes, había estado hablando con un Berreau absolutamente normal. ¡Y ahora, le encontraba así!

Berreau permanecía de pie en una posición ridícula que recordaba las «estatuas vivientes» de la antigüedad. Un pie ligeramente levantado, el cuerpo algo inclinado hacia delante y los brazos un poco alzados.

Al igual que los nativos ralentizados de delante, Berreau estaba vuelto hacia el rincón más alejado de la arboleda, donde se alzaban los gigantes banianos. Farris le tocó el brazo.

—Berreau, tiene que despertar de esa pesadilla.

—No sirve de nada hablarle —susurró la muchacha—. No te escucha.

No, no escuchaba. Estaba viviendo a un ritmo tan lento que ningún sonido tenía sentido para él. Su rostro era una máscara rígida, con los labios ligeramente entreabiertos para respirar y la mirada fija al frente. Lenta, muy lentamente, los párpados se cerraron y cubrieron aquellos ojos de mirada fija, antes de volver a abrirse en un parpadeo infinitamente ralentizado.

El movimiento, el pulso, la respiración... todo cien veces más lento de lo normal. Estaba vivo, pero no en forma humana. En absoluto en forma humana...

Lys estaba tan anonadada como Farris. Más tarde, éste se dio cuenta de que, hasta aquel instante, no debía haber visto nunca a su hermano en aquel estado.

—Tenemos que llevarle al bungalow, como sea —murmuró la muchacha—. ¡No puedo dejarle otra vez aquí fuera días y días!

Farris agradeció el pequeño problema práctico que le permitió apartar sus

pensamientos de aquel horror inmóvil, congelado, aunque sólo fuera por un instante.

—Podemos improvisar una camilla con nuestras chaquetas —dijo—. Cortaré un par de palos.

Los dos bambúes, pasados por las mangas de ambas chaquetas, resultaron una parihuela de fortuna que dejaron en el suelo.

Farris alzó a Berreau. El cuerpo de éste estaba rígido, con los músculos tensos en un esfuerzo no menos potente porque fuera infinitamente lento.

Depositó al francés en la camilla y miró a la muchacha.

—¿Me ayudas a llevarlo? ¿O vas por un nativo?

Ella movió la cabeza en actitud negativa.

—Los nativos no deben enterarse de esto. André no pesa mucho.

Era cierto. Pesaba muy poco, como si estuviera consumido por la fiebre, aunque el horrorizado Farris sabía que no era la fiebre lo que le afectaba.

¿Por qué saldría a la jungla un joven botánico civilizado y empezaría a tomar una asquerosa droga primitiva que le ralentizaba a uno hasta dejarle en un estado de helado estupor? No tenía sentido.

Lys condujo su parte de la carga viviente bajo la mortecina luz de la luna en completo silencio. No dijo nada, ni siquiera cuando, de trecho en trecho, depositaron el cuerpo del muchacho en el suelo para tomarse un descanso.

Una vez llegaron al bungalow y lo depositaron en la cama, la muchacha se derrumbó en una silla y ocultó el rostro entre sus manos.

Farris le habló dándole unos ánimos que él mismo no tenía.

—No te preocupes. Ahora le cuidaremos. Pronto le sacaremos de esto.

Ella movió la cabeza con gesto de negativa.

—¡No! ¡No intentes despertarle! Tiene que hacerlo por sí mismo, y le llevará muchos días.

«De ningún modo», pensó Farris. Él tenía que buscar la madera de teca, y necesitaba que Berreau le ayudara a contratar la mano de obra.

Entonces, el abatimiento de la pequeña figura de la muchacha le emocionó. Se acercó y suavemente le golpeó en el hombro.

—Está bien, te ayudaré a cuidar de él. Veremos de meterle un poco de sentido común para hacerle regresar a Francia. Y ahora veamos qué hay de cena.

Lys encendió una lámpara y salió. Farris escuchó que llamaba a los sirvientes.

Miró a Berreau y volvió a sentirse mal. El francés yacía en la cama con la mirada fija en el techo. Estaba vivo, respiraba..., y sin embargo su retardado ritmo vital le distanciaba de Farris tanto como pudiera hacerlo la muerte.

No. No del todo. Lenta, tan lentamente que apenas alcanzaba a detectar el movimiento, los ojos de Berreau se volvían hacia la figura de Farris.

Lys entró de nuevo en la sala. Seguía en silencio, pero Farris empezaba a

conocerla mejor y, por su expresión, supo que estaba asombrada.

—¡Los criados se han ido! ¡Ahra, y las muchachas..., y también tu guía! Deben de habernos visto traer a André.

Farris la comprendió.

—¿Entonces nos han dejado porque hemos traído de vuelta a un hombre que está *hunati*?

—Todos los nativos temen ese rito —asintió ella—. Se dice que sólo algunos se dedican a ello, pero todos le tienen un temor reverencial.

Farris dedicó un instante a maldecir en voz baja al desaparecido annamés que le había llevado hasta allí.

—Piang se ha largado como un conejo asustado a las primeras de cambio. Un buen comienzo para el trabajo que tengo que hacer aquí.

—Quizás habría sido mejor que te fueras con él —murmuró Lys, titubeante. A continuación, añadió en clara contradicción con lo anterior—: No, no puedo tomarme la situación con heroísmo. ¡Quédate conmigo, por favor!

—Por supuesto —asintió él—. No puedo regresar río abajo e informar que no he cumplido mi encargo por culpa de...

Farris se detuvo, pues la muchacha no le escuchaba. La mirada de Lys estaba fija en un punto más allá de donde él se encontraba.

Precisamente, en la cama donde habían depositado a Berreau. Farris se volvió en redondo. Mientras ellos conversaban, Berreau se había estado moviendo, en un intento por levantarse. Tardó minutos en levantar el cuerpo, con una lentitud dolorosa e interminable.

Casi imperceptiblemente, su pie derecho empezó a levantarse del suelo. Estaba empezando a andar, sólo que a una velocidad cien veces más lenta de lo habitual.

Berreau pretendía encaminarse hacia la puerta. Lys lo contemplaba con unos ojos llenos de ansiedad y lástima.

—Intenta regresar a la arboleda —dijo—, y seguirá intentándolo mientras siga estando *hunati*.

Farris levantó a Berreau del suelo sin ningún problema y lo devolvió a la cama. Sintió en la frente un sudor frío.

¿Qué había en aquella meseta que atraía a los adoradores, sumergidos en un extraño trance de vida ralentizada?

3. Impía atracción

—¿Cuánto tiempo permanecerá en ese estado? —preguntó a la muchacha, volviéndose hacia ella.

—Mucho —respondió ella, apesadumbrada—. Tardará semanas hasta que se le

pase el *hunati*.

A Farris le disgustó la perspectiva, pero no podía hacer nada.

—Bien, nos cuidaremos de él. Los dos juntos.

—Uno de nosotros tendrá que estar vigilándolo en todo momento, porque intentará volver a la jungla.

—De momento, ya has tenido suficiente —dijo Farris—. Yo le vigilaré esta noche.

Así lo hizo. No sólo aquella noche, sino las siguientes. Los días se transformaron en semanas. Los nativos siguieron evitando la cabaña y las únicas caras que vio durante ese tiempo fueron la de la pálida muchacha y la del hombre que vivía de aquel modo tan diferente al de los seres humanos.

Berreau no cambió. No parecía dormir, ni necesitar alimento o bebida. No cerraba nunca los ojos, salvo para efectuar sus lentísimos parpadeos.

No dormía ni dejaba de moverse. Siempre estaba en acción, aunque fuera en aquel extraño tempo terriblemente lento que apenas podía distinguirse a simple vista.

Lys tenía razón. Berreau pugnaba por regresar a la jungla. Quizá viviera cien veces más lento de lo normal, pero de algún modo seguía consciente y no dejaba de intentar volver a la arboleda silenciosa y prohibida donde le habían encontrado.

Farris se cansó de devolver a la cama la figura inmóvil como una estatua y, con el permiso de la muchacha, ató a Berreau por los tobillos. Ello no mejoró demasiado las cosas. En cierto modo, resultaba todavía más perturbador estar sentado junto al lecho iluminado y contemplar la lenta pugna de Berreau por liberarse.

La angustiosa lentitud de cada movimiento hacía que los nervios de Farris se crisparan. Pensó en administrarle a Berreau algún sedante para mantenerle dormido, pero no se atrevió.

Había observado en el antebrazo de Berreau una pequeña incisión manchada de una sustancia verde y pegajosa. Junto a ella había varias cicatrices de incisiones anteriores. Farris desconocía qué tipo de loca droga había sido inoculada a aquel hombre para convertirle en *hunati*, y no se atrevió a buscar un antídoto.

Finalmente, una noche, Farris alzó la mirada de un ejemplar antiguo de *L'Illustration*, aburrido de tanto releerlo, y se puso en pie con un respingo.

Berreau todavía estaba acostado en la cama, pero acababa de parpadear. Lo había hecho a la velocidad normal, y no con la lentitud de aquellas últimas semanas.

—¡Berreau! —dijo rápidamente Farris—. ¿Se encuentra bien, por fin? ¿Puede oírme?

Berreau le miró con aire frío y poco amistoso.

—Sí, le oigo, Farris. ¿Puedo preguntarle por qué se ha entremetido en esto?

Farris se quedó sorprendido. Llevaba tanto tiempo haciendo de enfermero que había llegado a considerar inconscientemente al otro como un enfermo que le estaría

agradecido por sus desvelos. Sin embargo, ahora advertía que Berreau estaba lleno de una fría irritación y, por otra parte, en absoluto agradecido.

El francés estaba liberándose los tobillos. Aunque sus movimientos eran temblorosos, consiguió ponerse en pie con normalidad.

—¿Y bien? —insistió.

Farris se encogió de hombros.

—Su hermana había salido a buscarle, y yo la ayudé atraerle hasta aquí. Eso es todo.

Berreau pareció un poco sorprendido.

—¿Lys ha hecho eso? ¡Es una transgresión del Rito! ¡Puede traerle problemas! —dijo Berreau.

El resentimiento y la crispación hicieron que las bruscas palabras de Farris parecieran brutales.

—¿Por qué se preocupa ahora de Lys, si lleva meses torturándola con sus experiencias sobre la brujería nativa?

Berreau no le contestó con acritud, como Farris esperaba, sino que asintió pesadamente.

—Es cierto. Eso es lo que he hecho con Lys.

—¿Por qué lo hace, Berreau? —exclamó Farris—. ¿A qué viene ese asunto impío de los *hunati* que tanto le atrae? ¿Por qué quiere vivir cien veces más lento de lo normal?, ¿qué consigue con ello?

El francés lo contempló con ojos demacrados.

—Cuando uno está *hunati*, entra en un mundo extraño. Un mundo que existe a nuestro alrededor a lo largo de toda la vida, pero que jamás comprendemos ni experimentamos.

—¿Qué mundo?

—El mundo de las hojas verdes, de las raíces y las ramas —respondió Berreau—. El mundo de la vida vegetal, que nunca llegamos a comprender por la diferencia que existe entre su ritmo vital y el nuestro.

Un tanto vagamente Farris empezó a entender.

—¿Quiere decir que este cambio *hunati* le permite vivir al mismo ritmo que las plantas?

—Sí —confirmó Berreau—. Y esa simple diferencia de ritmos vitales es el umbral a un mundo desconocido e increíble.

—Pero..., ¿cómo?

El francés señaló la incisión de su antebrazo, a medio curar.

—Es la droga. Un producto nativo que ralentiza el metabolismo, el ritmo cardíaco, la respiración, los mensajes nerviosos, todo el funcionamiento corporal. Se

basa en la clorofila. La sangre verde de la vida vegetal, el complejo químico que permite a las plantas asimilar la energía directamente del sol. Los nativos la preparan a partir de hierbas, según un método propio que desconozco.

—Nunca habría dicho que la clorofila pudiera tener efecto en un organismo animal —afirmó Farris, incrédulo.

—Esta afirmación demuestra que sus conocimientos de bioquímica están caducos —replicó Berreau—. En marzo de 1948, dos químicos de Chicago se dedicaron a la producción o extracción de grandes cantidades de clorofila y anunciaron que la inoculación de ésta en perros y ratas parecía prolongar en gran medida la vida al modificar la capacidad de oxidación de las células.

»Prolongar la vida, sí. ¡Pero ralentizándola! Un árbol vive más que un hombre porque no vive tan aprisa. Se puede conseguir que un hombre viva tanto y tan lentamente como un árbol, mediante la inoculación del adecuado compuesto clorofílico en su sangre.

—A eso es a lo que se refería al decir que los pueblos primitivos se anticipan a veces a descubrimientos científicos modernos, ¿verdad?

Berreau asintió.

—Esta solución clorofílica *hunati* puede ser un secreto antiquísimo. Creo que siempre ha sido conocido por algunos hombres entre los pueblos primitivos que habitan las selvas del planeta —con la mirada perdida, y en tono sombrío, añadió—: La adoración a los árboles, la dendrolatría, es tan antigua como la raza humana. El Árbol Sagrado de Sumeria, los bosques de Dodona, los robles de los druidas, el árbol Ygdrasil de los nórdicos, incluso nuestro árbol de Navidad... Todos ellos parten de la adoración primitiva a ese otro tipo de vida extraño que comparte la Tierra con nosotros. Creo que siempre ha habido adoradores secretos que han mantenido el conocimiento de la pócima que les permitía conseguir una comunión total con ese otro tipo de vida, adecuándose durante un tiempo a su lento ritmo vital.

—Pero, ¿cómo se introdujo usted en ese extraño culto? —preguntó Farris con aire asombrado.

El francés se encogió de hombros.

—Los seguidores del culto sentían gratitud hacia mí porque había salvado la jungla de un posible peligro de muerte.

Avanzó unos pasos hacia un rincón de la sala en donde había instalado un laboratorio de botánica y tomó un tubo de ensayo.

Estaba lleno de unas minúsculas esporas, como polvo, de un color verde grisáceo casi leproso.

—Ésta es la plaga birmana, que ha arruinado bosques enteros al sur del Mekong. Un peligro mortal para los árboles tropicales. Estaba empezando a penetrar en territorio laosiano, pero yo les enseñé a las tribus el modo de combatirlo. En

recompensa, la secta secreta de los *hunati* me hizo uno de ellos.

—Sigo sin entender cómo un hombre con educación europea ha podido caer en esas estúpidas ceremonias y rituales —insistió Farris.

—*Dieu*, ¡estoy tratando de hacérselo entender! ¡Intento decirle que fue mi curiosidad como botánico lo que me llevó a entrar en el Rito y a tomar la pócima! —Berreau continuó sin detenerse—. ¡Pero usted es como Lys, no entiende nada! ¡No puede comprender lo maravilloso, lo extraño y lo bello de llevar ese otro tipo de vida!

Algo en el rostro arrebatado y pálido de Berreau, en sus ojos hechizados, puso a Farris la piel de gallina. Las palabras del francés habían parecido alzar por un instante un velo, convirtiendo algo cotidiano y familiar en una vaga y terrible amenaza.

—¡Escuche, Berreau! Tiene que cortar con esto y marcharse de aquí en seguida. El francés sonrió melancólicamente.

—Lo sé. Muchas veces me lo he dicho a mí mismo, pero no me voy. ¿Cómo puedo abandonar el paraíso de un botánico?

Lys había entrado en la sala y miraba con languidez a su hermano.

—André —suplicó—, ¿no quieres abandonar esto y volver conmigo a casa?

—¿O está demasiado hundido en este nefasto vicio para tener en cuenta si a su hermana se le rompe el corazón? —añadió Farris.

—¡Sois un par de puritanos! ¡Me tratáis como a un toxicómano sin conocer la maravillosa experiencia que acabo de tener! He estado en otro mundo, en una tierra extraña que nos rodea cada día de nuestras vidas y que ni siquiera vemos, y pienso regresar allí una y otra vez.

—¿Volverá a usar ese fármaco de clorofila para entrar en ese estado? —interrogó Farris, furioso.

Berreau asintió, desafiante.

—¡No! —exclamó Farris—. ¡De ningún modo! De lo contrario, saldremos a buscarle y le traeremos aquí otra vez. Una vez esté *hunati*, quedará indefenso ante nosotros.

—¡Tengo un modo de evitar que lo hagáis! ¡Sus amenazas son peligrosas! —replicó el francés, furioso.

—¡No tiene cómo! —contestó de inmediato Farris—. Una vez esté ralentizado en ese otro tiempo vital, queda a merced de la gente normal. No le amenazo, Berreau, ¡sólo intento salvarle la salud mental!

Berreau salió de la sala sin responder. Lys miró al norteamericano con lágrimas en los ojos.

—No te preocupes por eso —le confortó Farris—. Se repondrá pronto.

—Me temo que no —musitó la muchacha—. Se ha convertido en una locura en su cerebro.

Interiormente, Farris asintió. Fuera cual fuese la atracción por ese mundo

desconocido que había llevado a Berreau a entrar en aquel cambio de ritmo vital, ahora había hecho presa en él y en su razón hasta límites que parecían irrecuperables.

Un escalofrío recorrió a Farris: hombres que vivían al mismo ritmo de las plantas, pasando del plano de la vida animal a otro tipo de vida y de mundo extrañamente distinto.

Aquel día el bungalow estaba sumido en un opresivo silencio: los sirvientes se habían ido, Berreau estaba encerrado en su laboratorio y Lys deambulaba de un lado a otro con tristeza en la mirada.

Sin embargo, Berreau no intentó salir, pese a que Farris había estado esperándole, dispuesto a un enfrentamiento. Por la tarde, Berreau pareció volver a sus investigaciones. Ayudó a Lys a preparar la cena.

Sentado a la mesa, el francés casi parecía alegre. Demostraba un febril buen humor que no convenció a Farris. De común acuerdo, ninguno de los tres mencionó lo que tenían más presente en sus mentes.

Cuando Berreau se retiró a dormir, Farris le dijo a Lys:

Vete a la cama; últimamente has dormido muy poco y te caes de sueño. Yo vigilaré.

En su habitación, Farris sintió que también a él le invadía el sopor. Se incorporó de la silla, luchando contra la pesadez que le impulsaba a cerrar los párpados. Entonces, de pronto, lo comprendió.

—¡Narcóticos! —exclamó, y notó que su voz era apenas un susurro—. ¡Nos ha puesto algo en la cena!

—Sí —dijo otra voz lejana—. Sí, Farris.

Berreau había entrado. Parecía un gigante a los ojos vidriosos de Farris. Al acercarse más a él, Farris vio en su mano una aguja de la que goteaba una sustancia verde y viscosa.

—Lo lamento, Farris —Berreau estaba subiéndole la manga y Farris no podía hacer nada por impedirlo—. Lamento hacerles esto a usted y a Lys, pero de lo contrario se entremeterían, y éste es el único modo en que no podrán hacerme volver.

Farris notó el pinchazo de la aguja. Fue lo último que sintió antes de quedar inconsciente a causa del narcótico.

4. Mundo increíble

Farris se despertó y, durante un confuso momento, se preguntó qué le había sobresaltado tanto. Entonces se dio cuenta.

Era la luz del día. Se apagaba y encendía cada pocos minutos. La obscuridad nocturna llenaba la habitación y, de pronto, había un repentino estallido de la aurora, un breve período de luz brillante, y de nuevo la noche.

Iba y venía, se iluminaba y oscurecía cada pocos instantes mientras él contemplaba el fenómeno. Parecía el latir lento y estable de un gigantesco pulso, sístole y diástole de luz y oscuridad.

¿Días reducidos a minutos? ¿Cómo podía ser? y entonces, mientras acababa de despertar, lo recordó.

—¡Estoy *hunati*! ¡Me ha inyectado esa sustancia clorofílica en las venas! — exclamó.

Sí, ahora él también estaba *hunati*. Vivía a un ritmo cien veces más lento de lo normal.

Y por eso los días y las noches parecían transcurrir cien veces más deprisa de lo normal. ¡Desde que había despertado, habían pasado ya varios días!

Se puso en pie, tambaleándose. Al hacerlo, tocó la pipa que estaba sobre el brazo del asiento.

La pipa no cayó al suelo. Desapareció al instante y, en el momento siguiente, estaba en el suelo.

—Se ha caído, pero tan rápido que no he alcanzado a verlo.

Farris sintió que su cerebro reaccionaba al impacto de algo tan sobrenatural. Se descubrió temblando intensamente.

Luchó por sobreponerse. Aquello no era brujería. Era una ciencia secreta y demoníaca, pero no sobrenatural.

El se sentía tan normal como siempre. Sólo lo que le rodeaba, sobre todo el rápido cambio de noches y días, le daba a entender que estaba cambiando.

Escuchó un grito y salió a toda prisa de la sala del bungalow. Lys llegó corriendo hasta él.

Todavía llevaba la chaqueta y los pantalones, señal evidente de que había estado excesivamente preocupada por su hermano para acostarse del todo. Y en su rostro había una expresión de terror.

—¿Qué ha sucedido? —gritó—. La luz... Farris la tomó por los hombros.

—Lys, no pierdas la calma. Lo que sucede es que ahora también nosotros estamos *hunati*. Ha sido tu hermano. Nos puso un narcótico en la cena y después nos inyectó ese compuesto de clorofila.

—Pero ¿por qué? —sollozó Lys.

—¿No lo comprendes? El quería volverse *hunati* otra vez y regresar a la jungla. Y si nosotros seguíamos normales, podíamos atraparlo y traerle de regreso. Para evitarlo, nos cambió también a nosotros.

Farris fue a la habitación de Berreau. Allí confirmó sus sospechas: el francés no estaba.

—Iré tras él —dijo secamente—. Tiene que volver, porque estoy seguro de que tiene un antídoto para esta maldita droga. Tú espera aquí.

Lys se asió a él.

—¡No, aquí sola, de esta manera, me volvería loca!

Farris advirtió que la muchacha estaba al borde de la histeria. No le extrañaba. El lento latido de los días y las noches bastaba por sí solo para desequilibrar la razón de cualquiera.

—Está bien —accedió—. Pero aguarda un momento.

Volvió a la habitación de Berreau y tomó un gran machete filipino, denominado bolo, que había visto apoyado en un rincón.

Entonces vio otra cosa, algo que brillaba a la luz titilante, sobre la mesa del laboratorio del botánico.

Farris se lo llevó al bolsillo. Si no conseguía hacer volver a Berreau por la fuerza, la amenaza de aquel objeto quizá sirviera para convencerle.

Él y Lys corrieron a la galería y bajaron la escalera. Entonces se detuvieron, pasmados.

La gran jungla que se alzaba ante ellos era ahora una visión de pesadilla. Se agitaba y extendía con una vitalidad no terrestre; las grandes ramas se aplastaban y se enroscaban unas con otras luchando por la luz mientras los zarcillos se retorcían entre aquéllas a increíble velocidad, en un crujiente rugido de vida vegetal exuberante y agitada. Lys palideció.

—¡La selva ha cobrado vida!

—Es la misma de siempre —la animó Farris—. Somos nosotros los que hemos cambiado. Ahora vivimos con tal lentitud que las plantas parecen moverse deprisa.

—¡Y André está ahí metido! —gritó ella, con un estremecimiento. Por fin, el valor volvió a sus pálidas facciones—. Pero no tengo miedo —añadió.

Iniciaron la marcha por la jungla hacia la meseta de los árboles gigantes. En aquel mundo increíble reinaba una sensación tremenda de irrealidad.

Farris notó la diferencia en sí mismo. No tenía sensación alguna de ralentización. Sus propios movimientos y percepciones le parecían normales. Lo único que sucedía era, simplemente, que a su alrededor la vegetación tenía una salvaje movilidad que, por su rapidez, parecía propia de animales.

Las hierbas crecían bajo sus pies como pequeñas espadas verdes alzándose hacia la luz. Los capullos se hinchaban, estallaban, extendían al aire sus brillantes pétalos, esparcían su fragancia..., y morían.

De cada brote surgían nuevas hojas para vivir su breve e intenso momento, antes de amarillear y caer. La selva era un calidoscopio de colores en constante cambio, desde el verde pálido al marrón amarillento, que formaba pequeñas y rápidas olas conforme sus componentes nacían o morían.

Sin embargo, aquella vida de la jungla no tenía nada de pacífica o serena. Hasta entonces, a Farris le había parecido que las plantas de la tierra existían en una plácida

inercia absolutamente distinta a la vida animal, que constantemente cazaban o eran cazados. Ahora comprendía lo equivocado que había estado.

Cerca de ellos, un almez tropical crecía junto a un helecho gigante. Como un pulpo, los zarcillos del primero se enroscaron alrededor del helecho, que se agitó. Sus frondas dieron violentas sacudidas mientras sus tallos pugnaban por liberarse. Sin embargo, los aguijones de los zarcillos le causaron rápidamente la muerte.

Las lianas reptaban como grandes serpientes entre los árboles, rodeando los troncos y enterrando sus hambrientas raíces parásitas en la corteza viva de los mismos.

Y los árboles las combatían. Farris vio cómo las ramas se sacudían y golpeaban las lianas asesinas; era como la lucha de un hombre contra una gigantesca pitón.

Sí, era muy parecido. Porque los árboles, las plantas, tenían conciencia. De un modo extraño, muy diferente, pero eran tan conscientes como sus hermanos más rápidos.

Cazadores y cazados. Lianas estranguladoras, orquídeas hermosas y mortíferas que eran como cánceres corroyendo troncos sanos, hongos que se arrastraban como lepra: eran los lobos y chacales de aquel mundo vegetal.

Incluso entre los árboles, Farris observó el desarrollo de una lucha sorda e interminable por la existencia. Los árboles de algodón y los bambúes y ficus..., también ellos conocían el dolor, el temor y la amenaza de muerte.

Podía escucharlos. Con sus nervios aurales amortiguados hasta una receptividad increíble, escuchó la voz de la jungla, la auténtica voz que no tenía nada que ver con el familiar sonido del viento en las ramas.

Era la voz primordial del nacimiento y la muerte que hablaba ya mucho antes de que el hombre apareciera en la Tierra, y que seguiría hablando mucho después de que desapareciera.

Al principio, sólo había notado un enorme rugido crujiente. Ahora distinguía diversos sonidos: los agudos gritos de la hierba y de los brotes de bambú al surgir de la tierra, el jadeo y el gemido de las ramas enzarzadas y agonizantes, la risa de las hojas jóvenes allá en lo alto, el susurro furtivo de los zarcillos.

Y casi alcanzaba a oír pensamientos que hablaban dentro de su mente. Los remotos pensamientos de los viejos árboles.

Farris sintió una terrible amenaza, y no quiso escuchar los pensamientos de los árboles.

La lenta y constante pulsación de luz y oscuridad prosiguió. Días y noches corrían a tremenda velocidad sobre los *hunati*.

Lys, a su lado, tambaleándose por el camino, emitió un grito de terror. Un zarcillo negro serpenteante había surgido de entre los árboles y se lanzaba sobre ella con la rapidez de una cobra, enroscándose hábilmente para rodear su cuerpo.

Farris blandió su machete y lo dejó caer sobre la planta. Sin embargo, ésta volvió a la carga, creciendo con asombrosa rapidez y alargando el extremo hacia él. Descargó otro golpe, horrorizado, y empujó a la muchacha hacia delante, por la ladera de la meseta.

—¡Tengo miedo! —gimió ella—. ¡Puedo oír los pensamientos..., los pensamientos de la selva!

—Es tu imaginación —replicó él—. ¡Ignóralos!

¡Pero él también los escuchaba! Muy leves, como sonidos en el límite de la capacidad auditiva. Le pareció que a cada minuto —a cada día reducido aun aparente minuto— podía entender con más claridad los impulsos telepáticos de aquellos organismos que tenían una vida consciente propia, paralela a la humana pero prohibida, eternamente a éste, salvo cuando el hombre estaba *hunati*.

Le pareció que el humor de la jungla había cambiado; que tras el daño producido al zarcillo se había percatado de su presencia. Como una multitud llevada por la ira, los árboles que les rodeaban se volvieron amenazadores. Un gruñido y un murmullo surgió entre ellos.

Las ramas golpearon a Farris y a la muchacha, las lianas se cernieron sobre ellos con sus ciegas cabezas y su gracia serpenteante. Los arbustos y zarzas se clavaron en sus carnes con crueldad, extendiendo sus espinosas ramas para desgarrarles. Los delgados árboles jóvenes les azotaron como látigos, y las cañas de bambú, de rapidísimo crecimiento, intentaron bloquear su avance, mientras vibraban golpeándose unas con otras, como si estuvieran furiosas.

—¡Es nuestra imaginación! —le aseguró a la muchacha—. Como la jungla vive al mismo ritmo que nosotros, nos parece que sabe de nuestra presencia.

¡Tenía que creérselo él mismo, era imprescindible!

—¡No! —gritó Lys—. ¡No! La jungla sabe que estamos aquí.

Un acceso de pánico amenazó con romper el autocontrol de Farris, mientras el salvaje rugido de la selva aumentaba. Echó a correr, arrastrando con él a la muchacha, cubriéndola del ataque de la enfurecida jungla con su cuerpo.

Siguieron adelante, internándose en la impresionante arboleda sobre la meseta, bajo el latir del transcurso de los días y las noches.

Ahora, los árboles les parecían gigantes en plena lucha; los grandes árboles de algodón y los ficus se golpeaban mutuamente con estrépito mientras sus ramas pugnaban por alcanzar el cielo despejado y azul, como dos gigantes combatientes cubiertos de hojas bajo los cuales los dos seres humanos eran unos pigmeos.

Sin embargo, los arbustos y árboles menores de la jungla que quedaban bajo su posición seguían lanzando con malicia sus zarcillos y sus lianas hacia ellos, y desgarraban a los humanos con las espinas. La mente enfebrecida de Farris volvió a captar, con más nitidez y limpieza, el leve impacto de unos impulsos telepáticos

incomprensibles.

Después, amortiguando todos aquellos pensamientos mortecinos y enfurecidos, llegaron otros avasalladores, dominantes, de una acusada majestuosidad, unas voces silenciosas, intensas, potentes y extrañas como la voz de una tierra primordial.

—¡Detenedles! —parecían repetir en la mente de Farris—. ¡Detenedles! ¡Matadles! ¡Ellos son nuestros enemigos!

Lys emitió un tembloroso grito:

—¡André!

En aquel instante, Farris le vio. Berreau estaba delante de ellos, de pie a la sombra de los monstruosos banianos. Tenía los brazos alzados hacia los impresionantes colosos, como si los adorara. Sobre él se cernían los gigantes verdes, dominando toda la jungla.

—¡Detenedles! ¡Matadles!

Las majestuosas voces mentales resonaban ahora tan alto que la mente de Farris apenas podía escuchar nada más. Cada vez estaba más cerca de ellos..., más...

Entonces lo comprendió, aunque su mente se negaba a reconocer que así era. Supo de dónde partían aquellas voces, y por qué Berreau adoraba a los banianos.

Naturalmente que eran como dioses, aquellos colosos verdes que habían vivido eras, cuyos brazos alcanzaban el cielo y cuyas raíces aéreas caían y se extendían y se agarraban como cientos de manos...

Violentamente, Farris intentó apartar de sí el pensamiento. Él era un hombre, de un mundo humano, y no debía adorar a dioses extraños.

Berreau se había vuelto hacia ellos. Los ojos del francés estaban rojos de furia, y Farris, antes incluso de que Berreau dijera una palabra, se dio cuenta de que éste se había vuelto loco.

—¡Íos los dos! —ordenó—. ¡Habéis sido unos estúpidos al venir por mí! ¡Mientras veníais habéis matado, y la jungla lo sabe!

—¡Escuche, Berreau! —gritó Farris—. ¡Olvide esta locura y regrese con nosotros!

Berreau emitió una carcajada espeluznante.

—¿Es una locura que los Señores descarguen ahora sus palabras encolerizadas sobre vosotros? Podéis escucharlas en vuestro cerebro, pero tenéis miedo de escuchar. ¡Hace bien en tener miedo, Farris! Lleva muchos años sacrificando árboles, igual que acaba de descargar ese machete, y la jungla sabe que es su enemigo.

—¡André!

Lys, con el rostro semienterrado entre las manos, estaba sollozando.

Farris sintió que la mente se le rompía bajo el impacto de aquella escena de locura. El latir incesante y acelerado de la luz y la oscuridad, el crujir y gemir de la jungla viva a su alrededor, los zarcillos que se extendían como áspides y las ramas

que les golpeaban y los banianos gigantes meciéndose airados sobre ellos...

—¡Éste es el mundo donde el hombre pasa toda su vida y jamás llega a ver o sentir! —gritaba Berreau—. He venido a él una y otra vez. ¡Y en cada ocasión he oído con más claridad la voz de los Mayores!

»Son las criaturas más antiguas y poderosas de nuestro planeta. Hace tiempo, el hombre lo sabía y las adoraba por la sabiduría que podían conceder. Sí, las adoraba como a Ygdrasil, y al Roble del Druida, y al Árbol Sagrado. Pero el hombre moderno ha olvidado esta otra tierra. ¡Todos menos yo, Farris..., todos menos yo! He encontrado en este mundo una sabiduría como jamás podría soñar. ¡Y vuestra estúpida ceguera no va a arrancarme de su lado!

Farris comprendió que era demasiado tarde para hacer entrar en razón a Berreau. El francés había frecuentado y profundizado en exceso aquella otra tierra, tan extraña para la humanidad como si se encontrara en el otro extremo del universo.

Precisamente por temor a ello, Farris había llevado en el bolsillo de su chaqueta el objeto que recogiera en el laboratorio de Berreau. Aquello era lo único que podía obligar a Berreau a obedecerle.

Farris lo extrajo del bolsillo y lo sostuvo en alto para que el francés pudiera verlo.

—¡Ya sabe qué es esto, Berreau! ¡Y ya sabe qué puedo hacer con ello si me obliga!

En los ojos de Berreau hubo un destello de tremendo temor al reconocer el pequeño tubo de ensayo de su propio laboratorio.

—¡La plaga birmana! ¡No sería capaz, Farris! ¡No sería capaz de dejar eso suelto aquí!

La furia, el odio y el temor se fundieron en la mirada de Berreau al contemplar el inocente tubo de ensayo tapado con un corcho que contenía el polvillo gris verdoso.

—¡Le mataré por esto! —añadió el francés, con los dientes apretados.

Lys emitió un grito. Unas lianas negras habían reptado hasta ella mientras la muchacha ocultaba el rostro entre las manos. Ahora, las lianas se habían enroscado a sus piernas como serpientes agitadas y ahora tiraban de ella para derribarla al suelo.

La jungla pareció emitir un rugido de triunfo. Los zarcillos, ramas, zarzas y plantas trepadoras se alzaron hacia ellos. Las extrañas voces telepáticas latieron en sus mentes, mortecinamente atronadoras.

—¡Matadles! —decían los árboles.

Farris se lanzó contra la masa de lianas y zarzas, descargando su machete sobre ellas. Cortó los zarcillos que retenían a la muchacha y las ramas que les azotaban furiosamente a ambos.

Entonces, desde atrás, Berreau descargó un golpe furioso sobre el codo de Farris e hizo caer el machete de la mano de éste.

—¡Ya le dije que no matara, Farris, se lo dije!

—¡Matadles! —latió el pensamiento telepático de los árboles.

Sin apartar la mirada de Farris, Berreau dijo a su hermana:

—¡Huye, Lys! Sal de la jungla. Este asesino debe morir.

Al mismo tiempo que lo decía, se lanzó sobre Farris, pálidas las facciones y con los puños cerrados.

El norteamericano tuvo que retroceder unos pasos y tropezó con un baniano gigante. Los dos hombres cayeron al suelo, agarrados el uno al otro. Los zarcillos se lanzaron inmediatamente hacia ellos, rodeándoles y dificultando sus movimientos hasta dejarles inmovilizados.

Y entonces, la jungla emitió un chillido.

Un grito a la vez telepático y audible, cargado de terror. Una expresión de extraña agonía más allá de todo lo humano.

Las manos de Berreau soltaron el cuello de Farris. El francés, confundido con su rival entre los zarcillos y zarzas, alzó la mirada con aire horrorizado.

Entonces Farris se dio cuenta de lo sucedido. El pequeño tubo de ensayo, el contenedor de la plaga, se había roto sobre el tronco del baniano cuando Farris se golpeó con él.

Y aquella pequeña mancha de hongos verdegrisáceos corría ahora por la jungla como si fuera un incendio. La plaga, aquel asesino de otra zona selvática muy alejada, se propagaba con asombrosa y terrible rapidez.

—Dieu! —gritó Berreau—. Non..., non...!

Incluso en condiciones normales, las plagas de hongos parecen extenderse con rapidez. Ahora, ralentizados como estaban Farris y los dos hermanos, los hongos parecían un furioso fuego mortífero.

La mancha de la epidemia cubría los troncos, las ramas y las raíces aéreas de los majestuosos banianos, engullendo sus hojas, sus brotes y sus esporas. Los hongos corrían triunfalmente por el suelo, sobre lianas, hierbas y arbustos, consumiendo otros árboles y aprovechando las aéreas lianas.

Y atacó también a los zarcillos que mantenían medio inmovilizados a los dos hombres. Zarzas y lianas se agitaron en furiosas agonías hasta quedar rígidas y secas.

Farris sintió el húmedo y frío hongo colársele en la boca y en las fosas nasales y notó la tensión de unos cables acerados que aplastaban la vida en su interior. Entonces, el mundo pareció obscurecer...

Entonces, una cuchilla de acero silbó y refulgió, y la presión disminuyó. Llegó a sus oídos la voz de Lys, cuya mano intentaba arrancarle de las lianas rígidas y agonizantes que había conseguido cortar parcialmente. Farris se encontró libre, por fin.

—¡Mi hermano! —gimió la muchacha.

Farris utilizó el machete para abrirse paso entre la densa masa de zarcillos

moribundos que se agitaban como serpientes, rodeando todavía a Berreau.

Por fin, mientras apartaba las plantas, pudo ver el rostro del francés. Tenía un color rojo púrpura, rígido, y con la mirada fija y apagada. Las poderosas lianas se habían enroscado alrededor de su cuello hasta estrangularle.

Lys se arrodilló a su lado, llorando desconsoladamente. Sin embargo, Farris hizo que se pusiera de pie.

—¡Tenemos que salir de aquí! Está muerto... pero nos llevaremos el cuerpo.

—No —sollozó ella—. Déjale aquí, en la jungla.

Los ojos muertos del francés contemplando la muerte de aquel mundo vivo y extraño cuya frontera había cruzado ahora definitivamente. Sí, a Farris le pareció un simbolismo adecuado.

Al alejarse con Lys del lugar, a través de la jungla que se agitaba enfurecida en sus estertores agónicos, a Farris se le encogió el corazón.

A su alrededor, cada vez a mayor distancia, la muerte verdegrisácea se extendía por la verde espesura. Y, cada vez más débiles, llegaban hasta ellos los extraños gritos telepáticos que Farris nunca estaría seguro de haber escuchado en realidad.

—¡Morimos, hermanos! ¡Morimos!

Entonces, cuando a Farris le parecía que su salud mental cedería bajo el peso de aquella extraña agonía, se produjo un repentino cambio.

El latir de los días y las noches alternados se hizo más lento, y cada período de luz y de obscuridad fue haciéndose más y más prolongado...

Farris recuperó la conciencia tras un período de confusa semiinconsciencia. Él y la muchacha se encontraban de pie, tambaleándose bajo un brillante sol en la jungla agostada por la plaga.

Y dejaron de estar *hunati*.

Aquel fármaco clorofílico había perdido fuerza en sus organismos y, por fin, habían regresado al ritmo normal de la vida humana.

Lys alzó la vista, confusa, hacia la jungla que ahora parecía estática, apacible, inmóvil... y en la que la plaga verdegrisácea avanzaba ahora con tal lentitud que resultaba imposible apreciarlo a simple vista.

—Es la misma jungla, y sigue agonizando, consumiéndose —murmuró Farris con voz ronca—. Pero ahora vivimos otra vez a la velocidad normal y no podemos apreciarlo.

—¡Vámonos, por favor! —jadeó ella—. ¡Vámonos de aquí en seguida!

Tardaron una hora en regresar al bungalow y recoger todo lo que podían transportar. Por fin, tomaron el sendero hacia el Mekong.

El atardecer les vio salir de la zona consumida por la epidemia, ya avanzada la marcha hacia el río.

—¿Acabará realmente con toda la jungla? —susurró la muchacha.

—No. La jungla se defenderá, frenará y vencerá a esa plaga de hongos. Tardará muchos años, décadas incluso, según nuestro ritmo vital. Sin embargo, para ellos, para los árboles, la fiera lucha sigue desarrollándose en cada instante.

Y mientras continuaban su avance, a Farris le pareció que en su mente aún latía débilmente, procedente de la zona que dejaban atrás, aquel extraño y lacerante gemido telepático.

—¡Morimos, hermanos!

No volvió la vista atrás, pero se dio cuenta de que jamás podría volver a aquella selva ni a ninguna otra, que su profesión había terminado, y que nunca más volvería a matar un árbol.

El abuelo (James H. Schmitz)

James H. Schmitz (1911-1981) es conocido entre los lectores de ciencia ficción en lengua inglesa por ser el creador de Telzey Amberdon, una adolescente con poderes telepáticos que fue protagonista de sus novelas The universe against her (1964), y The lion game (1973). La de Telzey fue una de las primeras series de ciencia ficción con protagonista femenina, y todavía sigue siendo muy leída. Schmitz destacó por su estilo ágil, producto de una mente imaginativa, empleado en complejas historias sobre intrigas políticas en otros planetas, y en descripciones ingeniosas de la vida en otros mundos y de extraterrestres exóticos. Entre otras obras suyas de interés se cuentan: The whitches of Karres (1966), The demon breed (1968), y A pride of monsters (1970).

Normalmente, tendemos a pensar en los seres vivos como individuos o, si acaso, como especies. Los seres humanos son seres humanos, los gatos son gatos, las ardillas son ardillas, etcétera. Son objetos de la larga lista de seres vivos: objetos individualizados. Por tanto, si algo malo les sucede a las ardillas, es problema exclusivamente de ellas.

En absoluto. Si «ningún hombre es una isla», lo mismo sucede con las especies. No existe especie animal o vegetal que viva aislada; cada una depende de un modo u otro de otras, que a su vez dependen de otras más, y así hasta el punto en que todas las especies de la Tierra están vinculadas mediante un complejo sistema. Más aún, todas las especies dependen también de distintos aspectos del medio ambiente inanimado, y afectan asimismo a éste.

En la isla Mauricio existe un árbol condenado a la extinción ya que en los últimos tres siglos no ha arraigado ningún brote nuevo. Las semillas de este árbol sólo podían brotar después de haber sido reblandecidas por el paso, a través del tracto digestivo, de una especie local de pájaro, y este animal hace tres siglos que se extinguió. En los mares tropicales, los corales forman unos arrecifes que son el hogar de incontables especies de criaturas marinas. Hay plantas que no precisan alimento vivo pero que dependen totalmente de los insectos (y, en ocasiones, hasta de una especie de insecto en particular) para conseguir la polinización. De no ser por los insectos, se extinguirían como el árbol de la isla Mauricio y su pájaro.

El ganado come hierba, pero moriría de hambre sin los microorganismos de su tracto digestivo, pues son esos microorganismos, y no el animal, quienes digieren la hierba. Las termitas comen madera (eso es algo que cualquier persona sabe sobre las termitas), pero no pueden digerirla, también ellas dependen de unos microorganismos encargados de tal función.

Este tipo de interdependencia es un equilibrio ecológico, y la ecología es el estudio de las relaciones entre las especies en conjunto.

Estos estudios nos son desesperadamente necesarios, pues nunca en la historia de la Tierra ha habido una especie única de animales de gran tamaño que haya registrado tal aumento demográfico, que se haya extendido tanto por el planeta, que haya cambiado tan drásticamente el medio ambiente, que haya favorecido el desarrollo de determinadas especies mientras arrasaba o simplemente reducía las especies que no deseaba o que, sencillamente, le resultaban indiferentes, como ha sucedido con los seres humanos en los últimos tiempos.

Todavía carecemos de los datos suficientes para poder calcular el daño que estamos haciendo a la

Tierra en general, y a nosotros mismos en particular (pues también nosotros dependemos del buen funcionamiento del equilibrio ecológico). Si, finalmente, resulta que el equilibrio ha sido suficientemente trastocado como para producir grandes cambios no deseados en el planeta, puede que cuando nos demos cuenta de ello ya sea demasiado tarde para corregir el problema.

La ecología es una ciencia de gran importancia, asimismo, para el escritor de ciencia ficción. Casi siempre, al describir algún mundo distante, se mencionan diversas formas de vida sin hacer el menor esfuerzo por vincularlas entre sí siguiendo un sistema razonable. En pocas palabras, a menudo se trata la vida extraterrestre, pero casi nunca se menciona la ecología extraterrestre. Resulta un hecho comprensible, ya que la ecología no es una rama de la biología demasiado desarrollada y se trata de un tema muy complejo que no resulta fácil comprender con claridad. No obstante, El abuelo, una de las historias de mayor éxito de James Schmitz, nos ofrece un atisbo interesante de la ecología de otro mundo.

Isaac Asimov

Un bicho aterciopelado de alas verdes y del tamaño de una gallina revoloteó sobre la ladera de la colina hasta quedar situado sobre la cabeza de Cord, alrededor de la cual empezó a dar vueltas a una altura de seis o siete metros. Cord, un joven ser humano de quince años, se recostó contra el deslizador posado en la zona ecuatorial de un mundo que sólo había conocido la presencia del hombre durante los últimos cuatro años terrestres y contempló al bicho con aire inquisitivo. Se trataba, en la terminología liberal y sencilla del Equipo Colonizador de Sutang, de un pájaro de los pantanos. Oculto por la piel aterciopelada de la cabeza del animal, había un segundo bicho de menor tamaño, un semiparásito catalogado como un cabalgapájaros.

El pájaro de los pantanos parecía pertenecer a una especie que Cord no conocía. El parásito podía resultar o no desconocido, eso ya se vería. Cord era un investigador por instinto; la primera mirada que había dirigido a la extraña pareja voladora había disparado en su interior una insaciable curiosidad llena de excitación. ¿Cómo se producía aquel curioso fenómeno, y por qué? ¿Qué hazañas fascinantes podría enseñarle a hacer, una vez domado adecuadamente?

Por regla general, las circunstancias le impedían desarrollar investigaciones de aquel tipo. Los estudiantes jóvenes de la colonia, como Cord, debían limitar su curiosidad al modelo de investigación decidido por la estación a la que estaban asignados. La marcada inclinación de Cord por los experimentos independientes le había ocasionado más de una reprimenda de sus superiores inmediatos.

Dirigió una despreocupada mirada en dirección a la Estación Colonial Yoger Bay, situada a sus espaldas. No había rastro de actividad humana junto al edificio bajo, semejante a una fortaleza y emplazado en la colina. La puerta central seguía cerrada. Quince minutos después, estaba previsto que se abriera para dejar salir a la Regente Planetaria, que aquel día inspeccionaría la Estación y sus principales actividades.

Cord decidió que quince minutos era tiempo suficiente para investigar algo sobre aquella nueva especie de pájaro.

Aunque primero debía capturarlo.

Sacó una de las dos armas que llevaba al cinto. La que sostenía era de su propiedad: un arma de proyectiles, del planeta Vanadia. Cord la preparó para lanzar unos pequeños proyectiles anestésicos y, tras el disparo, el animal cayó al suelo alcanzado limpia y microscópicamente en la cabeza.

Cuando el animal dio en el suelo, el jinete salió despedido de su lomo. Un pequeño demonio escarlata, redondo y flácido como una pelota de goma, avanzó hacia Cord con tres grandes saltos y abrió la boca para mostrar unos colmillos de varios centímetros, que rezumaban veneno. Conteniendo el aliento, Cord disparó de nuevo el arma y le alcanzó en pleno salto. ¡Una especie nueva, evidentemente! La, mayor parte de los cabalgapájaros eran inofensivos herbívoros, meros chupadores de jugos vegetales.

—¡Cord! —dijo una voz femenina.

El aludido soltó una maldición en voz baja. No había oído que se abriera la puerta central. Seguramente, quien le llamaba había venido rodeando toda la estación.

—¡Hola, Gravan! —saludó con aire inocente, sin darse la vuelta—. ¡Ven a ver lo que tengo! ¡Especies nuevas!

Grayan Mahoney, una muchacha esbelta y de cabello negro, dos años mayor que Cord, se acercaba trotando por la ladera de la colina en dirección a él. Era la chica modelo de la escuela colonial, y el director de la estación, Nirmond, no cesaba de repetirle a Cord una y otra vez que la muchacha era un buen ejemplo de comportamiento para el chico. Pese a ello, Grayan y Cord eran buenos amigos.

—Cord, idiota —le recriminó ella mientras llegaba hasta donde se encontraba el muchacho—. Deja de jugar al entomólogo. Si la Regente saliera ahora, estarías listo. ¡Nirmond le ha hablado de ti!

—¿Sobre qué? —preguntó Cord, sorprendido.

—Por ejemplo —le informó Grayan—, que no cumples la tarea que se te asigna.

—Glups —exclamó Cord, abatido.

—Sí, glups. ¡Yo te lo venía diciendo!

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Sobre todo, empezar a actuar como si tuvieras un poco de sentido común —de pronto, Gravan sonrió—: ¡Pero si hoy causas alguna molestia en la bahía de las granjas, puedes tener por seguro que quedarás fuera del Equipo! —la muchacha dio media vuelta para irse, pero antes añadió—: También puedes guardar el deslizador, pues no vamos a usarlo. Nirmond nos llevará en el vehículo oruga hasta la orilla, y allí tomaremos una balsa.

Cord dejó que sus especímenes recién capturados revivieran por sí mismos y volvieron a alzar el vuelo, y llevó rápidamente el deslizador al otro lado de la estación para dejarlo en su garaje.

Tres balsas permanecían inmóviles junto a la orilla de la rada pantanosa, al borde de la cual Nirmond había detenido el vehículo. Parecían unos sombreros de pan de azúcar de alas excepcionalmente anchas y bastante raídas, flotando sin variar de posición, de color verde y aspecto coriáceo. O como hojas de nenúfar de siete metros de diámetro con una parte superior en forma de una enorme pifia verdegrisácea en el centro de cada una. Era algún tipo de animal-plantas. Sutang era una colonia demasiado reciente para establecer una lista de su flora y fauna que se pareciera, siquiera remotamente, a una clasificación ordenada. Las balsas eran una rareza local que había sido investigada y que podía considerarse inocua y relativamente útil. Tal utilidad residía en el hecho de ser empleadas como medio de transporte, bastante lento, por entre las aguas bajas y pantanosas de Yoger Bay. Hasta ahí era donde llegaba de momento el interés del Equipo por las balsas.

La Regente se levantó del asiento trasero del vehículo, donde había permanecido sentada junto a Cord. La partida se componía sólo de cuatro miembros: Grayan iba delante con Nirmond.

—¿Son éstos nuestros vehículos?

La Regente parecía divertida, y Nirmond sonrió.

—No los subestimes, Dane. Con el tiempo se pueden convertir en un factor económico de importancia en la región. Sin embargo, en realidad esas balsas son más pequeñas que la que me gustaría utilizar —añadió mientras buscaba con la mirada por entre los bordes de la bahía, cubiertos de cañas—. Normalmente, hay aparcado por aquí una especie de monstruo...

Grayan se volvió hacia Cord.

—Quizá Cord sepa dónde se oculta el Abuelo —dijo.

Era una mención muy oportuna, pero Cord había esperado que nadie le preguntara por el Abuelo. Ahora, todos le miraban.

—¿Ah, quieren al Abuelo? —dijo, un tanto azorado—. Bueno, lo dejé en... Quiero decir que lo vi hace un par de semanas aproximadamente a un kilómetro al sur de aquí...

Nirmond emitió un gruñido e informó a la Regente:

—Las balsas tienden a permanecer donde se dejan, siempre que sea un terreno pantanoso de aguas bajas. Utilizan un sistema de pelos-raíces para extraer productos químicos y elementos nutritivos microscópicos del fondo de la bahía. Bueno... Grayan, ¿quieres llevarnos allá?

Cord se acomodó en el asiento, a disgusto, mientras el vehículo se ponía en marcha. Nirmond sospechaba que el muchacho había utilizado al Abuelo para una de sus vueltas no autorizadas por la zona. Y tenía sus motivos para suponerlo.

—Según tengo entendido, eres un experto en dirigir esas balsas, Cord —dijo la Regente Dane a su lado—. Grayan me ha dicho que no podríamos encontrar un mejor

piloto, timonel, o como quiera que lo llaméis, para nuestro viaje de hoy.

—Sé manejarlas —asintió Cord, sudoroso—. ¡Nunca dan el menor problema!

A Cord no le parecía haber producido una impresión muy favorable a la Regente, por el momento. Dane era una mujer joven y hermosa, con una conversación fácil y una sonrisa contagiosa, «por alguna razón la habían nombrado directora del Equipo Colonizador de Sutang», se dijo el muchacho.

—Estas plantas, o animales, tienen además una gran ventaja sobre nuestros deslizadores —señaló Nirmond desde el asiento delantero—. Uno no ha de preocuparse de que salte a bordo una cubera o un pez peligroso.

Nirmond continuó con la descripción de los venenosos tentáculos en forma de cintas que las balsas tendían bajo el agua para desanimar a todas aquellas criaturas que pensaran darse un banquete con sus tiernas partes inferiores. Las cuberas y otras dos o tres especies activas y agresivas de la bahía todavía no habían aprendido que era estúpido atacar a los seres humanos armados en los barcos, pero se apartaban a toda prisa del camino de una balsa de tranquilo deambular por las aguas.

A Cord le encantó que se olvidaran de él por un instante. La Regente, Nirmond y Grayan eran todos terrestres, lo mismo que cabía decir de la mayoría de los miembros del Equipo; y los terrestres le hacían sentirse incómodo, sobre todo en grupo. Vanadia, su mundo natal, apenas acababa de superar también el estatus de colonia terrestre, lo cual explicaba la diferencia.

El vehículo oruga dio media vuelta y se detuvo. Grayan se incorporó en el asiento del conductor, y señalando al frente dijo:

—¡Por allí está el Abuelo!

La Regente Dane se levantó también y soltó un suave silbido, visiblemente impresionada por los más de quince metros de diámetro de la criatura. Cord miró a su alrededor con cierta sorpresa. Estaba seguro de que la enorme balsa estaba a varios centenares de metros del lugar donde la había dejado dos semanas antes y, como Nirmond había mencionado, aquellas criaturas no solían desplazarse por sí solas.

Algo confuso, siguió a los demás por un estrecho sendero hasta el borde del agua, que se confundía con los cañaverales, altos como árboles. Aquí y allá, captó fugazmente retazos de la superficie lisa del Abuelo, cuyo borde rozaba la orilla. Entonces, el camino se abrió y por fin pudo contemplar toda la extensión de la balsa sobre las aguas poco profundas e iluminadas por el sol; al instante, se detuvo, asombrado.

Nirmond estaba a punto de subir a la plataforma, seguido de Dane.

—¡Aguarde! —gritó Cord, con un tono de alarma en la voz—. ¡Deténgase!

Se acercó corriendo hasta los demás mientras Nirmond preguntaba en voz baja y tensa:

—¿Qué sucede, Cord?

—¡No suban a la balsa! ¡Está..., está cambiada! —la voz de Cord le sonó temblorosa incluso a él mismo—. Quizá ni siquiera se trata del Abuelo...

Comprobó que se había equivocado en esto último, antes incluso de terminar la frase. Esparcidos por el borde de la balsa se apreciaban los puntos descoloridos dejados por diversas armas de calor, una de las cuales debía de ser la suya. Aquél era el sistema seguido para poner en movimiento aquellas criaturas indolentes y carentes de inteligencia. Cord señaló hacia la parte central de la balsa que, en forma de cono, se alzaba de la superficie del agua.

—¡Ahí, en la cabeza...! ¡Está floreciendo!

La cabeza del Abuelo, en correspondencia con su tamaño, medía casi cuatro metros de altura por otros tantos de diámetro. Estaba rodeada por una especie de armadura similar a la que forma el lomo de un saurio, con lo que se protegía de los chupadores de plantas. Sin embargo, dos semanas antes no era sino un bulto sin otros rasgos característicos, como las demás balsas. Ahora, de todas las superficies del cono surgían puñados de zarcillos largos, ensortijados y sin hojas, como alambres verdes. Algunos se alzaban como muelles tensos y enroscados, mientras que otros caían relajados hacia la plataforma e incluso encima de ésta. La parte alta del cono estaba salpicada de brotes de un rojo intenso, como un sarpullido, que Cord no había visto nunca hasta aquel momento. El Abuelo no parecía en buen estado de salud.

—¡Vaya, es cierto! —asintió Nirmond—. ¡Está floreciendo!

Grayan emitió un sonido de estupor, y Nirmond se volvió hacia Cord con aire sorprendido.

—¿Es eso lo que te preocupa? —inquirió.

—¡Sí, claro! —empezó Cord con aire excitado. Entendía muy bien el tono despectivo de la palabra «eso», pero tenía erizados los cabellos de la nuca y estaba poseído por un irrefrenable temblor—. Ninguna de las balsas se ha puesto nunca así...

De nuevo Cord se detuvo a media frase. En los rostros de sus acompañantes veía que ninguno de ellos había captado el significado de sus palabras. O, más bien, que lo habían comprendido perfectamente y sin embargo no pensaban cambiar sus planes. Las balsas estaban clasificadas como inofensivas, según los Reglamentos, y hasta que se demostrara lo contrario seguirían consideradas así. Uno no perdía el tiempo poniendo en cuestión los Reglamentos, aunque fuera Regente. Entre el Equipo Explorador, uno tenía la impresión de que no debía perder el tiempo sin una razón concreta. Cord volvió a intentarlo.

—Escuchen... —empezó a decir.

Lo que quería meterles en la cabeza era que el Abuelo más un factor desconocido, dejaba de ser tal Abuelo. La balsa era una forma de vida de gran tamaño y conducta impredecible, que debía ser investigada con cautelosa meticulosidad hasta conocer

qué significaba aquel factor desconocido. Cord se quedó mirando al resto del grupo con aire desolado.

Dane se volvió hacia Nirmond.

—Quizá sea mejor que hagamos una comprobación —dijo; y tras una pausa, añadió—: ¡Para dar ánimos al muchacho!

Eso era exactamente lo que pretendía dar a entender.

Cord notó que se ruborizaba de ira. Sin embargo, no le quedaba nada que responder o hacer salvo observar a Nirmond encaramarse ágilmente a la plataforma. El Abuelo se estremeció ligeramente varias veces, pero las balsas siempre se comportaban así la primera vez que alguien subía a ellas. El encargado de la estación se detuvo ante uno de los zarcillos ensortijados, lo tocó y tiró de él con suavidad. Después, alargó el brazo hacia arriba y palpó el brote situado a menor altura. Finalmente, se volvió y dijo:

—¡Qué cosas más extrañas! —dedicó una nueva mirada a Cord y añadió—: Bien, Cord, todo parece bastante inofensivo. ¿Vais a subir a bordo de una vez?

Era como uno de esos sueños en que uno grita y grita a la gente y no consigue hacerse oír. Cord subió a la plataforma con pasos rígidos, detrás de Dane y de Grayan. El muchacho sabía perfectamente lo que habría sucedido de haber titubeado siquiera un segundo. Algún acompañante le habría dicho en tono amistoso y con gran cuidado de no parecer molesto: «No tienes que venir, si no quieres».

Grayan había desenfundado su arma de rayos calóricos y se disponía a poner en marcha al Abuelo por los canales de Yoger Bay. Cord blandió también su arma y dijo ásperamente:

—Eso lo haré yo.

—De acuerdo, Cord —asintió la muchacha, dedicándole una sonrisa breve e impersonal mientras se hacía a un lado.

«¡Todos tan terriblemente educados!», pensó Cord.

Por un instante, el muchacho casi deseó que se produjera algo asombroso y catastrófico para dar una lección a la gente del Equipo. Sin embargo, no sucedió nada. Como siempre, el Abuelo se estremeció ligeramente al notar el calor en un extremo de su plataforma y, precavido, decidió alejarse del lugar en la dirección contraria, todo lo cual entraba dentro de la más absoluta rutina. Bajo el agua, fuera de la vista de los viajeros, se hallaba la sección operativa de la balsa: unas estructuras como hojas, cortas y gruesas, en forma de palas y diseñadas para funcionar como tales, junto a los tentáculos viscosos que mantenían alejados a los animales vegetarianos de Yoger Bay y a la jungla de raíces delgadas como cabellos a través de los cuales el Abuelo absorbía su alimento del barro y de las aguas enfangadas de la bahía, y que también le servían para anclarse al fondo.

Las palas se pusieron en movimiento, la plataforma se estremeció y la cabellera

se retiró del barro y quedó encogida debajo de la plataforma. El Abuelo había iniciado su parsimoniosa marcha.

Cord desconectó el calor, colocó de nuevo el arma en la cartuchera y se levantó. Una vez en movimiento, las balsas solían avanzar sin prisa alguna durante un buen rato. Para detenerlas, debía dárseles un toque de calor en el borde que hacía de proa; para hacerlas variar de dirección, sólo haría falta aplicar la descarga adecuada en el extremo opuesto de la plataforma. El pilotaje era bastante sencillo.

Cord no dirigió una sola mirada a los demás. Todavía se sentía furioso por dentro. Contempló los cañaverales que se abrían y quedaban atrás, ofreciéndoles breves visiones de las extensiones verdes, amarillas y azules de la bahía, salobre y cubierta por la niebla. Más allá de ésta, al oeste, quedaban los estrechos de Yoger, unas aguas traicioneras y difíciles cuando subían las mareas. Y después de los estrechos se abría el mar, el gran océano de Zlanti, que constituía otro mundo del que todavía no habían explorado casi nada.

—¿Cuál es la mejor ruta para ir a las granjas, Cord? —preguntó Grayan desde donde se encontraba, junto a Dane.

—El gran canal de la derecha —respondió el muchacho; y después añadió, con tono hosco—: ¡Hacia allí vamos!

Grayan se aproximó a él.

—La Regente no quiere verlo todo —musitó, bajando la voz—. Primero, iremos a las granjas de algas y de plancton. Después, le enseñaremos todas las variedades de cereales mutantes que podamos en el plazo de tres horas. Llévanos hacia las zonas de mejor rendimiento y harás feliz a Nirmond.

La muchacha le dedicó a Cord un guiño de complicidad. El muchacho la miró con incertidumbre. Por la conducta de Grayan no podía decirse que nada fuera mal. Quizá...

Le embargó un destello de esperanza. Era difícil dejar de admirar a la gente del Equipo, aunque se mostraran tan tozudos en el seguimiento de los Reglamentos. De todos modos, el día todavía no había terminado, y quizás aún estaba a tiempo de redimirse a los ojos de la Regente.

De pronto, Cord imaginó la visión, alentadora aunque improbable, de algún monstruo de la bahía saltando a la balsa con las fauces abiertas y bien armadas, y se imaginó a sí mismo volando de un disparo la cabeza al animal antes de que ninguno de los demás —y especialmente Nirmond— tuviera siquiera plena conciencia de la amenaza. Los monstruos de la bahía escapaban del Abuelo, desde luego, pero quizás hubiera maneras de tentar a alguno.

El muchacho advirtió que hasta aquel instante se había dejado dominar por las emociones. ¡Era el momento de empezar a pensar!

Primero, en el Abuelo. Estaba floreciendo con unos zarcillos verdes y unos brotes

rojos de propósito desconocido, pero, salvo esto, no se observaba ningún otro cambio en su comportamiento. El Abuelo era la balsa de mayor tamaño de aquella parte de la bahía, aunque todas las demás habían crecido a ritmo constante durante los dos años transcurridos desde que Cord viera una por primera vez. Las estaciones del año se sucedían con lentitud en Sutang, ya que su año natural correspondía a más de cinco años terrestres. Los primeros miembros del Equipo en posarse en el planeta todavía no habían visto transcurrir un año entero.

Así pues, el Abuelo debía de estar sufriendo algún cambio estacional. Las otras balsas, de momento no tan desarrolladas, reaccionarían de igual forma poco después. Aquellos animales-plantas debían de estar floreciendo realmente, preparándose para la reproducción.

—Grayan, ¿cómo empiezan las balsas? —preguntó Cord—. Cuando son pequeñas, me refiero.

—Nadie lo sabe todavía —respondió ella—. Precisamente estábamos hablando de eso. Más de la mitad de la fauna costera de las zonas pantanosas del continente parece pasar un estado larvario preliminar en el océano —la muchacha le indicó con un gesto los brotes rojos del cono de la balsa y añadió—: Realmente, parece que el Abuelo vaya a producir flores y dejar que el viento o la marea se lleven las semillas por los estrechos.

Aquello tenía sentido. Pero al mismo tiempo echaba por tierra la esperanza que Cord todavía medio mantenía en que el cambio en el Abuelo resultara lo bastante drástico, en algún aspecto, como para justificar su resistencia a subir a bordo. Una vez más, Cord estudió detenidamente la cabeza protegida del Abuelo, negándose a eliminar del todo tal esperanza. Entre las planchas que le servían de coraza había una serie de rendijas verticales, negras y gomosas, que dos semanas antes no había apreciado. Parecía como si el Abuelo empezara a abrirse por tales rendijas. Lo cual podía indicar que las balsas, por grandes que llegaran a ser, no sobrevivían al ciclo estacional completo, sino que florecían a aquellas alturas del año de Sutang y morían. No obstante, podía apostarse con bastantes garantías a que el Abuelo no iba a entrar en su decadencia senil antes del término de su viaje de aquel día.

Cord dejó de pensar en el Abuelo. Entonces volvió a su mente la otra idea: quizá pudiera forzar a algún complaciente monstruo de la bahía a entrar en acción para demostrarle a la Regente que él no era ningún niño asustadizo.

Porque los monstruos estaban allí, eso era seguro.

De rodillas junto al borde de la plataforma y mirando las aguas claras, de color vino, del profundo canal, pudo verlos merodeando. En unos instantes Cord distinguió una buena selección de ejemplares.

Por un lado, cinco o seis cuberas de gran tamaño. Una especie de grandes langostas aplastadas, de color marrón chocolate la mayoría, con unos puntos verdes y

rojos en sus caparzones. En algunas zonas, eran tan abundantes que cabía preguntarse dónde encontraban alimento, aunque se comían cualquier cosa, hasta el extremo de masticar el barro en el que se posaban. De todos modos, preferían grandes bocados de alimento vivo, una de las razones por las que tenían prohibido bañarse en la bahía. En ocasiones, aquellos animales atacaban algún bote, pero la excitación con que los vio retroceder hacia las orillas del canal le demostró que no querían saber nada de una enorme balsa en movimiento.

En el fondo, aquí y allá, había unos pozos de medio metro de diámetro que, a primera vista, parecían vados. Normalmente, según sabía Cord, debería de haber encontrado una cabeza en cada uno de los agujeros. Tales cabezas consistían, a grandes rasgos, en unas mandíbulas triples, pacientemente abiertas como otras tantas trampas para capturar todo aquello que se pusiera al alcance de los largos cuerpos con forma de gusano y ocultos tras las cabezas. Sin embargo, la presencia del Abuelo, con sus tentáculos venenosos como transparentes banderas de señales en el agua, también había hecho huir a aquellos seres.

Salvo esto, no vio más que bandadas de peces de pequeño tamaño. Entonces, un destello de un púrpura casi perverso, a la izquierda de la balsa y debajo de ésta, surgió de entre los carrizos volviendo su puntiagudo morro tras la estela de aquélla.

Cord lo observó sin moverse. Aunque aquella criatura era rara en la bahía y no había sido clasificada, Cord la conocía. Veloz, acechante..., lo bastante alerta para atrapar en el aire pájaros de los pantanos cuando daban pasadas a ras del agua. Una vez, Cord había tentado con un cebo de pescado a uno de aquellos seres para que subiera a una balsa inmóvil, y allí el animal se había debatido furiosamente hasta que el muchacho le había acertado con un disparo.

—¡Qué criaturas tan fantásticas! —dijo la voz de Dane justo detrás de él.

—Son cabezas amarillas —dijo Nirmond—. Tienen un alto índice de utilidad. Controlan la tasa de pájaros de los pantanos.

Cord se puso en pie con aire despreocupado. ¡No era el momento de tonterías! El lecho de carrizos a la derecha rebosaba de cabezas amarillas, toda una colonia. Eran criaturas vagamente parecidas a sapos, del tamaño de un hombre o incluso más. De todas las criaturas que había descubierto en la bahía, eran las que más desagradaban a Cord. Sus cuerpos flácidos, como bolsas, se asían con sus cuatro débiles extremidades a la parte superior de las cañas, de casi siete metros de altura, que cubrían los márgenes del canal. Apenas se movían, pero sus enormes ojos sobresalientes parecían captar todo cuanto pasaba a su alrededor. De vez en cuando, un aterciopelado pájaro de los pantanos se acercaba lo suficiente; entonces, el cabeza amarilla abría su boca vertical, enorme y llena de afilados dientes, extendía toda la parte frontal de su cabeza como un fuelle en un movimiento relampagueante, y el pájaro era engullido. Quizá fueran útiles, pero Cord los odiaba.

—Dentro de diez años conoceremos el ciclo de la vida costera —afirmó Nirmond—. Cuando instalamos la Estación Yoger Bay no había cabezas amarillas por la zona. Llegaron al año siguiente, todavía con rastros de la forma larvaria oceánica aunque la metamorfosis casi se había completado. Medían unos veinticinco centímetros de largo y...

Dane señaló que ese mismo modelo se repetía en todas las zonas conocidas del planeta. La Regente inspeccionaba la colonia de cabezas amarillas con los visores. Los bajó, miró a Cord y sonrió.

—¿Cuánto falta para las granjas?

—Unos veinte minutos.

—La clave parece estar en la cuenca de Zlanti —dijo Nirmond—. En primavera debe de ser casi un caldo de vida.

—Sin duda —asintió Dane, que había llegado al planeta durante la primavera de Sutang, hacía cuatro años terrestres—. Parece que esa cuenca justificaría por sí sola la colonización. La cuestión por resolver es cómo llegan allí criaturas como esas —añadió señalando hacia los cabezas amarillas.

Nirmond y la Regente se encaminaron al costado opuesto de la balsa, discutiendo sobre las corrientes oceánicas. Cord se disponía a seguirles cuando escuchó un chapoteo a sus espaldas, a la izquierda, no muy lejos. Se quedó a observar qué sucedía.

Al cabo de un instante vio a un gran cabeza amarilla que se había deslizado de su pértiga de cañas, provocando el chapoteo. Casi sumergido bajo la superficie del agua, el animal contemplaba la balsa con unos enormes ojos de color verde pálido. A Cord le pareció que le miraba directamente a él. En aquel instante supo por primera vez por qué no le gustaban los cabezas amarillas: había en aquella mirada algo muy similar a la inteligencia, a una extraña razón. En aquellas criaturas, la inteligencia parecía fuera de lugar. ¿Qué utilidad podían darle?

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al ver que el animal se hundía por completo bajo el agua. Cord advirtió que intentaba nadar bajo la balsa. El muchacho era presa de una gran excitación. Hasta entonces, no había visto nunca un cabeza amarilla que descendiera de las cañas. El monstruo oportuno que había estado esperando se presentase de un modo inesperado.

Medio minuto después, volvió a verlo nadando torpemente por el fondo. De momento no tenía la menor intención de abordar la balsa. Cord lo vio entrar en la zona de los tentáculos venenosos. Con movimientos natatorios curiosamente humanos, se abrió paso entre ellos y desapareció de su vista bajo la plataforma.

Cord se incorporó, preguntándose el significado de aquello. El cabeza amarilla parecía conocer los tentáculos pues existía una especie de propósito y de

voluntariedad en cada movimiento de avance del animal. Estuvo tentado de decírselo a los demás, pero le retuvo el pensamiento del momento triunfal que disfrutaría si, de pronto, el animal aparecía deslizándose por el borde de la plataforma y él le acertaba ante la mirada de todos.

De todos modos, ya era hora de llevar la balsa hacia las granjas. Si antes no sucedía nada...

Siguió observando. Habían transcurrido casi cinco minutos, pero seguía sin rastro del cabeza amarilla. Con algunas dudas y una cierta inquietud, sacudió al Abuelo con un calculado aguijonazo de calor.

Al cabo de un momento, lo repitió. Emitió un jadeo y se olvidó por completo del cabeza amarilla.

—¡Nirmond! —gritó en tono agudo.

Sus tres compañeros estaban cerca del centro de la plataforma, junto al gran cono acorazado, contemplando las granjas. Se volvieron hacia él.

—¿Qué sucede ahora, Cord?

Durante unos segundos, el muchacho fue incapaz de pronunciar palabra. De pronto, volvía a estar terriblemente asustado. ¡Algo había funcionado mal!

—¡La balsa no obedece! —les dijo.

—¡Dale una buena dosis de calor! —replicó Nirmond.

Cord le miró. Nirmond, un par de pasos delante de Dane y Orayan, como si quisiera protegerlas, daba la impresión de estar algo tenso, y no era de extrañar. Cord ya había disparado sobre tres puntos distintos de la plataforma, pero ahora el Abuelo parecía ser refractario al calor. La balsa seguía moviéndose a velocidad constante hacia el centro de la bahía.

Cord contuvo la respiración, puso el mando del calor al máximo y descargó el arma sobre el Abuelo. Un pedazo de plataforma de quince centímetros quedó chamuscado al instante, poniéndose marrón y, finalmente, negro.

El Abuelo se detuvo. Simplemente.

—¡Eso es! ¡Sigue chamus...!

Se produjo un gigantesco estremecimiento. Cord se tambaleó hacia atrás, casi cayendo al agua. Entonces, todo el borde de la balsa se enroscó hacia arriba y volvió a caer, golpeando el agua con el estrépito de un cañonazo. El muchacho quedó un instante en el aire y cayó cabeza abajo sobre la plataforma, aplastándose contra la superficie. La balsa se hinchó debajo de él, repitió dos veces más la enorme sacudida y recuperó la inmovilidad. Cord buscó a los demás con la mirada.

Se encontraba a unos cuatro metros del cono central. En aquel momento, veinte o treinta de aquellos misteriosos zarcillos nuevos que habían brotado del cono central estaban extendidos rígidamente en dirección a él como otros tantos dedos, verdes y delgados. No lograban alcanzarle, pero el zarcillo más próximo estaba a menos de un

palmo de sus zapatos.

Todos los demás, en cambio, habían sido atrapados por el Abuelo. Estaban en el suelo, al pie del cono, inmóviles y envueltos en una tensa red de verdes cables vegetales.

Cord retiró los pies cautelosamente, preparándose para otra sacudida, pero no sucedió nada. Observó que el Abuelo había reemprendido su avance en la misma dirección anterior. La pistola calorífica había desaparecido. Cord, con cuidado, desenfundó su arma vanadiana.

Una voz débil y quebrada por el dolor le habló desde uno de los tres cuerpos aprisionados.

—¿Cord? ¿A ti no te ha atrapado?

Era la Regente.

—No —respondió él, también en voz baja; de pronto, se dio cuenta de que, sencillamente, los había dado por muertos; ahora se sentía enfermo y tembloroso—. ¿Qué haces?

Cord observó la enorme cabeza acorazada del Abuelo con cierta ansia. Los conos eran huecos por dentro, y el laboratorio de la estación había decidido que su principal función era mantener suficiente aire bajo las balsas para permitirles flotar. Sin embargo, en aquella sección central se encontraba también el órgano que controlaba las reacciones generales del Abuelo.

—Tengo un arma y doce balas explosivas de gran potencia —susurró en voz baja—. Con un par podría volar el cono.

—¡No, Cord! —le dijo la voz lastimera—. Si la balsa se hunde, moriremos de todos modos. ¿Tienes cargas anestésicas para esa arma tuya?

—Sí —asintió él, con la mirada fija en la espalda de la mujer— antes dispárales una carga a Nirmond y a la chica. Directamente en la médula espinal, si eres capaz. Pero no te acerques.

Por alguna razón, Cord no podía discutir con aquella voz. Se puso en pie con cuidado. El arma emitió un doble chasquido.

—Muy bien —dijo con voz ronca—. ¿Qué hago ahora?

Dane permaneció un instante en silencio.

—Lo lamento, Cord, pero no sé qué decirte. Vamos a ver... —volvió a guardar silencio unos segundos—. Esta criatura no ha intentado matarnos, Cord. Le habría sido fácil, pues tiene una fuerza increíble. He visto cómo le rompía las piernas a Nirmond. Sin embargo, al dejar de movernos, se ha limitado a apresarnos. Nirmond y la chica se hallaban inconscientes... Tienes que seguir como estás. Sin duda la balsa intentaba llegar hasta ti con esos zarcillos o lo que sean.

—Eso creo —dijo Cord, temblando todavía.

En efecto, aquello era lo que había sucedido, y en cualquier momento el Abuelo

podía intentarlo de nuevo.

—Ahora nos está administrando una especie de anestésico a través de los zarcillos, mediante unas pequeñas espinas. Produce una especie de insensibilidad... —la voz de Dane se perdió durante un momento; después añadió con toda claridad—: Escucha, Cord, me parece que nos guarda como una reserva de alimento. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Es la temporada de reproducción de las balsas. Hemos registrado observaciones análogas, y somos alimento vivo para las semillas, probablemente. No para la balsa. No podíamos haber calculado que algo así sucediera. ¿Cord?

—Estoy aquí.

—Quiero seguir despierta todo lo que pueda —dijo Dane—. Pero en realidad quería decir otra cosa: la balsa va hacia algún sitio en concreto, a algún punto especialmente favorable. Podrían ser muy cerca de la orilla. Entonces puedes intentar los disparos. De no ser así, toma la decisión que creas más oportuna. Sin embargo, mantén la cabeza fría y espera una oportunidad. Nada de heroicidades, ¿entendido?

—Desde luego —asintió Cord.

El muchacho se dio cuenta de que había respondido para darle ánimos y confianza a la Regente, como si se tratara no de ésta sino de una muchacha cualquiera como Grayan.

—Nirmond es el que está peor —continuó Dañe—. La chica quedó inconsciente de un golpe en el primer momento. Yo, aparte del brazo... De todos modos, si conseguimos ayuda en las próximas cinco horas, todo tendrá solución. Si sucede algo me lo dices.

—Lo haré —asintió de nuevo Cord.

A continuación dirigió el arma con cuidado hacia un punto situado entre los omóplatos de Dane, y la carga anestésica repitió su chasquido. El cuerpo tenso de Dane se relajó un poco, y eso fue todo.

Cord no veía ninguna razón por la cual la mujer tuviera que seguir consciente, ya que en absoluto se dirigían hacia la orilla. Los cañizales y canales habían quedado detrás y el Abuelo no había cambiado en lo más mínimo su dirección. Avanzaba hacia el centro de la bahía... ¡y encontraba compañía!

De momento, Cord pudo contar hasta siete grandes balsas en un radio de tres kilómetros y, en las tres más próximas, alcanzó a distinguir un brote de nuevos zarcillos verdes. Todas ellas viajaban en la misma dirección, y el punto común que constituía su objetivo parecía situado en el rugiente centro de los estrechos de Yoger, que ahora quedaban a unos cinco kilómetros de ellos.

Después de los estrechos se abría el frío océano de Zlanti, las nieblas y el mar abierto. Quizá fuera el momento de soltar las semillas, pero no parecía que las balsas

fueran a distribuirlas por la bahía...

Cord era un buen nadador. Tenía una pistola y un cuchillo; pese a lo que opinara Dane, podía haber tenido alguna oportunidad frente a los monstruos que poblaban la bahía. Sin embargo, como mucho, tales posibilidades hubieran sido remotas y, se dijo el muchacho, parecía que todavía podían haber algunas alternativas. La situación no era aún insostenible, y tenía que mantener la serenidad.

Desde luego, como no fuera por casualidad, nadie vendría en su busca a tiempo de rescatarlos. Y si alguien les buscaba, lo haría cerca de las granjas de la bahía. Allí había un grupo de balsas inmóviles y todo el mundo pensaría que había tomado una de ellas. De vez en cuando, sucedía algo inesperado y alguno de los colonos desaparecía sin dejar rastro. Cuando descubrieran lo que acababa de suceder en esta ocasión, sería demasiado tarde para el rescate.

Tampoco era probable que durante las horas siguientes alguien advirtiera que las balsas habían empezado a emigrar de los pantanos al océano a través de los estrechos de Yoger. En el lado norte de los estrechos había una pequeña estación meteorológica ligeramente tierra adentro, que contaba en ocasiones con un helicóptero. Era francamente improbable, decidió Cord con cierto desánimo, que el aparato fuera utilizado en el lugar preciso, y tampoco era de esperar que pasara algún jet de transporte a una altura suficientemente baja como para divisarles.

El hecho de que todo dependiera de él, según había dicho la Regente, tomaba un nuevo significado después de aquello.

Cord llevó a cabo un experimento que, estaba seguro, no iba a funcionar, pero que tenía que realizar tarde o temprano. Abrió la cámara de proyectiles anestésicos del arma y contó cincuenta balas. Efectuó el recuento con bastante rapidez porque no deseaba pensar demasiado en cuál podía ser la utilización última que podía verse obligado a darles. Tenía unas trescientas cargas en la recámara. Durante los minutos siguientes, Cord disparó meticulosamente un tercio del total contra el cono o cabeza de la balsa.

Finalmente, cesó en lo disparos. Con una carga menos potente, hasta una ballena habría dado muestras de somnolencia. El Abuelo, en cambio, continuó su avance sin inmutarse. Quizás había quedado adormilado en algunos puntos, pero su sistema nervioso no estaba preparado para distribuir el efecto sedante de aquel tipo de anestésico.

No se le ocurrió qué otra cosa podía hacer antes de llegar a los estrechos. A la velocidad que iba, calculó que esto se produciría más o menos en una hora; y si tenían que cruzar los estrechos, Cord debía prepararse para un posible baño. Consideró que a Dane no le parecería mal, dadas las circunstancias. Si la balsa los llevaba consigo hacia la brumosa extensión del océano de Zlanti, no habría ninguna posibilidad práctica de supervivencia.

Mientras, el Abuelo estaba aumentando claramente la velocidad de la marcha. También observó otros cambios en la criatura, cambios poco importantes, pero que a Cord le causaron un temor reverencial. Los brotes rojos que, como un sarpullido, llenaban la parte superior del cono, se abrían gradualmente. Del centro de la mayoría de ellos sobresalía una especie de gusano delgado y viscoso, de color escarlata: un gusano que se agitaba débilmente, se extendía un par de centímetros, se detenía y volvía a repetir el proceso de agitarse y crecer, elevándose en el aire. Las rendijas negras verticales entre las placas de la coraza parecían más amplias y profundas que unos minutos antes, y de varias de ellas manaba lentamente un líquido denso y oscuro.

Cord sabía que, en otras circunstancias, aquellos cambios en el Abuelo le habrían fascinado. Sin embargo, tal como estaban las cosas, sólo atraían su atención y suspicacia porque desconocía qué significaban.

Entonces, repentinamente, sucedió algo tremendo, espantoso. Grayan empezó a emitir unos alaridos terribles al tiempo que se agitaba intentando volverse. Más tarde, Cord advertiría que apenas había transcurrido un segundo antes de que detuviera a un tiempo los gritos y las sacudidas con otra bala anestésica; sin embargo, en el brevísimo lapso transcurrido, los zarcillos habían estrechado su cerco en torno a ella no como tentáculos flexibles, sino como las garras y espolones huesudos y verdosos de una monstruosa ave de presa.

Pálido y sudoroso, Cord bajó lentamente su arma mientras los zarcillos se relajaban de nuevo. Grayan no parecía sufrir ningún daño adicional, y ciertamente había sido la primera en señalar que la furia asesina del Abuelo se habría abatido con la misma saña contra cualquier cosa que se moviera, aunque fuera una máquina. Sin embargo, por unos instantes Cord siguió recreándose furiosamente en la idea de que, en el momento en que él quisiera, aún podía hacer volcar la balsa rápidamente y convertirla en una masa de vegetación sin vida.

Sin embargo, y más sensatamente, se limitó a disparar de nuevo los anestésicos a Dane y a Nirmond para evitar que les sucediera algo similar a lo acaecido con Grayan. Con dos balas, calculó, podría dejar a cualquier ser humano anestesiado durante un mínimo de cuatro horas.

Cord apartó rápidamente de su mente la idea que estaba formándose en ella, pero el pensamiento volvió a él de inmediato, insistentemente, hasta que el muchacho cedió y dejó que tomara forma.

Cinco balas harían que cada uno de sus compañeros de expedición quedara del todo inconsciente, sucediera lo que sucediese después, hasta que murieran por otras causas o les fuera administrado algún antídoto.

Conmovido por la idea, se dijo que no podía hacerlo. Era casi como matarlos.

Sin embargo, al final, Cord se descubrió a sí mismo alzando su arma una vez más,

con pulso firme, para completar los cinco disparos sobre cada uno de los miembros del equipo.

Unos treinta minutos después observó una balsa de tamaño similar al Abuelo que se deslizaba entre las aguas blancas y espumosas de los estrechos, a unos cientos de metros delante suyo. La otra balsa se precipitó hacia las abruptas orillas, ladeándose, atrapada por las poderosas corrientes. La balsa dio vueltas y se balanceó, recuperó el ritmo y volvió a ladearse. Por fin, se enderezó una vez más, no como un vegetal animado que actuara ciegamente, sino como una criatura que luchara con inteligencia para mantener la dirección escogida.

Por lo menos, las balsas parecían prácticamente insumergibles.

Cuchillo en mano, el muchacho se aplastó contra la plataforma mientras escuchaba el rugido de los estrechos delante de él. Cuando la plataforma empezó a dar saltos y a girar, Cord clavó el cuchillo hasta la empuñadura en la materia vegetal del Abuelo y se asió de él. El agua fría le cubrió de repente y el Abuelo empezó a vibrar como un motor en funcionamiento. En medio de todo ello, Cord pensó horrorizado en la posibilidad de que la balsa pudiera soltar a sus inconscientes prisioneros humanos en su lucha con los rabiones de los estrechos de Yoger. Sin embargo, en esto subestimaba al Abuelo. La enorme balsa superó también las dificultades de la zona sin mayores problemas.

De pronto, todo terminó. Se encontraban entre unas plácidas olas y contó otras tres balsas no lejos de ellos. Las corrientes las habían juntado, pero no parecían tener ningún interés en mantenerse en compañía. Mientras Cord, con aire tembloroso, se ponía en pie y empezaba a despojarse de sus ropas, las balsas se apartaron visiblemente unas de otras. La plataforma de una de ellas estaba semisumergida; debía de haber perdido gran parte del aire que la ayudaba a mantenerse a flote y, como un pequeño barco, estaba zozobrando.

Desde aquel punto, sólo había un trecho de tres kilómetros hasta la orilla norte de los estrechos, y a poco más de un kilómetro tierra adentro se encontraba la estación meteorológica. La distancia no parecía excesiva, aunque desconocía las corrientes que pudiera haber. Tampoco podía aventurarse a dejar el cuchillo y el arma vanadiana. A las criaturas de la bahía les encantaba el fango y las aguas cálidas, y no solían aventurarse hasta las corrientes; sin embargo, el océano de Zlanti tenía sus propios depredadores, aunque no acostumbraban a dejarse ver tan cerca de la costa.

El panorama se vislumbraba esperanzador.

Mientras procedía a hacer un hato con sus ropas y ponía los zapatos en el interior, encima de donde estaba escuchó una especie de sonidos agudos como el maullido de un gato. Levantó la mirada y observó cuatro magníficos pájaros de los pantanos que daban vueltas sobre él, cada uno con su oculto jinete. Probablemente se trataba de carroñeros inofensivos, pero sus tres metros de envergadura resultaban

impresionantes. Con cierta inquietud, Cord recordó el perverso jinete carnívoro que había dejado junto a la estación.

Uno de los pájaros descendió indolentemente sobre él. Le pasó por encima y dio media vuelta, cerniéndose sobre el cono de la balsa.

El jinete que había dirigido al pájaro no se interesó lo más mínimo por el muchacho. ¡Era el Abuelo quien le estaba atrayendo para cazarlo!

Cord contempló la escena, fascinado. Ahora, la parte superior del cono era una masa de excrecencias en forma de gusanos, fofas y de color escarlata, que se agitaban seductoramente y que habían empezado a brotar en el cono central antes de que la balsa dejara la bahía. Presumiblemente, debían de tener un aspecto tentador y delicioso para el jinete.

El pájaro de los pantanos descendió aún más con un movimiento de las alas y rozó el cono. Como si se cerrara la reja de una trampa, los verdes zarcillos se alzaron rápidamente y rodearon al animal, aplastando sus brillantes alas y ocultando casi por completo su cuerpo largo y blando.

Apenas un segundo después, el Abuelo hizo una nueva captura, ésta del propio mar. Por unos instantes Cord vio algo similar a una pequeña morsa de aspecto elástico que saltaba del agua al borde de la balsa con un aire de ciega desesperación, y al instante era atraída hacia el cono donde los zarcillos la atraparon junto al cuerpo del pájaro.

No fue la enorme facilidad de aquella inesperada captura lo que dejó helado a Cord, sino la pérdida de toda esperanza de alcanzar a nado la orilla. En efecto, a unos cincuenta metros, la criatura de la que intentaba escapar el animal capturado por la balsa asomó brevemente a ras de agua mientras se apartaba del Abuelo. El cuerpo de color blanco marfil y las enormes mandíbulas se parecían lo suficiente a los tiburones terrestres como para no reconocer inmediatamente su peligrosidad. Pero lo más importante, lo que más desanimaba a Cord, era que allí donde se desplazaban los cazadores blancos del océano de Zlanti, lo hacían por millares.

Abrumado por aquella increíble jugada de la suerte, y asido todavía al fardo de sus ropas, Cord dirigió la mirada a la orilla. Ahora que sabía qué buscar, divisó las estelas delatoras en el agua, los destellos largos y ebúrneos que brillaban entre las olas y volvían a desaparecer. Bancos de peces de pequeño tamaño saltaban por los aires como fuentes de refulgente desesperación, y volvían a caer entre las olas.

Cord se dio cuenta de que le devorarían como a un pájaro posado en las aguas antes de que hubiera cubierto una vigésima parte de la distancia.

El Abuelo empezaba a comer.

Cada una de las rendijas a los costados del cono era una boca. De momento, sólo una de ellas estaba en acción, y además la balsa apenas podía abrir ésta más que ligeramente. No obstante, devoraba ya el primer bocado, el jinete del pájaro de los

pantanos que los zarcillos habían separado del cuello aterciopelado del ave. El Abuelo tardó varios minutos en hacerlo desaparecer, pese a su minúsculo tamaño. No obstante, era un inicio.

Cord creyó haber perdido la razón. Permaneció quieto donde estaba mientras observaba con atención la actividad del Abuelo, apenas consciente del hecho de estar temblando intensamente debido a la fría espuma que le mojaba de vez en cuando. Calculó que pasarían al menos unas horas hasta que las rendijas se hicieran lo bastante flexibles y potentes para engullir a un ser humano. Dadas las circunstancias, poco podía importarles eso a los demás miembros de la expedición; sin embargo, en el momento en que el Abuelo intentara devorar al primero de ellos, tomaría la decisión final de hacer pedazos la balsa.

Los cazadores blancos eran, por todos los conceptos, una muerte preferible, más rápida y limpia; y esa decisión era prácticamente lo único que el muchacho todavía tenía en sus manos, perdida cualquier esperanza.

Todavía quedaba la levísima posibilidad de que el helicóptero de la estación meteorológica los encontrara.

Mientras, y llevado por una fascinación horrorizada y abatida, siguió preguntándose qué misterio podía haber provocado aquel cambio espantoso en las balsas. Ahora casi podía adivinar con seguridad su destino: detrás de los estrechos, las criaturas se encaminaban formando cadenas, bien cerca de las corrientes o bien paralelas a la costa, en dirección a la cuenca de Zlanti y su centro de elaboración de plancton animal y vegetal, que quedaba a unos mil quinientos kilómetros hacia el norte. Con tiempo suficiente, incluso las plantas móviles como las balsas podían completar su viaje hasta la zona donde los retoños encontrarían la seguridad del alimento. Sin embargo, nada en su estructura explicaba el repentino cambio producido en ellas, pasando a ser carnívoras muy despiertas y dotadas.

Cord observó cómo los zarcillos levantaban la especie de foca gomosa. Las extremidades verdes rompieron el cuello del animal e introdujeron su cabeza en la boca, hasta los hombros. Después, el Abuelo continuó pacientemente su labor en lo que todavía constituía un bocado algo exagerado. Mientras, sobre la cabeza del muchacho se repitieron más sonidos semejantes a maullidos; poco después, dos pájaros marinos más resultaron capturados casi simultáneamente y se añadieron a la despensa. El Abuelo dejó caer el animal marino ya muerto y se comió otro jinete de pájaro. El segundo jinete abandonó su montura con un rápido salto, clavó sus dientes vorazmente en uno de los zarcillos que le capturó de nuevo, y fue aplastado inmediatamente contra la plataforma, hasta morir.

Cord notó que le asaltaba un nuevo acceso de furia contra el Abuelo. Matar un pájaro de los pantanos era casi como cortar una rama a un árbol; apenas tenían conciencia vital. En cambio, el jinete había despertado la simpatía del muchacho por

su apariencia de actuación inteligente, rasgo que le acercaba más, de hecho, a los seres humanos que a la monstruosa forma de vida que, en un acto reflejo y coronado por el éxito, había atrapado tanto a la pequeña criatura como a los humanos. Los pensamientos del muchacho se desviaron de nuevo, admirándose vagamente de la curiosa simbiosis mediante la cual los sistemas nerviosos de dos seres tan diferentes como el pájaro de los pantanos y sus jinetes llegaban a acoplarse tan íntimamente y funcionaban como un único organismo.

De pronto, una expresión de enorme sorpresa apareció en su rostro.

¡Vaya, por fin lo comprendía!

Sin prisas, se puso en pie, temblando de excitación, con el plan perfectamente claro en su mente. Una docena de largos zarcillos reptaron al instante en dirección al súbito movimiento, intentando asirle, tensos y estirados. No llegaban hasta él, pero la furiosa reacción del Abuelo hizo que Cord se detuviera unos momentos donde estaba. La plataforma temblaba bajo sus pies, como si fuera presa de una gran irritación por no poderle alcanzar, pero en aquella posición no podía atraerle cerca del cono con una sacudida como hubiera hecho, sin duda, de encontrarse el muchacho más próximo al borde.

Pese a todo, era una advertencia. Cord fue rodeando con gran cuidado el cono hasta que llegó a la posición que deseaba, en la parte delantera de la balsa, según el avance de ésta. Allí, aguardó. Esperó durante unos minutos, absolutamente inmóvil, con el corazón casi detenido, hasta que las vibraciones furiosas e irregulares de la superficie de la balsa se amortiguaron y el último zarcillo cesó en su ciega búsqueda. Cord pensó que quizá le ayudara el hecho de que, durante los segundos posteriores a sus primeros movimientos, el Abuelo no supiera con exactitud dónde se encontraba.

Echó una nueva mirada para observar a qué distancia se hallaban ahora las instalaciones de la estación meteorológica. Calculó que no debían de estar a más de una hora de su posición. Era una distancia corta, incluso para el más pesimista... siempre que todo lo demás saliera bien. Cord no intentó profundizar en detalle en qué podía abarcar aquel «todo lo demás», pues había factores que, sencillamente, eran imprevisibles. Además, tenía la incómoda sensación de que el hecho de especular con excesivo realismo le restaría ánimos para llevar a cabo su plan.

Por fin, moviéndose con cuidado, Cord asió el cuchillo con la mano izquierda y dejó la pistola en la cartuchera. Alzó lentamente el hato de ropa sobre la cabeza, sosteniéndolo con la mano derecha. Con un movimiento lento y largo, lanzó el fardo hacia el otro lado del cono, casi en el extremo opuesto de la plataforma.

El paquete cayó sobre la plataforma con un ruido mortecino. Casi de inmediato, el borde opuesto de la balsa dio una sacudida y volvió a caer al agua para impulsar el objeto extraño hacia los zarcillos extendidos hacia él.

Simultáneamente, Cord echó a correr hacia delante. Durante un instante, su

intención de distraer la atención del Abuelo pareció tener un éxito total, pero al segundo siguiente cayó de rodillas mientras la plataforma se levantaba.

Cord estaba a tres metros del borde. Al caer, continuó avanzando desesperadamente sobre la plataforma.

Un instante después, se sumergía bajo las aguas frías y claras por la parte delantera de la balsa, daba media vuelta y ascendía de nuevo a la superficie.

La balsa pasaba por encima de él. Una nube de pequeñas criaturas marinas se repartía entre la oscura maraña de raíces. Cord se apartó de una franja ancha y ondulante de vegetal de aspecto vítreo que constituía un tentáculo venenoso y sintió una ardiente picazón en el costado, lo que significaba que había rozado ligeramente otro. A ciegas se abrió paso por entre los viscosos bucles de las raíces que cubrían el fondo de la balsa. Entonces pasó por encima del muchacho una media luz verdosa y Cord penetró, con un impulso, en la burbuja central que formaba el cono del Abuelo.

Era un hueco a media luz y lleno de un aire cálido y viciado. El agua batía la posición del muchacho, arrastrándole hacia abajo, y no tenía nada a lo que agarrarse. Entonces, encima de él y a su derecha, incrustado en la curva interna del cono como si hubiera estado allí desde su nacimiento, Cord descubrió la silueta parecida a un sapo y levemente humanoide del cabeza amarilla.

¡Aquél era el jinete de las balsas!

Cord alzó la mano, capturó al huésped y guía simbiótico del Abuelo por uno de sus flácidos remedos de patas y, elevando del agua casi medio cuerpo, propinó dos rápidas puñaladas al animal, que aún no había abierto del todo sus ojos verde pálido.

El muchacho esperaba que el animal no tardaría ni un segundo en soltarse de la balsa e intentaría defenderse, como sucedía con los jinetes de los pájaros. El cabeza amarilla, en cambio, se limitó a volverse hacia él; la boca saltó como un resorte e hizo presa en el brazo izquierdo de Cord, por encima del codo. Con la mano derecha, hundió el cuchillo en uno de los ojos y el cabeza amarilla retrocedió, llevándose el cuchillo aún clavado.

Resbalando, Cord asió con ambas manos la pata viscosa del animal y tiró de éste con todas sus fuerzas. El cabeza amarilla resistió unos instantes más. Después, las incontables conexiones nerviosas que le unían a la balsa se rompieron, desgarrándose o separándose como ventosas; el muchacho y el cabeza amarilla cayeron juntos al agua.

De nuevo, entró en la negra maraña de raíces. Dos descargas de dolor le sacudieron la espalda y las piernas. Medio asfixiado, Cord soltó al animal. Por un instante, el cuerpo de éste se revolvió con gestos extrañamente humanos; después, un muro sólido de agua lanzó al muchacho a un lado mientras algo grande y blanco hacía presa en el cuerpo convulso y se alejaba.

Cord emergió cuatro metros detrás de la balsa. Y allí habría terminado todo si

entonces el Abuelo no hubiese aminorado la velocidad.

Tras dos intentos fallidos, a duras penas consiguió subir a la plataforma y permaneció unos instantes tendido, entre toses y jadeos. Ahora no había señales de que su presencia fuera advertida por la balsa. Cuando se acercó a gatas para comprobar que sus tres compañeros seguían respirando, algunos zarcillos laxos se revolieron inquietos, como si intentaran recordar sus anteriores funciones; sin embargo, Cord no llegó a advertir tal movimiento.

Seguían todos con vida, y Cord comprendió que él solo no podía ayudarles. Tomó en sus manos el arma de calor de Grayan. El Abuelo se había detenido por completo.

Cord no había tenido tiempo de recuperar del todo la razón, pues de otro modo habría tenido en cuenta que el Abuelo, violentamente privado de su huésped controlador, aún podía ser capaz de movimiento propio. En cambio, calculó la dirección aproximada de la estación meteorológica de los estrechos, seleccionó el punto correspondiente de la plataforma y propinó al Abuelo un ligero disparo de calor.

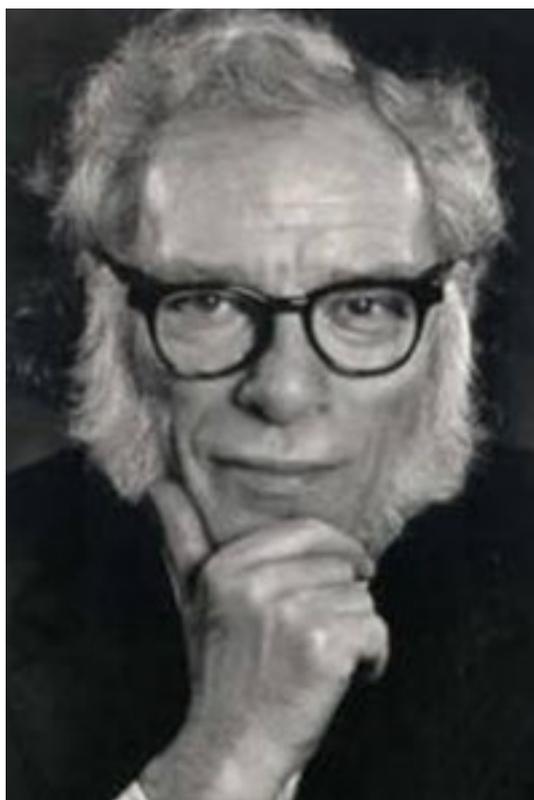
A continuación no sucedió nada. Cord suspiró con aire paciente y subió un poco el graduador del calor.

El Abuelo se estremeció levemente. Cord se puso en pie.

Con lentitud y ciertos titubeos al principio, y luego con más ánimo —aunque ahora privado otra vez de inteligencia— el Abuelo empezó a avanzar hacia el objetivo marcado.

Notas

[1] *Glade*, en inglés, significa «conjunto de prados escalonados». (N. del T.)<<



ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la *Saga de la Fundación*, también conocida como *Trilogía* o *Ciclo de Trántor*, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.